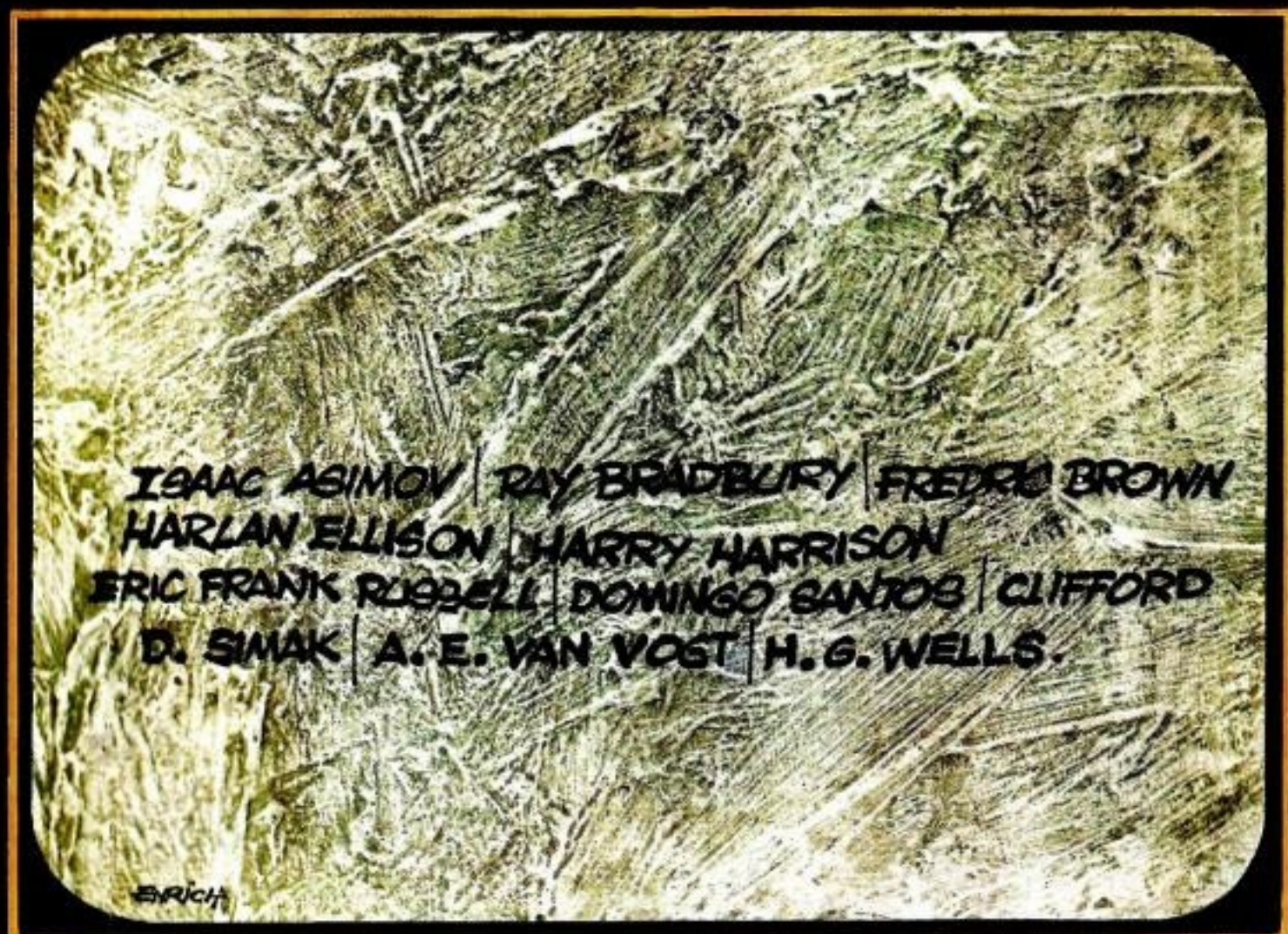


ciencia ficción y fantasía

# nueva dimensión



nueva  
dimensión **7**

Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Nueva Dimensión 7**

**Nueva Dimensión - 7**

**ePub r1.0**

**Colophonius 28.02.2018**

Título original: *Nueva Dimensión 7*

AA. VV., 1969

Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: Colophonius

Escaneo: danielus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# nueva dimensión

1969/1

# nueva dimensión

REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA  
MIEMBRO DE THE NATIONAL FANTASY FAN FEDERATION

**A cargo de:**

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

AÑO 1969/1

*Director:*

J. M. Armengou

*Colaboradores:*

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Antonio Bellomi

Adolfo Buylla

Ramón Cordón

Alfonso Figueras

Luis Gasca

José Luis Garci

PGarcía

Carlos Jiménez

Francisco Lezcano

José Luis Montalbán

Octavi Piulats

Mercedes Valcárcel

*Director de publicidad:*

Jordi Prat

*Director de relaciones públicas:*

Andreu Romá Parra

*Director artístico:*

Enrique Torres

*Corresponsales:*

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J. Ackerman

Francia: Jacques Ferron

Inglaterra: Jean G. Muggoch

Italia: Riccardo Leveghi

Méjico: Luis Vázquez

Rumanía: Ion Hobana

Uruguay: Marcial Souto Tizón

*Delegado en Madrid:*

Carlos Buiza

Enero-Febrero 1969. Número 7

**EDITORIAL**

[Nueva Dimensión, un año](#)

**SE PIENSA**

[Libros: un año pobre en ciencia ficción](#)

por Domingo Santos

[Cine: repaso a un año Interesante](#)

por José Luis M. Montalbán

[Comic: 1968, año 4 D. B.](#)

por Luis Vigil

**SE DICE**

[Libros, revistas, cine, radio, TV, comic, discos, fandom](#)

**SE ESCRIBE**

[Cartas de América, cartas de España](#)

# nueva dimensión **MAÑANA**

## **NOVELA CORTA**

[Los espera-un-poco](#)

por Eric Frank Russell

## **CUENTOS**

[Un bote de pintura](#)

por A. E. Van Vogt

[Arena](#)

por Fredric Brown

[La rata de acero inoxidable](#)

por Harry Harrison

[Aquí hay tigres](#)

por Ray Bradbury

[Deserción](#)

por Clifford D. Simak

[... Si mañana hemos de morir](#)

por Domingo Santos

[No tengo boca y debo gritar](#)

por Harlan Ellison

## **CLÁSICO**

[El bacilo robado](#)

por H. G. Wells

## **CÓMIC**

[B. C.](#)

por Jonny Hart

## **ILUSTRACIONES DE**

José María Beá

Carlos Giménez

Esteban Maroto

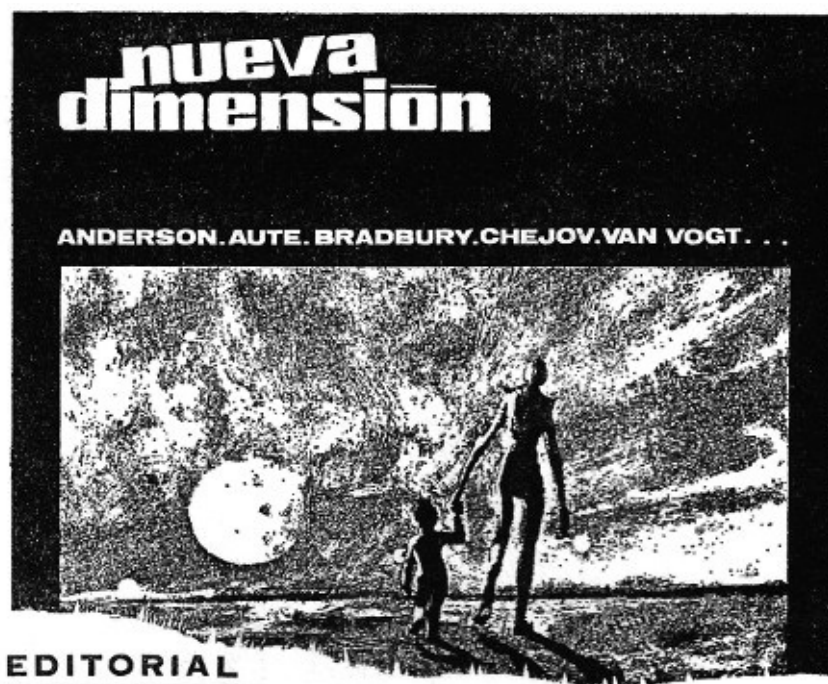


Jordi París  
Enric Sió  
Enrique Torres  
Adolfo Usero Abellán

## **HUMOR**

Juárez, de «O Cruzeiro»

Quino, de «Panorama Semanal»



## Nueva Dimensión, un año

*Hoy hace exactamente un año me encontraba aquí, en este mismo sitio, sentado ante la misma máquina de escribir. Eran entonces las dos de la madrugada, y ante mí tenía un grave problema: el de redactar el primer editorial para una Nueva Revista. Y digo Nueva en todas las posibles acepciones de la palabra, desde el hecho de su misma novedad hasta el de su enfoque y contenido. La tarea era difícil, y no he podido averiguar aún si salí enteramente con éxito de ella. Imagino que sí, puesto que todavía no he recibido ninguna carta crítica al respecto. ¡Pero es que los lectores suelen escribir tan pocas cartas!*

*Ahora, a un año de aquel acontecimiento, me vuelvo a hallar en la misma situación: la de escribir el editorial correspondiente al número del primer aniversario. Claro que ahora la cosa se presenta más llevadera: tras seis números de Nueva Dimensión podemos decir que la revista está ya lanzada, y uno empieza a dominar la técnica especial de los editoriales... aunque para mí —para nosotros, los que debemos llevar cada dos meses el peso de llenar ciento sesenta y ocho páginas de la revista—, esto sea tan sólo el principio.*

*Un año de Nueva Dimensión. Éste es, creo, el mejor momento para hacer un poco de balance. ¿Qué es lo que ha representado un año de Nueva Dimensión? En primer lugar, un intenso trabajo de preparación y puesta a punto. Me gustaría contar aquí, y tal vez lo haga algún día, aquellos inefables, inciertos y vacilantes momentos en los que decidimos crear la revista, las dudas, los apuros, las ayudas y el apoyo recibidos de tanta y tanta*

gente, el trabajo...

*Sobre todo el trabajo. Porque llenar seis números de Nueva Dimensión — lo que representa la friolera de mil páginas impresas— ha absorbido completamente nuestras horas, nuestros días y hasta alguna de nuestras noches, con la complejidad de su entero trabajo de compilación. Mil páginas, que han representado...*

*¿Qué han representado? En primer lugar, en su parte literaria, nada menos que la inclusión de sesenta y nueve relatos, de una longitud de dos hasta ochenta páginas. Nuestro deseo, a este respecto, fue desde un principio el ofrecer una visión mundial de la ciencia ficción, es decir, no supeditándonos, como han hecho y continúan haciendo desgraciadamente hasta ahora la totalidad de las revistas españolas del género, a contratar simplemente la traducción de una revista americana. Esta independencia, que para el editor resulta muy halagadora, es también enormemente dificultosa, ya que es mucho más sencillo el obtener el contrato global de un material más o menos extenso ya publicado que no irlo buscando relato por relato, con el agravante de que por un relato de muy poca extensión debe pagarse forzosamente poco, y algunos autores —o principalmente sus agentes— no quieren molestarse en firmar un contrato que les reportará tan poco beneficio.*

*Pese a todo ello, y gracias a la ayuda de una serie de grandes amigos — Ackerman en los Estados Unidos, Carnell en Inglaterra, Luif en Austria, y muchos otros— e incluso a la de algunos autores directamente, hemos podido ir cubriendo poco a poco nuestras proyectadas etapas, y ofrecerles así relatos de las más variadas procedencias y nacionalidades. Naturalmente, los anglosajones se han llevado el primer lugar en el reparto, con 22 relatos procedentes de los Estados Unidos y 7 de Inglaterra, aunque los españoles hayamos quedado entre los dos, con 13 relatos representados. Rusia ha venido detrás con 5, Francia después con 4, Rumanía con 3, Alemania, Argentina, Austria, Canadá y Uruguay con 2, y Brasil, Checoslovaquia, Suecia y Polonia con 1. De todos estos relatos cinco eran clásicos, cuatro procedían de fanzines (este apartado de la ciencia ficción al que nadie, hasta nuestra llegada, había prestado excesiva atención), y cuatro eran poesías.*

*Este material publicado ha representado a su vez, antes, un material leído y seleccionado. Ello representa —teniendo en cuenta que aproximadamente habremos publicado un 10% de todo el material leído— una cantidad de aproximadamente diez mil páginas impresas leídas... en distintos idiomas, por supuesto. Y sin contar en este apartado los relatos cuya calidad ya conocíamos de antemano y cuyos derechos hemos solicitado directamente... de los cuales, por los motivos indicados más arriba, sólo hemos podido conseguir una muy pequeña parte.*

*Todo esto en lo que se refiere a los relatos en sí. Pero Nueva Dimensión ha conseguido también una buena parte de su éxito gracias a sus páginas verdes, a su «verde follaje» como las llamaba en nuestro número 2 uno de nuestros primeros lectores. Debemos confesar que nuestro «redactor jefe» encargado de esta sección tiene actualmente bastantes más canas que hace un año, ya que, prescindiendo de los artículos (veintidós en total, de los cuales ocho corresponden a literatura, ocho a cine, cinco a comic y uno a música, además de seis artículos especiales insertados en la parte dedicada a literatura y sobre temas directamente relativos a los textos incluidos en ella) ha tenido que seleccionar, ordenar y redactar nada menos que doscientas siete noticias, repartidas en diecisiete apartados distintos, cuya enumeración sería demasiado larga. Las cartas publicadas (veintiocho) han sido, en cambio, aunque interesantes en su mayor parte, más bien escasas.*

*Con todo ello, ésta ha sido la selección vedette de la revista, ya que todos nuestros lectores confiesan, francamente abrir Nueva Dimensión precisamente por esta parte, dejando la literatura para saborearla más tarde. Ello hace que nuestro principal deseo sea ir la mejorando aún más de número en número, ampliando nuestra red de corresponsales, nuestras fuentes de información... y dejando que a nuestro colaborador le sigan saliendo más canas.*

*Y también debemos rendir en este breve repaso del primer año de Nueva Dimensión nuestro homenaje especial a nuestros artistas gráficos, empezando por nuestro director artístico Enrique Torres, cuyas portadas han causado un verdadero impacto, y siguiendo con los veintidós ilustradores que se han ido alternando hasta ahora en los primeros números, cuya calidad de dibujo ha ido superándose de uno a otro, y que esperamos siga superándose aún más, con la ayuda de nuevos fichajes.*

*Sin contar por supuesto con el comic, esta especialidad de la que hasta ahora ninguna revista se había preocupado demasiado, y del que aparte los artículos a él consagrados les hemos ofrecido cuatro, dos de los cuales fueron creados especialmente para nuestra revista... y en cuyo campo tenemos una serie de interesantes proyectos que esperamos poder ir poniendo en práctica dentro de este segundo año.*

*Y tenemos finalmente nuestra vida de relación, la presencia de Nueva Dimensión en los principales acontecimientos que se han realizado en torno a la ciencia ficción: La exposición internacional de ciencia ficción en París, la Semana de Cine Fantástico de Sitges, la 26 Convención Mundial de Berkley (California), el estreno de «2001», la Bienal de la Historieta de Buenos Aires... acontecimientos en los que Nueva Dimensión ha estado representada por uno o varios de sus colaboradores, y en los que su nombre ha figurado en primera línea.*

*A todo ello habría que añadirle también lo que yo llamaría «el saco de los proyectos», el lugar donde almacenamos todas nuestras ideas a realizar, ya sea en un futuro inmediato o a más largo plazo. Realmente, creo que si tuviéramos que poner todos estos proyectos simultáneamente en práctica necesitaríamos aumentar como mínimo al doble las páginas de nuestra revista... y nos arruinaríamos rápidamente debido a los costes de producción. Pero poco a poco, cubriendo etapas, confiamos en ir realizándolos todos, y estamos trabajando ya en varios de ellos: los premios «Nueva Dimensión», de los que hablamos en otro lugar de este mismo número; nuestro inmediato «Informe sobre los OVNIS»; nuestras innovaciones en el campo del comic, esa desconocida literatura que necesita aún en España su Eric Losfeld que la saque del «tebeo»... En fin, tantas y tantas ideas que confiamos irán saliendo, poco a poco, de este inagotable «saco de los proyectos».*

*Pero esto pertenece ya al segundo año de Nueva Dimensión, y estamos haciendo aún balance —un somero balance— del primero. El primero, que ha sido superado ya. Hemos pasado la peor prueba, el lanzamiento. Nueva Dimensión ha cumplido su primer año de vida, lo cual, para una revista de ciencia ficción, hay que reconocer que no deja de ser una heroicidad. Hemos soplado, y hemos apagado ya la velita simbólica. El primer paso está dado, ahora todo depende en seguir andando. Nuestro deseo es que «Nueva Dimensión, segundo año», sea en todos los conceptos mucho mejor que «Nueva Dimensión, primer año». Claro que esto no podemos conseguirlo nosotros solos. ¿Podemos contar también con todos ustedes?*

# UN BOTE DE PINTURA

A. E. VAN VOGT

Hoy hace un año, abrimos el primer número de nuestra revista con un relato de uno de los más grandes autores de ciencia ficción: «El monstruo», de A. E. Van Vogt. No tiene nada de extraño, pues, que este número conmemorativo de nuestro primer aniversario queramos abrirlo también con otro celebrado relato de este magnífico autor...

ilustrado por ENRIQUE TORRES

Los cohetes de aterrizaje funcionaron a las mil maravillas, y la pequeña nave aterrizó suavemente en un pequeño prado de un largo y poco profundo valle, brillantemente verde. Pocos minutos después, el primer terrestre en poner pie en Venus descendió cautelosamente y se quedó parado sobre la lozana yerba, al lado de su aguzada espacionave.

Kilgour inspiró, profunda y lentamente. El aire era como vino, un tanto alto en contenido de oxígeno, pero cascabeleantemente dulce, puro y tibio. Tuvo la convicción repentina de que había llegado al paraíso. Sacó su libreta de notas y apuntó esta sensación. Los pensamientos como éste valdrían una fortuna cuando regresase a la Tierra. ¡Y vaya si iba a necesitar ese dinero!

Terminó la anotación, y estaba guardando en su bolsillo la libreta de notas cuando vio el cubo.

Yacía de costado sobre la yerba, en una pequeña depresión, como si hubiese caído no de muy alto. Era un bloque cristalino translúcido, con un asa. Sus lados, tenían unos veinte centímetros de superficie, y brillaba con un lustre apagado parecido al del marfil. No parecía servir para nada.

Kilgour trajo algunos medidores de energía de la nave, y tocó varias partes del cristal con los bornes. Eléctricamente negativo; electrónicamente negativo. No era radioactivo, ni respondía a ninguno de los ácidos que probó. Rehusaba conducir una corriente eléctrica, y en la misma forma rechazó los más febriles asaltos del cubridor electrónico. Se puso un guante de goma y tocó el asa. No pasó nada. Deslizó acariciadoramente los dedos enguantados sobre el cubo y, finalmente, agarró fuertemente el asa. Siguió sin pasar nada.

Dudó. Finalmente, tiró de la cosa. La alzó fácilmente; estimó su peso en un kilo y medio. La dejó de nuevo en el suelo y, dando un paso atrás, la observó cuidadosamente. En su cerebro comenzó a formarse una cierta excitación que, convirtiéndose en escalofrío, le llegó hasta la punta de los pies al darse verdadera cuenta de lo que tenía allí.

El cubo era un artículo manufacturado. Había vida inteligente en Venus. Había pasado un tedioso año en el espacio, interrogándose, formando esperanzas, soñando con esto. Y aquí estaba la evidencia. Venus estaba habitado.

Kilgour volvió hacia la nave. Tengo que buscar una ciudad, pensó tensamente. Ya no importaba si malgastaba combustible, ahora podría reponerlo. Estaba así cuando con el rabillo del ojo volvió a ver el cubo. Su entusiasmo sufrió una ducha fría.

¿Qué iba a hacer con él? Sería tonto dejarlo allí. Una vez saliese del valle, tal vez no lo volvería a hallar nunca. Sería preciso, no obstante, tener cuidado al entrarlo en la nave. Supongamos que hubiera sido dejado allí para que él lo hallase...

La idea parecía fantástica, y parte de sus dudas se disiparon. Un par de tests más, decidió, y luego... se sacó el guante y tocó cautamente el asa con su dedo desnudo.

—¡Contengo pintura! —dijo algo en su mente.

Kilgour saltó hacia atrás.

—¡Eh! —se atragantó.

Miró alocado a su alrededor. Pero se hallaba solo en un valle verde que se extendía hasta el horizonte. Devolvió su atención al bloque cristalino. Tocó de nuevo el asa.

—Contengo pintura. —Esta vez no cabía duda. El pensamiento sonaba claro y fuerte en su mente.

Kilgour se irguió lentamente. Se quedó mirando atontado a su hallazgo. Le llevó un momento el hacerse a la difícil tarea de imaginarse la estatura tecnológica de una raza que podía fabricar un recipiente así. Su mente se alzó a alturas increíbles, luego descendió reluciente. Su asombro crecía. Porque, a pesar de lo simple que parecía, nada en la ciencia del hombre había ni siquiera podido prever un tal adelanto. Un recipiente de pintura que decía... lo que éste había dicho. Un bote etiquetado con un pensamiento autoidentificativo.

Comenzó a sonreír. Su largo y hogareño rostro se arrugó con su buen humor. Sus ojos verdigrises se encendieron. Sus labios se abrieron, descubriendo dientes blancos e iguales. Se rió alegremente. ¡Un bote de pintura! Posiblemente, la pintura tendría otros componentes que no serían plomo, aceite de linaza y un óxido colorante. Pero esto era algo a explicar posteriormente.

Por el momento, bastaba con la posesión. No importaba ya lo demás que descubriese en Venus: su viaje era ya rentable. Lo que daba fortunas eran las cosas simples, de uso diario.

Tomó vivamente el asa, agachándose, con su mano desnuda, y comenzó a levantar el cubo.

Lo había alzado del suelo cuando un líquido cegadoramente brillante se vertió sobre su pecho. Se extendió rápidamente sobre su cuerpo, pegándose como la cola y no obstante corriendo veloz. Primero era blanco, pero cambió a rojo, amarillo, azul, violeta, y por fin se diluyó en una miríada de tonalidades. Al fin se quedó en pie, con sus ropas brillando con todos los colores del arco iris. Al principio estuvo más furioso

que alarmado.

Comenzó a desnudarse. Llevaba puestos un suéter de cuello alto y un par de calzones de deporte, nada más. Las dos prendas brillaban como fuego multicolor mientras, en un movimiento sincronizado, se aflojaba el cinturón y se sacaba el suéter por la cabeza.

Podía notar el líquido bajando por su cuerpo desnudo; y hasta que no se hubo sacado el suéter, y los calzones se le hubieron deslizado por las piernas, no se dio cuenta de algo raro. La pintura, que había estado principalmente sobre su suéter, había pasado en su totalidad a su piel. Ni una gota había caído al suelo. Y sus calzones estaban también limpios.

Toda la pintura estaba en su cuerpo. Brillaba mientras se distribuía, en una capa más delgada, por una superficie más extensa. Chisporroteaba y centelleaba como una llama vista a través de un prisma mientras la frotaba con el suéter. Pero no salió. Arrugando la frente, trató de sacársela con las manos, pero se adhirió a sus dedos con una pelazón cálida. Se sacudía y bailaba multicolor mientras la empujaba hacia el suelo. Bajaba por una parte y subía por otra.

Era una unidad, en la que ninguna porción se separaría de las demás. Se desparramaba hasta un punto, y no iba más allá. Asumía cualquier forma imaginable, pero como un chillón y variopinto rebozo inmensamente flexible que, cubriéndole en distintas formas, alterase su forma, pero no su esencial unicidad. Después de diez minutos, no había adelantado nada en sus intentos por librarse de ella.

—La pintura —leyó Kilgour en voz alta de su libro de nociones médicas— puede ser eliminada aplicando aguarrás.

Había aguarrás en su almacén. Tomó la botella y volvió a salir de la nave. Se echó una buena cantidad en la palma de la mano, y se lo aplicó vigorosamente. Esto es, intentó aplicárselo. El aguarrás fluyó de su mano y descendió hasta el suelo. La pintura no dejaba que el líquido la tocara.

El asombrado Kilgour necesitó de varios intentos para convencerse de ello, pero al fin, todavía decidido, volvió a entrar en la nave. En rápida sucesión probó con gasolina, agua, vino, y aún con un poco de su precioso combustible de cohete. La pintura no entraba en contacto con ninguno de ellos. Entró bajo la ducha. El agua regó la parte de su cuerpo que no estaba cubierta por la pintura, en una fina y estimulante pulverización de humedad. Pero no notaba ninguna sensación allí donde la pintura estaba pegada.

Y, definitivamente, no podía lavársela.

Llenó la bañera y se sentó en ella. La pintura rieló cuello arriba y rodeó su barbilla, fluyendo sobre su boca y nariz. No entró por ellas, pero cubrió ambas aberturas. Kilgour dejó de respirar y se sentó terco; luego vio que la pintura estaba arrastrándose hacia sus ojos. Saltó fuera de la tina y chapuzó la cabeza en el agua.



La pintura se retiró de su nariz, dudó en su boca, y luego bajó hasta la mitad de camino, hacia la parte inferior de su mentón. Pareció hallar algún punto de anclaje allí pues, fuera cual fuese la profundidad a la que la zambullese o el número de veces que lo hiciera, rehusó bajar más abajo.

Aparentemente, habiendo alcanzado su cabeza, no estaba dispuesta a abandonar este punto clave. Kilgour extendió una esterilla de goma sobre su silla favorita y se sentó a pensar seriamente. Todo el incidente era ridículo. Sería el hazmerreír del sistema solar si alguna vez se enteraban de que se había metido en un lío tan fantástico.

Por algún accidente, un lata de pintura venusiana había sido perdida o se había caído en aquel prado deshabitado; y ahí estaba él, untado con aquello. La rapidez con que había fluido sobre su boca y nariz le demostraban que la imprudencia le podía ser fatal. Supongamos que se hubiese rehusado a retirarse un solo centímetro: Se habría sofocado en escasos minutos, y ahora yacería muerto en la bañera.

Notó como un escalofrío le subía por la columna vertebral. El escalofrío continuó aún después de que se le ocurriera el que podría haber introducido un tubo en su boca para respirar por él. El escalofrío continuó porque tan sólo por puro accidente aquella increíble materia no había subido hasta sus ojos.

Se imaginó a un hombre cegado, sofocándose, buscando un tubo en un atestado almacén.

Le llevó un largo minuto el restaurar una parte de su habitualmente optimista carácter. Estaba sentado rígido, esforzando su mente. Pintura... que saltaba de un bote, que no daba señales de secarse y que, no obstante, no era realmente un líquido, ya que no empapaba la ropa ni fluía según la ley de la gravedad. Y que no dejaba que ningún líquido la tocara.

Su mente hizo una pausa, en una repentina comprensión. Claro, naturalmente. Impermeable. Debía haberlo recordado. Ésta no era pintura ordinaria. Era impermeable, a prueba de lluvia, de líquidos... la pintura definitiva.

Se excitó. Se alzó con brusquedad y comenzó a pasear arriba y abajo. Durante veinticinco años, ya desde que los primeros supercohetes habían partido hacia la muerta superficie de la Luna y luego al semidesértico Marte, Venus había sido la meta de los exploradores. Sin embargo, los viajes a aquel planeta habían sido prohibidos hasta que se hubiera logrado superar al peligro de que las naves cayeran al Sol. Este destino incandescente había sido ya el de dos naves. Y había sido probado, matemáticamente, que tal catástrofe le ocurriría a toda nave que se dirigiera hacia allá hasta que los planetas Tierra y Venus alcanzasen una cierta posición general de relación, entre sí y con Júpiter.

Las condiciones ideales no iban a volver a darse en otros veintiocho años, pero, seis meses antes de que Kilgour partiese, un famoso astrónomo había señalado que algunas de las condiciones durarían durante un año. El artículo causó sensación entre los espacionautas; y aunque el Gobierno rehusó retirar su prohibición, Kilgour había

oído que un alto Jefe de la Patrulla había dicho en privado que miraría en otra dirección si alguien quería despegar, y que se ocuparía de que hombres con las mismas ideas fueran los que llevaran a cabo las necesarias inspecciones. Varias expediciones, ostensiblemente encaminadas a Marte, habían estado equipándose enfebrecidamente cuando Kilgour había lanzado su pequeño navío al espacio, en dirección a Venus.

Se esperaban grandes cosas de Venus, pero no tan grandes como esto. Detuvo su paseo. Iba a valer la pena conocer a una raza que pudiera fabricar una pintura perfecta, que pudiera producir *cualquier* cosa perfecta.

Cortó su pensamiento. Había dado una ojeada a su cuerpo y, ahora, vio algo que lo asustó: La pintura, brillante en su millón de facetas de cambiante color, se estaba extendiendo. Al principio había cubierto una cuarta parte de su piel, ahora cubría un tercio. Si seguía así, pronto lo inundaría de pies a cabeza, ojos y orejas, nariz y boca y el resto.

Era ya tiempo de que comenzase a pensar en un método para sacársela. Rápidamente.

Kilgour escribió: «Una pintura perfecta debe ser impermeable e inalterable tanto como bonita. También debe ser fácil de limpiar».

Contempló preocupado la última frase. Y entonces, en un acceso de ira, tiró el lápiz y se dirigió al espejo del cuarto de baño. Se contempló en él con una fea mueca en el rostro.

—¡Qué bonito estás, muchacho! —regañó a la deslumbrante imagen—. Como un zíngaro ataviado para un baile.

Dando una segunda mirada, vio que la realidad era más espléndidamente cromática que eso. Brillaba en unos noventa colores. Las diversas combinaciones no se fundían apagadamente unas a otras, sino que se unían en una definida brillantez que parecía hacer que aun las tonalidades más sutiles se proyectasen con intensidad. Y sin embargo, en alguna manera no era chillona. Era brillante, pero no dañaba a la vista. Era radiante, pero no hería a su buen gusto. Había ido a gruñir, pero se quedó varios minutos contemplando su asombrosa belleza.

Al fin se apartó.

—Si pudiera separar una cucharadita —pensó—, la podría poner en un tubo de ensayo y analizarla.

Pero ya había tratado de hacer eso. Lo intentó de nuevo, con esperanzas renovadas. Como antes fluyó fácilmente a la cucharilla, pero cuando alzó ésta volvió de nuevo a su piel. Sacó un cuchillo y trató de mantener la pintura en la cucharilla, pero cuando alzó la mano, la pintura se deslizó entre la hoja y la cucharilla como si fuera aceite.

Kilgour decidió que su fuerza no era lo suficientemente grande como para apretar

lo bastante el cuchillo contra el borde de la cucharilla. Se dirigió hacia el almacén. Había allí un cazo con una tapa a presión. Era demasiado redondo y demasiado pequeño; tan sólo podía introducir en su interior un poquito de pintura. Y le llevó más de un minuto el apretar los tornillos de la tapa con una llave inglesa. Pero cuando levantó el cazo y lo abrió, había una cierta cantidad de pintura llenando la parte inferior.

Se sentó apresuradamente en su silla, pues tenía el curioso y desmoralizador presentimiento de que iba a marearse. Su cerebro le daba vueltas por el alivio, y pasaron varios minutos antes de que ni siquiera pudiese pensar en cual iba a ser su siguiente movimiento. Claro está que, lógicamente, lo primero que debía hacer era quitarse toda la pintura por el método que acababa de desarrollar, y seguro que eso iba a ser tremendamente penoso. Pero primero... vertió la pintura en una probeta graduada. Había un poco más de lo que contenía una cucharilla de café.

Estimó que, al menos, en su cuerpo habría el equivalente a unas quinientas de dichas cucharillas, y que le llevaría... se sacó otro cazo, cronometrando el tiempo que le llevaba: un poquito más de dos minutos para cada operación.

¡Mil minutos! ¡Diecisiete horas! Kilgour sonrió tristemente y fue a la despensa. Necesitaría hacer cuatro o cinco comidas durante ese período de tiempo, y ahora mismo lo necesitaba ya. Mientras estaba comiendo, ponderó el problema con la calma de un hombre que ha hallado una solución y que, por lo tanto, puede permitirse el considerar otras posibilidades.

Diecisiete horas era demasiado tiempo. Seguro que, ahora que tenía algo de pintura separada, podría ir a su diminuto laboratorio químico y descubrir una docena de reacciones químicas que le sacasen toda aquella porquería de encima en unos minutos.

Tal vez un laboratorio más grande y más complejo hubiera producido resultados positivos. El suyo era demasiado pequeño. La pintura rehusó reaccionar con cualquiera de los elementos o compuestos que tenía. No se combinaba. No se mezclaba. No ardía. Era inmune a los ácidos y a los metales, y no parecía ser influenciada por nada que usase como catalizador o en cualquier otra forma.

La pintura era inerte. Punto.

—Naturalmente —dijo al fin explosivamente, hablando consigo mismo—. ¿Cómo pude haberlo olvidado? Esta cosa tiene que ser Inalterable con una I mayúscula. Es la Pintura Perfecta.

Empezó a trabajar con el cazo. Logró una maestría con la llave inglesa para atornillar y desatornillar la tapa que le permitió sacarse una cucharadita cada tres cuartos de minuto. Estaba tan ensimismado en mantener la velocidad de la operación, que ya había sacado medio cubo de pintura antes de que le golpease, con una tremenda impresión, el hecho de que seguía teniendo sobre su cuerpo tanta pintura como siempre.

Comenzó a temblar ante los pensamientos que esto le sugería. Enfebrecidamente,

midió la pintura del cubo semilleno. No había dudas: había echado al cubo aproximadamente la misma cantidad de pintura que el recipiente cristalino le había vertido por encima... sin afectar la cantidad existente en su cuerpo.

Una vez aplicada, la pintura definitiva era autorestablecedora.

Apuntó esto al final de la lista de cualidades de la pintura. Entonces se dio cuenta de que estaba sudando a chorros. El sudor formaba glóbulos espumosos sobre las partes no pintadas de su cuerpo. Su cerebro dio un nuevo salto hacia la comprensión. Agarró su libreta de notas y garabateó: «La pintura perfecta es también aislante del calor y del frío».

Al cabo de media hora le resultaba imposible el considerar objetivamente esto último. La pintura cubría casi la mitad de su cuerpo. Su arduo trabajo lo había calentado considerablemente, y se estaba asando con su propio calor animal. Y estaba asustado.

Tengo que salir de aquí, pensó temblorosamente, tengo que hallar una ciudad venusiana y obtener un antídoto para esto.

Ya no le importaba si iba a hacer el ridículo o no.

En un espasmo de pánico, se dirigió hacia el tablero de mandos. Su mano buscó la palanca de lanzamiento pero, en el último instante, se detuvo.

¡El bote! Había dicho: «Contengo pintura». Seguramente también tendría instrucciones para el uso del contenido, y para su eventual eliminación.

—Soy más tonto que un higo —se murmuró para sí mientras corría—. Tendría que haber pensado en eso hace siglos.

El «bote» de cristal yacía en el suelo, donde lo había dejado. Dio un tirón al mismo.

—Contengo un cuarto de pintura —le pensó el bote.

Así que se había echado encima tres cuartos del contenido. Era una cosa importante. Sería necesario no añadirse el resto del esparciento horror que lo estaba envolviendo en una hermética cobertura de líquida brillantez.

Cautelosamente, tomando buen cuidado en no alzar el recipiente del suelo, lo tocó con las manos desnudas. Casi inmediatamente tuvo su primera respuesta:

—Instrucciones: fije los controladores alrededor del área que debe ser pintada, luego aplíquese la pintura. La pintura se secará tan pronto como esté cubierta el área a pintar. Para eliminarla, oprímase el oscurecedor sobre la pintura durante un terard. —El término incomprensible parecía referirse a un corto período de tiempo—. Noten —continuó el pensamiento— que los oscurecedores pueden ser comprados en las tiendas de pinturas o en las droguerías del barrio.



Kilgour pensó furiosamente: ¿Qué les parece?; iré corriendo ahora mismo y obtendré uno.

A pesar de sus mordaces palabras, se sentía asombrosamente mejor. El mundo al que había llegado era un mundo práctico, y no un planeta de pesadilla en el que los seres con diez ojos y ocho patas gemían y aullaban con un instantáneo odio salvaje hacia los exploradores humanos. Una gente que usaba pinturas no lo matarían a simple vista. Esto había sido obvio desde el principio: la inteligencia implica una visión semirracional, un universo organizado y ordenado. Naturalmente, no todas las razas no humanas serían similares a los terrestres, pero esto tampoco significaba nada, ya que los mismos humanos tenían el hábito de no gustarse entre sí.

Si el recipiente y la pintura que contenía eran usados como norma, la civilización de Venus era superior a la del Hombre. Por ello, sus habitantes estarían por encima de

los celos triviales. El lío, fantástico y ridículo, en el que se había metido, quedaba básicamente resuelto por este hecho.

Pero esto no evitaba el que cada vez notase más y más calor bajo su capa de pintura. Era ya hora de que encontrase a un venusiano. Tomó el recipiente, levantándolo con los dedos por debajo. El bote pensó:

—Los ingredientes de la pintura, de acuerdo con las ordenanzas gubernamentales, son:

!?!?! ... 7 %

?!?!? ... 13 %

luz líquida ... 80 %

—¿Luz qué? —preguntó en voz alta Kilgour.

—Advertencia —continuó el pensamiento—: Esta pintura no debe ser acercada a sustancias volátiles.

No había explicación para esto, a pesar de que se quedó a la espera de posteriores pensamientos. Aparentemente, los venusianos sabían lo suficiente sobre las ordenanzas de su gobierno como para obedecerlas sin rechistar. En lo que a él se refería, había tratado de poner a la pintura en contacto con sustancias volátiles, tales como el aguarrás, la gasolina, su combustible para cohetes y un par de otros explosivos. Y no había pasado nada. Si no tenía ninguna motivación, parecía una ordenanza tonta.

Kilgour volvió a dejar el bote, y se dirigió de nuevo al tablero de mandos. Notó suave la palanca de lanzamiento bajo su mano mientras la empujaba, hasta que hizo contacto con un *clic*. Estaba sentado y amarrado, esperando a que la maquinaria automática disparase la potente violencia de los tubos en ignición.

No ocurrió nada.

Tuvo un presentimiento. Empujó la palanca de lanzamiento a su posición inicial y luego volvió a conectar. Y de nuevo no hubo explosión.

Su cerebro daba vueltas. El presentimiento era algo vivo, que pesaba sobre todo su cuerpo. Había devuelto el combustible para cohetes al tanque después de tratar de limpiar con él la pintura de su piel. Tan sólo habían sido unos pocos litros, pero los espacionautas estaban acostumbrados a economizar al máximo. Lo había vuelto a verter, ya que la pintura no había parecido afectarle en lo más mínimo.

«Advertencia, había dicho el bote: esta pintura no debe de ser acercada a sustancias volátiles».

*Esta cosa inerte debía de haber desenergizado los setenta mil litros que aún había en el tanque de combustible que le quedaba.*

Probar de nuevo la radio. Había comenzado a enviar señales cuando estaba a un millón de kilómetros de Venus, y escuchado su receptor, pero el gran vacío había permanecido silencioso. No obstante, los venusianos *debían* de tener una cosa así. Seguro que responderían a una llamada de emergencia.

Pero no lo hicieron. Pasó media hora, y sus llamadas no obtuvieron respuesta. Su

receptor permaneció mudo; ni siquiera llegó estática por ninguna de las longitudes de onda. Estaba solo en un universo de ahogadora, arrinconante, creciente, y locamente coloreada pintura.

Oscurecedor... Luz líquida... Tal vez brillase, y no sólo bajo las luces, así que fue a apagarlas. Con el dedo en el conmutador, se dio cuenta por primera vez de lo oscuro que estaba afuera. Su compuerta estaba abierta y, lentamente, Kilgour fue hasta ella y miró hacia afuera, a una noche que no estaba rota por el brillo de las estrellas. La oscuridad, ahora que había llegado, era intensa. Claro, era por las nubes... las eternas nubes de Venus. A la distancia a que se encontraba de Venus, el Sol era tan brillante durante el día que las nubes eran más bien una protección que, a pesar de todo, no lograba hacer más que atenuar el deslumbrador brillo.

Ahora, de noche, era distinto. Las nubes encerraban al planeta como las paredes y el techo de un cuarto oscuro. Naturalmente, había luz. Ningún planeta cerca de un sol o en medio del universo estrellado podía ser aislado totalmente de la luz y de la energía. Su seleniógrafo estaría probablemente marcando en los centenares de milésimas. Kilgour bajó la vista del cielo y vio que el suelo estaba iluminado por la luz de su pintura. Asombrado, atravesó la puerta, apartándose de la luz interior que surgía por la compuerta. En la oscuridad, hacia un lado, su cuerpo brillaba como un anuncio luminoso, multicolor pero sin significado. Su luz era tan intensa que iluminaba el césped con diseños de radiante color. Sería bello hasta muerto.

Se imaginó a sí mismo derrumbado por el suelo, cubierto de pies a cabeza por la pintura. Eventualmente, los venusianos lo hallarían en este prado solitario. Quizá se preguntasen quién era, de dónde habría venido. Parecía obvio que no tenían viajes espaciales.

¿O los tenían? La mente de Kilgour hizo una pausa en su febril girar. ¿Era posible el que los venusianos hubieran evitado, deliberadamente, el tener contacto con los seres humanos del planeta Tierra?

Su cerebro no podía concentrarse en nada tan poco importante. Volvió a la nave. Había algo, pensó, algo que había querido hacer... no podía recordarlo, a menos que fuera la radio. La encendió. Luego dio un salto hacia atrás cuando oyó una voz mecánica.

—Terrestre —dijo la voz—, ¿estás ahí? Terrestre, ¿estás ahí?

Kilgour agarró el micrófono.

—Sí —gritó finalmente—. Sí, estoy aquí. Y en un lío tremendo. Tienen que venir al momento.

—Sabemos tu desgracia —dijo la voz átona—, pero no tenemos intención de rescatarte.

—¡Eh! —dijo Kilgour, confuso.

—El recipiente de pintura —prosiguió la voz— fue dejado caer desde una nave invisible a la puerta de tu nave unos momentos después de que aterrizaras. Durante unos millares de años nosotros, los que llamáis venusianos, hemos observado con

considerable inquietud el desarrollo de la civilización en el tercer planeta de este sistema solar. Nuestro pueblo no es amante de las aventuras, ni se conoce una sola guerra en nuestra historia escrita. Esto no quiere decir que la lucha por la supervivencia no haya sido amarga. Pero tenemos un metabolismo mucho más lento. Hace mucho tiempo que nuestros psicólogos decidieron que los viajes espaciales no eran adecuados para nosotros.

»Por tanto, nos hemos concentrado en el desarrollo de una forma de vida puramente venusiana, así que cuando tu nave se aproximó a la atmósfera venusiana nos vimos enfrentados a la necesidad de decidir bajo qué condiciones estableceríamos relaciones con los seres humanos. Nuestra decisión fue dejar el recipiente de pintura donde pudieras encontrarlo. Si no te hubieras visto envuelto por la pintura, habríamos hallado algún otro método de ponerte a prueba.

»Sí, has oído correctamente. Has estado y estás siendo sometido a una prueba. Parece que estás fallando, lo cual es penoso, ya que significa que a todos los humanos de tu nivel de inteligencia o inferior les será prohibido el acceso a Venus. Ha sido muy difícil el preparar un test para una raza extraña. Y por tanto, a menos que logres salir con bien de la prueba, deberás morir, para que así los que vengan después tuyo puedan ser sometidos a ese test o a otros similares sin saber que están siendo probados, lo cual constituye para nosotros un requisito primario. Nuestra intención consiste en encontrar a un ser humano que pueda pasar la prueba a la que le sometamos, tras lo cual lo examinaremos con nuestros instrumentos, y usaremos los datos obtenidos para establecer una medida para los futuros visitantes a Venus. Todos aquellos cuya inteligencia sea la misma o superior a la del que haya tenido éxito podrán venir, si lo desean, a nuestro planeta. Ésta es nuestra decisión inalterable.

»Asimismo, la persona probada debe ser capaz de salir de Venus sin nuestra ayuda. Podrás comprender el por qué de esto. Más tarde, ayudaremos a los humanos a que mejoren sus espacionaves. Estamos hablándote a través de una máquina sonora. Los pensamientos simples del bote fueron grabados con gran dificultad por una complicada máquina de pensamientos. Es muy difícil establecer comunicación con un cerebro no venusiano. Pero ahora adiós. Y, aunque pueda parecerte raro, aún te deseamos suerte.

Se oyó un chasquido. Todo el trasteo que intentó a continuación Kilgour con el aparato no logró producir más sonidos.

Se sentó, con las luces de la nave apagadas, esperando la muerte. No era una espera estoica, todo su cuerpo palpitaba con deseos de vivir. ¡Un oscurecedor! ¡En el nombre de todos los dioses, ¿qué podría ser eso?!

La pregunta no era nueva para Kilgour. Durante una hora había estado sentado en una habitación convertida en algo fantástico por el deslumbrante colorido que surgía de su cuerpo pintado. Revisaba su libro de notas, volviendo a estudiar frenéticamente los datos que poseía.

Una pintura perfecta hecha de... ochenta por ciento de luz líquida. La luz era la



luz; por lo tanto el líquido debía seguir las mismas leyes que el rayo. ¿O no? Y en este caso, ¿qué? Una pintura perfecta capaz de... su mente rehusó volver a repasar la lista de las cualidades. Se notaba enfermo, y una y otra vez tuvo que luchar contra la náusea.

Tenía tanto calor... era como si tuviera fiebre. Había metido sus pies en un barreño de agua fría; lo había hecho con la teoría de que, si su sangre tenía un área fría por la que circular, no comenzaría a hervir.

En realidad, sabía que no había mucho peligro de que su temperatura se elevase por encima del punto actual, casi insoportable. Tenía que haber algo así como un límite al calor animal, particularmente desde que se había dado cuenta de que lo mejor era que se limitase a cápsulas de vitaminas y que se apartase de las calorías. El más grave peligro era que, con su cuerpo cubierto por la pintura, sus poros se vieses imposibilitados de respirar. La muerte seguiría a esto, aunque Kilgour no sabía cuán rápidamente.

Esta ignorancia no le daba ningún consuelo mental. Sin embargo, le parecía raro el que, ahora que estaba, aunque relucientemente, esperando la muerte, ésta tardase tanto en llegar. Este pensamiento hizo que abandonase su creciente incoherencia. ¿Tardase tanto? Se puso en pie de un salto. Porque *realmente* tardaba. Fue corriendo hasta el espejo del cuarto de baño. Con una excitación asombrada miró a su imagen.

La pintura cubría todavía tan sólo la mitad de su cuerpo. No se había extendido durante la pasada hora. *La pasada hora, durante la cual había estado sentado en la oscuridad, iluminado tan sólo por la luz de la pintura.*

La pintura, observó con cuidado, no había perdido terreno. Todavía cubría la mitad de su cuerpo, aunque realmente esto era algo natural. Estaba hecha para sobrevivir a la oscura noche venusiana. Sin embargo, ¿suponiendo que se introdujese en la más profunda oscuridad de su depósito vacío de combustible, que estaba aislado contra toda clase de energía?

Durante media hora permaneció en el interior del tanque; luego salió de nuevo, tembloroso pero aún con una firme determinación. La oscuridad absoluta debía ser la solución, pero algo vital se le estaba escapando. Parecía obvio el que, si la oscuridad fuera por sí sola suficiente, entonces el combustible en su tanque lleno tendría que haberse limpiado ya de los efectos de la pintura. Probó la palanca de lanzamiento, y no hubo explosión. Tenía que haber algo más.

El problema, pensó Kilgour, es absorber el ochenta por ciento de luz líquida mediante la suficiente oscuridad, o por cualquier otro medio. Pero es casi imposible hallar una oscuridad más negra que la que hay dentro de aquel tanque. Está aislado contra energías externas. Así que, ¿qué es lo que está mal?

¡El aislamiento! Eso era. La luz de la pintura se reflejaba simplemente en las paredes, y era reabsorbida por la misma pintura. No había ningún lugar por el cual pudiera escapar la luz. Solución: quitar el aislamiento.

No, esto no era correcto. La excitación de Kilgour bajó de tono. Con el

aislamiento fuera la luz escaparía, de acuerdo, pero las energías externas se introducirían para reemplazar la cantidad eliminada. No obstante, lo mejor era probar eso.

Lo hizo, y resultó cierto. Salió tan cubierto por la pintura como siempre.

Estaba allí, hundido en la desesperación, cuando de pronto la solución golpeó su mente.

Un mes después, de regreso a la Tierra, Kilgour tropezó con las señales radiales de otra nave que se acercaba a Venus. Explicó lo que le había ocurrido. Terminó:

—Así que no tendrán problemas para aterrizar. Los venusianos les darán las llaves de sus multicolores ciudades.

—¡Pero un momento! —fue la asombrada respuesta—. Creo que usted dijo que tan sólo permitirían aterrizar a las personas cuya inteligencia sea igual o mayor que la del individuo que tuviese éxito en su test. Debe usted haber sido un chico brillante para haberlo conseguido, pero nosotros somos tan sólo un puñado de tontos. Por tanto ¿qué hay con los demás?

—Tendrán toda la suerte del mundo —respondió alegremente Kilgour—. Y me refiero a Venus. Como la mayor parte de los espacionautas, nunca me destaqué por mi C. I. Mi punto fuerte —concluyó modestamente—, ha sido siempre la fuerza, la astucia y el espíritu de aventura. Ya que soy la norma con que se medirá la entrada, me atrevería a decir, haciendo una estimación conservativa, que al menos el noventa y nueve por ciento de la raza humana puede ahora visitar Venus.

—Pero...

Kilgour lo cortó de nuevo.

—No me pregunten por qué su test era tan simple; tal vez lo comprendan cuando los vean —arrugó el entrecejo—. Amigo, no le van a gustar los venusianos. Pero una mirada a sus cuerpos, con esa multitud de patas y de brazos, le dará una idea de lo que querían decir cuando me dieron a entender lo difícil que era imaginar pruebas para mentes extrañas. Y, para acabar. ¿Tienen alguna pregunta más?

—Sí. ¿Cómo se sacó esa pintura?

Kilgour sonrió.

—Con células fotoeléctricas y sal de bario. Metí una bancada de células fotoconvertidoras y una batería de bario dentro del tanque, conmigo. Absorbieron la luz de la pintura. El resto, un polvo fino de color marrón, cayó al suelo; y fui de nuevo un hombre libre. Volví a reenergizar el combustible para cohetes en la misma forma —rió alegremente—. ¡Adiós! Ya nos veremos. Tengo a bordo una carga que debe ser vendida.

—¡Una carga! ¿De qué?

—Pintura. Miles de botes de maravillosa pintura. La Tierra vivirá para siempre en la belleza. Yo tengo los derechos exclusivos.

Las dos naves se cruzaron en la noche del espacio, cada cual hacia su respectivo destino.

Título original:

A CAN OF PAINT

© 1944, *Street and Smith Publications, Inc.*, by arrangement with *Panorama Literary Agency*

Traducción de M. Sobreviela

# ARENA

FREDRIC BROWN

Fredric Brown es un escritor grandemente prolífico, aunque desgraciadamente para los aficionados a la ciencia ficción la mayor parte de sus obras pertenecen al género de misterio y a la «serie negra». Su especialidad son los cuentos ultracortos, con los que ha formado ya varios volúmenes, entre los que cabe citar «Star shine» y «Nightmares & Geezenstacks» (en español este último con el título de «Pesadillas y Geezenstacks»). No obstante, también ha escrito varias novelas, como la inolvidable «Universo de locos» y la inefable «Marciano vete a casa», y relatos largos como este «Arena», que creemos que no necesita más comentario que su propia lectura.

ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ y ADOLFO USERO ABELLÁN

Carson abrió sus ojos y se quedó mirando hacia arriba, a la fluctuante penumbra azulada.

Hacía calor, y se hallaba echado en la arena. Una aguda roca semienterrada se le clavaba en la espalda. Giró sobre sí mismo, apartándose de ella, y luego se incorporó hasta quedar sentado.

—Estoy loco —pensó—. Loco... o muerto... o algo así.

La arena era de color azul brillante. Y no había arena azul brillante ni en la Tierra ni en ninguno de los planetas.

*Arena azul.*

Arena azul bajo una cúpula azul que ni era el cielo ni una habitación, sino un área cerrada. En alguna forma sabía que era finita y cerrada, aunque no pudiera ver sus límites.

Cogió un puñado de arena y la dejó deslizarse por entre sus dedos. Se desparramó sobre su pierna desnuda. *¿Desnuda?*

Desnuda. Estaba totalmente desnudo, y su cuerpo estaba ya empapado en sudor debido al enervante calor. Las partes del mismo que habían estado en contacto con la arena aparecían cubiertas por una capa azul.

Pero el resto de su cuerpo se veía blanco.

Pensó: Entonces, esta arena es realmente de color azul. Si pareciese azul tan sólo porque lo es la luz, entonces yo también parecería ser de color azul. Pero yo soy blanco, así que la arena es azul. *Arena azul.* No existe arena azul. No existe ningún lugar parecido a éste en que estoy.

El sudor le llenaba los ojos.

Hacía calor, más calor que en Hades. La única diferencia era que Hades, el Hades de los antiguos, se suponía de color rojo y no azul.

Pero, si este lugar no era Hades, ¿qué lugar era? Tan sólo Mercurio, de entre los

planetas, tenía una temperatura como ésta, y esto no era Mercurio. Además, Mercurio estaba a varios miles de millones de kilómetros de...

Entonces recordó donde había estado. En la pequeña nave exploradora monoplaza, más allá de la órbita de Plutón, reconociendo el espacio a dos millones de kilómetros hacia un lado de la Armada Terrestre alineada en formación de combate para interceptar a los Intrusos.

Aquel repentino y estremecedor sonido de la alarma cuando el aparato de reconocimiento enemigo, el navío Intruso, había entrado en el radio de acción de los detectores...

Nadie sabía quienes eran los Intrusos, ni cual era su apariencia, ni siquiera de qué lejano sistema venían. Tan sólo se sabía que se hallaba en la dirección general de las Pléyades.

Primero, escaramuzas aisladas contra los puestos avanzados y las colonias de la Tierra. Batallas aisladas entre patrullas terrestres y pequeños grupos de navíos Intrusos; batallas que unas veces eran ganadas y otras perdidas, pero nunca hasta ahora habían producido la captura de una nave enemiga. Ni tampoco había sobrevivido ningún miembro de una colonia atacada para poder describir a los Intrusos que hubieran salido de sus naves, si es que alguna vez habían salido.

Al principio no se había tratado de una amenaza demasiado seria, porque los ataques no habían sido ni muy numerosos ni muy destructivos. E, individualmente, sus navíos habían resultado ser ligeramente inferiores en armamento a los mejores navíos de combate terrestres, si bien algo superiores en velocidad y maniobrabilidad. De hecho, tenían la suficiente velocidad adicional como para dar a los Intrusos la posibilidad de elegir entre escapar o presentar combate, excepto cuando se lograba rodearlos.

No obstante, la Tierra se había preparado para dificultades serias, para un combate definitivo, construyendo la armada más grande de todos los tiempos. Durante un largo tiempo, esta armada había estado esperando, pero ahora el combate definitivo estaba cercano.

Los exploradores situados a treinta mil millones de kilómetros hacia el exterior del sistema habían detectado la aproximación de una poderosa flota, una flota para el combate decisivo, de los Intrusos. Esas naves de reconocimiento jamás habían regresado, pero sus mensajes radiotrónicos si habían llegado. Y, ahora, la Armada Terrestre, con sus diez mil navíos y medio millón de tripulantes, se hallaba allí, más allá de Plutón, esperando realizar la interceptación y combatir hasta el fin.

Y, juzgando por los informes de los hombres que en la línea de centinela avanzada habían dado sus vidas por obtenerlos, iba a tratarse de una batalla de resultados imprevisibles, dado el tamaño y la fuerza de la flota Intrusa.

Era una batalla por la supervivencia, con el destino del sistema solar pendiente de

su resultado, un resultado incierto. Una última y desesperada posibilidad de supervivencia para la Tierra y sus colonias, pues si los Intrusos rompían las defensas...

Oh, sí, Bob Carson lo recordaba ya todo.

No es que esto explicara la arena azul ni la fluctuante penumbra, pero sí el estridente sonido de la alarma y su salto hacia los mandos. Su nervioso apresuramiento mientras se sujetaba al sillón. El punto en la pantalla detectora que se hacía más grande.

La sequedad de su garganta. El aterrador presentimiento de que había llegado la hora. Por lo menos *su* hora, aunque las flotas estuviesen aún alejadas una de la otra.

Éste era su bautismo de fuego. En tres segundos o menos habría vencido, o sería un puñado de cenizas. Muerto.

Tres segundos, esto era lo más que duraba una batalla espacial. El tiempo suficiente para contar hasta tres, lentamente, y entonces uno había vencido o estaba muerto. Un solo impacto era suficiente para destruir un monoplaza ligeramente armado y blindado como la nave en que se hallaba.

Frenéticamente, mientras sus labios resecos formaban inconscientemente la palabra «Uno», manejó los mandos para mantener el punto que se agrandaba centrado en la mira de la pantalla detectora. Mientras sus manos hacían esto, su pie derecho se colocaba sobre el pedal que dispararía la descarga. La descarga de energía con la que necesariamente tenía que alcanzar a su enemigo, pues no habría tiempo para un segundo disparo.

«Dos». Tampoco se dio cuenta de que pronunciaba esto. El punto en la pantalla ya no era un punto. Hallándose a tan sólo unos pocos millares de kilómetros, aparecía aumentado por la pantalla como si se encontrara a unos centenares de metros. Era una rápida nave exploradora, aproximadamente del mismo tamaño que la suya.

Y, sí, se trataba de una nave enemiga.

«Tr...». Su pie tocó el pedal de disparo...

Y entonces el Intruso cambió repentinamente de rumbo, saliendo del punto de mira. Carson apretó botones con frenesí, tratando de seguirlo.

Durante la décima parte de un segundo desapareció completamente de la pantalla. Luego, al ir girando la proa de su nave, lo volvió a localizar, picando directamente hacia el suelo.

*¿El suelo?*

Aquel planeta, o lo que fuera, que ahora llenaba la pantalla debía ser una ilusión óptica. *Tenía* que serlo. Fuera lo que fuese, no podía estar allí. De ninguna manera. El planeta más cercano era Neptuno, y se hallaba a cuatro mil millones de kilómetros. Plutón, por su parte, se hallaba en el lado opuesto del distante Sol.

Sus detectores no habían señalado ningún objeto de dimensiones planetarias, ni siquiera del tamaño de un asteroide. Los comprobó y seguían igual.

Así que aquel fuera lo que fuese hacia el que estaba cayendo en picado, con tan

sólo unos pocos cientos de kilómetros de distancia entre su nave y el suelo, no podía estar allí.

En su repentina ansiedad por evitar el estrellarse, se olvidó hasta de la nave enemiga. Disparó los retrocohetes de freno, y en el mismo momento en que el repentino cambio de velocidad lo aplastaba contra las correas de sujeción de su asiento accionó los cohetes de estribor para conseguir un giro de emergencia, Presionó los botones de disparo y los mantuvo así, pues sabía que ese giro tan repentino le ocasionaría un desmayo momentáneo.

Perdió el sentido.

Y eso fue todo. Ahora se encontraba sentado en la tórrida arena azul, desnudo pero indemne. No se veía rastro de su espacionave, ni tan siquiera del espacio. Esa curva que se extendía por encima suyo, fuera lo que fuese, no era el cielo.

Se puso de pie.

La gravedad parecía ser algo superior a la de la Tierra. No muy superior.

La llanura de arena se extendía ininterrumpidamente a su alrededor. Aquí y allí se veían unos arbustos macilentos. Los arbustos también eran azules, pero sus tonalidades variaban. Algunos eran de tonalidad más clara que la arena y otros más oscuros.

Un pequeño animal similar a un lagarto, que tenía más de cuatro patas, salió corriendo del matorral más cercano. También era azul. Azul brillante. Lo vio y regresó corriendo al matorral.

Carson volvió a mirar hacia arriba, tratando de averiguar qué era lo que había allí. No se trataba exactamente de un techo, pero tenía forma de cúpula. Fluctuaba y era difícil fijar la vista en él, pero se apreciaba claramente como se curvaba hacia el suelo de arena azul.

No estaba muy lejos del centro de la cúpula. Aproximadamente debía haber un centenar de metros de distancia hasta la pared más cercana, si es que era una pared. Era como si un hemisferio azul de *algo*, de una circunferencia aproximada de doscientos cincuenta metros, estuviese puesto boca abajo sobre la arena.

Y todo en su interior era azul. Todo excepto un objeto. Cerca de un distante punto de la pared curvada había un objeto rojo. Más o menos esférico, semejaba tener un diámetro de un metro. Se hallaba demasiado lejos para poderlo ver claramente a la fluctuante luz azul, pero sin poderse explicar por qué se estremeció.

Se enjugó el sudor de su frente, o al menos trató de hacerlo, con el dorso de la mano.

¿Era todo un sueño, una pesadilla: este calor, esta arena, este vago sentimiento de horror que experimentaba al mirar a la cosa roja?

¿Un sueño? No, uno no se echa a dormir ni sueña en medio de una batalla espacial.

¿La muerte? No, nunca. La vida inmortal no puede ser algo sin sentido como esto, a base de calor azul, arena azul y horror rojo.

Entonces oyó la voz...

La oyó dentro de su cabeza, y no con sus oídos. Venía de todas partes y de ninguna parte.

—*Errando a través de los espacios y las dimensiones* —resonaron las palabras en su mente—, *en este espacio y en este tiempo he hallado a dos pueblos a punto de entablar un combate que exterminaría a uno de ellos y debilitaría tanto al otro que lo haría retrogradar y no llegar nunca a completar su destino, sino que caería en la decadencia y volvería al polvo irracional del que proviene. Y yo digo que esto no debe suceder.*

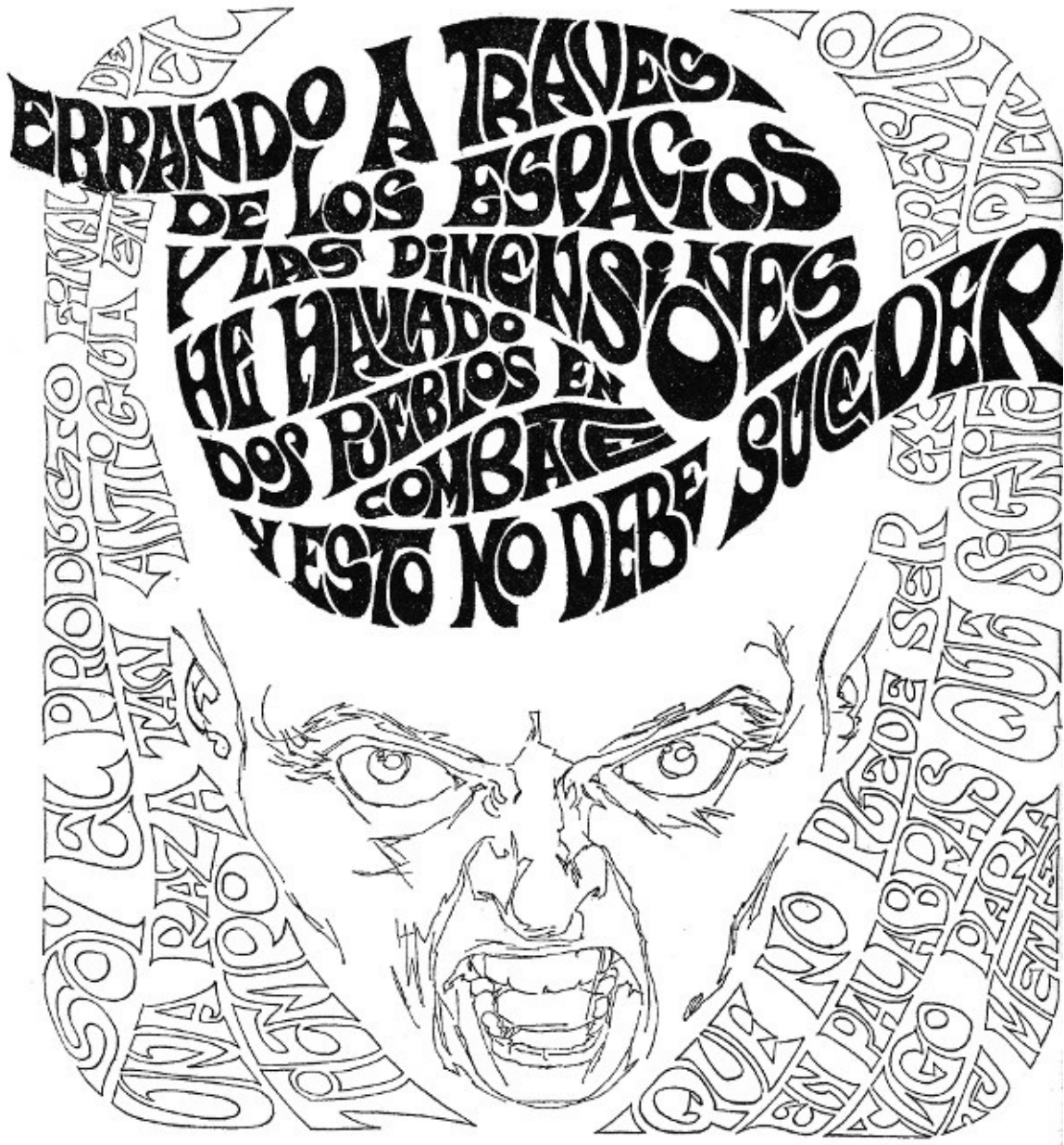
—¿Quién... qué es usted? —Carson no lo dijo en voz alta, pero la pregunta se formó en su mente.

—*No lo comprenderías en absoluto. Soy...* —Hubo una pausa como si la voz buscara, en el cerebro de Carson, una palabra que no estaba allí, una palabra que no conocía—. *Soy el producto final de la evolución de una raza tan antigua en el tiempo que no puede ser expresado en palabras que signifiquen algo para tu mente. Una raza fundida en una sola entidad, eterna... Una entidad tal como tu primitiva raza podría llegar a ser* —de nuevo la búsqueda de una palabra— *en los tiempos venideros. Lo mismo podría ocurrirle a la raza a la que llamas, en tu mente, los Intrusos. Así que intervengo en la batalla que está por librarse, la batalla entre flotas tan parejas que de ella resultaría la destrucción de ambas razas. Una debe sobrevivir. Una debe progresar y evolucionar.*

—¿Una? —pensó Carson—. ¿La mía o...?

—*Está dentro de mis poderes el detener la guerra, el devolver a los Intrusos a su sistema, pero volverían, o tu raza los seguiría más pronto o más tarde hasta allí. Tan sólo permaneciendo en este espacio y tiempo para intervenir constantemente podría evitar que os destruyerais los unos a los otros, y no puedo permanecer. Así que intervendré ahora. Destruiré completamente una flota sin pérdidas para la otra. Así, una civilización sobrevivirá.*





Pesadilla. Esto tenía que ser una pesadilla, pensó Carson. Pero sabía que no lo era.

Era demasiado descabellado, demasiado imposible para ser otra cosa que la realidad.

No se atrevía a hacer la pregunta: *¿cuál?*, pero sus pensamientos lo hicieron por él.

—*La más fuerte sobrevivirá*— dijo la voz—. *Esto es algo que no puedo, ni quiero, cambiar. Tan sólo intervendré para hacer que sea una victoria total, no —de nuevo la búsqueda— no una victoria pírrica para una raza agotada.*

»*De los límites de la futura batalla seleccioné a dos individuos: a tú y a un Intruso. Veo en tu mente que en tu historia primitiva, cuando existían naciones, no eran desconocidos los combates entre campeones para decidir las disputas entre los pueblos.*

»*Tú y tu oponente os halláis aquí, enfrentados el uno contra el otro, desnudos y*

*desarmados, bajo condiciones igualmente extrañas para ambos, igualmente molestas para ambos. No hay límite de tiempo, porque aquí no hay tiempo. El sobreviviente es el campeón de su raza. Esa raza sobrevivirá.*

—Pero... —la protesta de Carson era demasiado inarticulada para ser expresada, pero la voz la contestó.

—*Es justo. Las condiciones son tales que el simple uso de la fuerza física no puede decidir completamente el resultado. Hay una barrera. Ya lo comprenderás. La inteligencia y el valor serán más importantes que la fuerza. Sobre todo el valor, que es el deseo de sobrevivir.*

—Pero, mientras esto tiene lugar, las flotas...

—*No, estáis en otro espacio, en otro tiempo. Mientras os halléis aquí el tiempo está detenido en el universo que conocéis. Veo que te preguntas si este lugar es real. Lo es, y no lo es. Al igual que, para tu comprensión limitada, yo soy y no soy real. Mi existencia es mental y no física. Me viste como un planeta; pero podría haber sido como una mota de polvo o como un sol.*

»*Pero para ti este lugar es, ahora, real. Lo que aquí te ocurra será real. Y si mueres aquí, tu muerte será real. Si mueres, tu fracaso será el fin de tu raza. Con esto ya sabes lo suficiente.*

Y, entonces, la voz cesó.

De nuevo estaba solo, pero no estaba solo. Porque cuando miró, Carson vio a la cosa roja, a la esfera de horror rojo que ahora sabía que era un Intruso, y que ahora estaba rodando hacia él.

Rodando.

Parecía no tener ni brazos ni piernas visibles, ni rasgos físicos apreciables. Rodaba por la arena azul con la fluida rapidez de una gota de mercurio. Y, ante ella, le precedía una onda paralizante de nauseabundo, repugnante y hórrido odio.

Carson miró frenético a su alrededor. Una piedra que estaba sobre la arena, a su lado, era lo más aproximado a un arma. No era grande, pero tenía bordes afilados, como un fragmento de sílex. Parecía ser sílex azul.

La cogió y se agachó, esperando el ataque. Llegaba rápido, mucho más rápido de lo que él podía correr.

No había tiempo para pensar en como iba a combatirlo y, en cualquier forma, ¿cómo podía planear la forma de enfrentarse con un ser cuyas características, cuya fuerza y cuyos métodos de lucha desconocía? Rodando tan aprisa parecía, más que nunca, una perfecta esfera.

Diez metros de distancia. Cinco. Y entonces se detuvo.

Mejor dicho, fue *detenida*. Abruptamente, el lado más cercano de la esfera se aplanó como si hubiese chocado contra una pared invisible. Rebotó, realmente rebotó hacia atrás.

Entonces rodó de nuevo hacia adelante, pero más lentamente, con más cautela. Se detuvo en el mismo lugar. Lo intentó de nuevo, esta vez a unos metros hacia un lado.

Había alguna clase de barrera. Entonces recordó aquel pensamiento proyectado en su mente por la Entidad que los había traído allí: «... *el simple uso de la fuerza física no puede decidir completamente el resultado. Hay una barrera*».

Un campo de fuerza, naturalmente. No el Campo Netziano, conocido ya por la ciencia terrestre, pues aquél brillaba y emitía un sonido chirriante. Éste, en cambio, era invisible y silencioso.

Era una pared que llegaba de un lado a otro del hemisferio invertido; Carson no tenía necesidad de verificarlo personalmente.

Carson dio media docena de pasos hacia adelante, con su mano izquierda extendida por delante, hasta que tocó la barrera. Se notaba lisa y un tanto flexible, más similar a una pared de goma que a una lámina de cristal. Cálida al tacto, pero no más que la arena que pisaba. Y era completamente invisible, aún de cerca.

Dejó caer la piedra y empujó con ambas manos. Pareció ceder un poco, pero tan sólo un poco, aunque estaba empujando con todo el peso de su cuerpo. Era como una pared de goma tras la que hubiese otra de acero. Una cierta flexibilidad y después una firmeza impenetrable.

Se alzó de puntillas y tanteó tan alto como pudo. La barrera aún se extendía.

Vio como el Esferoide volvía, habiendo alcanzado un lado de la arena. Aquel sentimiento de náusea golpeó de nuevo a Carson, por lo que dio un pasó atrás, alejándose de la barrera, mientras pasaba. No se detuvo.

¿Terminaba la barrera al nivel del suelo? Carson se arrodilló y escarbó en la arena. Era blanda, ligera, fácil de excavar. A medio metro de profundidad la barrera continuaba.

El Esferoide volvía de nuevo. Obviamente no había podido hallar un paso por ningún lado.

Tiene que haber una forma de pasar, —pensó Carson—. Alguna forma en que podamos enfrentarnos, o de lo contrario este duelo no tiene sentido.

Pero no había prisa en encontrarlo. Había que probar otra cosa antes. El Esferoide había regresado, y se detuvo al otro lado de la barrera, tan sólo a dos metros de distancia. Parecía estarle estudiando, aunque por más que se esforzase Carson no podía hallar evidencia de órganos sensoriales en su exterior. Nada que semejase ser ojos, orejas o siquiera una boca. Tan sólo tenía, ahora podía verlos, una serie de surcos, quizás una docena; y de repente vio surgir dos tentáculos de otros tantos surcos, y hundirse en la arena como probando su consistencia. Tentáculos de un par de centímetros de diámetro y medio metro de largo.

Los tentáculos se retraían al interior de los surcos y permanecían allí excepto cuando eran utilizados. Permanecían retraídos cuando la cosa rodaba y no semejaban tener nada que ver con su sistema de locomoción. Éste, por lo que Carson podía inferir, tal vez se realizara desplazando su centro de gravedad, aunque no tenía forma de imaginarse *como* podía llevarse a cabo esta operación.

Se estremeció mientras contemplaba la cosa. Era extraña, absolutamente extraña,

horriblemente diferente de cualquier cosa existente en la Tierra o de cualquiera de las formas de vida halladas en los otros planetas del Sol. Instintivamente, en alguna manera, sabía que su mente era tan extraña como su cuerpo.

Pero tenía que probar. Si no tenía ninguna clase de poderes telepáticos, la tentativa estaba predestinada al fracaso, y sin embargo pensaba que tenía esos poderes. En cualquier forma, había notado la proyección de algo que no era físico hacía algunos minutos, en el momento en que, por primera vez, se había lanzado contra él. Una ola, casi tangible, de odio.

Si podía proyectar esto quizás pudiera también leer su mente, al menos lo suficiente como para lograr su propósito.

Deliberadamente, Carson tomó la roca que había sido su única arma y luego la lanzó en un gesto de renuncia, alzando sus manos vacías con las palmas hacia arriba ante él.

Habló en voz alta, sabiendo que aunque sus palabras no tendrían significado para el ser que se hallaba ante él, al pronunciarlas daría mayor énfasis a su propio pensamiento sobre el mensaje.

—¿No puede haber paz entre nosotros? —dijo, con su voz resonando extrañamente en el completo silencio—. La Entidad que nos trajo aquí nos ha dicho lo que ocurrirá si nuestras razas combaten. Extinción de una de ellas y debilitamiento y regresión de la otra. La batalla entre ambas, dijo la Entidad, depende de lo que hagamos aquí. ¿Por qué no podemos convenir una paz externa; tu raza en tu sistema, la mía en el nuestro?

Carson procuró dejar en blanco su mente para recibir una respuesta.

Llegó, y le hizo retroceder físicamente. De hecho dio varios pasos hacia atrás, impelido por el profundo horror que le causaba la consistencia e intensidad del odio y los deseos de matar contenidos en las imágenes rojas que le habían sido proyectadas. No como palabras articuladas, tal como le habían llegado los pensamientos de la Entidad, sino como ola tras ola de furiosa emoción.

Por un momento que pareció una eternidad tuvo que luchar contra el impacto mental de ese odio, luchar para desecharlo de su mente y para arrojar de ella los pensamientos extraños a los que él mismo había dado paso al dejar en blanco su mente. Deseaba vomitar.

Lentamente su mente se clarificó, al igual que lo hace la de alguien que se despierta de una pesadilla y se libera del tejido de horrores que el sueño ha hilado. Su respiración era jadeante y se sentía débil, pero podía pensar.

Se quedó estudiando al Esferoide. Había estado inerte durante el duelo mental en el que casi había vencido. Ahora rodó hacia un lado hasta el más próximo de los matorrales azules. Tres tentáculos surgieron de sus surcos y comenzaron a investigar el arbusto.

—Bien —dijo Carson—, entonces será la guerra. —Esbozó una sonrisa—. Si he comprendido tu respuesta, la paz no te atrae.

Y, como después de todo era un hombre joven, no pudo resistir el impulso hacia el drama y añadió:

—¡A muerte!

Pero su voz, en el silencio total, sonaba estúpida aún para él mismo. Y entonces se dio cuenta de que realmente *era* a muerte. No sólo a su propia muerte o a la de la esférica cosa roja, a la cual llamaba ahora el Esferoide, sino a muerte de una de las dos razas. La muerte de la raza humana si era él el que fallaba.

Repentinamente se sintió muy humilde y hasta temeroso de pensar en ello. Más que de pensarlo, de saberlo. En alguna manera, con un conocimiento superior a la simple fe, sabía que la Entidad que había preparado aquel duelo había dicho la verdad acerca de sus intenciones y sus poderes. No había estado bromeando.

El futuro de la humanidad dependía de *él*. Era terrible darse cuenta de eso, por lo que lo apartó de su mente. Tenía que concentrarse en la situación presente.

Tenía que haber alguna forma de atravesar la barrera, o de matar a través de la misma.

¿Mentalmente? Esperaba que no fuese así, porque obviamente el Esferoide tenía unos poderes telepáticos más fuertes que los primitivos y aún sin desarrollar de la raza humana. ¿O no era así?

Había sido capaz de arrojar los pensamientos del Esferoide de su mente; ¿podría hacerlo éste? Si su habilidad para proyectar era mayor, ¿no sería su mecanismo receptivo más vulnerable?

Lo miró y trató de concentrarse y enfocar en él sus pensamientos.

—*Muere* —pensó—. *Vas a morir. Estás muriéndote. Estás...*

Probó con variaciones del mismo tema, y con imágenes mentales. El sudor corría por su frente y comenzó a temblar por la intensidad de sus esfuerzos. Pero el Esferoide continuó con su investigación del matorral, sin parecer afectado en lo más mínimo, tal como si Carson hubiera estado recitando la tabla de multiplicar.

Así que *esto* no servía.

Se sentía un tanto débil y mareado por el calor y su agotador esfuerzo de concentración. Se sentó en la arena azul para descansar y concentró toda su atención en contemplar y estudiar el Esferoide. Quizás con un estudio detenido pudiera juzgar su fuerza y detectar sus debilidades, aprender cosas que pudieran ser valiosas para el momento en que pudiesen enfrentarse físicamente.

Estaba rompiendo ramitas. Carson lo contemplaba cuidadosamente, tratando de juzgar lo que le costaba hacerlo. Más tarde, pensaba, buscaría un arbolillo similar en su propio lado y rompería a su vez ramas del mismo grosor, para así lograr una comparación entre la fuerza física de sus propios brazos y manos y la de aquellos tentáculos.

Las ramas de los arbustos eran difíciles de romper. Veía que el esferoide tenía que esforzarse con cada una. Cada tentáculo se bifurcaba en su extremidad formando dos dedos, cada uno de ellos terminado en una uña o garra. Las garras no parecían ser

particularmente largas o peligrosas. Sus propias uñas serían iguales si las dejase crecer un poco.

No, en su totalidad no parecía demasiado duro para enfrentársele físicamente. A menos, claro está, que el arbusto estuviera hecho de un material particularmente resistente. Carson miró a su alrededor y vio que allí mismo había otro de características similares.

Se aproximó y partió una rama. Era frágil y fácil de romper. Naturalmente, quizá el Esferoide hubiera estado simulando deliberadamente, pero no lo creía.

Por otra parte, ¿dónde era vulnerable? ¿Cómo lo iba a matar si es que tenía la oportunidad? Volvió a estudiarlo. El pellejo externo parecía bastante duro. Necesitaría alguna clase de arma afilada. Volvió a coger el trozo de roca. Tenía unos treinta centímetros de largo, era estrecho y bastante aguzado por una extremidad. Si se astillaba como el sílex podría hacer de ella un buen cuchillo. El Esferoide continuaba investigando los matorrales. Rodó de nuevo, hasta el más cercano de otro tipo. Un pequeño lagarto azul, multipédico, como el que Carson había visto en su lado de la barrera, salió disparado del matorral.

Un tentáculo del esferoide se distendió de un golpe y lo asió, alzándolo. Otro tentáculo surgió y comenzó a arrancar las patas del lagarto con la misma calma y frialdad con que había arrancado las ramas del arbusto. El animalillo se debatía frenéticamente, y emitía un agudo chillido que era el primer sonido que Carson había oído aparte del de su propia voz.

Carson se estremeció y deseó apartar sus ojos, pero se obligó a continuar mirando. Cualquier cosa que pudiera aprender acerca de su oponente podía ser valiosa. Hasta el conocimiento de su innecesaria crueldad. Particularmente, pensó en un súbito arrebató emocional, el conocimiento de esta innecesaria crueldad. Sería un placer matar a la cosa, si y cuando llegara la oportunidad.

Se endureció, obligándose a contemplar el descuartizamiento del lagarto por esa misma razón.

Se quedó tranquilo cuando, perdidas la mitad de sus patas, el lagarto dejó de chillar y de debatirse y quedó inerte y muerto entre los tentáculos del Esferoide.

No continuó con el resto de las patas. Despreciativamente, lo arrojó en dirección a Carson. Describió un arco a través del aire y cayó a sus pies.

¡Había atravesado la barrera! ¡La barrera ya no estaba allí!

Carson se alzó de un salto, con el cuchillo fuertemente asido en la mano, y saltó hacia adelante. ¡Acabaría con este asunto aquí y ahora! Habiendo desaparecido la barrera...

Pero no había desaparecido. Se dio cuenta de ello en la peor manera posible, dándose de cabeza contra ella y casi perdiendo el sentido. Rebotó y cayó.

Mientras se sentaba, tratando de aclarar su cabeza, vio algo que atravesaba el aire dirigiéndose hacia él, y para evitarlo se dejó caer de nuevo sobre la arena, hacia un lado. Logró apartar su cuerpo, pero notó un agudo dolor en la pantorrilla de su pierna

izquierda.

Rodó sobre sí mismo, hacia atrás, ignorando el dolor e irguiéndose sobre sus piernas. Era una roca, ahora lo veía, lo que le había golpeado. Y el Esferoide estaba cogiendo otra, balanceándola hacia atrás entre dos tentáculos, preparándose para un nuevo lanzamiento.

Atravesó el aire hacia él, pero pudo apartarse fácilmente de su camino. Aparentemente, el esferoide podía lanzar piedras, pero ni lejos ni con fuerza. La primera piedra le había alcanzado tan sólo porque había estado sentado y no la había visto llegar hasta que casi estuvo sobre él.

Mientras se apartaba de ese débil segundo lanzamiento, Carson echó hacia atrás su mano derecha y lanzó la roca que aún seguía en su mano. Si los proyectiles, pensó con súbita alegría, podían atravesar la barrera, entonces los dos podían participar en el mismo juego. Y un buen brazo derecho de un terrestre...

No podía errar a una esfera de un metro a una distancia de tan sólo cuatro, y no erró. La roca voló en línea recta, con una velocidad varias veces superior a la de los proyectiles que el Esferoide había lanzado. Le dio en el mismo centro, pero desafortunadamente lo hizo de costado en lugar de hacerlo de punta.

Pero dio con un impacto resonante, y obviamente hizo daño. El Esferoide había estado cogiendo otra piedra, pero cambió de pensamiento y escapó de allí. En el momento en que Carson pudo coger y lanzar otra roca, el Esferoide estaba ya a cuarenta metros de la barrera, y continuaba a buena velocidad.

Su segundo disparo falló por unos centímetros y el tercero quedó corto. El Esferoide estaba fuera de alcance, al menos fuera de alcance de un proyectil lo suficientemente pesado como para hacer daño.

Carson sonrió. Este round había sido suyo. Excepto...

Dejó de sonreír mientras se agachaba para examinar su pantorrilla. Un borde de la piedra había ocasionado un corte bastante profundo y de varios centímetros de largo. Estaba sangrando con bastante profusión, pero no creía que hubiese profundizado lo suficiente como para alcanzar una arteria. Si dejaba de sangrar por sí mismo, bien estaba. Si no, tendría problemas.

No obstante, el hallar una cosa tenía preferencia sobre el preocuparse por el corte: el hallar la naturaleza de la barrera. Se adelantó de nuevo hacia ella, esta vez tanteando previamente con las manos. La encontró. Entonces, manteniendo una mano contra ella, le lanzó un puñado de arena con la otra. La arena la atravesó, su mano no.

¿Se trataba de una diferenciación entre la materia orgánica y la inorgánica? No, porque el lagarto muerto la había atravesado, y un lagarto, vivo o muerto, era ciertamente orgánico.

¿Y la vida vegetal? Rompió una rama y hurgó con ella en la barrera. La rama la atravesó sin encontrar resistencia, pero cuando los dedos que la asían llegaron a establecer contacto fueron detenidos.

No podía atravesarla, ni tampoco podía hacerlo el Esferoide, pero sí las rocas y la

arena y un lagarto muerto...

¿Y qué pasaba con un lagarto vivo? Se dedicó a cazar, bajo los matorrales, hasta que halló uno y logró cogerlo. Lo lanzó con suavidad contra la barrera y rebotó, escurriéndose a través de la arena azul.

Esto le dio la respuesta, al menos la que podía obtener por el momento. La barrera era una pantalla para los seres vivos. La materia inorgánica o la orgánica muerta podían atravesarla.

Establecido esto, Carson miró de nuevo a su pierna herida. Ya no sangraba tanto, lo que significaba que no tendría que preocuparse en hacer un torniquete. Pero tenía que encontrar un poco de agua, si es que había alguna, para limpiar la herida.

Agua. El pensar en ella le hizo darse cuenta de que estaba sediento. Debía de hallar agua, si es que el combate iba a durar.

Cojeando ligeramente, comenzó a recorrer el perímetro de su mitad de la arena. Guiándose con una mano a lo largo de la barrera, caminó hacia la derecha hasta que llegó a la pared curvada. Era visible, de un apagado color gris azulado, y su superficie tenía el mismo tacto que la barrera central.

Experimentó lanzándole un puñado de arena, y ésta desapareció al atravesarla. La cúpula hemisférica era también un campo de fuerza, pero opaco, en lugar de ser transparente como la barrera.

La siguió hasta que volvió a la barrera, y caminó a lo largo de esta hasta llegar al punto del que había partido.

No había señales de agua.

Preocupado, comenzó a zigzaguear arriba y abajo entre la barrera y la pared, cubriendo cuidadosamente el espacio intermedio.

No había agua. Arena azul, arbustos azules y un intolerable calor. Nada más.

Debía ser su imaginación, se dijo enojado a sí mismo, la que hacía que estuviese sufriendo *tanta* sed. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Naturalmente, nada en absoluto, en relación con su propio espacio-tiempo. La Entidad le había dicho que el tiempo estaba detenido afuera, mientras él estuviese allí. Pero, en cualquier forma, sus procesos corporales seguían funcionando. Y, de acuerdo con su tiempo subjetivo, ¿cuánto tiempo llevaba allí? Tal vez tres o cuatro horas. Ciertamente, no lo bastante como para estar sufriendo seriamente por causa de la sed.

Pero estaba sufriendo por ello; su garganta estaba reseca. Posiblemente la causa era el intenso calor. ¡Hacía calor! Al menos más de 50°. Un calor seco y continuo, sin que el aire se moviese en lo más mínimo. Cojeaba exageradamente y estaba sin aliento cuando terminó la fútil exploración de su dominio.

Miró hacia el inmóvil Esferoide, y esperó que se sintiese tan miserable como él. Y posiblemente tampoco estaba pasándolo bien. La Entidad había dicho que las condiciones del lugar eran igualmente extrañas y penosas para ambos. Quizá el Esferoide venía de un planeta en el que lo normal fuese un calor de 100°, tal vez se estuviera helando mientras él se estaba asando.



Tal vez el aire fuera tan denso para el Esferoide como tenue para él. Porque el cansancio de sus exploraciones lo había dejado jadeante. La atmósfera allí, se daba cuenta ahora, no era mucho más densa que la de Marte.

No había agua.

Esto significaba un plazo fijo, por lo menos para él. A menos de que pudiera encontrar una forma de cruzar la barrera o de matar a su enemigo desde este lado, la sed llegaría a acabar con él.

Esto le daba una sensación de urgencia desesperada. Tenía que apresurarse.

Pero se obligó a sí mismo a sentarse por un momento para descansar, para pensar.

¿Qué se podía hacer? Nada, y sin embarco tantas cosas. Tenía por ejemplo las diversas variedades de arbustos. No parecían prometedores, pero tendría que examinarlos para ver lo que le ofrecían. Y su pierna: tendría que hacer algo con ella, aún sin agua para limpiarla. Y también recoger municiones en forma de rocas. Encontrar una roca que sirviese como un buen cuchillo...

Ahora le dolía bastante la pierna, y decidió que esto era lo primero que requería su atención. Un tipo de arbusto tenía hojas o cosas bastante similares a hojas. Arrancó un puñado de ellas y decidió, tras examinarlas, probar fortuna. Las usó para limpiar la arena y la suciedad y la sangre coagulada. Luego hizo una compresa con nuevas hojas y la ató sobre la herida con zarcillos de la misma planta.

Los zarcillos resultaron ser inesperadamente duros y fuertes. Eran delgados, suaves y flexibles, y no obstante no podía romperlos en absoluto. Tuvo que aserrarlos con la afilada arista de un trozo del sílex azul. Algunos de los más gruesos tenían más de un palmo, y archivó en su memoria, para futura referencia, que un puñado de los más gruesos, atados juntos, formarían una cuerda bastante aceptable. Tal vez lograrse pensar un uso para una cuerda.

A continuación, se hizo un cuchillo. El sílex azul se astillaba. Con un trozo de un palmo, se labró un arma tosca pero letal. Y con los zarcillos del arbusto fabricó un cinturón en el cual podía sujetar el cuchillo de sílex, para tenerlo encima en todo momento sin que por ello le ocupase las manos.

Volvió a estudiar los arbustos. Había otros tres tipos. Uno no tenía hojas, era seco y se rompía con facilidad. Otro era de una madera blanda y tierna, como la yesca. Serviría muy bien para hacer un excelente fuego. El tercer tipo era el más parecido a la madera. Tenía unas hojas frágiles que se deshacían al tocarlas, pero los tallos, aunque cortos, eran rectos y fuertes.

Hacía un calor terrible e insoportable.

Cojeó hasta la barrera. La tocó para estar seguro de que seguía allí. Seguía.

Se quedó durante un rato mirando al Esferoide. Permanecía a una distancia segura de la barrera, más allá del alcance efectivo de las piedras. Estaba moviéndose por allá. Hacía algo. Desde aquí no podía ver lo que era.

Una vez se detuvo, se acercó un poco y pareció concentrar su atención en él. Carson tuvo que rechazar de nuevo una ola de náusea. Le lanzó una piedra y el

Esferoide se retiró y volvió a lo que fuera que estuviese haciendo antes.

Al menos podía obligarle a mantener la distancia.

Y, pensó amargamente, maldito para lo que le servía esto. De cualquier forma, pasó una o dos horas recogiendo piedras de un tamaño adecuado para ser lanzadas, y preparando varios montones de ellas al lado de la barrera.

Su garganta le ardía. Le resultaba difícil pensar en otra cosa excepto en agua.

Pero debía pensar en otras cosas. En atravesar la barrera, por encima o por debajo de ella, en llegar hasta la cosa roja y matarla antes de que aquel lugar de calor y sed lo matase a él primero.

La barrera iba por ambos lados hasta las paredes, pero ¿hasta dónde llegaba por encima y por debajo de la arena?

Por un momento, la mente de Carson estuvo demasiado confusa para pensar en cómo podría averiguar cualquiera de estos dos puntos. Apático, sentado en la tórrida arena —y no recordaba haberse sentado—, vio a un lagarto azul arrastrarse del refugio de un arbusto al de otro. Desde este segundo arbusto le miró.

Carson le sonrió. Tal vez estaba empezando a dejar de coordinar, porque recordó súbitamente la vieja historia de los colonizadores de los desiertos de Marte, tomada a su vez de una más vieja historia de los desiertos de la Tierra: «Pronto estás tan solo que empiezas a hablar con los lagartos, y poco después te das cuenta de que te contestan...».

Naturalmente, debería haberse estado concentrando en como matar al Esferoide, pero en vez de hacer esto sonrió al lagarto y dijo:

—Hola.

El lagarto dio unos pasos hacia él.

—Hola —contestó.

Carson se quedó helado por un momento, luego echó su cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. No le dolió la garganta al hacerlo; no estaba *tan* sediento.

¿Por qué no? ¿Por qué no iba a tener un sentido del humor, al igual que otros poderes, la Entidad que lo había traído hasta allí? Lagartos que hablan, preparados para hablar en mi propio idioma, si es que me dirijo a ellos... Es un pequeño detalle.

Sonrió al lagarto y le dijo:

—Ven aquí. —Pero el lagarto dio la vuelta y escapó corriendo, yendo de un matorral a otro hasta perderse de vista.

Estaba sediento de nuevo.

Y tenía que hacer algo. No podía ganar el combate quedándose sentado, sudando y sintiéndose miserable. Tenía que hacer algo. ¿Pero qué?

Atravesar la barrera. Pero no podía atravesarla ni saltar por encima, aunque no estaba seguro de no poderla pasar por debajo. Y, pensándolo bien, ¿no se encontraba a veces agua cavando? Tal vez matase dos pájaros de un solo tiro.

Dolorido ahora, Carson cojeó hasta la barrera y comenzó a cavar, extrayendo arena a puñados. Era un trabajo lento y pesado porque la arena volvía a caer por los

bordes y a medida que profundizaba mayor tenía que ser el diámetro del hoyo. No supo cuántas horas le llevó el acabar, pero llegó hasta un suelo rocoso, a un metro y medio de profundidad. Roca pelada; sin señales de agua.

Y el campo de fuerza de la barrera llegaba hasta la roca. No había habido suerte. Ni agua. Ni nada.

Se arrastró fuera del hoyo y se quedó tendido, jadeando. Entonces levantó la cabeza para mirar lo que estaba haciendo el Esferoide. Tenía que estar haciendo algo allá lejos.

Lo estaba. Estaba haciendo algo con madera de los arbustos atada con los zarcillos. Una estructura de extraña forma, de poco más de un metro de altura y aproximadamente cuadrada. Para verlo mejor, Carson se subió al montón de arena que había excavado del agujero y se quedó allí mirando.

De la parte posterior del artilugio salían dos largas palancas, una de las cuales acababa en una especie de recipiente. Carson pensó que semejaba ser una catapulta.

Naturalmente. El Esferoide estaba cogiendo una roca de buen tamaño y la colocaba en el recipiente. Uno de sus tentáculos movió la otra palanca arriba y abajo durante un tiempo, y entonces giró ligeramente la máquina, como apuntándola, tras lo cual la palanca que sostenía la piedra se alzó hacia arriba y adelante.

La piedra pasó a varios metros sobre la cabeza de Carson describiendo un arco, tan lejos que ni siquiera tuvo que agacharse, pero juzgó la distancia a la que había llegado y silbó para sí. No podía tirar una piedra de ese tamaño a más de la mitad de esa distancia. Y aún retirándose hasta el final de su territorio no quedaría fuera del radio de acción del artefacto, si el Esferoide lo llevaba hasta la barrera.

Otra roca pasó silbando por encima, esta vez no tan distante.

Decidió que la cosa podía ser peligrosa. Tal vez sería mejor que hiciese algo.

Moviéndose de un lado para otro de la barrera, de modo que la catapulta no pudiese ser apuntada, le lanzó unas cuantas rocas, pero vio que no iba a hacer nada ya que tenían que ser ligeras o no podría lanzarlas tan lejos. Si alcanzaban el artefacto, rebotaban sin causar daño. Y el Esferoide no tenía ninguna dificultad, a esa distancia, en apartarse de las que le pasaban cerca.

Además, su brazo se estaba cansando. Le dolía todo el cuerpo de puro cansancio. Si tan sólo pudiese descansar sin tener que evitar los tiros de la catapulta a cada poco...

Se retiró hacia el fondo de la arena. Entonces vio que esto no servía de nada. Las piedras llegaban hasta allí, sólo que con mayores intervalos entre una y otra, como si llevase más tiempo el tensar el mecanismo, fuera el que fuese, de la catapulta.

Cansadamente, se arrastró de nuevo hasta la barrera. Varias veces se desplomó y casi no pudo reincorporarse para seguir. Sabía que se hallaba cerca del límite de su resistencia. Y sin embargo no se atrevía a detenerse, a menos de que lograrse poner fuera de combate aquella catapulta. Si se quedaba dormido, nunca se despertaría.

Una de las piedras que le llegaban le dio la idea, al golpear contra uno de los

montones de munición que había reunido cerca de la barrera y arrancar chispas del mismo.

Chispas. Fuego. El hombre primitivo lo había obtenido haciendo saltar chispas de piedras, y con algunos de esos matorrales secos como yesca...

Por suerte, cerca de él se hallaba uno de esos matorrales. Lo arrancó, lo llevó hacia el montón de piedras y luego, pacientemente, golpeó dos trozos de roca hasta que una chispa saltó a la madera de los arbustos. Ardió tan deprisa que le chamuscó las cejas, quedando convertida en cenizas en pocos segundos.

Pero ahora ya había concebido la idea, y a los pocos minutos tenía ardiendo un pequeño fuego, al resguardo del montículo de arena que había formado al cavar el hoyo hacía un par de horas. Las ramas similares a la yesca lo había iniciado, y otras que ardían más lentamente lo mantenían.

Los duros zarcillos no ardían fácilmente. Eso hacía fácil la construcción y lanzamiento de las bombas incendiarias. Un haz de leña atado a una piedra, para darle peso, y una cuerda de zarcillos como asidero para lanzarla tras darle impulso.

Preparó media docena antes de encender y lanzar la primera. Cayó hacia un lado, y el Esferoide inició una rápida retirada arrastrando tras él la catapulta. Pero Carson tenía a punto las otras, y las lanzó en rápida sucesión. La cuarta alcanzó el armazón de la catapulta y obtuvo el efecto deseado. El Esferoide trató desesperadamente de apagar el creciente fuego cubriéndolo con arena, pero sus tentáculos terminados en garras tan sólo podían coger una pequeña cantidad cada vez, por lo que sus esfuerzos no tuvieron éxito. La catapulta ardió.

El Esferoide se apartó del fuego y pareció concentrar su atención en Carson, y éste sintió de nuevo la ola de odio y náusea. Pero más débilmente; o bien el Esferoide estaba debilitándose o bien Carson había aprendido como protegerse contra el ataque mental.

Le hizo un gesto despreciativo, y luego lo obligó a escapar hacia lugar seguro lanzándole una piedra. El Esferoide se alejó hasta el fondo de su mitad de la arena y comenzó a arrancar arbustos de nuevo. Probablemente iba a construir otra catapulta.

Carson verificó, por centésima vez, que la barrera estaba todavía operando, tras lo que se halló sentado en la arena, porque de repente estaba demasiado débil para alzarse.

Su pierna palpitaba dolorosamente, y el tormento de la sed era severo. Pero esto era secundario ante la absoluta extenuación física que sentía en todo su cuerpo.

Y el calor.

El infierno tenía que ser así, pensó. El infierno en que los antiguos habían creído. Luchó por permanecer despierto, y sin embargo el permanecer despierto parecía fútil, porque no había nada que pudiese hacer. Nada, mientras la barrera permaneciese impenetrable y el Esferoide estuviera fuera de su alcance.

Pero tenía que haber algo. Trató de recordar cosas que hubiera leído en libros de arqueología sobre los métodos de lucha en los tiempos anteriores a los metales y al

plástico. Creía que el proyectil de piedra había sido lo primero. Bueno, esto ya lo tenía.

La única mejora en esto sería una catapulta, tal como la que había hecho el Esferoide, pero nunca podría hacer una con los pequeños trozos de madera que le ofrecían los arbustos, sin que ningún trozo pasase de un palmo de longitud. Ciertamente podría imaginar el mecanismo de una de ellas, pero no tenía la energía necesaria para mantenerse durante los días que le llevaría tal trabajo.

¿Días? Pero el Esferoide había hecho una. ¿Es que ya habían pasado varios días? Entonces recordó que el Esferoide tenía muchos tentáculos con los que trabajar y que, indudablemente, podía hacer ese trabajo mucho más rápidamente que él.

Y, además, una catapulta no decidiría el combate. Tenía que ser algo mejor que eso.

¿Arcos y flechas? No; había probado ya una vez a tirar con arco y conocía su ineptitud al respecto. Y esto aún con una moderna arma deportiva especialmente construida para una absoluta precisión. Con un burdo simulacro hecho a piezas, que era lo único que podría hacer aquí, dudaba que siquiera pudiera disparar una flecha tan lejos como podía lanzar una piedra, y de lo que estaba seguro era de que no podría hacerlo con tanta puntería.

¿Lanza? Bueno, podía hacer una. Sería inútil como arma arrojadiza a una cierta distancia, pero efectiva en una lucha cuerpo a cuerpo, si es que se podía acercar tanto.

Y construir una le daría algo que hacer. Evitaría que su mente desvariase, como estaba empezando a ocurrir.

Ya tenía que concentrarse a veces para lograr recordar por qué estaba allí, por qué tenía que matar al Esferoide.

Por suerte todavía estaba cerca de uno de los montones de piedras. Rebuscó entre ellas hasta hallar una con una forma aproximada a una punta de lanza. Con otra más pequeña empezó a tallarla, recortando los lados como una sierra, de forma que una vez hubiese penetrado no pudiese salir.

¿Como un arpón? Esa idea tenía sus atractivos. Tal vez, en aquel loco combate, el arpón fuera mejor que una lanza. Si se podía clavar al Esferoide, y lo tenía sujeto por una cuerda, podría atraerlo hasta la barrera y allí acabar con él con su cuchillo de piedra, ya que aunque sus manos no pudieran cruzarla, sus armas sí podían.

El mango fue más difícil de fabricar que la cabeza, pero cortando y uniendo los tallos centrales de cuatro de los arbustos y envolviendo las uniones con los delgados y duros zarcillos, tuvo un mango rígido de un metro de largo, y ató la cabeza de piedra a una incisión realizada en un extremo.

Era burdo pero fuerte.

Y la cuerda. Con los zarcillos se hizo unos seis metros de cordel. Era ligero y no parecía fuerte, pero sabía que aguantaría su peso y más. Ató uno de los extremos al mango del arpón y el otro alrededor de su muñeca derecha. Al menos, si lanzaba el arma a través de la barrera, podría recuperarla si fallaba.

Entonces, cuando hubo atado el último nudo y ya no hubo nada más que pudiese hacer, el calor y el cansancio y el dolor en la pierna y la horrible sed fueron repentinamente un millar de veces peores de lo que habían sido antes. Trató de ponerse en pie para ver lo que estaba haciendo ahora el Esferoide, pero descubrió que no podía hacerlo. Al tercer intento logró quedar arrodillado, derrumbándose luego.

Tengo que dormir, pensó. Si ahora tuviera lugar el combate decisivo, estaría indefenso. Podría venir hasta aquí y matarme, si lo supiese. Tengo que recuperar algunas fuerzas.

Lentamente, dolorosamente, se arrastró alejándose de la barrera. Diez metros, veinte...

El golpe de algo que hacía impacto en la arena, cerca de él, lo sacó de un horrible y confuso sueño para dejarlo ante una realidad aún más horrible y confusa, y abrió de nuevo sus ojos a la luz azul sobre la arena azul.

¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Un minuto? ¿Un día?

Otra piedra resonó cerca, salpicándole de arena. Se apoyó sobre sus brazos y se alzó. Dio la vuelta y vio al Esferoide, a unos veinte metros de distancia, en la barrera.

Rodó rápidamente, alejándose, mientras él se sentaba, no deteniéndose hasta estar tan lejos como le era posible.

Se dio cuenta de que se había dormido demasiado pronto, mientras aún estaba dentro del radio de acción de lanzamiento del Esferoide. Viéndolo inerte, éste se había atrevido a acercarse hasta la barrera para tirarle una piedra. Por suerte no se había dado cuenta de lo débil que estaba, de lo contrario habría continuado allí y habría seguido lanzándole piedras.

¿Había dormido mucho? No lo creía, porque se sentía igual que antes. No se notaba descansado en absoluto ni estaba más sediento; no había diferencia. Probablemente tan sólo había estado allí unos pocos minutos.

Comenzó a arrastrarse de nuevo, obligándose esta vez a continuar hasta llegar lo más lejos posible, hasta que la pared opaca e incolora de la cúpula exterior de la arena se encontró sólo a un metro.

Entonces todo se desvaneció de nuevo...

Cuando se despertó nada había cambiado a su alrededor, pero esta vez sabía que había dormido durante largo rato.

La primera cosa de la que se dio cuenta fue del estado de su garganta: estaba seca y llena de costras. Su lengua estaba hinchada.

Algo iba mal, lo sabía, mientras volvía lentamente en sí. Se notaba menos cansado, ya había pasado el momento de absoluta postración. El sueño se había ocupado de eso.

Pero notaba dolor, un dolor agónico. Cuando trató de moverse se dio cuenta de que era en su pierna.

Alzó la cabeza y trató de mirarla. Estaba terriblemente hinchada por debajo de la rodilla, y la hinchazón llegaba hasta la mitad de la cadera. Los zarcillos que había

usado para atar la compresa protectora de hojas cortaban ahora terriblemente la carne hinchada.

El introducir el cuchillo bajo aquellas ataduras tan apretadas hubiera sido imposible. Afortunadamente, el nudo final se hallaba sobre el hueso de la espinilla, frente a la cual los zarcillos apretaban menos que en el resto. Tras un esfuerzo agonizante logró desatar el nudo.

Una mirada bajo la compresa de hojas le confirmó sus temores. Tenía una seria infección que se agravaba por momentos.

Y sin medicamentos, sin vendas, sin ni siquiera agua, no podía hacer nada al respecto.

Nada excepto morir, cuando la infección se hubiese extendido por su cuerpo.

Sabía que no había remedio y que había perdido.

Y con él la humanidad. Cuando muriese aquí, allá, en el universo que conocía, todos sus amigos, todo el mundo, moriría también. Y la Tierra y los planetas colonizados pasarían a ser el hogar de los rojos, rodantes, extraños Intrusos. Criaturas surgidas de una pesadilla, cosas sin ningún atributo humano, que despedazaban lagartos por pura diversión.

Fue el pensar en esto lo que le dio valor para comenzar a arrastrarse, casi cegado por el dolor, de nuevo hacia la barrera. Esta vez no iba gateando sino reptando, impulsado tan sólo por sus manos y brazos.

Una posibilidad en un millón: tal vez tuviera la fuerza suficiente, cuando llegase allí, de lanzar su arpón tan sólo una vez, y con resultados mortales, si, en otra posibilidad entre un millón, el Esferoide se acercase a la barrera. O si ahora la barrera ya no existiese.

Le pareció que necesitaba años para llegar hasta allí.

La barrera no había desaparecido. Seguía siendo tan impenetrable como la primera vez que la había tocado.

Y el Esferoide no estaba en la barrera. Alzándose sobre los codos podía verlo en el fondo de su parte de la arena, trabajando en la semicompleta armazón de madera de un duplicado de la catapulta que había destruido.

Ahora se movía más lentamente. Indudablemente también se había debilitado.

Pero Carson dudaba de que necesitase esa segunda catapulta. Estaré muerto, pensó, antes de que la haya terminado.

Si pudiera atraerlo a la barrera, ahora, mientras todavía estaba con vida... Agitó un brazo y trató de chillar, pero su reseca garganta no producía ningún sonido.

O si pudiese atravesar la barrera...

El control de sus nervios le falló por un momento, porque se encontró dando puñetazos contra la barrera en un fútil arrebató. Se obligó a sí mismo a detenerse.

Cerró los ojos y trató de calmarse.

—Hola —dijo la voz.

Era una voz débil y aguda. Sonaba como...

Abrió sus ojos y volvió la cabeza. *Era* un lagarto.

—Vete —quiso decir Carson—. Vete; en realidad no estás aquí, o estás aquí pero no estás hablando. Estoy de nuevo viendo visiones.

Pero no podía hablar; su garganta y su lengua ya no podían articular ningún sonido debido a su sequedad. Cerró de nuevo los ojos.

—Daño —dijo la voz—. Matar. Daño... matar. Ven.

Abrió los ojos de nuevo. El azulado lagarto decápodo todavía estaba allí. Corrió un poco a lo largo de la barrera, volvió, corrió de nuevo y volvió otra vez.

—Daño —dijo—. Matar. Ven.

De nuevo corrió y volvió. Obviamente quería que Carson lo siguiese a lo largo de la barrera.

Cerró los ojos de nuevo. La voz prosiguió. Las tres mismas palabras sin sentido. Cada vez que abría los ojos, corría y volvía.

—Daño. Matar. Ven.

Carson gimió. No tendría paz hasta que siguiese al maldito bicho, tal como quería. Lo siguió reptando. Oyó otro sonido, un agudo chillido que iba creciendo a medida que avanzaba.

Había algo echado en la arena, retorciéndose y chillando. Algo pequeño, azul, que parecía un lagarto y sin embargo...

Entonces vio lo que era: el lagarto al que el Esferoide había arrancado las patas hacía tanto tiempo. Pero no estaba muerto. Había vuelto a la vida y estaba retorciéndose y chillando agónicamente.

—Daño —dijo el otro lagarto—. Daño. Matar. Matar.

Carson lo comprendió. Tomó el cuchillo de sílex y terminó con los sufrimientos del animalillo. El lagarto vivo se alejó rápidamente.

Carson se giró hacia la barrera. Apoyó las manos y la cara contra ella y observó al Esferoide, allá lejos, trabajando en la nueva catapulta.

Podría llegar hasta allí, pensó, si pudiera atravesar la barrera. Si pudiera atravesarla, tal vez lograra vencer. También se le ve débil. Podría...

Y entonces tuvo otra reacción de desesperación absoluta cuando el dolor quebró su fuerza de voluntad y deseó estar muerto. Envidiaba al lagarto que acababa de matar. Ya no tenía que vivir y sufrir. Él en cambio sí. Podrían pasar horas o tal vez días hasta que la infección acabase con él.

Si tan sólo pudiera emplear el cuchillo contra sí mismo...

Pero sabía que no lo haría. Mientras siguiese con vida había una posibilidad entre un millón...

Estaba esforzándose, empujando con la palma de las manos contra la barrera, y se dio cuenta de lo delgados y enjutos que se veían ahora sus brazos. Tenía que haber estado mucho tiempo allí, durante días, para adelgazar tanto.

¿Cuánto tiempo le quedaba, antes de morir? ¿Cuánto calor y sed y dolor podía soportar aún la carne?



Durante un momento cayó en el histerismo. Y entonces llegó un instante de profunda calma, y un pensamiento que era desconcertante.

El lagarto que acababa de matar. *Había cruzado la barrera mientras aún estaba con vida.* Había venido del lado del Esferoide; éste le había arrancado las patas y luego lo había lanzado despreciativamente hacia él, y había atravesado la barrera. Antes había creído que se debía a que el lagarto estaba muerto.

Pero no estaba muerto; tan sólo inconsciente.

Por sí mismo un lagarto no podía atravesar la barrera, pero a un lagarto inconsciente sí se le podía hacerla atravesar. Entonces, la barrera no era una barrera para la materia viva, sino para la materia consciente. Era una proyección *mental*, era un obstáculo *mental*.

Y con este pensamiento, Carson comenzó a arrastrarse a lo largo de la barrera para efectuar su último y desesperado intento. Una esperanza tan sin sentido que tan sólo la podía haber tenido un moribundo.

No valía la pena considerar las posibilidades de éxito. De no probar esto, no había ninguna otra probabilidad.

Se arrastró a lo largo de la barrera hasta la duna de arena, de un metro y medio de alto, que había elevado, hacía no sabía cuantos días, en su intento de cruzar la barrera por debajo o de hallar agua.

Este montículo estaba justo al lado de la barrera, con el punto más alto a este lado y la pendiente atravesándola.

Cogiendo una piedra, subió a lo alto de la duna y se apoyó contra la barrera, dejando caer su cuerpo contra ella de tal forma que, si desapareciese en aquel momento, rodaría por la corta pendiente hasta el interior del territorio enemigo.

Se aseguró de que el cuchillo estuviese asegurado en su cinturón de cuerda, y de que el arpon estuviese colocado bajo su brazo, y de que la cuerda se hallase bien atada a la extremidad del mango y a su muñeca.

Entonces, alzó con su mano derecha la roca con la que se iba a golpear en la cabeza. Habría de tener suerte con este golpe; tendría que ser lo suficientemente fuerte como para dejarlo sin sentido, pero no lo bastante como para quitárselo por mucho tiempo.

Tenía el presentimiento de que el Esferoide lo estaba observando, y de que si lo veía atravesar la barrera se acercaría para investigar. Pensaría que estaba muerto, esperaba, pues seguramente habría llegado a la misma conclusión sobre la naturaleza de la barrera que él había tenido con anterioridad. De cualquier forma, se acercaría cautelosamente. Tendría poco tiempo...

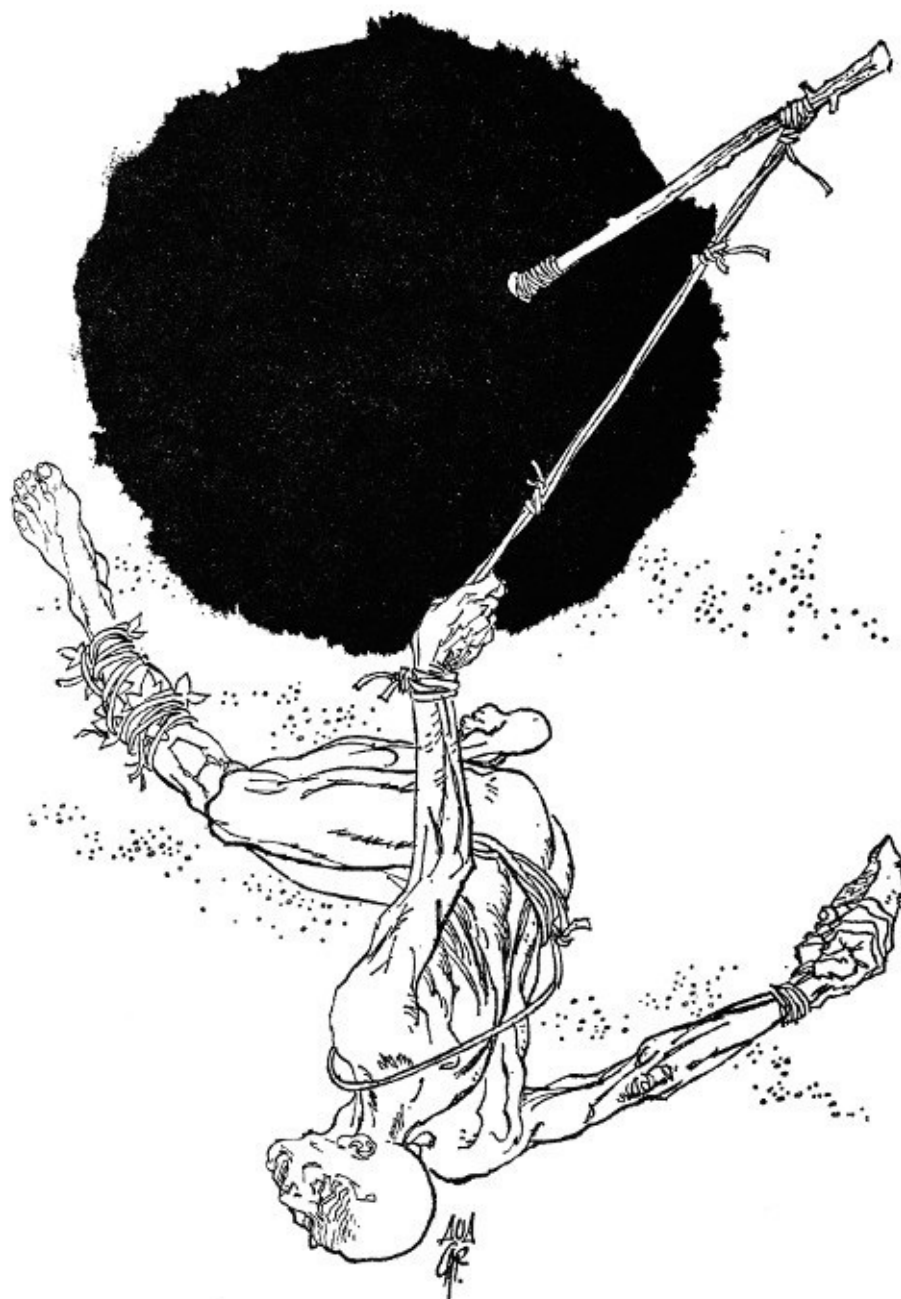
Se dio el golpe.

Un dolor le devolvió sus sentidos. Un repentino y agudo dolor en su cadera que era diferente del palpitante dolor en su cabeza y del palpitante dolor en su pierna.

Pero ya había anticipado este dolor, y aún había confiado en él, mientras estaba pensando en lo que iba a ocurrir antes de golpearse, y se había preparado para no

despertarse con un movimiento brusco.

Permaneció inerte, pero entreabrió sus ojos y vio que había anticipado las cosas correctamente. El Esferoide se aproximaba. Estaba a unos seis metros, y el dolor que lo había despertado había sido producido por la piedra que le había lanzado para comprobar si estaba vivo o muerto.



Permaneció inerte. Se acercó más, a unos cinco metros, y se detuvo de nuevo.

Carson casi no se atrevía a respirar. En lo que le era posible, mantenía su mente en blanco, para que la habilidad telepática de su enemigo no detectase signos de consciencia en él. Y, con su mente así en blanco, el impacto de los pensamientos extraños era casi demoledor.

Sentía un abyecto terror ante la total diferencia, ante la inhumanidad de aquellos

pensamientos. Eran cosas que sentía, pero que no podía comprender y que jamás podría expresar, ya que ninguna lengua terrestre tenía palabras para ellas, ni ninguna mente humana tenía imágenes que les correspondiesen. La mente de una araña, pensó, o la mente de una mantis religiosa, o la de una serpiente de las arenas de Marte, elevada a niveles de inteligencia y puesta en contacto telepático con las mentes humanas, sería algo familiar comparado con esto.

Comprendió ahora que la Entidad tenía razón: el Hombre o el Esferoide, y que el universo no era lo suficientemente grande para ambos. Más separados que el bien y el mal, nunca podría haber un compromiso entre ellos.

Más cerca. Carson esperó hasta que sólo estuvo a unos centímetros de distancia, hasta que las garras de sus tentáculos se extendieron hacia él...

Entonces, olvidándose de su dolor, se sentó, alzó y lanzó el arpón con toda la fuerza que le quedaba. O con la que creía que le quedaba: una repentina fuerza final inundó su cuerpo, al tiempo que un súbito cese del dolor, tan definido como un bloqueo nervioso.

Mientras el Esferoide, con el arpón profundamente clavado, rodaba alejándose, Carson trató de alzarse para correr tras él. No podía hacerlo; cayó, pero continuó arrastrándose.

La cuerda se tensó, y fue impelido hacia adelante por el tirón en su muñeca. Fue arrastrado unos metros, y después se detuvo. Carson continuó haciendo avanzar su cuerpo a pulso, agarrándose a la cuerda.

Estaba allí detenido, con los tentáculos retorciéndose, tratando en vano de arrancarse el arpón. Parecía estremecerse y temblar, y entonces debió darse cuenta de que no podía escapar, por lo que rodó hacia él con los tentáculos extendidos.

Con el cuchillo de piedra en la mano, se enfrentó a él. Golpeó una y otra vez, mientras las horribles garras rasgaban la piel, la carne y los músculos de su cuerpo.

Pinchó y rasgó, y al final quedó inerte.

Estaba sonando una alarma, y tardó un tiempo, después de que hubo abierto los ojos, en darse cuenta de quién era y de donde estaba. Se hallaba atado al asiento de su nave exploradora, y la pantalla detectora situada ante él tan sólo mostraba el vacío del espacio. No había ningún navío Intruso, ni ningún planeta imposible.

La alarma era la señal de su intercomunicador; alguien deseaba que conectase el receptor. Una acción puramente refleja hizo que adelantase un brazo y bajase la palanca.

El rostro de Brander, capitán del *Magallanes*, el navío-base de su grupo de naves exploradoras, apareció en la pantalla. Su rostro estaba pálido y sus negros ojos brillaban excitados.

—¡*Magallanes* a Carson! —gritó—. ¡Ven, la lucha ha terminado! ¡Hemos vencido!

La pantalla se oscureció; Brander debía estar dando la noticia a los otros pilotos exploradores a su mando.

Lentamente, Carson accionó los controles para el retorno. Lentamente también, sin apenas poderlo creer, se soltó del asiento y fue hacia popa para beber del depósito de agua fría. Por alguna razón se sentía increíblemente sediento. Bebió seis vasos.

Se quedó allí, apoyado contra la pared, tratando de pensar.

¿Había ocurrido? Se hallaba en buena salud, en posesión de sus facultades mentales e incólume. Su sed había sido más mental que física; su garganta no había estado seca. Su pierna...

Se levantó la pernera del pantalón y miró su pantorrilla. Tenía allí una larga cicatriz blanca, pero era una cicatriz completamente curada. No había estado allí antes. Abrió la cremallera de su camisa y vio que su pecho y abdomen estaban recubiertos por un zig-zag de pequeñas, y casi inapreciables, cicatrices perfectamente curadas.

*Había ocurrido.*

La nave de exploración, bajo control automático, ya estaba entrando en la compuerta del navío-base. Las amarras la llevaron a su dique individual y un momento después un zumbador indicó que el dique ya contenía aire. Carson abrió la compuerta y salió afuera, atravesando la doble puerta del dique.

Fue directo a la oficina de Brander, entró en ella y saludó.

Brander todavía parecía confuso.

—Hola, Carson —dijo—. ¡Lo que te perdiste! ¡Menudo espectáculo!

—¿Qué ocurrió, señor?

—No lo sé exactamente. Disparamos una salva, ¡y toda su flota se hizo polvo! Fuera lo que fuese, saltó de una nave a otra en un abrir y cerrar de ojos, aún a aquellas a las que no habíamos apuntado, y hasta a las que no se hallaban ni tan sólo a nuestro alcance de tiro. ¡Toda la flota se desintegró ante nuestros ojos, y ni siquiera se rayó la pintura de una sola de nuestras naves!

»No podemos ni atribuirnos el éxito. Debe haberse tratado de algún componente inestable en el metal que usaban, y al que nuestro disparo inicial debió servir de catalizador. ¡Muchacho, qué lástima que te perdieses toda la emoción!

Carson consiguió sonreír.

Era la enfermiza sombra de una sonrisa, porque aún pasarían días antes de que lograra sobreponerse al impacto mental de su experiencia. Pero el capitán no lo estaba mirando y no se dio cuenta.

—Sí, señor —dijo. El sentido común, más que la modestia, le indicaba que sería señalado para siempre como el mayor mentiroso en todo el espacio si se atrevía a decir algo más que esto—. Sí, señor. Es una lástima que me perdiese toda la emoción.

Título original:

ARENA

© 1944, *Street and Smith Publications, Inc.*, by arrangement with *Panorama Literary Agency*

Traducción de M. Trevänner

# LA RATA DE ACERO INOXIDABLE

HARRY HARRISON

El autor de la famosa serie «Deathworld 1, 2 y 3» (publicado el primero en español con los títulos de «Mundo muerto» y «Mundo yerto») inició su carrera en el universo de la ciencia ficción como ilustrador para la revista «Worlds Beyond». No sabemos gran cosa de sus aptitudes de aquella época como ilustrador, pero por nuestra parte estamos plenamente satisfechos de que cambiara el pincel por la máquina de escribir... aunque siempre nos haya quedado la curiosidad de saber cómo eran sus dibujos.

ilustrado por JORDI PARIS

*La Historia Humana nos demuestra que no todos los humanos son hombres; hay algunos que son mulas, otros que son lobos... y siempre hay algunas pocas ratas.*

Cuando la puerta de la oficina se abrió repentinamente, supe que todo había terminado. Había sido un buen filón... pero se había acabado. Mientras entraba el policía, me recosté en el sillón y esbocé una alegre sonrisa. Tenía la misma expresión sombría y el mismo paso pesado que tienen todos... y la misma falta de sentido del humor. Casi podía adivinar lo que iba a decir antes de que abriese la boca.

—James Bolivar diGriz, le arresto bajo la acusación...

Estaba esperando la palabra *bajo*. Pensé que eso le daba un toque desenfadado al asunto. Mientras la decía, apreté el botón de ignición de la carga de pólvora negra situada en el techo, en el punto exacto *bajo* el cual se hallaba, y así se dobló la viga y la caja de caudales, de tres toneladas de peso, cayó justo sobre su coronilla. Quedó bien aplastado, sí señor. La nube de yeso se posó y todo lo que pude ver de él fue una mano, algo retorcida. Se agitaba un poco, y el dedo índice me apuntaba acusadoramente. Su voz sonaba algo ahogada por la caja de caudales, y parecía un tanto preocupada. En realidad, se repetía un poco.

—... bajo la acusación de entrada ilegal, robo, falsificación...

Siguió así durante un cierto tiempo. Era una lista impresionante, pero ya la había oído antes. No me molestaba en absoluto mientras llenaba mi maleta con el dinero de los cajones. La lista terminaba con una acusación nueva, y podría haberme jugado un montón *así* de alto de billetes de mil créditos a que sonaba un tanto dolida:

—Además, le será añadido a su expediente la acusación de ataque a un policía robot, lo cual ha sido una tontería, ya que mi cerebro y mi laringe están acorazados, y

en mi cavidad ventral...

—Todo eso ya lo sé, muchacho; pero tu pequeño emisor-receptor está en la punta de tu aguzada cabeza, y lo que no quería era que diceses aún aviso a tus amigos.

Una buena patada hizo saltar la puerta de escape de la pared, y me dio acceso a las escaleras que bajaban al sótano. Mientras pasaba sobre cascotes esparcidos por el suelo los dedos del robot trataron de alcanzar mi pierna, pero ya me lo esperaba, por lo que fallaron por algunos centímetros. Ya he sido perseguido por los suficientes policías robot como para no saber lo indestructibles que son. Puedes volarlos, o derribarlos, y continúan persiguiéndote, aunque tengan que arrastrarse impelidos tan sólo por un dedo incólume, y escupiéndote durante todo el tiempo moralidad azucarada. Esto es lo que estaba haciendo éste. Que si debía abandonar mi vida de crímenes y pagar me deuda con la sociedad, y todas esas paparruchadas. Todavía podía oír los ecos de su voz resonando escaleras abajo cuando llegué al sótano.

Ahora, los segundos estaban contados. Tenía unos tres minutos antes de que me pisaran los talones, e iba a emplear exactamente un minuto y ocho segundos en salir del edificio. No era mucha ventaja, y la iba a necesitar toda. Otra puerta disimulada se abría a la sala de desetiquetado. Ninguno de los robots me miró mientras la atravesaba. Me habría sorprendido si lo hubieran hecho, pues eran todos del tipo sencillo de grado M, con poco cerebro y buenos tan sólo para trabajos simples y repetitivos. Para esto era para lo que los había alquilado. No sentían ninguna curiosidad sobre el por qué estaban quitando las etiquetas de las latas llenas de frutos nitrogenados, o acerca de qué había al otro lado de la cadena sin fin que se llevaba estas latas a través de un orificio en la pared. Ni tan sólo miraron cuando abrí la Puerta Que Jamás Estaba Abierta y que daba al otro lado de esa pared. La dejé abierta detrás mío, pues ya no era ningún secreto.

Caminando cerca de la rugiente cadena sin fin, atravesé la irregular abertura que yo mismo había practicado en la pared del almacén del gobierno. También había tenido que instalar la cadena sin fin, pues esto y el hacer el hueco eran actos ilegales que tenía que hacer por mí mismo. Otra puerta cerrada se abría al almacén propiamente dicho. La cargadora automática estaba apilando atareadamente latas en la cadena sin fin, tomándolas de los montones que llegaban hasta el techo. Esta cargadora ni tan sólo tenía el bastante cerebro como para ser llamada robot, tan sólo estaba equipada con una cinta programada para que cargase las latas. La contorneé y troté a lo largo de la habitación. Tras de mí murieron los sonidos de mi actividad ilegal. Me reconfortaba el saber que todavía seguía funcionando a pleno rendimiento.

Había sido uno de los *negocios* más bonitos que había montado. Con una pequeña inversión alquilé el almacén contiguo al del gobierno. Un simple agujero en la pared me dio acceso a todo el stock de productos almacenados, productos a utilizar a tan largo plazo que yo sabía que permanecerían sin ser tocados durante meses o años en

un almacén tan grande como éste. Naturalmente, sin ser tocados hasta que yo llegué.

Tras la perforación del agujero y la instalación de la cadena, el resto fue un negocio normal. Alquilé los robots para sacar las etiquetas antiguas y sustituirlas por las muy atractivas que me había hecho imprimir. Entonces coloqué mis productos en el mercado en una forma estrictamente legal. Mi producto era mejor y, gracias a mi imaginativo sistema operativo, los costes eran muy bajos, por lo que podía permitirme vender más barato que mis competidores y hacerme todavía con unos jugosos beneficios. Los mayoristas locales se habían dado cuenta rápidamente del saldo, y tenía pedidos para muchos meses por adelantado. *Había* sido un buen asunto... y podría haber durado algún tiempo más.

Ahugué esa línea de pensamientos antes de que comenzase. Si algo hay que aprender en mi tipo de negocios es que, cuando un negocio se acabó, ¡se acabó! La tentación de continuar un día más o de ingresar aún otro cheque puede ser casi irresistible, lo sé muy bien; pero también sé que es la mejor forma de relacionarse con la policía...

*Date la vuelta y vete...*

*Y podrás estafar otro día.*

Éste es mi lema, y es un buen lema. Me hallo donde me hallo precisamente porque lo he seguido al pie de la letra.

Y el soñar despierto no ayuda a escapar de la policía.

Eché todos estos pensamientos de mi mente al llegar al extremo de la sala. Toda el área debía estar ya repleta de policías, así que tenía que moverme deprisa y no cometer errores. Una rápida mirada a derecha e izquierda. Nadie a la vista. Dos pasos adelante, y apretar el botón del ascensor. Había puesto un contador en este ascensor de la parte de atrás, y sabía que se usaba por término medio tan sólo una vez al mes.

Llegó en unos tres segundos, vacío, y salté a su interior, apretando al mismo tiempo el botón que señalaba: azotea. El viaje pareció durar una eternidad, pero tan sólo era una apreciación subjetiva. Según el contador duraba exactamente catorce segundos. Ésta era la parte más peligrosa de la fuga. Me puse rígido mientras el ascensor frenaba. Llevaba en la mano mi calibre .75 sin retroceso, que podría acabar con un policía, pero tan sólo con uno.

La puerta se abrió y me relajé. Nada. Debían tener toda el área rodeada en el suelo, pero no se habían preocupado en poner policías en la azotea.

Al aire libre podía oír por primera vez las sirenas... era un sonido maravilloso. Debían tener allí la mitad de todas las fuerzas de policía, a juzgar por el ruido que hacían. Aceptaba esto del mismo modo que un artista acepta los aplausos.

La pasarela estaba tras la caseta del ascensor, en el sitio donde la había dejado. Algo descolorida por la humedad, pero igual de resistente. Unos pocos segundos para



llevarla al borde de la baranda y recostarla contra el edificio contiguo.

Tranquilo. Éste era el punto crítico en que la velocidad no contaba. Cuidadosamente hasta el final de la pasarela, con la maleta apretada contra mi pecho para mantener mi centro de gravedad sobre mí mismo. Paso a paso. Una caída de trescientos metros hasta el suelo. Si no miras hacia abajo no puedes caerte...

Pasado. Momento de apresurarse. Con la pasarela tras la barandilla, si no la ven al principio, mi pista estará cubierta al menos durante algún tiempo. Diez pasos rápidos y allí estaba la puerta de la escalera. Se abría con facilidad. Tenía que hacerlo, pues por algo yo había puesto aceite en las bisagras. Una vez dentro, eché el cerrojo e inspiré larga y profundamente. Aún no había salido, pero la peor parte, en la que corría más riesgos, ya había pasado. Dos minutos sin interrupciones y jamás encontrarían a James Bolivar, alias «Jim el escurridizo», diGriz.

El rellano de la escalera correspondiente a la azotea era un cubículo mal alumbrado y mohoso que jamás era visitado. Hacía semanas había estado revisándolo cuidadosamente en busca de micrófonos o cámaras visoras, y no había hallado nada. El polvo parecía incólume, con la excepción de mis propias pisadas. Tenía que aceptar el riesgo de suponer que no los habrían colocado desde entonces. El riesgo calculado es algo que tiene que ser aceptado en mi profesión.

Adiós James diGriz, de noventa y ocho kilos de peso, con una edad aproximada de unos cuarenta y cinco años, obeso y de prominentes mejillas, un típico hombre de negocios cuya foto honra los archivos de la policía de un millar de planetas, lo mismo que sus huellas dactilares. Éstas fueron lo primero que desapareció. Nada más fácil, cuando las usas son como una segunda piel y sin embargo bastan unas gotas de disolvente para que salgan como un par de guantes transparentes.

La ropa después, y entonces el corsé a la inversa: esa bella panza que me ciñe la cintura y que contiene veinte kilos de plomo mezclado con termita. Un rápido remojón de la botella de tinte y mi cabello recuperó su original tonalidad marrón, así como mis cejas. Los tapones nasales y los rellenos de las mejillas duelen al salir, pero tan sólo es un segundo. Más tarde las lentillas de color azul. Este proceso me deja tan desnudo como cuando vine al mundo, y siempre siento como si hubiese nacido otra vez. Y, en cierto sentido, es verdad; me había convertido en un hombre nuevo, con veinte kilos menos, diez años menos y una descripción totalmente diferente. La maleta contenía un traje completo y unas gafas de montura oscura que reemplazaban a las lentillas. El dinero cabía fácilmente en un maletín.

Cuando me erguí, parecía ciertamente como si me hubieran quitado diez años. Estaba tan acostumbrado a usar aquel peso que ya no lo notaba... hasta ahora que me lo había quitado. Me sentía ligero.

La termita destruiría todas las evidencias. Hice un montón con todo y encendí la mecha. Prendió con un rugido y todo: botellas, ropas, maleta, zapatos, pesas, etc.,

ardió con un brillo alegre. La policía hallaría un punto quemado en el suelo, y el microanálisis tal vez les hiciese hallar algunas moléculas en las paredes, pero esto sería todo lo que hallarían. El resplandor de la termita ardiendo proyectó sombras danzantes a mi alrededor mientras bajaba tres pisos hasta el centésimodoceavo.

La suerte seguía acompañándome; no había nadie en el piso cuando abrí la puerta. Un minuto más tarde el ascensor rápido me dejaba, junto con un puñado de otros hombres de negocios, en el amplio vestíbulo.

Tan sólo había una puerta abierta a la calle, y había una cámara portátil de TV enfocada hacia ella. No se hacía el menor intento de detener a la gente que salía o entraba al edificio, y la mayor parte de ella ni siquiera se daba cuenta de la cámara y del pequeño grupo de policías reunidos a su alrededor. Caminé hacia ella a un paso mediano. Unos nervios templados sirven de mucho en este tipo de negocios.

Por un instante estuve de lleno en el campo de aquel frío ojo de cristal, luego pasé de largo. No ocurrió nada, así que no era sospechoso. Aquella cámara debía de estar conectada en directo con la computadora central en la Jefatura de Policía y, si mi descripción se hubiera parecido lo suficiente a la que constaba en su memoria, aquellos robots hubieran recibido inmediatamente la notificación y habría sido detenido antes de poder dar un solo paso más. No se puede superar a la combinación computadora-robot, porque piensan y actúan en cuestión de microsegundos, pero se les puede eludir previendo anticipadamente las cosas. Yo lo había hecho una vez más.

Un taxi me llevó hasta unas diez manzanas de distancia. Esperé a que se perdiera de vista y tomé otro. Hasta que no me hallé en el tercer taxi no me sentí lo suficientemente seguro como para ir a la terminal del espaciopuerto. Los sonidos de las sirenas se hacían más y más lejanos, y tan sólo ocasionalmente algún coche de la policía pasaba raudo en sentido contrario.

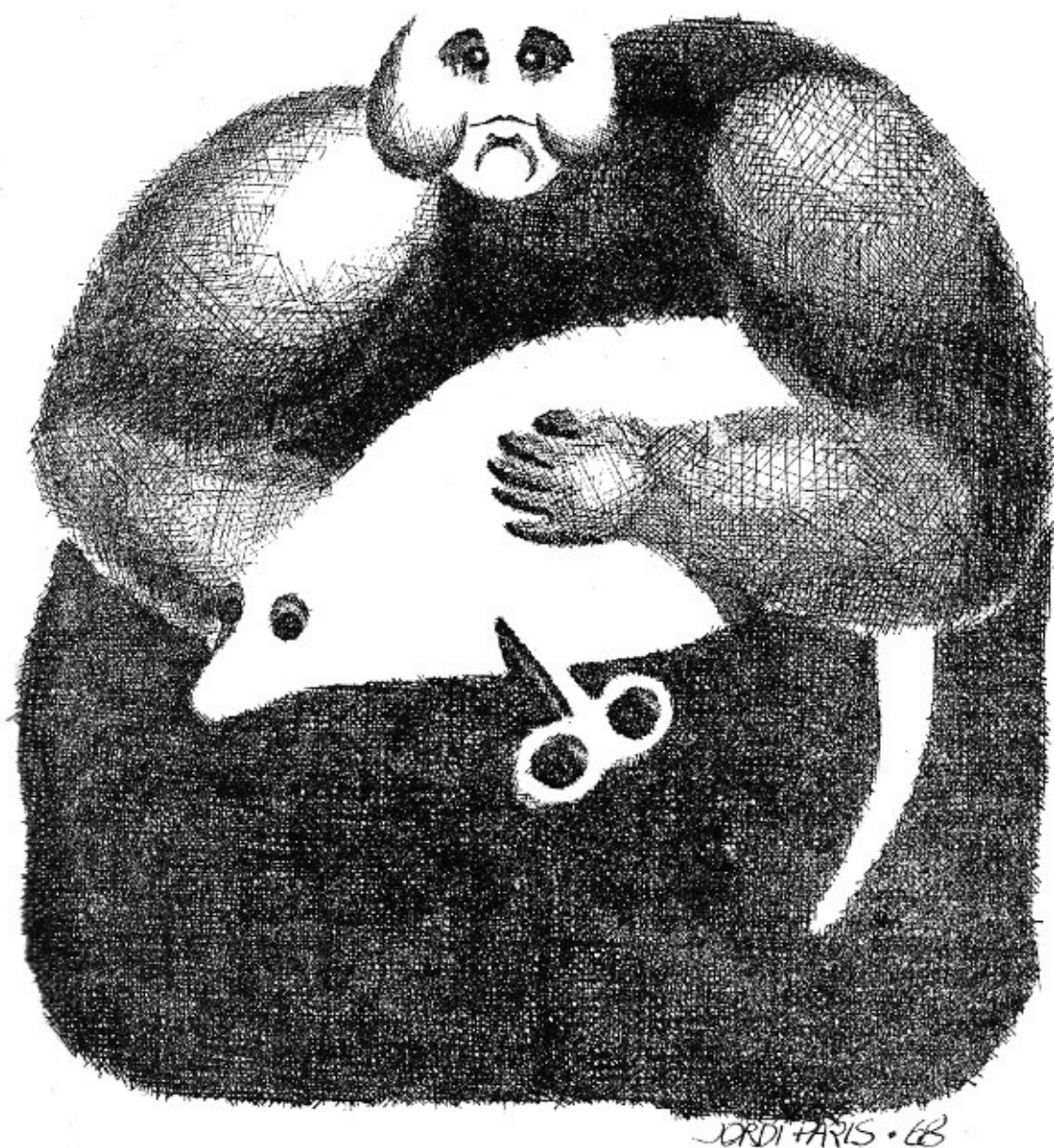
Estaban haciendo una montaña de un pequeño crimen, pero eso es lo usual en los mundos supercivilizados. El crimen es ya algo tan raro, que la policía enloquece cuando tropiezan con uno. Hasta cierto punto no podía culparles por ello, el poner multas de tráfico debe de ser un trabajo tremendamente aburrido. En realidad, creo que deberían agradecerme el que ponga un poco de excitación en sus aburridas vidas.

Fue un bello paseo hasta el espaciopuerto, pues naturalmente se hallaba situado bien lejos de la ciudad. Tuve tiempo de arrellanarme en el asiento y contemplar el paisaje mientras ponía en orden mis pensamientos. Hasta lo tuve para filosofar un poco. Uno de los motivos era que podía gozar de nuevo del placer de fumar un buen cigarro. En mi otra personalidad tan sólo fumaba cigarrillos, y nunca he violado las costumbres de una personalidad, ni aún en los momentos del más estricto aislamiento. Los cigarros estaban todavía en la cigarrera de bolsillo en que los había metido hacía seis meses. Di una larga chupada y lancé el humo contra el centelleante paisaje. Era bueno acabar un trabajo, tanto como el estar realizándolo. Nunca podía

decidir qué era lo que más me gustaba. Supongo que era porque cada cosa tenía su tiempo de ser.

Mi vida es tan diferente de las de la absoluta mayoría de la gente que forma nuestra sociedad, que dudo que aunque quisiera pudiera explicársela. Viven en una enorme y rica unión de mundos que casi ha olvidado el significado de la palabra crimen. Existen unos pocos descontentos y algunos, aún menos, socialmente mal ajustados. Los pocos que aún nacen, a pesar de los siglos de control genético, son pronto atrapados, y su aberración es rápidamente rectificada. Algunos no hacen patente su debilidad hasta que llegan a adultos: son los que intentan realizar crímenes mezquinos, como escalos, descuidos en almacenes y así... Los llevan a cabo durante una o dos semanas, o durante uno o dos meses, según su nivel de inteligencia natural. Pero al fin, con la misma seguridad con que se da la degradación de las sustancias radioactivas, la policía alarga su brazo y los atrapa.

Esto es casi todo el crimen que se da en nuestra sociedad, organizada y aburguesada. Digamos que el noventa y nueve por ciento. Es el restante y vital uno por ciento el que da trabajo a los departamentos de policía. Ese uno por ciento soy yo y unos pocos como yo, un puñado de hombres esparcidos por toda la Galaxia. Teóricamente no podemos existir y, si existimos, no podemos operar. Pero lo hacemos. Somos las ratas del artesanado de la humanidad... operamos más allá de sus barreras y de sus reglas. La sociedad tenía más ratas cuando las reglas eran más flexibles, tal como los edificios de madera contenían más ratas que los de cemento que los sustituyeron, pero a pesar de eso aún tenían ratas. Ahora que la sociedad es toda de cemento armado y acero inoxidable hay menos rendijas entre las juntas y una rata tiene que ser inteligente para descubrirlas. Una rata de acero inoxidable está en su elemento en este ambiente.



El ser un rata de acero inoxidable es algo solitario pero envanecedor... y es la experiencia más formidable que se pueda dar en la Galaxia si es que uno puede realizar impunemente su tarea. Los sociólogos no pueden ponerse de acuerdo sobre el motivo de nuestra existencia, y hasta algunos parecen dudar de ella. La teoría más comúnmente aceptada dice que somos víctimas de una enfermedad psicológica retardada que no muestra señales en la infancia, cuando podría ser detectada y corregida, y que tan sólo se manifiesta más tarde, en la vida adulta. Naturalmente he pensado mucho sobre este tema, y no estoy en lo más mínimo de acuerdo con esta explicación.

Hace algunos años escribí un librito sobre este tema, bajo seudónimo, por supuesto, que fue bastante bien recibido. Mi teoría es que esta aberración es más bien filosófica y no psicológica. Llega un cierto momento en que algunos nos damos cuenta de que uno tiene que vivir fuera de las reglas de la sociedad o morir de absoluto aburrimiento. No hay ni futuro ni libertad en la vida así circunscrita, y la

única otra vida posible es un rechace completo de las normas. Ya no hay lugar para el soldado de fortuna o para el caballero aventurero que puede vivir a un mismo tiempo dentro y fuera de la sociedad. Hoy en día es o todo o nada. Y, para preservar mi propia cordura, yo escogí el nada.

El taxi llegó al espaciopuerto justo cuando me encontraba en esta línea de pensamiento negativo, por lo que me alegró el poderla abandonar. La soledad es lo único a lo que se le tiene que tener miedo en este tipo de negocios, pues ella y la autocompasión pueden destruirte si se apoderan de ti. La acción siempre me ha ayudado en estos casos, la excitación del peligro y de la huida aclaran siempre la mente. Cuando pagué el taxi estafé al conductor ante sus propias narices, sustrayendo uno de los billetes en el mismo momento en que se lo entregaba. Estaba tan ciego como una pared de cemento. Su credulidad me hizo ronronear de placer. La propina que le di compensaba con creces la pérdida, ya que tan sólo hago estas pequeñeces para romper la monotonía.

Había un cobrador robot tras la ventanilla de venta de billetes. Tenía un tercer ojo en la frente, lo que equivalía a una cámara. Chasqueaba débilmente mientras adquirí mi billete, registrando mi rostro y destino. Era una precaución normal por parte de la policía, y me hubiera sorprendido el que no la hubiesen tomado. Mi destino se hallaba dentro del sistema, por lo que dudaba de que mi fotografía fuera a parar a otro lugar que a los archivos. No estaba dando un salto interestelar esta vez, como era mi costumbre tras un trabajo grande. No era necesario. Tras un trabajo en un planeta solitario o en un sistema pequeño, es imposible el seguir en él, pero Beta Cygnis tiene un sistema de casi veinte planetas, todos ellos con climas terraformados. Este planeta, el III, estaba ahora demasiado «caliente», pero el resto del sistema era terreno virgen. Había un alto nivel de rivalidad económica dentro de él, y sabía que sus departamentos de policía no cooperaban demasiado bien. Esto les iba a costar caro. Mi billete era para Moriy, planeta XVIII, extenso y esencialmente agrícola.

Había algunas pequeñas tiendas en el espaciopuerto. Las visité cuidadosamente, y adquirí una maleta nueva con un vestuario completo y otros artículos esenciales de viaje. Reservé el sastre para lo último. Me seleccionó un par de trajes de viaje y un faldellín de ceremonias, que me llevé al cuarto probador. Como por puro accidente, logré colgar uno de los trajes sobre la cámara oculta en la pared, e hice con los pies sonidos parecidos a los que hace alguien que se está desnudando, mientras me ocupaba del billete que acababa de adquirir. Una de las puntas de mi cortacigarros era un perforador, con el que alteré los orificios codificados que indicaban mi destino. Ahora me dirigía al planeta X, en lugar de al XVIII, y con esta alteración había perdido casi doscientos créditos. Éste es el secreto para alterar billetes y otros documentos similares: no traten de elevar el valor facial... es muy probable que esto sea descubierto. Pero si bajan el valor facial, aunque sean sorprendidos, la gente

estará segura de que todo se debe a un error mecánico. No hay ni la menor duda en ello, porque ¿para qué iba alguien a hacer una alteración en la que perdiese dinero?

Antes de que la policía pudiese sospechar, ya había sacado el traje de delante del visor, y me lo probé empleando en ello todo el tiempo necesario. Ya lo tenía casi todo dispuesto, y aún me quedaba una hora, más o menos, antes de que la nave partiese. Empleé prudentemente el tiempo en ir a una lavandería automática para lavar y planchar toda mi ropa nueva. No hay nada que atraiga más la atención de un aduanero que una maleta llena de ropa sin usar.

La aduana pasó sin problemas y, cuando la nave estuvo medio llena, subí a bordo, sentándome cerca de la azafata. Flirteé con ella hasta que se marchó, después de clasificarme en la categoría de *Macho, impetuoso, molesto*. Una solterona que se sentaba a mi lado también me clasificó en el mismo cajón y se puso a mirar por la ventanilla, dándome ostentosamente la espalda. Me adormilé contento, porque si hay algo mejor que no ser apercibido es el ser apercibido y clasificado en una categoría. Tu descripción se mezcla con la de todos los otros de esa categoría, y allí acaba todo.

Cuando me desperté casi estábamos en el planeta X, por lo que seguí adormilado en el asiento hasta que aterrizamos, y luego me fumé un cigarro mientras mi equipaje pasaba por la aduana. Mi maletín lleno de dinero no levantó sospechas, ya que previsoramente falsifiqué meses antes seis documentos que me acreditaban como mensajero bancario. En este sistema el Crédito Interplanetario era casi inexistente, así que los aduaneros estaban acostumbrados a ver pasar, en uno y otro sentido, montones de dinero líquido.

Confundí la pista un poco más, casi por hábito, y acabé hallándome en una gran ciudad industrial llamada Brouggh, situada a un millar de kilómetros del lugar en el que había tomado tierra. Usando una documentación totalmente distinta, tomé alojamiento en un hotel tranquilo de los suburbios.

Normalmente, tras un trabajo grande como el último, descanso durante uno o dos meses, pero en esta ocasión no tenía deseos de descansar. Mientras llevaba a cabo pequeñas compras por la ciudad con el fin de reconstruir la personalidad de James diGriz, tenía al mismo tiempo los ojos muy abiertos en busca de nuevas oportunidades para negocios. El primer día que salí hallé una que parecía ideal... y que cada día se me aparecía como mejor.

Una de las razones por las que he estado durante tanto tiempo fuera del alcance de la ley es porque nunca me repito. He imaginado algunos de los más impresionantes negocios, los he puesto en marcha una vez y luego los he abandonado para siempre. Casi lo único que tenían en común es que todos me daban dinero. Casi lo único a lo que, hasta hoy, no había llegado es al asalto a mano armada. Era ya tiempo de corregir esto.

Mientras estaba reconstruyendo la obesa personalidad del «escurridizo Jim», iba

planeando los detalles de la operación. Casi al mismo tiempo que tuve a punto los guantes con las huellas dactilares acabé de planificar todo el negocio. Era simple, tal y como tienen que serlo todos los asuntos buenos, ya que, cuantos menos detalles hayan, menos cosas habrán que puedan ir mal.

Iba a atracar Moraio, los más grandes almacenes de la ciudad. Cada tarde, exactamente a la misma hora, un camión blindado se llevaba los ingresos del día al banco. Era un bocado apetitoso: una gigantesca suma en inidentificables billetes de pequeño valor facial. El único problema que se presentaba, al menos para mí, era cómo un solo hombre podría copar con el enorme peso y volumen de todo aquel dinero. Cuando tuve una respuesta para esto, la operación estuvo a punto.

Claro está que todos estos preparativos tan sólo fueron hechos en mi mente hasta que la personalidad de James diGriz estuvo de nuevo a punto. El día en que me coloqué otra vez aquella panza lastrada noté como si estuviera de nuevo de uniforme. Encendí mi primer cigarrillo casi con satisfacción, luego me puse al trabajo. Un día o dos para algunas compras y unos pocos robos sencillos, y ya estaba listo. Programé el trabajo para el día siguiente a primeras horas de la tarde.

La clave de la operación era un amplio camión-tractor que había comprado, y al que había efectuado algunas alteraciones en el interior. Lo aparqué en un callejón, pero no importaba, ya que tan sólo era usado por la mañana temprano. Era un simple paseo hasta los almacenes, a los que llegué casi al mismo tiempo en que aparecía el camión blindado. Me recosté contra la pared del gigantesco edificio mientras los guardias sacaban el dinero. *Mi* dinero.

Para alguien con algo de imaginación supongo que aquello hubiera sido una visión atemorizadora: Por lo menos cinco guardias armados situados alrededor de la entrada, dos más en el interior del vehículo, así como el conductor y su ayudante. Como precaución adicional, cerca de la curva se hallaban tres rugientes monociclos, que acompañarían al camión para protegerlo por el camino. ¡Oh, muy impresionante! Tuve que ocultar una sonrisa tras mi cigarrillo cuando pensé en lo que iba a ocurrirles a esas elaboradas precauciones.

Había estado contando las carretadas de dinero a medida que salían por la puerta. Siempre había quince, ni menos ni más; esta costumbre me facilitaba el conocer el momento en que debía empezar a actuar. En el instante en que la catorceava era cargada en el camión blindado, aparecía en la entrada de los almacenes la quinceava. El chófer del camión había estado contando igual que yo, por lo que bajó de la cabina y se dirigió hacia la puerta trasera para cerrarla con llave cuando hubiera terminado la carga.

Estábamos perfectamente sincronizados mientras nos cruzamos andando: en el momento en que él llegaba a la puerta trasera, yo llegué a la cabina, subí a ella con tranquilidad y silenciosamente, y cerré la puerta tras de mí. El ayudante del conductor tuvo tan sólo el tiempo justo para abrir la boca y desorbitar los ojos antes de que yo le colocase una bomba anestésica en el regazo; se derrumbó inmediatamente. Yo,

naturalmente, llevaba los adecuados filtros nasales. Mientras con la mano izquierda ponía en marcha el motor, con la derecha lanzaba una bomba más grande por la ventanilla que unía la cabina con la parte trasera. Se oyeron unos confortantes golpes cuando los guardianes se derrumbaron sobre los sacos de dinero.

Todo esto me había llevado seis segundos. Los guardianes situados en la escalinata se estaban empezando a dar cuenta de que algo iba mal. Les hice un alegre saludo con la mano a través de la ventanilla y aceleré el camión blindado, sacándolo de la curva. Uno de ellos trató de correr para lanzarse a través de la puerta abierta, pero ya era demasiado tarde. Todo había pasado tan rápidamente que ninguno de ellos había pensado en disparar. Ya había yo previsto el que habría *pocos* balazos. La sedentaria vida de esos planetas atrofia los reflejos.

Los conductores de los monociclos se despertaron mucho más rápidamente, me perseguían antes de que el camión hubiera recorrido treinta metros. Moderé la marcha hasta que me alcanzaron y luego apreté el acelerador, manteniendo la velocidad exacta y suficiente para que no me pasasen.

Claro que sus sirenas estaban aullando y que hacían funcionar sus armas, era tal como yo lo había planeado. Bajamos por la calle como corredores de cohetes, y el tráfico se disolvió delante nuestro. No tenían tiempo para pensar y darse cuenta de que lo que estaban haciendo era asegurar que el camino quedara libre para mi huida. La situación era realmente humorística, y me temo que solté una carcajada mientras conducía el camión por las estrechas esquinas.

Por supuesto que se habría dado la alarma, y que más adelante se debían estar bloqueando las carreteras... pero esos ochocientos metros pasaron rápidos a la velocidad a la que íbamos. Fue cuestión de segundos hasta que vi ante mí la boca del callejón. Dirigí el camión hacia ella, apretando al mismo tiempo el botón del transmisor de onda corta que llevaba en el bolsillo.

Se encendieron mis bombas de humo a todo lo largo del callejón. Como se puede suponer, eran de fabricación casera, como casi todo mi equipo, pero no obstante producían una nube adecuadamente densa en aquel estrecho callejón. Llevé el camión un poco hacia la derecha, hasta que el parachoques rozaba la pared, y reduje un poco la velocidad para así poder guiar por el tacto. Naturalmente, los conductores de los monociclos no podían hacer esto, ya que sólo tenían la elección de detenerse o de lanzarse de cabeza a la oscuridad. Espero que tomaran la decisión correcta y que ninguno de ellos resultase herido.

Se suponía que el mismo impulso radial que había prendido las bombas de humo debía de haber abierto la puerta trasera del camión situado allí delante y bajado la rampa. Había funcionado estupendamente cuando hice la prueba, por lo que tan sólo me quedaba esperar que ocurriera lo mismo en la práctica. Traté de estimar la distancia que había recorrido en el callejón contando el tiempo y la velocidad, pero me equivoqué un poco, las ruedas frontales del camión golpearon la rampa con un estampido destructor y el camión blindado rebotó, más que rodó, al interior del otro



camión más grande. Me magullé un poco y me quedó justo el sentido suficiente para pisar el freno antes de que atravesase la cabina con el blindado.

El humo de las bombas lo convertía todo en una medianoche, lo cual, unido a mi cabeza atontada por el golpe, casi arruinó todo el asunto. Pasaron valiosos segundos mientras me recostaba contra la pared del camión tratando de volverme a orientar. No sé cuanto tiempo me llevó, pero cuando al fin trastabillé por la puerta de atrás ya podía oír las voces de los guardianes atravesando el humo. Oyeron la retorcida rampa crujir mientras la cerraba, por lo que tuve que tirar un par de bombas más para calmarlos.

Cuando subí a la cabina del camión-tractor el humo comenzaba a disiparse. Encendí el motor, poniendo en marcha el vehículo. Unos metros más allá, al salir del callejón, irrumpí a la luz del día. La bocacalle daba a una vía principal, y a unos metros por delante vi pasar dos coches de la policía echando chispas. Cuando mi camión salió a la calle, me fijé cuidadosamente en todos los testigos. Ninguno de ellos demostraba el más mínimo interés por el camión o por el callejón. Aparentemente, toda la conmoción estaba aún limitada al otro extremo del mismo. Di gas al motor y tomé la calle, alejándome de la tienda que acababa de robar.

Claro que tan sólo recorrí unas pocas manzanas en esa dirección, para doblar luego por una travesía. En la siguiente esquina doblé de nuevo y regresé hacia Moraio, el lugar de mi reciente crimen. El aire frío que entraba por la ventanilla hizo que pronto me sintiera mejor, y hasta llegué a silbar una alegre cancioncilla mientras maniobraba el enorme camión por entre las calles.

Habría sido estupendo el pasar por delante de Moraio y ver lo que ocurría, pero esto sólo hubiera sido buscar problemas. El tiempo seguía siendo importante. Había planeado cuidadosamente una ruta que evitaba toda la congestión del tráfico y ahora la estaba siguiendo escrupulosamente. Fue sólo cuestión de minutos el llegar hasta el aparcamiento de carga situado en la parte de atrás del gran almacén. Allí había un poco de inquietud a causa del robo, pero se difuminaba entre el bullicio normal de la carga y la descarga. Aquí y allá, un grupo de conductores de camión o de capataces estaban discutiendo sobre el acontecimiento, pero como los robots no cotillean, el trabajo normal continuaba. Los hombres estaban, naturalmente, tan excitados, que no se prestó ninguna atención a mi camión cuando lo llevé al aparcamiento, junto a los otros. Apagué el motor y me recosté en el asiento, con un suspiro de satisfacción.

La primera parte estaba completa. No obstante, quedaba la segunda, que era igual de importante. Rebusqué en mi panza entre el equipo que siempre llevo en los trabajos... para una emergencia como ésta. Normalmente no confío en los estimulantes, pero aún estaba atontado por los golpes. Dos centímetros cúbicos de Linoten en mi cúbito anterior me aclararon rápidamente la cabeza. Volvía a caminar con paso seguro cuando me dirigí a la parte de atrás del camión.

El ayudante del conductor y los guardas todavía estaban inconscientes, y continuarían así por lo menos durante diez horas. Los dispuse en una alineada fila en

la parte delantera, donde no me molestaran, y me dispuse al trabajo.

El camión blindado casi llenaba la caja del camión, tal como había supuesto; por tanto, había asido las cajas a las paredes. Eran unas estupendas y fuertes cajas de embalaje con el nombre de Moraio bien visible en todas sus caras. Era un pequeño robo a su almacén que pasaría desapercibido. Las bajé y las monté para llenarlas. Pronto estaba sudando, y me tuve que quitar la camisa mientras comenzaba a meter el dinero en los embalajes.

Casi me llevó dos horas introducirlo y cerrar las cajas. Cada diez minutos o así daba una ojeada a través de la mirilla de la puerta: tan sólo se veía la actividad normal. Sin duda la policía debía tener la ciudad sitiada y debía de estar registrándola, casa por casa, en busca del camión. Estaba casi seguro de que el último sitio en el que se les ocurriría mirar sería en la parte de atrás del almacén robado.

El almacén en el que me había provisto de los embalajes también me había proporcionado un buen surtido de albaranes de envío. Pegué uno a cada una de las cajas, dirigiéndolas a diferentes lugares de recogida. Como es natural las puse a portes pagados, y ya estuve dispuesto para finalizar la operación.

Por entonces ya casi se había hecho oscuro, pero sabía que el departamento de envíos estaría ocupado casi toda la noche. Encendí de nuevo el motor y me dirigí lentamente, en marcha atrás, al muelle de envíos. Había un área relativamente tranquila allí donde se encontraban el sector de carga y el de descarga. Detuve el camión lo más cerca que pude de la línea divisoria. No abrí la puerta de atrás hasta que todos los trabajadores se hallaron mirando en otra dirección. Aún el más estúpido de ellos se hubiera sentido curioso ante el hecho de que un camión descargase cajas de envío de la firma. Tras apilarlas en la plataforma les eché una lona por encima, todo lo cual apenas me llevó unos pocos minutos. Tan sólo cuando hube cerrado las puertas del camión volví a destaparlas, y me senté sobre una de ellas para fumar un cigarrillo.

Antes de haberlo terminado, pasó un robot del departamento de envíos lo suficientemente cerca como para poderlo llamar.

—Ven aquí. Al M-19, que estaba cargando esto, se le quemó una banda de freno, así que ocúpate tú.

Sus ojos brillaron con la luz del deber. Algunos de los tipos M superiores se toman su trabajo muy a conciencia. Tuve que apartarme rápidamente cuando por las puertas situadas a mis espaldas aparecieron los camiones y las cargadoras M. Se oyó un ajetreo de carga y selección y mi botín desapareció por la plataforma. Encendí otro cigarrillo y miré durante un rato mientras las cajas eran codificadas, marcadas y cargadas en los camiones de envío o en las cintas transportadoras locales.

Todo lo que me quedaba por hacer era deshacerme del camión en alguna calle perdida y cambiar de personalidad.

Mientras estaba entrando en el camión, me di cuenta por primera vez de que algo andaba mal. Claro que me había estado fijando en la puerta... pero no lo bastante.

Habían estado entrando y saliendo camiones, pero, de pronto, me golpeó como un martillo pilón en el plexo solar el hecho de que eran siempre los mismos los que iban en una y otra dirección. Uno grande, rojo, de grandes distancias, estaba ahora mismo saliendo. Oí el eco de su tubo de escape rugir calle abajo... y luego morir con un lento gruñido. Cuando se volvió a oír no fue alejándose, sino que el camión apareció por la otra puerta. Había coches de la policía esperando tras la valla. Esperándome a mí.

Por primera vez en mi carrera sentí el pavor del hombre acorralado. Ésta era la primera vez en que la policía estaba tras mis huellas sin haberlo yo previsto. Se había perdido el dinero, eso ya era seguro, pero eso ya no me importaba. Lo que querían ahora era atraparme.

Piensa primero, luego actúa. Por el momento aún estaba seguro. Naturalmente me estaban rodeando, pero lentamente, pues no sabían en qué parte del gigantesco aparcamiento me hallaba. ¿Cómo me habían encontrado? *Éste* era el punto verdaderamente importante. La policía local estaba acostumbrada a un mundo casi sin crímenes, por lo que no podían haber dado con mi rastro con tanta rapidez. En realidad, no había dejado *ningún* rastro, por lo que quienquiera que hubiese preparado esta trampa lo había hecho tan sólo con lógica y raciocinio.

Sin pensarlo, unas palabras saltaron a mi mente: *El Cuerpo Especial*.

Nunca se escribía nada acerca de él, tan sólo se podían oír un millar de palabras susurradas en un millar de mundos a lo largo de la Galaxia. El Cuerpo Especial, la rama de la Liga que se ocupaba de los problemas que los planetas por sí solos no podían resolver. Se suponía que el Cuerpo había acabado con los restos de los Merodeadores de Haskell tras la paz, que había eliminado del juego a los ilegales comerciantes T & Z, y que finalmente habían cazado a Inskipp. Y ahora iban a por mí.

Estaban allí afuera, esperando a que tratase de abrir brecha. Estaban pensando en todos los caminos, igual que yo, y los estaban bloqueando. Tenía que pensar rápido y bien.

Tan sólo había dos caminos hacia afuera: a través de las puertas o a través de la tienda. Las puertas estaban demasiado bien cubiertas para abrir brecha, y tal vez en la tienda hubiese otras posibilidades de escape. Tendría que hacerlo por allí. En el momento en que llegaba a esta conclusión, me di cuenta de que otras personas también habrían llegado a ella, y que ya debían estarse dirigiendo a cubrir esas salidas. Este pensamiento me dio miedo... y también me enfadó. La sola idea de que alguien pudiera ganarme pensando ya me era odiosa. De acuerdo, podían tratar de atraparme... pero les iba a costar. Todavía me quedaban unos cuantos trucos en la manga.

Primero, una pequeña pista falsa: Puse en marcha el camión, en primera, y lo apunté a la puerta. Cuando estaba en línea recta atoré el volante y salté por el lado opuesto de la cabina, volviendo al hangar de mercancías. Una vez estuve dentro

apresuré el paso. Tras de mí pude oír algunos disparos, un fuerte golpe y muchos chillidos. Esto ya estaba mejor.

Las cerraduras nocturnas estaban conectadas en las puertas que llevaban a la tienda propiamente dicha. Era una alarma de tipo antiguo, que podía desconectar en escasos segundos. Mis ganzúas abrieron la puerta y le di una patada, echándome para atrás. No se oyeron timbres de alarma, pero sabía que, en alguna parte del edificio, un indicador señalaba que había sido abierta una puerta. Fui hasta la puerta más alejada del lado opuesto del edificio corriendo tanto como podía. Esta vez me aseguré de que la alarma estuviera desconectada antes de atravesar la puerta. La cerré tras de mí.

El trabajo más complicado del mundo es correr y no hacer ruido. Mis pulmones ardían cuando estaba llegando a la entrada de empleados. Unas pocas veces vi luces de linternas delante mío y tuve que esconderme tras los mostradores, pero logré pasar sin ser visto, aunque más por suerte que por otra cosa. Ante la puerta por la que habría querido salir se hallaban dos hombres de uniforme. Permaneciendo tan pegado como pude a la pared, me acerqué a unos siete metros de ellos antes de tirarles una granada de gas. Por un segundo estuve seguro de que llevaban puestas máscaras antigás y de que todo había terminado... luego se derrumbaron. Uno de ellos estaba bloqueando la puerta, por lo que lo aparté rodando con el pie y la abrí unos centímetros.

El reflector no podía haber estado a más de diez metros de la puerta: cuando se encendió noté más dolor que luz. Me tiré al suelo en el mismo instante en que se encendía, y los balazos de la pistola ametralladora perforaron una hilera de agujeros a lo ancho de la puerta. Mis oídos estaban sordos por el estrépito de las balas explosivas y casi no pude oír el ruido de los pasos a la carrera. Ya tenía mi calibre .75 en la mano, y coloqué todo un cargador a través de la puerta, apuntando alto para no herir a nadie. No los detendría, pero los haría ir más despacio.

Devolvieron el fuego, debía de haber un pelotón entero allí afuera. De la pared de atrás saltaron esquirlas de plástico, y los proyectiles silbaron por el corredor. Era una buena cobertura, así sabía que nadie me saldría por la espalda. Permaneciendo lo más plano que pude, repté en la dirección opuesta, fuera de la línea de tiro. Doblé dos esquinas antes de estar lo suficientemente lejos de las armas como para poderme arriesgar a ponerme en pie. Mis rodillas temblaban y mi visión estaba aún oscurecida por grandes manchas de color. El reflector había hecho un buen trabajo, casi no podía ver a la débil luz.

Seguí moviéndome lentamente, tratando de alejarme lo más posible de los disparos. El pelotón del exterior había disparado en cuanto yo había abierto la puerta, lo que significaba que tenían órdenes de disparar contra quienquiera que tratase de abandonar el edificio. Una bella trampa. Los policías de dentro seguirían buscando hasta dar conmigo. Si trataba de salir me asarían. Comenzaba a sentirme como una rata en una ratonera.

Todas las luces de los almacenes se encendieron y me quedé parado, helado.

Estaba cerca de la pared de una gran sala dedicada a artículos para granjas. Al otro lado de la habitación se hallaban tres soldados. Nos divisamos al mismo tiempo, y me zambullí hacia la puerta mientras a todo mi alrededor rebotaban las balas. Los militares estaban también en ello, lo que significaba que se lo habían tomado muy en serio. Al otro lado de la puerta había un grupo de ascensores... y escaleras subiendo hacia lo alto. Me metí en el ascensor de un salto y hundí el botón del sótano, logrando apenas salir antes que se cerraran las puertas. Las escaleras estaban en la dirección de los soldados que me perseguían, por lo que me pareció que corría hacia sus bocas de fuego. Debí de alcanzar las escaleras un instante antes de su llegada. Subí por ellas y llegué hasta el primer descansillo antes de que ellos estuvieran abajo. La suerte todavía me acompañaba. No me habían visto, y estarían seguros de que había ido hacia abajo. Me desplomé contra la pared, oyendo los gritos y los silbatos mientras dirigían su búsqueda hacia el sótano.

Pero en el grupo había uno listo. Mientras los otros estaban siguiendo la pista falsa, lo oí comenzar a subir lentamente las escaleras. No me quedaba ninguna granada de gas, todo lo que podía hacer era subir por delante de él, tratando de no hacer ningún ruido.

Venía lenta y pausadamente, y yo me mantuve por delante de él. De esta manera subimos cuatro pisos, yo en calcetines, con los zapatos entrelazados alrededor de mi cuello, y él con sus pesadas botas raspando suavemente contra el metal de los escalones.

Cuando inicié la subida al quinto piso me detuve, con el pie a mitad de un escalón.

Alguien estaba bajando... alguien que usaba el mismo tipo de botas militares. Hallé la puerta al pasillo, la abrí y me deslicé por ella. Ante mí se extendía un largo corredor, flanqueado por algún tipo de oficinas. Comencé a correr a lo largo de él, tratando de alcanzar una esquina antes de que aquella puerta se abriese y las balas explosivas me partiesen en dos. El pasillo parecía interminable, y de repente me di cuenta de que nunca conseguiría llegar al final a tiempo.

Era una rata buscando un agujero... y no había ninguno. Las puertas estaban cerradas, todas. Las iba probando mientras corría, sabiendo que no lo iba a lograr. Aquella puerta de la escalera se estaba abriendo tras de mí, y el arma se estaba levantando. No me atreví a darme la vuelta y mirar, pero lo podía sentir. Cuando la puerta se abrió bajo mi mano casi caí a través de ella antes de darme cuenta de lo que había sucedido. La cerré tras de mí y me recosté contra ella en la oscuridad, jadeando como un animal agotado.

Entonces se encendió la luz y vi al hombre sentado tras el escritorio, sonriéndome.

Existe un límite para la cantidad de emociones que puede absorber un ser

humano, y yo había sobrepasado el mío. No me importaba si me daba un balazo o me ofrecía un cigarrillo... había llegado hasta el final de mi camino. No hizo ninguna de las dos cosas; en lugar de eso, me ofreció un cigarro.

—Coja uno de éstos, diGriz. Creo que son su marca.

El cuerpo es un esclavo del hábito. Aún cuando la muerte está a unos centímetros, responde a las costumbres establecidas. Mis dedos se movieron por sí mismos y tomaron el cigarro, mis labios lo apretaron y mis pulmones lo sorbieron hasta darle vida. Y, durante todo esto, mis ojos vigilaban al hombre tras el escritorio, esperando la muerte.

Se debió de notar. Me señaló una silla y tuvo buen cuidado de tener las dos manos a la vista sobre la mesa. Yo todavía tenía mi arma apuntada contra él.

—Siéntese, diGriz, y aparte ese cañón. Si quisiera matarle, lo podría haber hecho más fácilmente que guiándolo hasta esta habitación —sus cejas se arquearon sorprendidas cuando vio la expresión de mi rostro—. ¿No me dirá que creyó llegar hasta aquí por casualidad?

Hasta ese mismo momento así lo había creído, y esta falta de un razonamiento inteligente por mi parte me produjo una oleada de vergüenza que me devolvió a la realidad. Me habían sobrepasado mental y físicamente, y lo menos que podía hacer era rendirme a la evidencia. Lancé el arma sobre la mesa y me derrumbé sobre la silla ofrecida. Barrió la pistola hacia un cajón con rápida eficiencia y se relajó él también un poco.

—Me tuvo preocupado por un momento por la forma en que se quedó ahí delante, con los ojos locos y agitando esa pieza de artillería de campo.

—¿Quién es usted?

Sonrió ante lo abrupto de mi tono.

—Bueno, no importa quien soy. Lo que importa es la organización a la que represento.

—¿El Cuerpo?

—Exactamente. El Cuerpo Especial. No creyó que se trataba de la policía local, ¿verdad? Ellos tienen órdenes de dispararle a primera vista. Fue tan sólo después de que les dije cómo hallarle cuando dejaron que el Cuerpo interviniese. Tengo algunos de mis hombres en el edificio, son los que lo han traído hasta aquí. El resto son todos nativos, con dedos nerviosos en los gatillos.

No era muy halagüeño, pero era verdad. Me habían llevado de un lado para otro como a un robot de clase M, con cada movimiento programado por adelantado. El viejo tras el escritorio... pues ahora me daba cuenta de que debía de tener unos sesenta y cinco años, había demostrado ser superior a mí. El juego había terminado.

—De acuerdo, señor Detective. Me tiene usted atrapado, así que el recrearse en mi desgracia no tiene sentido. ¿Qué sigue ahora en el programa? ¿Reorientación psicológica, lobotomía... o simplemente el pelotón de ejecución?

—Me temo que nada de eso. Estoy aquí para ofrecerle un empleo en el Cuerpo.

Todo el asunto era tan ridículo que casi me caí de la silla en el ataque de risa que siguió a estas palabras. Yo, James diGriz, el ladrón interplanetario, trabajando como policía. Era demasiado cómico.

El otro permaneció paciente, esperando hasta que hube terminado.

—Admito que tiene su lado cómico —dijo—, pero sólo a simple vista. Si se para a pensarlo, tendrá que admitir que no hay nadie más cualificado para atrapar a un ladrón que otro ladrón.

Había bastante de verdad en eso, pero no iba a comprar mi libertad convirtiéndome en un cimbel.

—Una oferta interesante, pero no pienso salir de esto volviéndome traidor. ¿Sabe?, aún entre los ladrones existe un código de honor.

Esto lo enfadó. Era más alto de lo que parecía sentado, y el puño que agitó ante mi rostro era tan grande como un zapato.

—¿Pero qué clase de estupideces está diciendo? Suena como una frase de una película de gánsteres de la televisión. ¡Nunca se ha encontrado con otro ladrón en su vida, y no lo hará nunca! Y si lo hiciera, lo delataría alegremente si con ello pudiese sacar usted algún provecho. La esencia misma de su vida es el individualismo... eso y la emoción de hacer cosas que otros no pueden hacer. Bueno, eso ya se acabó, y lo mejor es que se convenza a usted mismo de ello. Ya no puede seguir siendo el playboy interplanetario que solía ser... pero *puede* llevar a cabo un trabajo que va a necesitar de cada onza de su habilidad y talentos especiales. ¿Ha matado alguna vez a un hombre?

—No... no que yo sepa.

—Bueno, no lo ha hecho. Le digo esto por si así va a dormir mejor por las noches. No es usted un homicida, miré eso en su ficha antes de venir a buscarle. Es por eso por lo que sé que entrará en el Cuerpo, y que sentirá un gran placer en capturar al *otro* tipo de criminal que está enfermo, y no que simplemente realiza una protesta social. El hombre que puede asesinar y disfrutar con ello.

Era demasiado convincente, y tenía todas las respuestas. Tan sólo quedaba un argumento, y lo lancé en un último intento defensivo.

—¿Y qué hay con el Cuerpo? Si se enteran que está usted empleando a criminales semireformados para hacer trabajos sucios, nos fusilarán a los dos al romper el alba.

Esta vez era su turno de reírse. No veía qué era lo que le parecía tan cómico, así que lo ignoré hasta que hubo terminado.

—En primer lugar, muchacho, yo soy el Cuerpo, por lo menos su cabeza. ¿Y cuál cree que es mi nombre? ¡Harold Peters Inskipp, *ése* es mi nombre!

—¿No será el Inskipp que...?

—El mismo, Inskipp el Inatrapable. El hombre que desvalijó el Pharsydion II en pleno vuelo y que realizó todas esas otras operaciones sobre las que estoy seguro de que leyó en su malgastada juventud. Fui reclutado en la misma manera que usted.

Me tenía atrapado. Debió ver mis ojos saltones, porque se preparó para hacerme

mate.

—¿Y quiénes se cree que son el resto de nuestros agentes? No me refiero a los graduados de limpia mirada salidos de nuestras escuelas técnicas, como la escuadra que tengo abajo, sino los agentes especiales. Los hombres que planean las operaciones, que realizan el trabajo de campo preliminar y que se preocupan de que todo vaya sobre ruedas. Son ladrones, todos ladrones. Contra mejores eran por sí solos, mejor es el trabajo que realizan para el Cuerpo. Éste es un Universo grande y camorrista, y le sorprenderían algunos de los problemas que aparecen. Los únicos que podemos reclutar para hacer los trabajos son los que ya son expertos en ellos. ¿Le interesa?

Había pasado todo tan rápido y no había tenido tiempo para pensar, por lo que posiblemente iba a seguir arguyendo durante una hora. Pero en lo más recóndito de mi mente ya había llegado a una decisión. Lo iba a hacer. No podía decir que no.

Y, además, estaba comenzando a notar como un calorcillo. La raza humana es gregaria, esto era algo que sabía bien, aunque durante años lo hubiese estado negando.

Bueno, total, iba a seguir haciendo el trabajo más solitario en todo el Universo... lo único que ocurría era que ya no lo haría solo.

Título original:

THE STAINLESS STEEL RAT

© 1944, *Street and Smith Publications, Inc.*, by arrangement with *Panorama Literary*

*Agency*

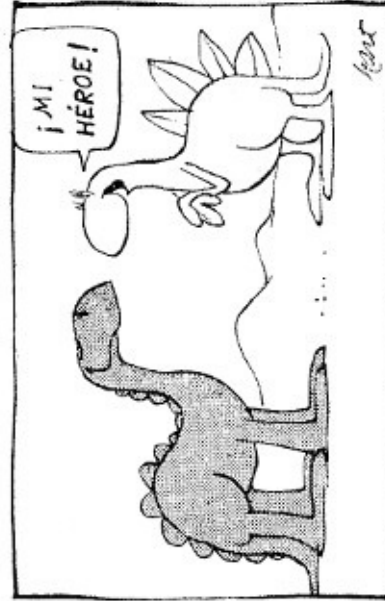
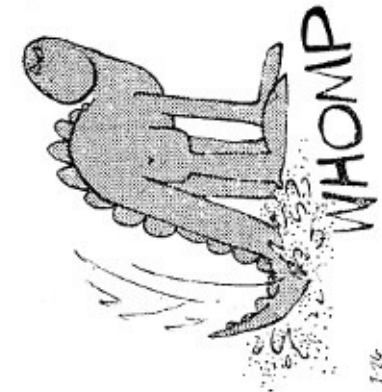
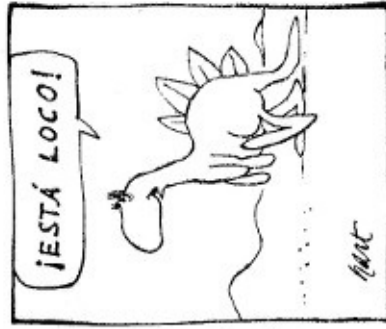
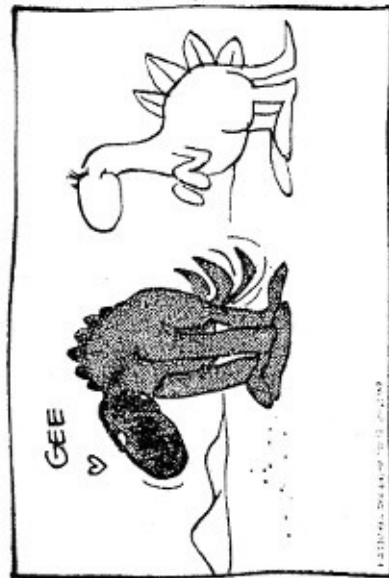
Traducción de Z. Álvarez





B.C.

Johnny Hart



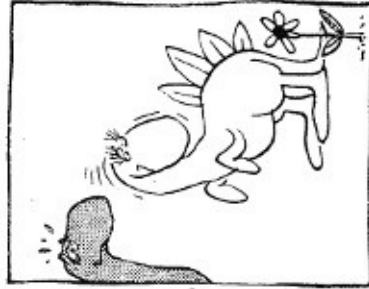
B.C.

Johnny Hart

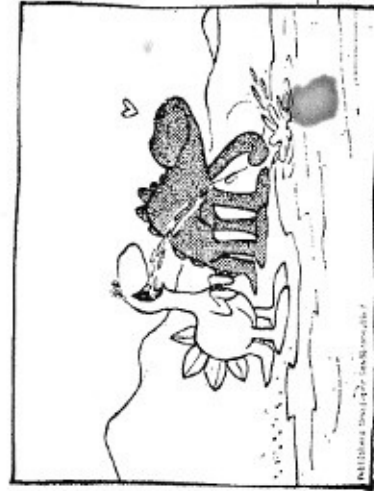
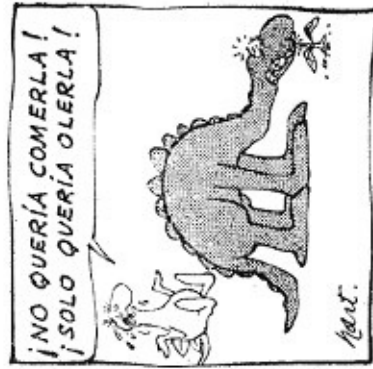
B. C.



Published by Newspaper Syndicate, Inc.



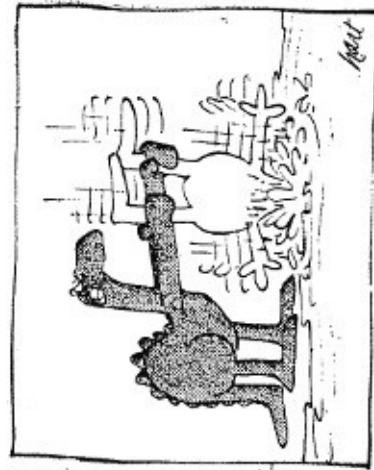
7-37



Published by Newspaper Syndicate, Inc.



7-38



# AQUÍ HAY TIGRES

**RAY BRADBURY**

El propio Ray Bradbury ha dicho de este relato que es la historia que más le ha gustado escribir. Por nuestra parte, después de haber leído este maravilloso e inusitado relato de exploración interestelar, debemos reconocer que no solamente estamos de acuerdo con él en esto, sino que estaríamos enormemente contentos de poder cambiar de lugar con el hombre que decidió desertar de la nave y quedarse...

**ilustrado por ESTEBAN MAROTO**

—Hay que saber aventajar a un planeta en su propio juego —dijo Chatterton—. Llegar y rasgarlo, matar sus serpientes, envenenar sus animales, contener sus ríos, sembrar sus campos, purificar su aire, abrir minas, dominarlo, dividirlo en pedazos, y escapar cuando se ha conseguido lo que se quiere. Si no es así, el planeta lo liquida a uno. No se puede confiar en los planetas. Tienden a ser diferentes, tienden a ser malignos, tienden a querer deshacerse de uno, especialmente aquí tan lejos, mil millones de millas de ningún sitio, de modo que es mejor aventajarlos. Arrancarles su piel, como digo. Arrancar los minerales y escapar antes de que el maldito mundo explote en tu cara. Ése es el modo de tratarlos.

La nave cohete descendía hacia el planeta 7 del sistema solar 84. Había viajado millones y millones de millas; la Tierra estaba lejos, su sistema y su sol olvidados, su sistema colonizado e investigado y utilizado, y otros sistemas explorados y aprovechados y dispuestos, y ahora los cohetes de esos pequeños hombres de un planeta imposiblemente remoto estaban investigando hacia lejanos universos. En pocos meses, en pocos años, podían trasladarse a cualquier sitio, porque la velocidad de su cohete era la velocidad de un dios, y ahora por diezmilésima vez uno de sus cohetes del círculo de búsquedas lejanas descendía hacia un mundo extraño.

—No —dijo el capitán Forester—. Tengo demasiado respeto hacia otros mundos para tratarlos de la manera que usted quiere, Chatterton. De todos modos, mi misión no es la de violarlos y destrozarlos, gracias a Dios. Me alegro de ser solamente un astronauta. Usted es el antropólogo-minerólogo. Adelante, puede usted abrir minas y rasgar y raspar. Yo solamente observaré. Simplemente iré por ahí a mirar a este nuevo mundo, sea lo que sea, no obstante lo que le parezca. Me gusta mirar. A todos los astronautas les gusta mirar o sino no serían astronautas. A uno le gusta oler nuevos aires, si uno es astronauta, y ver nuevos colores y nueva gente si hay nueva gente para ver, y nuevos océanos e islas.

—Llévese su pistola consigo —dijo Chatterton.

—La llevo en la funda —dijo Forester.

Se volvieron juntos hacia babor y vieron el verde mundo que ascendía hacia su nave.

—Me pregunto que es lo que pensará de nosotros —dijo Forester.

—Yo no le gustaré —dijo Chatterton—. Por Dios, yo haré que no le guste. Y no me importa, sabe, no me importa un comino. Estoy aquí por el dinero. Tomemos tierra allí, Capitán; eso parece ser la comarca más rica que nunca haya visto.

Era el color verde más puro que hubieran visto desde su niñez.

Los lagos se extendían a través de suaves colinas como claras gotas de agua azul; no habían autopistas ruidosas, anuncios o ciudades. Es como un verde campo de golf, pensó Forester, que se extiende al infinito. Uno podría andar diez mil millas en cualquier dirección sin terminar nunca el juego. Un planeta de suerte, un mundo como un campo de croquet, donde uno podía estirarse con un trébol en los labios, los ojos medio cerrados, sonriendo al cielo, oliendo la hierba, adormecerse en un domingo eterno, despertándose ocasionalmente para girar la página del periódico o empujar la bola de madera pintada con bandas rojas a través de la portezuela.

—Si nunca un planeta fue mujer, éste lo es.

—Mujer en el exterior, hombre en el interior —dijo Chatterton—. Todo duro bajo la superficie, todo hierro, cobre, uranio, carbón, todo masculino. No deje que le engañen los cosméticos.

Caminó hacia el lugar donde aguardaba el Taladro Terrestre. Su gran hocico como un tornillo brillaba azuladamente, listo para acuchillar hasta veinte metros de profundidad y extraer tapones de tierra, más hondo aún con extensiones en el corazón del planeta. Chatterton guiñó hacia él.

—Arreglaremos a su mujer, Forester, y bien.

—Sí, sabía que lo haría —dijo Forester con calma.

El cohete aterrizó.

—Es demasiado verde, demasiado pacífico —dijo Chatterton—. No me gusta —se volvió hacia el capitán—. Saldremos con nuestros rifles.

—Yo doy las órdenes, si no le importa.

—Sí, y mi compañía paga nuestro camino con millones de dólares de maquinaria que debemos proteger; una buena inversión.

El aire en el nuevo planeta 7 del sistema estelar 84 era bueno. La compuerta se abrió de par en par. Los hombres salieron al mundo parecido a un invernadero.

El último hombre en emerger fue Chatterton, pistola en mano.

Cuando Chatterton puso pie en el verde prado, la tierra tembló. La hierba se sacudió. El bosque lejano retumbó. El cielo pareció parpadear y oscurecerse imperceptiblemente. Los hombres estaban mirando a Chatterton cuando esto ocurrió.

—¡Un terremoto, por Dios!

La cara de Chatterton palideció. Todos se rieron.

—¡No le gustas, Chatterton!

—¡Tonterías!

El temblor desapareció a lo lejos.

—Bien —dijo el capitán Forester—, el temblor no fue para nosotros, de modo que debe ser su filosofía lo que no ha recibido aprobación.

—Coincidencia —Chatterton sonrió débilmente—. Vamos, rápido, quiero el Taladro aquí afuera en media hora para obtener algunas muestras.

—Un momento —Forester paró de reír—. Tenemos que ver el área primero, asegurarnos de que no hay gente o animales hostiles. Además, no cada año se encuentra un planeta como éste, tan bonito; ¿nos va a censurar por querer verlo?

—Está bien —Chatterton se reunió con ellos—. Pero acabemos pronto.

Dejaron un centinela en la nave y caminaron sobre campos y prados, sobre pequeñas colinas y a través de pequeños valles. Como un grupo de muchachos de excursión en el mejor día del mejor verano en el más bello año de la historia, andando en un tiempo ideal para jugar al croquet, donde si uno escuchaba podía oír el susurro de la bola de madera a lo largo de la hierba, el chasquido a través de la portezuela, las tranquilas ondulaciones de las voces, una súbita corriente de risas de mujer desde algún porche sombreado por la hiedra, el tintineo del hielo en el recipiente del té de verano.

—Hey —dijo Driscoll, uno de los más jóvenes de la dotación, husmeando el aire—. He traído un béisbol y bate; haremos una partida luego. ¡Vaya diamante!

Los hombres rieron quietamente en la temporada de béisbol, en el tranquilo aire para tenis, en el tiempo para pasear en bicicleta y recoger uvas silvestres.

—¿Qué tal te parecería el trabajo de cortar el césped aquí? —preguntó Driscoll.

Los hombres se detuvieron.

—¡Sabía que había algo extraño! —gritó Chatterton—. ¡La hierba está recién cortada!

—Seguramente una especie de dichondra; siempre corta.

Chatterton escupió sobre la hierba y restregó con su bota.

—No me gusta esto, no me gusta. Si algo nos ocurriera, nadie lo sabría nunca en la Tierra. Una política estúpida; si un cohete no vuelve, nunca se envía un segundo cohete para saber el porqué.

—Es natural —explicó Forester—. No podemos perder el tiempo en un millar de mundos hostiles, luchando guerras fútiles. Cada cohete representa años, dinero, vidas. No podemos permitirnos el perder *dos* cohetes si uno encuentra que un planeta es hostil. Continuamos hacia planetas pacíficos. Como éste.

—A veces me pregunto —dijo Driscoll— qué les ocurrió a todas esas expediciones perdidas en mundos que nunca serán visitados otra vez.

Chatterton miró hacia el lejano bosque.

—Fueron fusilados, acuchillados, asados para cenar. Como nos puede ocurrir a nosotros, en cualquier momento. ¡Es hora de empezar el trabajo, capitán!

Estaban en lo alto de un pequeño desnivel.

—Sentid —dijo Driscoll, sus manos y brazos apartados de sus costados—.

Recordad cómo acostumbrabais a correr cuando erais chiquillos, y cómo se notaba el viento. Como plumas en los brazos. Uno corría y pensaba que en cualquier momento echaría a volar, pero nunca ocurría.

Los hombres se quedaron quietos, recordando. Había una fragancia de polen y lluvia fresca secándose sobre un millón de hojas de hierba.

Driscoll corrió un poco.

—Sentid el viento, por Dios. Sabéis, nunca hemos volado *realmente* por nosotros mismos. Tenemos que sentarnos dentro de toneladas de metal, lejos de volar, realmente. Nunca hemos volado como lo hacen los pájaros, por sí mismos. No sería maravilloso poner los brazos así... —extendió sus brazos—. Y correr —corrió frente a ellos, riendo de su propia tontería—. ¡Y volar! —gritó.

Voló.

El tiempo pasó en los silenciosos relojes de oro de pulsera de los hombres que permanecían abajo. Miraron hacia arriba. Y del cielo llegó el sonido de una risa casi increíble.

—Decidle que baje ahora —susurró Chatterton—. Se matará.

Nadie le oyó. Las caras no miraban a Chatterton, estaban sorprendidas y sonrientes.

Al final Driscoll aterrizó a sus pies.

—¿Me visteis? ¡Por Dios, volé!

Lo habían visto.

—Dejadme sentar, oh Señor, Señor —Driscoll palmeó sus rodillas, riendo—. Soy un gorrión, soy un halcón, Dios me bendiga. ¡Vamos, probadlo, todos vosotros!

—¡Es el viento, me levantó y me hizo volar! —dijo un momento después, jadeante, temblando de alegría.

—Vámonos de aquí —Chatterton empezó a volver atrás, lentamente, en círculo, vigilando el cielo azul—. Es una trampa, quiere que todos volemos en el aire. Entonces nos dejará caer de repente y nos matará. Me vuelvo a la nave.

—Esperará usted a que dé la orden —dijo Forester.

Los hombres estaban intrigados, quietos en el aire cálido-fresco, mientras el viento suspiraba a su alrededor. Había un sonido de cometas en el aire, un sonido de marzo eterno.

—Le *pedí* al viento que me hiciera volar —dijo Driscoll—. ¡Y lo hizo!

Forester apartó a los otros a un lado.

—Yo haré la próxima prueba. Si resulta muerto, vuelvan a la nave. Todos.

—Lo siento, pero no puedo permitirlo —dijo Chatterton—. Es usted el capitán. No podemos dejar que usted se arriesgue. —Sacó su pistola—. Yo debería tener alguna clase de autoridad o fuerza aquí. Este juego ha ido demasiado lejos; ordeno volver a la nave.

—Guarde su pistola —dijo Forester quietamente.

—¡Quédese quieto, idiota! —Chatterton parpadeó ahora a este hombre, ahora a ése—. ¿No se ha dado cuenta? Este mundo está vivo, nos observa, está jugando con nosotros, ganando tiempo.

—Yo seré quién juzgue eso —dijo Forester—. Va usted a volver a la nave, dentro de un momento, bajo arresto, si no guarda esa pistola.

—Si están locos y no quieren venir conmigo, pueden morirse ahí. Yo me vuelvo, conseguiré mis muestras y me iré.

—¡Chatterton!

—¡No trate de detenerme!

Chatterton empezó a correr. Entonces, repentinamente, dio un grito.

Todos gritaron y miraron hacia arriba.

—Ahí va —dijo Driscoll.

Chatterton estaba arriba en el cielo.

La noche había llegado como el cierre de un ojo gigante pero benévolo. Chatterton estaba sentado, aturdido, en la ladera de una colina. Los otros hombres estaban sentados a su alrededor, exhaustos y risueños. No quería mirarlos, no quería mirar al cielo, sólo quería sentir el suelo, y sus brazos y sus piernas y su cuerpo apretándose en sí mismos.

—¡Dios, eso fue perfecto! —dijo un hombre llamado Koestler.

Todos habían volado, como oropéndolas y águilas y gorriones, y todos se sentían contentos.

—Eso fue divertido, ¿no es verdad, Chatterton? —dijo Koestler.

—Es imposible. —Chatterton cerró sus ojos fuertemente—. No puede hacerlo. Sólo hay una forma de hacerlo; está vivo. El aire está vivo. Fui levantado como cogido en un puño. Ahora, en cualquier momento, puede matarnos. Está vivo.

—Muy bien —dijo Koestler—, digamos que está vivo. Y una cosa viviente debe tener algún propósito. Digamos que el propósito de este mundo es el de hacernos felices.

Como para dar fuerza a esto, Driscoll llegó volando, con cantimploras en cada mano:

—He encontrado un arroyo, probé su agua y es pura, pero ¡esperad a que la probéis!

Forester tomó una cantimplora, tocó a Chatterton con la misma, ofreciéndole un trago. Chatterton sacudió su cabeza y se apartó apresuradamente. Se cubrió la cara con las manos, diciendo:

—Es la sangre de este planeta. Sangre viviente. Bebed eso, poned eso en vuestro interior y pondréis este mundo dentro de vosotros que mirará a través de vuestros ojos y escuchará a través de vuestros oídos. ¡No, gracias!



Forester se encogió de hombros y bebió.

—¡Vino! —dijo.

—¡No puede ser!

—¡Lo es! ¡Oledlo, probadlo! ¡Un vino blanco poco común!

—Cosecha francesa —Driscoll probó el suyo.

—Veneno —dijo Chatterton.

Las cantimploras pasaron de mano en mano.

Habían estado ociosos durante la tranquila tarde, sin querer hacer nada que perturbara la paz que había a su alrededor. Eran como adolescentes ante la presencia de una gran belleza, de una hermosa mujer famosa, temerosos de que cualquier palabra, cualquier gesto, hiciera que fueran dejados a un lado, apartados de su belleza y de sus amables atenciones. Habían sentido el terremoto que había saludado a Chatterton, pensó Forester, y no querían terremotos. Dejemos que disfruten de este Día Después de Cerrar la Escuela, este tiempo para ir a pescar. Dejemos que se sienten bajo la sombra de los árboles o que caminen por las tiernas colinas, pero no dejemos que taladren, que hagan pruebas o que contaminen lo que no está contaminado.

Encontraron un pequeño arroyo que fluía a una balsa de aguas en ebullición. Los peces, nadando en las frías aguas de arriba, caían relucientes en la fuente termal y flotaban, pocos minutos después, cocinados, a la superficie.

Chatterton se reunió a comer con los otros, con desagrado.

—Nos envenenará a todos. Siempre hay alguna trampa en cosas como ésta. Yo dormiré en el cohete esta noche. Pueden dormir fuera si quieren. Citaré un mapa que vi en un libro de historia medieval: «Aquí hay tigres». A alguna hora de esta noche, cuando estén durmiendo, saldrán los tigres y los caníbales.

Forester sacudió su cabeza:

—Estoy de acuerdo con usted, este planeta está vivo. Es un prodigio en sí mismo. Pero nos necesita a nosotros para que lo admiremos, para apreciar su belleza. ¿De qué sirve una escena llena de milagros si no hay auditorio?

Pero Chatterton no lo oía. Estaba doblado sobre sí mismo, sintiéndose enfermo.

—¡He sido envenenado! ¡Envenenado!

Lo aguantaron por los hombros hasta que se sintió mejor. Le dieron agua. Los otros se sentían bien.

—Desde ahora mejor que no coma nada que no sean provisiones de la nave —aconsejó Forester—. Será más seguro.

—Vamos a empezar a trabajar ahora mismo —Chatterton se tambaleó, limpiándose la boca—. Hemos perdido un día entero. Trabajaré sólo si es necesario. Yo le enseñaré a esta maldita cosa.

Se alejó en forma bamboleante hacia el cohete.

—No sabe lo equivocado que está —murmuró Driscoll—. ¿Podemos detenerlo, Capitán?

—Posee prácticamente la expedición. Pero no tenemos por qué ayudarlo. Hay una cláusula en nuestro contrato que garantiza el rehusar trabajar bajo condiciones peligrosas. De modo que... haced en este Terreno de Picnic lo mismo que os gustaría que él os hiciese a vosotros. Nada de grabar iniciales en los árboles. Dejad el césped en buen orden. Recoged las pieles de plátanos.

Ahora, allá abajo, hubo un inmenso zumbido en la nave. Por la compuerta de carga bajó reluciente el gran Taladro. Chatterton lo siguió, dando instrucciones a su radio robot.

—Esta parte, ¡aquí!

—El loco.

—¡Ahora! —gritó Chatterton.

El Taladro hundió su largo tornillo en la verde hierba.

Chatterton gesticuló hacia los otros hombres.

—¡Yo le enseñaré!

El cielo tembló.

El Taladro se hallaba en el centro de un pequeño mar de hierba. Durante un momento continuó horadando, extrayendo húmedos tapones de carbón que escupió en forma poco ceremoniosa en un vibrante recipiente de análisis.

Ahora el Taladro dio un alarido metálico, como un monstruo que viera interrumpida su comida. Procedentes del subsuelo, empezaron a aparecer azulados líquidos burbujeantes.

—¡Retrocede, imbécil! —gritó Chatterton.

El Taladro se movió pesadamente en una danza prehistórica. Chirrió como un tren poderoso corriendo sobre una cerrada curva, lanzando rojas chispas. Se estaba hundiendo. El negro lodo cedía, descubriendo un oscuro charco.

Con un suspiro angustioso, una serie de jadeos y espasmos, el Taladro se hundió en la espumosa negrura como un elefante tiroteado y agonizante, trompeteante, como un mamut al final de una Era, desvaneciéndose miembro tras pesado miembro en el pozo.

—¿Sabe lo que es eso, Driscoll? —dijo Forester resollando, fascinado por la escena—. Es alquitrán. ¡La maldita máquina ha encontrado un pozo de alquitrán!

—¡Escucha, escucha! —gritaba Chatterton al Taladro, corriendo al borde del lago oleaginoso—. ¡Por aquí, por aquí!

Pero como los viejos tiranos de la Tierra, los dinosaurios con sus cuellos chillones en forma de tubo, el Taladro se hundía y se debatía en el lago donde no había retorno a la firme y acogedora orilla.

Chatterton se volvió hacia los otros hombres a lo lejos.

—¡Haced algo, alguno!

El Taladro desapareció.

El pozo de alquitrán burbujeó con maligna exultación, sorbiendo los ocultos huesos del monstruo. La superficie de la laguna estaba silenciosa. Una gran burbuja,

la última, ascendió, expeliendo un hedor a viejo petróleo, y reventó.

Los hombres bajaron y se detuvieron al borde del pequeño mar negro.

Chatterton cesó de gritar.

Después de un largo minuto de contemplar la silenciosa laguna de alquitrán, Chatterton se volvió y miró a las colinas, a los verdes prados ondulados. Los distantes árboles estaban ahora produciendo fruta y dejándola caer, suavemente, al suelo.

—Yo le enseñaré —dijo quietamente.

—Tómelo con calma, Chatterton.

—Yo le ajustaré las cuentas —dijo.

—Siéntese, beba algo.

—Yo le ajustaré las cuentas bien, yo le enseñaré que no puede hacerme eso a mí.

Chatterton empezó a caminar hacia la nave.

—Espere un momento —dijo Forester.

Chatterton corrió.

—¡Sé lo que he de hacer, sé como ajustarle las cuentas!

—¡Deténganlo! —dijo Forester. Empezó a correr, luego recordó que podía volar —. Las bombas-A en la nave, si consigue llegar...

Los otros hombres habían pensado en eso y estaban en el aire. Había un pequeño bosquecillo situado entre el cohete y Chatterton, mientras éste corría en el suelo, olvidando que podía volar, o temeroso de volar, o no se le permitía volar, gritando. La dotación se dirigió hacia el cohete para esperarlo, el capitán con ellos. Llegaron, formaron una línea y cerraron la compuerta del cohete. Lo último que vieron de Chatterton fue a éste introduciéndose en un lado del bosquecillo.

La dotación esperó.

—Ese tonto, ese muchacho loco.

Chatterton no apareció en el otro lado del arbolado.

—Se ha vuelto atrás, a la espera de que dejemos nuestra guardia.

—Vayan a buscarlo —dijo Forester.

Dos hombres echaron a volar.

Ahora, suavemente, una gran y amable lluvia cayó sobre el verde mundo.

—El toque final —dijo Driscoll—. No necesitaremos nunca edificar casas aquí. Fijaos que no está lloviendo *sobre* nosotros. Está lloviendo alrededor, delante y detrás nuestro. ¡Qué mundo!

Permanecieron secos en medio de la azul, fresca lluvia. El sol se estaba poniendo. La luna, grande y del color del hielo, se levantó sobre las refrescadas colinas.

—Sólo hay una cosa más que este mundo necesite.

—Sí —dijeron todos pensativos, lentamente.

—Tendremos de continuar mirando —dijo Driscoll—. Es lógico. El viento nos hace volar, los árboles y los arroyos nos alimentan, todo está vivo. Tal vez si

pidiéramos compañía...

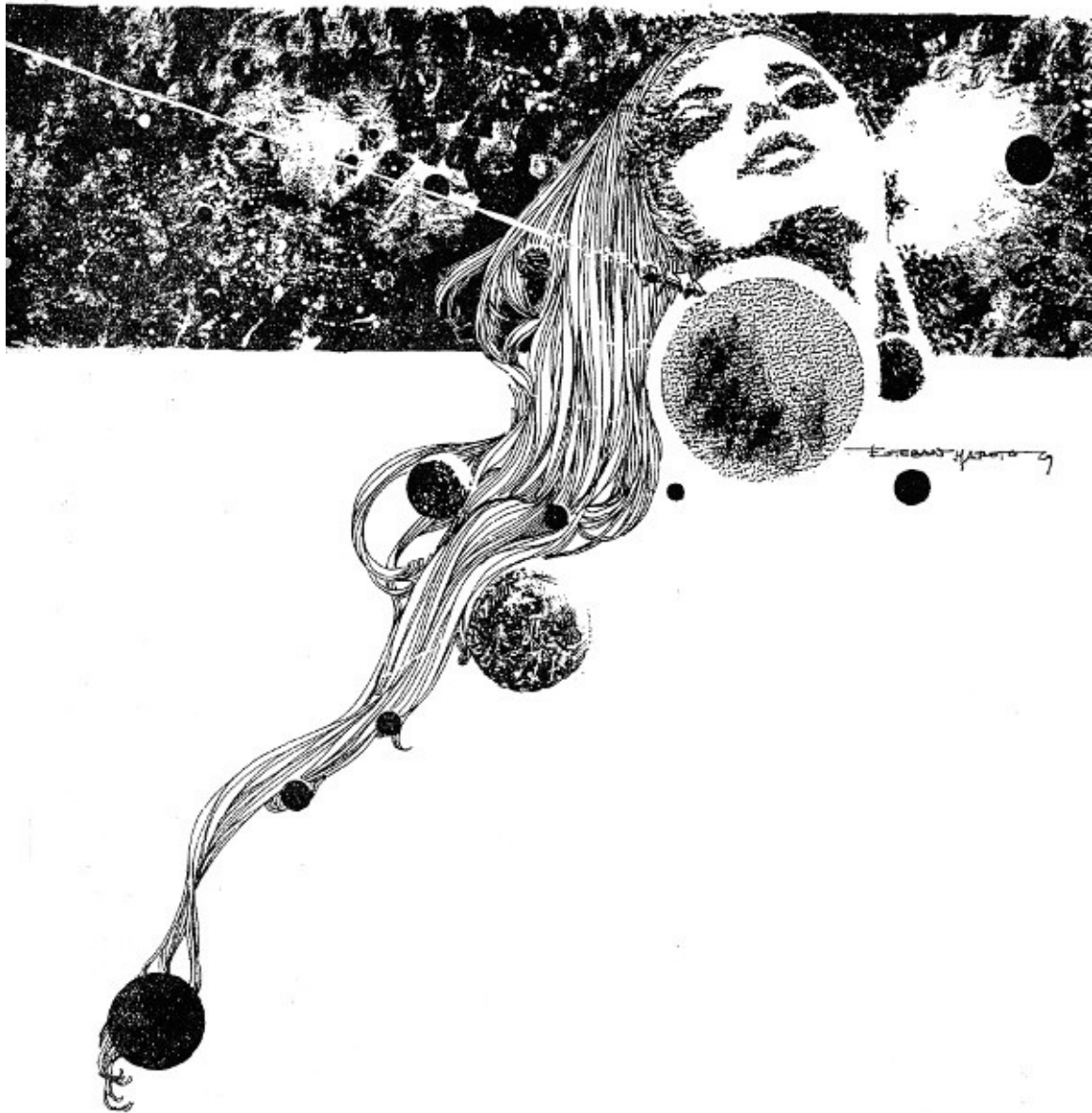
—He estado pensando por un largo tiempo, hoy y otros días —dijo Koestler—. Somos todos solteros, hemos viajado durante años, y estamos cansados de ello. ¿No estaría bien el quedarse en algún sitio? Aquí, tal vez. En la Tierra uno ha de trabajar de un modo infernal solamente para ahorrar lo suficiente para comprar una casa, pagar impuestos; las ciudades hieden. Aquí, ni siquiera se necesita una casa, con este tiempo. Si las cosas son monótonas uno puede pedir lluvia, nubes, nieve, cambios. Aquí no es necesario trabajar.

—Sería aburrido. Nos volveríamos locos.

—No —dijo Koestler, sonriendo—. Si la vida llega a ser demasiado fácil, todo lo que tenemos que hacer es repetir varias veces lo que Chatterton dijo: «*Aquí hay tigres*». ¡Escuchad!

Lejos, ¿había sonado el débil rugido de un gato gigante, escondido en los sombríos bosques?

Los hombres temblaron.



—Un mundo versátil —dijo Koestler secamente—. Una mujer que hará cualquier cosa para complacer a sus huéspedes, mientras seamos amables con ella. Chatterton no fue amable.

Chatterton. ¿Qué hay de él?

Como en respuesta a esto, alguien llamó desde la distancia. Los dos hombres que habían volado para buscar a Chatterton estaban gesticulando en el borde del bosque.

Forester, Driscoll y Koestler volaron solos hacia allí.

—¿Qué ocurre?

Los hombres señalaron hacia la floresta.

—Creímos que desearía ver esto. Capitán. Es capaz de poner los pelos de punta.

—Uno de los hombres indicó un sendero—. Mire aquí, señor.

Las marcas de grandes garras estaban en el sendero, frescas y claras.

—Y ahí.

Unas pocas gotas de sangre.

Un pesado olor de animal felino colgaba en el aire.

—¿Chatterton?

—No creo que lo encontremos nunca, Capitán.

Débilmente, débilmente, alejándose en la distancia, desaparecido ahora en el silencioso susurro del crepúsculo, llegó el rugido de un tigre.

Los hombres yacían en la muelle hierba cerca del cohete, y la noche era cálida.

—Me recuerda otras noches cuando era un muchacho —dijo Driscoll—. Mi hermano y yo esperábamos la noche más tórrida en julio y entonces dormíamos en el jardín de la casa del Tribunal Judicial, contando las estrellas, charlando; era una gran noche, la mejor noche del año, y ahora, cuando pienso en ello, la mejor noche de mi vida. —Luego añadió—: Sin contar esta noche, desde luego.

—Continúo pensando en Chatterton —dijo Koestler.

—No lo haga —dijo Forester—. Dormiremos unas horas y partiremos. No podemos arriesgarnos a permanecer aquí otro día. Y no lo digo por el peligro que acabó con Chatterton. No. Quiero decir que si continuamos aquí nos gustará demasiado este mundo. No queremos dejarlo nunca.

Una suave brisa sopló a su alrededor.

—No quiero dejarlo ahora. —Driscoll puso sus manos detrás de su cabeza, yaciendo quietamente—. Y este mundo no quiere que lo abandonemos.

—Si volvemos a la Tierra y le decimos a todos cuán maravilloso es este planeta, ¿qué ocurrirá, Capitán? Acudirán en multitudes y lo destrozarán.

—No —dijo Forester ociosamente—. Primero, este planeta no toleraría una invasión en gran escala. No sé lo que haría, pero probablemente podría pensar algunas cosas interesantes. Segundo, este planeta me gusta demasiado; lo respeto. Volveremos a la Tierra y mentiremos acerca de él. Diremos que es hostil. Lo cual sería verdad respecto al hombre ordinario, como Chatterton, apareciendo aquí para hacer daño. Después de todo, no creo que mintamos.

—Es extraño —dijo Koestler—. No estoy asustado. Chatterton desaparece, muerto horriblemente tal vez, y aún así estamos aquí tumbados, nadie corre, nadie se estremece. Es una idiotez. Pero aún así es razonable. Confiamos en él, y él confía en nosotros.

—¿Os disteis cuenta, después de beber cierta cantidad del agua-vino, que ya no quisisteis más? Un mundo de moderación.

Yacían escuchando algo como el gran corazón de aquella tierra latiendo lenta y cálidamente bajo sus cuerpos.

Forester pensó: tengo sed.

Una gota de lluvia cayó sobre sus labios.

Se rió quietamente.

Me siento solo, pensó.

En lontananza escuchó suaves, claras voces.

Volvió sus ojos hacia una visión. Había un grupo de colinas de las cuales fluía un cristalino río, y en la superficie de ese río, levantando un rocío, sus caras brillando, estaban las mujeres hermosas. Jugaban como chiquillos en la orilla. Y de pronto Forester supo sobre ellas y su vida. Eran nómadas, vagando por la superficie de aquel mundo según su deseo. No había carreteras o ciudades, sólo había colinas y llanuras y vientos para llevarlas como blancas plumas cuando lo desearan. Mientras Forester formaba las preguntas, algún informador invisible susurraba las respuestas. No había hombres. Esas mujeres, solas, continuaban su raza. Los hombres habían desaparecido hacía cincuenta mil años. ¿Y dónde estaban esas mujeres ahora? Una milla pasado el verde bosque, una milla más allá del arroyo de vino en las seis piedras blancas, y una tercera milla hasta el gran río. Allí, en su lecho, estaban las mujeres que serían buenas esposas, y tendrían hermosos chiquillos.

Forester abrió sus ojos. Los otros hombres se estaban sentando.

—Tuve un sueño.

Todos habían soñado.

—Una milla pasado el verde bosque...

—... una milla más allá del arroyo de vino...

—... en las seis piedras blancas... —dijo Koestler.

—... y una tercera milla hasta el gran río —dijo Driscoll, sentado allí.

Por unos momentos nadie habló otra vez. Miraron hacia el cohete de plata posado allí, a la luz de las estrellas.

—¿Caminamos o volamos, Capitán?

Forester no dijo nada.

—Quedémonos, Capitán —dijo Driscoll—. No volvamos nunca a la Tierra. Nunca vendrán a averiguar lo que nos ha ocurrido; creerán que hemos sido destruidos aquí. ¿Qué es lo que dice?

La cara de Forester estaba empapada en sudor. Su lengua pasó una y otra vez sobre sus labios. Sus manos se retorcían sobre sus rodillas. La dotación esperó sentada.

—Sería estupendo —dijo el Capitán.

—Cierto.

—Pero... —Forester suspiró—. Tenemos que hacer nuestro trabajo. Hay gente que ha invertido dinero en nuestra nave. Es nuestra obligación volver.

Forester se levantó. Los hombres aún continuaban sentados sobre el suelo, sin escucharle.

—Es una noche tan maravillosa —dijo Koestler.

Miraron hacia las suaves colinas y los árboles y los ríos fluyendo hacia otros horizontes.

—Subamos a bordo de la nave —dijo Forester con dificultad.

—Capitán...

—Suban a bordo —dijo.

El cohete se elevó en el cielo. Mirando hacia abajo, Forester vio cada valle y cada minúsculo lago.

—Deberíamos habernos quedado —dijo Koestler.

—Sí, lo sé.

—Aún no es demasiado tarde para volver.

—Me temo que sí lo sea. —Forester graduó el telescopio de babor—. Mire ahora. Koestler miró.

La faz del mundo estaba cambiando. Aparecieron tigres, dinosaurios, mamuts. Volcanes entraron en erupción, ciclones y huracanes corrían sobre las colinas en una demostración de furia de los elementos.

—Sí, ciertamente era una mujer —dijo Forester—. Esperando a sus visitas durante millones de años, preparándose, haciéndose hermosa. Se puso su mejor cara para nosotros. Cuando Chatterton la trató mal, lo advirtió unas pocas veces, y entonces, cuando trató de destrozar su belleza, lo eliminó. Quería ser amada, como cada mujer, por sí misma, no por su riqueza. Y ahora, después de que nos lo ha ofrecido todo, le volvemos la espalda. Es la mujer desdeñada. Nos dejó partir, sí, pero nunca más podremos volver. Nos esperará con eso... —Señaló hacia los tigres y los ciclones y los mares hirvientes.

—Capitán —dijo Koestler.

—Sí.

—Es demasiado tarde para decirle esto. Pero antes de partir, yo estaba de guardia en la compuerta. Dejé salir a Driscoll de la nave. Quería irse. No pude negarme. Soy el responsable. Ahora está allí, abajo, en ese planeta.

Ambos se volvieron hacia la ventana de observación.

Después de un rato, Forester dijo:

—Me alegro. Me alegro de que uno de nosotros tuviera el suficiente juicio para quedarse.

—¡Pero estará muerto ahora!

—No, esa exhibición de ahí abajo es para nosotros, tal vez una alucinación visual. Debajo de los tigres y leones y huracanes, Driscoll está bastante seguro y vivo, porque él es ahora el único espectador. Oh, será mimado hasta estar corrompido. Tendrá una vida maravillosa, mientras nosotros estaremos haraganeando arriba y abajo del sistema buscando pero sin encontrarlo un planeta parecido a este otra vez. No, no trataremos de volver y «rescatar» a Driscoll. De todas maneras, no creo que «ella» nos los permitiera. A toda velocidad hacia adelante, Koestler, a toda velocidad.

El cohete se lanzó hacia adelante en mayores aceleraciones.

Y un momento antes de que el planeta desapareciera a lo lejos en brillo y niebla, Forester imaginó que podía ver a Driscoll muy claramente, caminando más allá del



verde bosque, silbando quietamente, todo el fresco planeta a su alrededor, un arroyo de vino fluyendo para él, pescado guisado esperando en las fuentes termales, fruta madurando en los árboles de medianoche, y distantes bosques y lagos esperando su paso. Driscoll caminó a través de los verdes prados sin fin cerca de las seis piedras blancas, más allá del bosque, hacia la orilla del gran río brillante...

Título original:

HERE THERE BE TYGERS

© 1964, *Ray Bradbury*, by arrangement with *Intercontinental Literary Agency*

Traducción de S. Mas

# EL BACILO ROBADO

CLÁSICO

---

H. G. WELLS

Wells es ya lo suficientemente indiscutido como para que sea necesario hacer aquí su presentación. Al ofrecerles una muestra de su buen hacer literario en ciencia ficción, hemos preferido, en vez de ir a buscar la solución cómoda de reproducir alguno de sus relatos más conocidos y celebrados (El nuevo acelerador, La verdad acerca de Pyecraft, El cuerpo robado, La estrella, etc.), espigar un poco más en su producción y ofrecerles alguno de sus relatos menos conocidos en España, como éste, donde brilla por todo lo alto su magnífico sentido del humor.

—Y esto —dijo el bacteriólogo deslizando un portaobjetos en el microscopio—, es una preparación del célebre bacilo del cólera, el germen del cólera.

El hombre de facciones pálidas miró por el microscopio. Evidentemente no estaba acostumbrado a ello, ya que se tapó el otro ojo con una mano flácida.

—No veo nada —dijo.

—Ajuste este tornillo —dijo el bacteriólogo—. Tal vez el microscopio no esté enfocado para usted. Las vistas varían mucho. Gírelo un poco en uno u otro sentido.

—¡Ah! Ya veo —dijo el visitante—. En realidad no hay mucho que ver. Pequeños trazos y retazos de color rosa. ¡Y no obstante esas partículas, esas insignificancias, pueden multiplicarse y devastar una ciudad! ¡Maravilloso!

Se alzó y, sacando el portaobjetos del microscopio, lo miró al trasluz.

—Casi invisibles —dijo, mirando la preparación. Dudó—: ¿Están... vivos? ¿Son peligrosos ahora?

—Están muertos y coloreados —dijo el bacteriólogo—. En lo que a mí respecta, desearía que pudiésemos matar y colorear a todos los existentes.

—Supongo —dijo el hombre pálido con una débil sonrisa— que usted no debe tenerlos vivos, en estado activo.

—Al contrario, estoy obligado a tenerlos —dijo el bacteriólogo—. Aquí, por ejemplo —atravesó la habitación, y tomó un tubo de ensayo cerrado—, aquí están vivos. Éste es un cultivo de la bacteria de esa enfermedad. Por decirlo así, es cólera embotellado.

—Es algo muy mortífero para tenerlo —dijo su interlocutor, mientras una expresión de satisfacción aparecía por un momento en su rostro y devoraba el tubo con la vista. El bacteriólogo se dio cuenta del morboso placer en la expresión de su visitante, de este hombre que lo había venido a visitar con una carta de recomendación de un viejo amigo. Tal vez fuera natural que ante una persona evidentemente tan impresionable por el aspecto letal del tóxico, le hablase en la forma más truculenta.

—Sí, aquí está la pestilencia aprisionada. —Alzó el tubo pensativamente—. Tan sólo tiene uno que romper un pequeño tubo como éste dentro de las reservas de agua de una ciudad, y decirles a esas partículas de vida tan diminutas que uno necesita examinarlas con los microscopios más potentes tan sólo para verlas, y que uno no puede olerlas ni gustarlas: *id, creced y multiplicaos y llenad las cisternas*; y la muerte, una muerte misteriosa e indescifrable, rápida y terrible, llena de dolor y de indignidad, sería soltada sobre la ciudad para ir de aquí para allá buscando sus víctimas. Aquí arrebatará a la mujer su marido, a la madre su hijo: allí al estadista de sus deberes y al trabajador de sus preocupaciones. Seguirá las cañerías, deslizándose a lo largo de las calles, eligiendo y atacando a una casa aquí y a otra allí, en los lugares en los que no hiervan el agua que beban; filtrándose a los pozos de aguas minerales, depositándose en los alimentos al ser lavados y permaneciendo durmiente en el hielo. Esperará a ser bebido en los abrevaderos, y por los niños incautos en las fuentes públicas. Será absorbido por el suelo para volver a aparecer en las fuentes y manantiales, en un millar de lugares inesperados. Échelos en los depósitos de agua, y antes de que podamos aislarlo y eliminarlo habrá diezmado a la metrópoli.

Dejó de hablar abruptamente. Le habían advertido que la retórica era el peor de sus defectos.

—Pero aquí está seguro, ¿sabe? Seguro.

El hombre pálido asintió con la cabeza. Sus ojos brillaban. Se aclaró la garganta:

—Esos... viles anarquistas —dijo— son tontos. Tontos y ciegos, al usar bombas cuando se puede conseguir esta cosa. Creo...

Una discreta llamada, un simple toque con las uñas, sonó en la puerta. El bacteriólogo la abrió.

—Un momento tan sólo, querido —le susurró su mujer.

Salió. Cuando volvió a entrar en el laboratorio, el visitante estaba mirando el reloj.

—No tenía idea de que había robado una hora de su tiempo —dijo—. Faltan doce minutos para las cuatro. Tendría que haberme ido a las tres y media, pero estas cosas son realmente tan interesantes. Lo siento, pero no puedo quedarme ni un momento más. Tengo una cita para las cuatro.

Salió de la habitación, renovando su agradecimiento, y el bacteriólogo lo acompañó a la puerta. Regresó pensativamente a su laboratorio. Se estaba preguntando sobre la etnología de su visitante. Ciertamente, el hombre no era de tipo teutónico, ni tampoco un latino.

—Creo, de cualquier forma, que se trata de un tipo morbosos —dijo para sí mismo—. ¡Cómo se refocilaba contemplando esos cultivos de gérmenes letales!

Y entonces, un terrible pensamiento le golpeó. Miró por encima de la mesa de trabajo, al lado del baño de vapor, y después, rápidamente, sobre su mesa de escritorio. Luego se palpó con premura los bolsillos y después corrió hacia la puerta. Debo haberlo dejado en la mesa del recibidor, pensó.

—¡Minnie! —gritó con voz ronca en el recibidor.

—¿Sí, querido? —se oyó una voz remota.

—¿Tenía algo en la mano cuando hablaba contigo hace un momento?

—Nada querido, porque me acuerdo...

—¡Condenación! —gritó el bacteriólogo; y salió corriendo hacia la puerta, bajando los escalones hasta la calle.

Minnie, al oír cerrarse la puerta con estrépito, corrió alarmada hasta la ventana. En el extremo de la calle, un hombre delgado estaba subiendo a un carruaje. El bacteriólogo, sin sombrero y en zapatillas, estaba corriendo hacia allá mientras gesticulaba aparatosamente. Se le cayó una zapatilla, pero no se detuvo por ello.

—¡Se ha vuelto loco! —dijo Minnie—. Es por culpa de esa horrible ciencia suya —y abriendo la ventana, trató de llamarlo. El hombre delgado, volviendo repentinamente la cabeza, pareció llegar a la misma conclusión que ella. Señaló al bacteriólogo con el brazo, le dijo algo al cochero, se cerró la puerta del carruaje, silbó el látigo, resonaron los cascos del caballo, y en un momento el carruaje, perseguido desenfrenadamente por el bacteriólogo, desapareció al girar la esquina.

Minnie se quedó contemplando por un momento a través de la ventana. Luego volvió a introducir la cabeza en la habitación. Estaba anonadada.

Naturalmente, es un excéntrico, meditó. Pero correr a través de Londres, en plena temporada social además, ¡y en calcetines! Se le ocurrió un pensamiento feliz. Rápidamente se puso el sombrero, tomó los zapatos de su marido, bajó al recibidor, y allí cogió el sombrero y un abrigo ligero. Salió al umbral y llamó a un carruaje que oportunamente pasaba por el frente.

—Lléveme a lo largo de la calle y luego doble por Havelock Crescent, para ver si podemos encontrar un caballero que va corriendo vestido con una bata de terciopelo y sin sombrero.

—Una bata de terciopelo y sin sombrero. Muy bien, señora. —Y al momento el cochero dio un golpe de fusta hacia el caballo en la forma más natural, como si cada día estuviese recibiendo indicaciones como éstas.

Pocos minutos después el pequeño grupo de cocheros y vagos que se reúnen alrededor del refugio para cocheros de Haverstock Hill quedó asombrado ante el paso de un carruaje tirado por un famélico caballo de color jengibre, furiosamente fustigado. El grupo se quedó silencioso mientras pasaba, pero luego, al alejarse:

—Ése es Harry Hicks —dijo el fornido caballero conocido por Old Tootles—. ¿Qué le pasa?

—Está usando el látigo, ¡vaya si lo está usando! —dijo el mozo de cuadra.

—¡Vaya! —dijo el pobre viejo Tommy Byles—. Aquí viene otro lunático.

—Es el viejo George —dijo Old Tootles—, y tal como dices, está conduciendo como un loco. Casi se está cayendo del coche. ¿No estará persiguiendo a Harry Hicks?

El grupo del refugio para cocheros se animó. Se oyó un coro de voces que decían:

—¡Ánimo, George! ¡Es una carrera! ¡Lo atraparás! ¡Dale al látigo!

—¡Ya han desaparecido! —dijo el mozo de cuadra.

—¡Que me parta un rayo! —gritó Old Tootles—. ¡Ahí viene otro! ¿Es que todos los cocheros de Hampstead se han vuelto locos esta mañana?

—Éste lleva una pasajera —dijo el mozo de cuadra.

—Ella lo sigue a *él* —dijo Old Tootles—. Normalmente, es todo lo contrario.

—¿Qué es lo que lleva en la mano?

—Parece un sombrero de copa.

—Esto se pone interesante. Tres a uno por el viejo George —dijo el mozo de cuadra.

Minnie pasó entre un estrépito de aplausos. No le gustó, pero creyó que estaba cumpliendo con su deber. La persecución continuó bajando de Haverstock Hill y Camden Town High Street, mientras ella mantenía los ojos atentos a la móvil espalda del viejo George, que estaba conduciendo a su huidizo esposo que tan incomprensiblemente se alejaba de ella.

El pasajero del primer coche estaba sentado en el rincón, con sus brazos cruzados y apretados contra el cuerpo, manteniendo bien asido en la mano el pequeño tubo que contenía tantas posibilidades de destrucción. Su estado era una rara mezcla de miedo y exultación. Principalmente tenía miedo de ser atrapado antes de que pudiese cumplir con su propósito, pero más profundamente había un miedo más indefinido pero mayor ante la magnitud de su crimen. Aunque su exultación excedía con mucho a su miedo. Ningún anarquista antes que él se había ni siquiera aproximado a esto. Ravachol, Vaillant, todos esos distinguidos personajes cuya fama había envidiado, quedaban insignificantes ante él. Tan sólo tenía que llegar hasta las reservas de agua y romper el tubito en un depósito. ¡Cuán brillantemente lo había planeado, falsificado la carta de recomendación y entrado en el laboratorio, y cuán brillantemente se había aprovechado de la oportunidad! Al fin, el mundo oíría hablar de él. Todas esas gentes que se habían reído a su costa, que lo habían despreciado, que habían preferido a otras personas antes que a él, que habían considerado indeseable su compañía, al fin todos estos lo tendrían en cuenta. ¡Muerte, muerte, muerte! Siempre le habían tratado como a un hombre sin importancia. Todo el mundo había conspirado para convertirlo en alguien insignificante. Les enseñaría lo que es aislar a un hombre. ¿Qué calle era esta que le resultaba familiar? ¡La Great Saint Andrew's Street, naturalmente! ¿Qué tal iba la persecución? Estiró la cabeza, mirando hacia atrás. El bacteriólogo estaba escasamente a cincuenta metros. Esto no iba bien. Todavía podían atraparlo y detenerle. Buscó el dinero en su bolsillo y encontró medio soberano. Lo introdujo por la trampilla del techo, entregándoselo al cochero.

—¡Le daré más —gritó— si escapamos!

—De acuerdo —dijo el cochero. El dinero fue arrancado de su mano y la trampilla se cerró de golpe, mientras el látigo golpeaba el brillante costado del caballo. El carruaje dio un bandazo, y el anarquista, semiincorporado bajo la

trampilla, tuvo que apoyar la mano con que asía el tubo a la puerta para mantener el equilibrio. Se desplomó en el asiento lanzando una maldición, y miró desmoralizado las dos o tres gotitas de líquido desparramadas por el suelo. Se estremeció.

—¡Bien! Supongo que tendré que ser el primero. En fin, de todas maneras seré un mártir. Ya es algo. No obstante es una muerte repugnante. Me pregunto si duele tanto como dicen.

Se le ocurrió una idea. Buscó por el suelo. En el fondo roto del tubo había aún una gotita, y se la bebió para estar seguro. Era mejor estar seguro. De cualquier forma, no fracasaría.

Entonces se dio cuenta de que ya no había necesidad de seguir escapando del bacteriólogo. En Wellington Street le dijo al cochero que se detuviese y salió. Trastabilló al bajar, notando la cabeza rara. Ese veneno del cólera era una cosa rápida. Despidió al cochero para siempre, por así decirlo, y se quedó en la acera con un brazo cruzado sobre el pecho, esperando la llegada del bacteriólogo. Había algo trágico en su postura: el sentimiento de una muerte inminente le daba una cierta dignidad. Saludó a su perseguidor con una carcajada desafiante.

—¡*Vive l'Anarchie!* Llega usted demasiado tarde, mi querido amigo. Me lo he bebido. ¡El cólera anda suelto!

—¡Lo ha bebido! ¡Un anarquista! Ya veo. —Desde su carruaje, el bacteriólogo lo contempló curiosamente. Iba a decir algo más, pero se contuvo. Una sonrisa se formó en las comisuras de su boca. Abrió la puerta como para descender, ante lo cual el anarquista le hizo un dramático saludo y escapó hacia Waterloo Bridge, rozando deliberadamente su cuerpo infectado contra tanta gente como le era posible. Estaba tan preocupado contemplándole, que el bacteriólogo apenas demostró sorpresa ante la aparición de Minnie con sus zapatos, su sombrero y su abrigo.

—Ha sido muy considerado por tu parte el traerme mis prendas —dijo, y siguió absorto en la contemplación de la figura del anarquista que se alejaba. Luego añadió —: Será mejor que entres en el coche.

Minnie se hallaba ahora absolutamente convencida de que su marido estaba loco, e indicó al cochero el camino de su casa bajo su propia iniciativa.

—¿Que me ponga los zapatos? De acuerdo, querida —dijo él mientras el carruaje comenzaba a girar y ocultaba la altanera figura negra empequeñecida por la distancia. Entonces, súbitamente, se le ocurrió algo grotesco y se echó a reír. Comentó—: Y sin embargo, el asunto es realmente serio. Verás, ese hombre vino a casa a verme, y es un anarquista. No... no te desmayes, o no me será posible contarte el resto. Yo quería asombrarle, sin saber que era un anarquista, y tomé un cultivo de esa nueva especie de bacteria de la que ya te hablé, que infesta y creo que causa manchas azules en algunos monos; y, como un tonto, le dije que era el cólera asiático. Y el muy tonto se escapó con él para envenenar el agua de Londres, y ciertamente habría hecho que las cosas se viesan de distinto color en esta ciudad civilizada. Y ahora se lo ha tragado. Naturalmente, no puedo decir lo que va a ocurrir, pero ya sabes que volvió de color

azul al gatito, y a los tres perrillos los llenó de manchas, y al gorrión lo dejó de un azul brillante. Pero lo peor es que tendré que tomarme la molestia de preparar más. ¿Que me ponga el abrigo en este día tan caluroso? ¿Por qué? ¿Porque podemos encontrar a la señora Jabber? Querida, la señora Jabber no es una corriente de aire. ¿Pero por qué tengo que llevar un abrigo en un día caluroso a causa de que la señora...? ¡Oh, *muy* bien!

Título original:  
THE STOLEN BACILLUS  
Traducción de S. Velázquez

# DESERCIÓN

**CLIFFORD D. SIMAK**

Clifford D. Simak, el gran maestro, el filósofo de la ciencia ficción, es un hombre sencillo y de aficiones sedentarias: le gusta pescar, jugar al ajedrez, coleccionar sellos y cultivar rosas. No es pues extraño que todas sus obras tengan una gran y conmovedora profundidad humana, como tampoco es extraño que su obra haya merecido los justos galardones de dos Hugo («Way Station» —en español «Estación de tránsito»— y «The big front yard») y un I.F.A. por su inmortal obra «Ciudad», a la que pertenece este relato.

**ilustrado por ADOLFO USERO ABELLÁN y CARLOS GIMÉNEZ**

Cuatro hombres, dos parejas, se habían lanzado al ululante torbellino que era Júpiter, y no habían vuelto. Habían caminado hacia la tormenta, mejor dicho, se habían arrastrado hacia la misma, con los vientres pegados al suelo, los cuerpos empapados y resplandecientes bajo la lluvia.

Pues al partir habían tomado una forma que no era la forma humana.

Ahora, el quinto hombre estaba de pie ante el escritorio de Kent Fowler, jefe de la Cúpula número 3, Comisión de Exploración de Júpiter.

Bajo el escritorio de Fowler, el viejo Towser se rascó una pulga y luego se echó a dormir otra vez.

Harold Allen, Fowler lo vio con una angustia repentina, era joven, demasiado joven. Tenía la fácil confianza de la juventud, el rostro de alguien que nunca había sentido miedo. Y eso era extraño: pues los hombres de las cúpulas de Júpiter conocían el miedo, el miedo y la humildad. Era difícil para los seres humanos armonizar su yo diminuto con las poderosas fuerzas del monstruoso planeta.

—Comprenderá usted —dijo Fowler— que no necesita hacerlo. Comprenderá que no tiene la obligación de ir.

Era un formulismo, naturalmente. Los otros cuatro habían oído lo mismo, pero habían ido. Este quinto, Fowler lo sabía, iría también. Pero tuvo de pronto la débil esperanza de que no fuese.

—¿Cuándo parto? —preguntó Allen.

En otro tiempo, Fowler podría haber sentido un sencillo orgullo ante esta respuesta. Ahora sólo frunció levemente el ceño.

—Antes de una hora —dijo.

Allen se quedó esperando, en silencio.

—Han ido cuatro hombres y no han regresado —dijo Fowler—. Ya lo sabe usted, por supuesto. Queremos que usted vuelva. No se trata de que intente una heroica expedición de rescate. Lo más importante, lo único, es que regrese. Que demuestre



que un hombre puede vivir bajo una forma joviana. Vaya hasta el primer puesto, no más allá, y entonces vuelva. No corra ningún riesgo. No investigue nada. Vuelva.

Allen hizo un gesto afirmativo.

—Comprendo.

—La señorita Stanley manejará el conversor —continuó Fowler—. No tiene nada que temer. La conversión de los otros se efectuó sin dificultades. Salieron de la máquina en un estado aparentemente perfecto. Estará usted en buenas manos. La señorita Stanley es la mejor operadora de conversores del sistema solar. Ha adquirido experiencia en la mayoría de los planetas. Por eso está aquí.

Allen sonrió a la mujer, y Fowler vio algo que pasaba por la cara de la señorita Stanley; algo que podía ser piedad, o rabia o simplemente miedo. Pero la mujer ya estaba sonriendo otra vez al joven que estaba frente a su escritorio. Sonreía con ese aire suyo de maestra de escuela, casi como si odiase el tener que sonreír.

—Espero impaciente —dijo Allen— el instante de mi conversión.

Por el tono podía haber sido una broma, una broma llena de ironía. Pero no era una broma.

Era un asunto serio, mortalmente serio. De esas pruebas, como sabía Fowler, dependía el destino de los hombres en Júpiter. Si tenían éxito, los recursos del enorme planeta estarían al alcance de la mano. El hombre se apoderaría de Júpiter, como ya se había apoderado de los planetas más pequeños. Pero si las pruebas fracasaban...

Si fracasaban, el hombre seguiría encadenado a la terrible presión, a la enorme fuerza de gravedad, a la extraña química del planeta. Seguiría encerrado en las cúpulas, imposibilitado de poner el pie en el planeta; imposibilitado de ver directamente, sin ayuda; forzado a fiarse de los embarazosos tractores y del televisor, forzado a trabajar con herramientas y mecanismos de difícil manejo, o por medio de robots de difícil manejo también.

Pues el hombre, sin protección y bajo su forma natural, sería aplastado por la terrible presión de Júpiter. Tres toneladas por centímetro cuadrado: la presión de las profundidades marinas de la Tierra era un vacío comparada con ésta.

Ni siquiera el metal más fuerte que los terrestres pudieran concebir resistía esas presiones y esas lluvias alcalinas que barrían eternamente el planeta. El metal se hacía quebradizo, deshaciéndose como arcilla, y corría en arroyuelos formando charcos de sales de amoníaco. Sólo aumentando la dureza y la resistencia de ese metal, y su tensión electrónica, podía éste soportar las miles de toneladas de gases, sofocantes y turbulentos, que formaban aquella atmósfera. Y aún entonces había que recubrirlo todo con capas de cuarzo para que no entrase la lluvia, amoníaco líquido que caía en chaparrones.

Fowler escuchó el ruido de los motores instalados en el subsuelo, unos motores que funcionaban continuamente. Tenía que ser así pues, si se paraban, la energía que corría por las paredes, la tensión electrónica, se interrumpiría, y habría llegado el fin.

Towser se agitó bajo el escritorio y se rascó la picadura de otra pulga, con su vieja

pata golpeando fuertemente contra el piso.

—¿Hay algo más? —preguntó Allen.

Fowler sacudió la cabeza.

—Quizá quiera usted hacer algo —dijo—. Quizá quiera...

Iba a decir «escribir una carta», pero se alegró de saber callarse a tiempo.

Allen miró el reloj.

—Iré a prepararme —dijo. Dio media vuelta, y salió de la estancia.

Fowler sabía que la señorita Stanley estaba observándolo, y no quería volverse y encontrarse con sus ojos. Revolvió entre unos papeles que tenía delante.

—¿Cuánto tiempo piensa seguir con esto? —preguntó la señorita Stanley, con sus palabras llenas de ira contenida.

Fowler dio media vuelta en su silla y se enfrentó con la mujer. Los labios de la señorita Stanley formaban una línea recta y delgada; el cabello, echado hacia atrás, parecía más tirante que nunca, y la cara tenía la apariencia de una mascarilla mortuoria.

Fowler trató de hablar con una voz calmada y fría.

—Mientras haya necesidad —dijo—. Mientras haya esperanza.

—Es decir que seguirá sentenciándolos a muerte —dijo ella—. Seguirá enfrentándolos con Júpiter. Y, mientras, usted se quedará en la cúpula, seguro y cómodamente sentado, y los enviará afuera a morir.

—El sentimentalismo está aquí de más, señorita Stanley —dijo Fowler, tratando de aparentar serenidad—. Usted sabe tan bien como yo por qué hacemos esto. Sabe muy bien que el hombre, tal como es, no puede desafiar a Júpiter. La única solución es convertir a los hombres en algo que se adapte al planeta. Hemos hecho lo mismo en otros mundos.

«Si mueren unos pocos hombres, pero al fin tenemos éxito, el precio no será excesivo. En todas las edades los hombres han dado la vida por cosas tontas, razones tontas. ¿Por qué habremos de titubear, entonces, por unos pocos muertos ante algo tan grande?».

La señorita Stanley estaba sentada muy tiesa y muy derecha, con las manos plegadas en el regazo. Sus canas brillaban bajo la luz. Fowler la observaba tratando de adivinar qué pensaba, qué sentía. No le tenía miedo, exactamente; pero no se sentía muy cómodo cuando la mujer lo miraba. Esos ojos azules y penetrantes sabían demasiado; esas manos parecían demasiado competentes. Podría haber sido la tía de alguien, sentada en su mecedora, con sus agujas de tejer. Pero no lo era. Era la operadora de conversores más hábil del sistema solar, y no aprobaba lo que él, Fowler, hacía.

—Algo anda mal, señor Fowler —dijo la mujer.

—Precisamente —convino Fowler—. Por eso envió a Allen. Para que averigüe lo

que ocurre.

—¿Y si no lo averigua?

—Enviaré a otro.

La mujer se incorporó lentamente, empezó a dirigirse hacia la puerta, y se detuvo junto al escritorio.

—Algún día —dijo— usted será un gran hombre. No deja escapar ninguna oportunidad. Lo sabe desde que esta cúpula fue nombrada centro de experimentación. Si tiene éxito, ganará un punto o dos. No importa cuantos hombres mueran, pero usted ganará un punto o dos.

—Señorita Stanley —dijo Fowler rudamente—, el joven Allen saldrá inmediatamente. Por favor, asegúrese de que su máquina...

—Mi máquina —dijo la mujer con frialdad— no tiene la culpa. Funciona de acuerdo con las coordenadas de los biólogos.

Fowler, inclinado hacia adelante en su mesa, se quedó escuchando los pasos de la mujer que se alejaba taconeando por el corredor.

Lo que ella había dicho era cierto, indudablemente. Los biólogos habían establecido las coordenadas, pero podían equivocarse. Una diferencia del ancho de un cabello, un error mínimo, y del convertidor saldría algo que no era lo que debía salir. Un mutante que podía morir hecho pedazos, frágil como una brizna de paja, bajo condiciones totalmente desconocidas.

Pues los hombres poco sabían de Júpiter. Sólo lo que decían los instrumentos. Y las muestras de lo que ocurría allá afuera, proporcionadas por esos instrumentos y mecanismos, no eran más que eso: muestras. El tamaño de Júpiter era increíble, y las cúpulas muy escasas.

Los biólogos habían dedicado tres años al estudio de las formas de vida más evolucionadas del planeta, y dos años más a la experimentación. Un trabajo para el que hubiese bastado un mes en la Tierra. Pero un trabajo que no podía realizarse allá, pues no era posible llevarse a la Tierra a un habitante de Júpiter. Fuera del planeta no era posible reproducir la presión de Júpiter, y a la temperatura y presión terrestres los jovianos simplemente desaparecerían, convertidos en tan sólo un poco de gas.

Sin embargo, era un trabajo indispensable si el hombre quería caminar alguna vez por Júpiter. Pues antes de que el conversor transformase al hombre en otro ser, era necesario conocer las características físicas de este último, en todos sus detalles, y con una precisión que eliminase toda posibilidad de error.

Allen no regresó. Los tractores recorrieron las regiones vecinas y no hallaron trazas de él, a no ser que una medrosa criatura descrita por uno de los conductores fuese Allen transformado en joviano.

Los biólogos emitieron sus más académicos refunfuños cuando Fowler sugirió que las coordenadas podían ser inexactas. Las coordenadas, señalaron, funcionaban.

Cuando un hombre se introducía en el conversor, y éste se ponía en marcha, el hombre se convertía en un joviano. Dejaba el aparato y entraba, hasta perderse de vista, en la espesa atmósfera.

Algún detalle, sugirió Fowler, alguna diferencia con lo que un joviano debía ser, algún defecto minúsculo. Si se trataba de eso, dijeron los biólogos, tardarían años en descubrirlo.

De modo que eran cinco hombres ahora, en vez de cuatro, y Harold Allen se había adentrado en Júpiter inútilmente. No se sabía nada nuevo. Era lo mismo que si no hubiese ido.

Fowler se inclinó sobre el escritorio y tomó el registro de personal; unas pocas hojas cuidadosamente ordenadas. Era algo que temía, pero algo que tenía que hacer. Había que encontrar de algún modo el motivo de estas extrañas desapariciones. Y el único modo era enviar más hombres afuera.

Durante un instante se quedó escuchando el aullido del viento sobre la cúpula, la interminable y atronadora tormenta que barría el planeta con una furia hirviente y retorcida.

¿Había algún peligro allá afuera?, se preguntó. ¿Alguna amenaza desconocida? ¿Algo que acechaba y aguardaba a los jovianos sin distinguir a los auténticos de los que eran hombres? Para lo que fuera, no habría seguramente diferencia.

¿No se habría cometido algún error fundamental al seleccionar esa especie como la más adaptada a las condiciones del planeta? La evidente inteligencia de esos jovianos había decidido la elección. Pues si el ser en que el hombre iba a convertirse no era inteligente, éste no podría conservar su propia capacidad mental.

¿Habrían dado los biólogos demasiada importancia a este factor, olvidando algún otro? No lo parecía. A pesar de su tozudez, los biólogos conocían su trabajo.

¿O era esa conversión imposible y estaba condenada, desde un principio, al fracaso? La conversión a formas de vida diferentes había tenido éxito en otros planetas, pero eso no significaba que lo mismo debiera ocurrir en Júpiter. Quizá la inteligencia del hombre no podía funcionar correctamente con los sentidos proporcionados por esos seres. Quizá esos jovianos eran una forma de vida totalmente extraña, sin nada en común con los hombres.

O el motivo de ese fracaso podía residir en el hombre mismo, ser algo inherente a la raza humana. Alguna aberración mental, que ante ciertos estímulos exteriores impedía el regreso. Aunque quizá no fuera una aberración, no para los hombres. Quizá era tan sólo una peculiaridad mental, aceptada como cosa común en la Tierra, pero tan fuera de lugar en Júpiter que destruía toda cordura.

Unas uñas rascaban y golpeaban el piso del corredor. Fowler escuchó y sonrió débilmente. Era Towser, que volvía de la cocina. Había ido a ver a su amigo el cocinero.

Towser entró en el cuarto, con un hueso en la boca. Movi6 la cola ante Fowler y se ech6 bajo el escritorio, con el hueso entre las patas. Por un largo momento sus

viejos ojos reumáticos se fijaron en su amo, y Fowler se agachó y le rascó una oreja arrugada.

—¿Todavía me quieres, Towser? —preguntó Fowler, y Towser sacudió alegremente la cola.

—Eres el único —dijo Fowler.

Se enderezó y miró el escritorio. Alargó la mano y tomó el registro de personal.

¿Bennet? A Bennet lo esperaba una muchacha en la Tierra.

¿Andrews? Andrews planeaba volver al Instituto Tecnológico de Marte tan pronto como hubiese ganado lo suficiente para pasar allí un año.

¿Olson? Olson estaba a punto de jubilarse. Se pasaba las horas hablando de su retiro y de que se dedicaría a cultivar rosas.

Cuidadosamente, Fowler puso otra vez el registro sobre la mesa.

Sentenciando hombres a muerte. Lo había dicho la señorita Stanley, y los labios apenas se habían movido en aquella cara de pergamino. Los enviaba a la muerte mientras él, Fowler, se quedaba aquí, cómodamente sentado.

Lo estaban diciendo seguramente en toda la cúpula, en especial desde que Allen no había vuelto. No se lo dirían en la cara: ni siquiera los hombres que había llamado a la oficina y a los que les había comunicado que serían los próximos en ir, llegaron a decírselo.

Pero Fowler había leído en sus ojos.

Cogió otra vez el registro. Bennet, Andrews, Olson. Había otros, pero era inútil seguir mirando.

Kent Fowler sabía que no podía hacerlo, que no podía enfrentarse con ellos, que no podía enviar a otros hombres a la muerte.

Se inclinó hacia adelante y conectó una tecla del intercomunicador.

—Sí, señor Fowler.

—La señorita Stanley, por favor.

Esperó a la señorita Stanley, escuchando como Towser mordía débilmente el hueso. Towser ya no tenía muy buenos dientes.

—La señorita Stanley —dijo la voz de la señorita Stanley.

—Quería pedirle, señorita Stanley, que se preparara para enviar a otros dos.

—¿No teme —preguntó la señorita Stanley— terminar con todos? Si envía uno por vez durarán más, tendrá usted una doble satisfacción.

—Uno de ellos —dijo Fowler— será un perro.

—¡Un perro!

—Sí: Towser.

Fowler sintió la furia helada que había en la voz de la mujer.

—¡Su propio perro! Ha estado con usted durante tantos años.

—Por eso mismo —dijo Fowler—. Se sentiría muy triste si yo lo dejara.

No era el mismo Júpiter que había visto a través del televisor. Había esperado algo diferente, pero no esto. Había esperado un infierno de lluvias de amoníaco, y sofocantes humaredas, y el ruido ensordecedor del huracán. Había esperado torbellinos de vapores, y el desafiante resplandor de unos rayos monstruosos.

No había esperado que los latigazos del aguacero quedasen reducidos a una leve niebla purpúrea que flotaba como una sombra sobre una tierra rojiza. No había ni siquiera sospechado que los rayos serpenteantes fuesen un estallido de puro éxtasis en un cielo de color.

Aguardando a Towser, Fowler flexionó los músculos, asombrado ante aquella sensación de fuerza y bienestar. El cuerpo era excelente, decidió, e hizo una mueca al recordar el cómo había compadecido a los jovianos cuando los había visto por medio de la televisión.

Había sido difícil imaginar un organismo adaptado al amoníaco y al hidrógeno, en lugar del agua y el oxígeno. Había sido difícil creer que semejante forma de vida pudiese sentir una alegría de vivir similar a la de los hombres. Difícil el concebir algo vivo en esa tormenta oscura que era Júpiter; difícil el concebir que para unos ojos jovianos no había tormentas oscuras.



El viento lo rozaba al igual que dedos suaves, y Fowler recordó sorprendido que, de acuerdo con las normas de la Tierra, ese viento era un ciclón que corría a trescientos kilómetros por hora, cargado de gases mortíferos.

Unos suaves aromas le bañaban el cuerpo. Y apenas podían llamarse aromas, pues no eran percibidos por el olfato. Parecía que hubiese sumergido todo su cuerpo en agua de colonia, y sin embargo no era agua de colonia. Era algo inexpresable, el primero de una serie de enigmas terminológicos. Pues las palabras que él, Fowler, conocía, los símbolos de que se había servido en su vida terrestre, no le servirían como joviano.

Una puerta se abrió a un lado de la cúpula, y Towser salió tambaleándose. Por lo menos, Fowler pensó que debía de ser Towser.

Trató de llamar al perro, modelando mentalmente las palabras que quería decir. Pero no pudo decírselas. No sabía cómo. No había con qué decirlas.

Durante un instante un tenebroso terror le nubló la mente, un terror ciego que lo asaltaba en pequeñas oleadas de pánico.

¿Cómo hablan los jovianos? Como...

De pronto tuvo conciencia de Towser, intensa conciencia del cariño tenaz de aquel viejo animal que lo había seguido a todos los planetas, como si el ser que era Towser hubiese salido de sí mismo y se le hubiera instalado en el cerebro.

Y, junto con aquella calurosa bienvenida, llegaron las palabras:

—Hola, amigo.

No realmente palabras. Algo mejor: símbolos de pensamientos, símbolos con matices que nunca podrían tener las palabras.

—Hola, Towser —dijo Fowler.

—Me siento muy bien —dijo Towser—. Como cuando era cachorro. Últimamente no me sentía demasiado bien. Se me doblaban las piernas y se me estropeaban los dientes. Apenas podía morder un hueso. Además, las pulgas me hacían la vida imposible. En otro tiempo no les prestaba atención; un par de pulgas más o menos no significaban entonces mucho.

—Pero... pero... —los pensamientos se le confundían a Fowler—. ¡Me estás hablando!

—Claro —dijo Towser—. Siempre he hablado. Pero tú no me oías. Trataba de decirte cosas, pero no lo lograba.

—Te entendía a veces —dijo Fowler.

—No mucho —replicó Towser—. Sabías cuando yo quería comer, o beber, o salir. Pero nada más.

—Lo siento —dijo Fowler.

—Olvídalo —le dijo Towser—. Te desafío a una carrera hasta el acantilado.

Fowler vio por primera vez el acantilado. A muchos kilómetros de distancia, aparentemente, pero con una rara y cristalina belleza que resplandecía a la sombra de las nubes coloreadas.

Fowler titubeó.

—Está muy lejos.

—Oh, vamos —dijo Towser; y aún estaba diciéndolo cuando echó a correr hacia allá.

Fowler lo siguió, probando sus piernas, probando la fuerza de este cuerpo nuevo, un poco desconfiado al principio, asombrado en seguida, corriendo luego con una alegría vivaz que se identificaba con el terreno purpúreo y rojo, con la flotante niebla de la lluvia sobre la llanura.

Mientras corría, tuvo conciencia de una música que venía hacia él, una música acompasada a su cuerpo, que se alzaba en su interior, que le daba alas de plateada rapidez. Una música que parecía descender del campanario de una colina en una



soleada primavera.

A medida que se acercaba al acantilado, la música crecía y crecía, y llenaba el universo con un rocío de mágicos sonidos. Y Fowler supo que la música venía de la cascada que se desplomaba a lo largo de la faz del reluciente acantilado.

Solamente que no era agua lo que caía, sino amoníaco; y el acantilado era blanco porque estaba formado por oxígeno sólido.

Se detuvo junto a Towser, allá donde la cascada estallaba en un reluciente arco iris de cientos de colores. Literalmente cientos de ellos, porque aquí, así lo veía, no se trataba solamente de los colores primarios y sus matices como los discernían los seres humanos, sino de una precisa selectividad que dividía el prisma hasta las últimas posibilidades de clasificación.

—La música —dijo Towser.

—Sí, ¿qué ocurre?

—La música —dijo Towser—. Son vibraciones. Vibraciones producidas por el agua al caer.

—Pero Towser, tú no sabes nada de vibraciones.

—Sí, sé —replicó Towser—. Acabo de saberlo.

Fowler abrió mentalmente la boca.

—¡Acabas de saberlo!

Y de pronto, en el interior de su propia cabeza, encontró una fórmula. La fórmula para un proceso que haría que el metal pudiese resistir la presión de Júpiter.

Miró asombrado la cascada; y su mente, con rapidez, clasificó los distintos colores y los colocó en su exacta secuencia en el espectro. Así. Nada más. De la nada, puesto que no sabía nada de metales o de colores.

—¡Towser! —gritó—. ¡Towser, algo nos está pasando!

—Sí, ya sé —dijo Towser.

—Son nuestros cerebros —dijo Fowler—. Los estamos utilizando totalmente, hasta el último rincón. Descubriendo cosas que deberíamos saber. Quizá los cerebros terrestres son lentos, nebulosos. Quizá somos los retardados del universo. Quizá está en nosotros el tener que hacer las cosas del modo más difícil.

Y, en la nueva claridad mental que parecía apoderarse de él, Fowler supo que esto iba más allá de una cascada de colores, o de metales capaces de resistir la presión de Júpiter. Sintió otras cosas, cosas no muy claras. Un vago murmullo que se refería a algo más grande, a misterios que sobrepasaban el pensamiento humano y hasta la imaginación humana. Misterios, hechos, lógica basada en el razonamiento. Cosas que cualquier mente debería conocer si usara todo su poder de raciocinio.

—Todavía somos, en parte, criaturas terrestres —dijo—. Estamos empezando a aprender algunas cosas. Cosas que no sabíamos como seres humanos, tal vez porque éramos seres humanos. Pues nuestros cuerpos humanos eran unos pobres cuerpos. Pobremente equipados para pensar, pobremente equipados en algunos sentidos que uno ha de tener para saber. Quizá incluso nos faltaban ciertos sentidos necesarios para

el verdadero conocimiento.

Se volvió y miró hacia la cúpula, una manchita negra empequeñecida por la distancia.

Allá quedaban unos hombres que no podían ver la belleza de Júpiter. Hombres que creían que unos torbellinos de nubes y unas lluvias penetrantes oscurecían la superficie del planeta. Ojos humanos que no podían ver. Pobres ojos. Ojos que ignoraban la belleza de las nubes, que no podían ver a través de la tormenta. Cuerpos incapaces de sentir el estremecimiento de aquella música del agua al quebrarse.

Hombres que andaban solos, en una terrible soledad, y hablaban como niños exploradores intercambiando sus mensajes con banderitas. Incapaces de establecer una verdadera comunicación como la de él y Towser, una unión de las mentes. Alejados para siempre de todo contacto íntimo y personal con otras cosas vivientes.

Él, Fowler, había creído que iba a sentir terror inspirado por cosas extrañas que se hallaran en la superficie, había esperado retroceder ante la amenaza de cosas desconocidas, se había endurecido para poder resistir una situación completamente distinta a ninguna terrestre.

Pero he aquí que se encontraba ante algo cuya grandeza había ignorado siempre. Un cuerpo más fuerte y seguro. Una sensación de alegría, un sentimiento más profundo de la existencia. Una mente más aguda. Un mundo de belleza que los terrestres no habían logrado concebir ni siquiera en sueños.

—Sigamos —pidió Towser.

—¿A dónde quieres ir?

—A cualquier parte —dijo Towser—. Sigamos a ver qué descubrimos. Tengo una sensación de... bueno, una sensación...

—Sí, ya sé —dijo Fowler.

Pues él también la sentía. La sensación de un destino superior. Una cierta sensación de grandeza. La conciencia de que en alguna parte, más allá del horizonte, esperaba la aventura, y algo más importante que la aventura.

Aquellos otros cinco habían sentido lo mismo. La urgencia de ir y ver, la persistente sensación de que allí había una vida plena de sabiduría y conocimientos.

Por eso era que no habían vuelto.

—No volveré —dijo Towser.

—No podemos abandonarlos —dijo Fowler.

Dio un paso o dos hacia la cúpula, y se detuvo.

Regresar a la cúpula. Regresar a aquel cuerpo que había dejado, dolorido e intoxicado. No parecía doler antes, pero ahora sabía que sí.

Regresar al nublado cerebro. A aquellos razonamientos enmarañados. A las bocas móviles de las que surgían señales que otros podían entender. A aquellos ojos, que ahora serían peor que estar ciego. A la debilidad, la abyección, la ignorancia.

—Quizá algún día —murmuró Fowler para sí mismo.

—Tenemos muchas cosas que hacer y mucho que ver —dijo Towser—. Tenemos

mucho que aprender. Descubriremos cosas...

Sí, descubrirían cosas. Civilizaciones, quizá. Civilizaciones que harían que la civilización humana pareciese ridícula en comparación. Belleza y, lo que era más importante, un entendimiento de esa belleza. Y una camaradería que nadie había conocido antes, que ningún hombre, ningún perro había conocido antes.

Y vida. Una vida intensa después de lo que parecía una existencia adormilada.

—No puedo volver —dijo Towser.

—Ni yo —dijo Fowler.

—Me convertirían otra vez en un perro —dijo Towser.

—Y a mí —dijo Fowler—, otra vez en un hombre.

Título original:  
DESERTION

© 1944, *Street and Smith Publishers, by arrangement with Forrest J Ackerman*  
Traducción de M. Blanco



La creciente oleada de interés en todos los países de habla hispana por el fenómeno OVNIS, ha hecho que NUEVA DIMENSIÓN salga al paso de este tema a través de un número extraordinario y monográfico de su revista —por completo independiente de la edición normal de la misma— en el que, por primera vez en lengua española, ofrecerá a sus lectores

**UN ANÁLISIS COMPLETO, IMPARCIAL, RACIONAL Y  
EXHAUSTIVO**

del fenómeno más importante, discutido, desorbitado, mixtificado y mitificado de nuestro tiempo, a través de un extenso texto-dossier redactado por Domingo Santos, con inclusión de gran cantidad de ilustraciones, la mayor parte de las cuales serán publicadas POR PRIMERA VEZ en España.

**INFORME SOBRE LOS OVNIS**

será un libro DEFINITIVO sobre el problema de máxima actualidad en estos momentos.

Esté atento a su inminente aparición. O garantíceselo ya de antemano solicitándolo directamente a

**Ediciones Dronte**

**Apartado de Correos 4018  
Barcelona.**

## ... SI MAÑANA HEMOS DE MORIR

**DOMINGO SANTOS**

Domingo Santos es uno de los pioneros indiscutidos de la ciencia ficción española y, tal vez, el más conocido tanto dentro como fuera de España. Últimamente, sin embargo, y tras una etapa de intensa labor, ha permanecido inactivo durante más de un año. Ello ha sido debido a muy diversas razones, entre las que no hay que desdeñar el ingente trabajo de creación de esta revista, de la cual es uno de los promotores. Y es precisamente con este número, conmemorativo del primer aniversario de su aparición, que Domingo Santos ha querido volver a la carga, con unas redobladas energías...

**ilustrado por JOSÉ M<sup>a</sup> BEÁ**

La carretera era tan sólo una cinta plateada bajo la luz de la luna, con la línea roja del control-guía automático brillando débilmente a la derecha como un hilo de sangre. El hilo se encrespaba y gemía en las curvas, como si de pronto adquiriese vida propia, para morir después en las rectas en un deslizamiento pasivo. Los sensores gemían débilmente, dando la sensación de que el coche flotaba entre las nubes. La aguja del velocímetro iba avanzando: ciento sesenta, ciento ochenta. La luna saltaba de cristal en cristal en las curvas, ahora a la izquierda, ahora delante, como si observara el interior del coche.

—Qué dicha el vivir —dijo Boni desde el asiento trasero; y Rosa respondió con un gruñido de placentero asentimiento.

Pablo hundía lentamente el pie en el acelerador. Era un gesto inconsciente, aunque Alfonso, en la Facultad, le hubiera sacado de inmediato al hecho implicaciones freudianas. Rió suavemente. Miró con el rabillo del ojo a Ana, que permanecía inmóvil, un poco envarada, en el asiento de al lado.

Al llegar a los doscientos la luz de aviso del control-piloto se encendió, indicando tope de velocidad.

—Al diablo, cerdo cobarde —dijo Pablo; y desconectó el automático.

Ana miraba fijamente la serpenteante línea roja de la derecha, como hipnotizada. Es una estúpida, razonó Pablo fríamente. Sin embargo, se dijo a continuación, a pesar de ello la había invitado a la Sesión. No sabía aún por qué lo había hecho, aunque la verdad era que tampoco se había preocupado demasiado en averiguarlo. Este tipo de razonamientos no eran demasiado frecuentes en él. Sí, algunos de sus compañeros le habían hablado un poco despectivamente de ella: nunca había ido con nadie a más de doscientos, nunca se la había visto en ninguna Sesión, apenas salía con chicos. La propia Rosa le había expresado el más lapidario juicio al respecto: «es una decimonónica». Pero a pesar de ello la había invitado. La realidad era que le hizo la

proposición convencido de que rehusaría, más por diversión que por otra cosa. Pero ella había dicho sí. Y ahora estaba sentada allí, a su lado, inmóvil, envarada, ¿un poco fría?, mirando fijamente la perspectiva de la autorruta a más de doscientos kilómetros por hora.

Es natural, filosofó como cierre a la cuestión: nunca ha ido a esta velocidad.

Y sujetó fuertemente las palancas de dirección. A más de doscientos se inicia el peligro, la aventura. El piloto-robot se inhibe, debe conducir uno mismo, y ahí reside la mayor emoción.

Doscientos cuarenta. ¿Qué te parece, retrógrado estúpido? La carretera era tan sólo un velo relampagueante, con apenas una nota de color. En el asiento de atrás, Boni le estaba diciendo algo a Rosa en voz muy baja, y Rosa reía suavemente. Mirando a través del retrovisor en la semioscuridad de la cabina, preguntó:

—¿Nos divertimos?

Boni contestó con un gruñido. Rosa rió un poco más fuerte.

Pablo miró el reloj.

—Quedamos a las veintitrés, ¿no?

—Sí —rezongó Boni—. Apresúrate, o vamos a llegar tarde.

—Estúpido. Faltan aún siete minutos. ¿Te crees que no soy capaz de recorrer cuarenta kilómetros en siete minutos?

Apretó aún más el acelerador. El velocímetro señalaba doscientos setenta. Los transistores del piloto automático saltarían en pedazos si pudieran ver aquello, pensó, y el pensamiento le hizo reír. Sintió una repentina confianza en sí mismo.

Ana seguía inmóvil a su lado, mirando fascinada hacia adelante. Sin apartar las manos de las palancas se inclinó hacia ella y la besó. Notó un ligero relajamiento. Volvió a besarla, más fuerte.

El coche dio un par de bandazos antes de volver a recuperar la estabilidad.

Era un edificio de ladrillo rojo, situado a un lado de la carretera. Unos años antes se le hubiera llamado «victoriano»; ahora era tan sólo «una ruina». De todos modos, era anterior a la industrialización masiva de la construcción, por lo que era de la clase de edificios preferidos por la juventud. «Oh, hundirnos en el pasado, sumergirnos y soñar...».

Detuvo el coche en la entrada, pasando de ciento ochenta a la inmovilidad absoluta en ocho segundos. Ana estaba pálida, pero no dijo nada. Abrieron las puertas y bajaron.

Casi todos los hijos habían llegado ya: Nando, Vicky, Pedro, Juana, Tina, Luis... La chimenea estaba encendida, y la luz de los troncos ardiendo era lo único que iluminaba lo vasta habitación empapelada en estilo rancio. Los antiguos cuadros y retratos habían sido retirados, y sustituidos por grandes carteles de colores chillones que llenaban todo un paño de pared. En algunos lugares se veía aún, por las

diferencias de tonalidad, los huecos de los cuadros retirados. Había sobre todo uno pequeño, ovalado, aislado completamente de los demás, y cuyo vivo color indicaba que el cuadro había permanecido muchos años allá antes de ser retirado. El retrato del abuelito, había dicho un día Vicky riendo; y Nando había corrido a buscar una barba postiza para hacer una parodia, y no la había encontrado, y se irritó, y rompió unas cuantas botellas, y la Sesión había terminado en una estupenda pelea.

A todo un lado de la habitación había un largo mostrador de caoba, imitando las barras de los antiguos bares del oeste de los Estados Unidos. Nando, el anfitrión, era un fanático del *western*. Porque la casa, por supuesto, no era un local público. Los locales públicos, decía Wooldrich, son una lacra de la sociedad, los pervertidores de toda la juventud. Wooldrich era el pensador de moda entre los jóvenes, el maestro de las nuevas generaciones, algo semejante a lo que había sido Marcuse hacía años, antes de que cayera en desuso y la gente empezara a considerarlo *démodé*. A muerte con los clubs, gritaba en las manifestaciones, en los parques públicos, en las asambleas de estudiantes; a muerte con las discotecas, a muerte con los locales públicos donde la juventud debe someterse a normas estrictas, donde no puede hacer lo que quiere, hablar de política, romper cosas, tomar drogas, hacer el amor. A muerte con las instituciones caducas.

Y se habían quemado algunos locales públicos, y los demás habían tenido que ir cerrando por falta de clientes. Los Grupos de jóvenes habían conocido un auge extraordinario, y habían empezado a nacer las Sesiones. Cada Grupo tenía su Anfitrión, que era el jefe, el que mandaba en todo, el que proponía y organizaba las Sesiones. El Anfitrión tenía que ser el más valiente, el más rebelde, el más inconformista; y tenía que tener también una casa adecuada, una casa donde pudieran reunirse todos, una «ruina» bien decorada, bien habilitada para que el Grupo pudiera sentirse allí a su gusto, como en su casa.

Y allí estaban todos. Diecisiete hoy, entre chicos y chicas. Aunque no importaba el número; no importaba el que uno fuera solo o acompañado, aunque generalmente todos fueran por parejas o en grupos menores; no importaba tampoco el que uno perteneciera o no al Grupo para asistir. En realidad, no importaba nada: todas las Sesiones eran abiertas a todo el mundo, y todo el mundo podía asistir con tal de que abonara su parte correspondiente en los gastos y se sometiera a las normas particulares del Grupo y de la Sesión. Todo el mundo podía participar o no participar en los juegos y diversiones de la colectividad, venir e irse cuando quisiera, y era frecuente que una vez iniciada la Sesión hubiera un reajuste general de parejas, según los gustos o el estado anímico del momento y de cada uno.

Y sin embargo, una Sesión *era* algo organizado. Ésta era la tarea del Anfitrión, y de su mayor o menor acierto en desarrollarla dependía su éxito y el del Grupo, o su fracaso en caso de fallar, con el consiguiente disolverse de sus componentes ante el desencanto de unas nuevas emociones frustradas o al aparecer otro Anfitrión con mayores méritos.

Nando se dirigió directamente hacia Pablo al verlo entrar. En el fondo de la habitación, presidiendo a todos los demás, había un gran cartel. Unas letras negras rezaban, sobre fondo rojo: ... *si mañana hemos de morir*; y tras ellas, en el marco del hongo gigantesco de una explosión atómica, una pareja haciendo el amor. Al avanzar hacia Pablo, el cartel quedó a sus espaldas y el hongo atómico formó como una ridícula coronilla santurróna alrededor de su cabeza. Pablo se echó a reír.

—En forma —dijo Nando.

—En forma —dijo Pablo. Pero hoy no estaba demasiado convencido de ello.

Boni y Rosa se habían ido hacia un rincón, donde Rosa había abrazado efusivamente a un muchachillo enclenque, delgado y muy *à la page*, mientras Boni se ponía a charlar amigablemente con una rubia de sucinto traje. Nando miró a Ana y se rió.

—¡Hey!, ésa es nueva. ¿De dónde la has sacado?

Ana miró a Pablo. Se encontraba algo desconcertada ante aquel ambiente que desconocía. Pablo la enlazó por la cintura, como si quisiera infundirle confianza y al mismo tiempo indicar posesión.

—Es mía —dijo, dando a entender a Nando que no se metiera con ella.

Nando examinó a Ana de arriba abajo con una mirada provocativa.

—Bueno, bueno —dijo—. Así que es novata. —Se echó a reír—. Faltará verla desnuda —dijo. Dio media vuelta sin darle mayor importancia a la cosa, y se dirigió hacia otro grupo.

—No me gusta —dijo Ana impulsivamente.

—No le hagas caso —dijo Pedro—. Es la forma usual de tratar a los novatos. Todos tenemos que pasar por ello, ya te acostumbrarás. Cuando hayas venido a un par de Sesiones ya ni siquiera te prestará atención.

Se dirigieron hacia la barra, y Ana se sentó en un alto e incómodo taburete. Pablo hizo un gesto al que actuaba de camarero.

—Dos Especiales —dijo—. Para entrar en calor.

El muchacho miró a Ana.

—Novata, ¿eh? —dijo. Pablo asintió—. Entonces Dobles. Habrá que entrar mucho en calor.

A las veintitrés cuarenta y cinco ya habían llegado todos los miembros que habían prometido asistir. Como castigo, la última pareja fue manteada durante diez minutos consecutivos, y todos los asistentes se unieron a la ejecución del castigo. Todos reían a grandes carcajadas, y quienes más lo hacían eran los propios castigados. Al girar por el aire las paredes daban vueltas y vueltas, y los carteles se mezclaban inarmónicamente, con resultados y combinaciones sorprendentes: «Haz el... morir... la guerr... amor... dro...». Las risas sonaban extrañamente huecas en las destintadas paredes violeta, y el descolorido dibujo giraba, giraba, giraba. La chica estaba muy



mareada al terminar el castigo, y para animarla Nando le hizo beber media botella de licor. «Anda, chico —le dijo después al muchacho que la acompañaba—: ahora bébetela a ella».

Empezaron con música. Todas las Sesiones empezaban con música. La música enerva, predispone. Ana, después de los primeros recelos, empezaba a sentirse a gusto allí. Veía una camaradería, un inconformismo, un salirse de todas las normas establecidas que le resultaba encantador. Además, llevaba ya tres Especiales Dobles. Se preguntaba cómo había dejado pasar tanto tiempo sin haber querido asistir a ninguna Sesión. Se preguntaba qué hubiera hecho aquella noche si no hubiera aceptado la invitación de Pablo. La cabeza le daba un poco de vueltas, pero esto no era importante. Pablo la sujetaba cálidamente, y su abrazo no era posesivo sino delicado, casi protector. Reclinó la cabeza en su hombro. Era un buen chico aquel Pablo, con sus extrañas ideas, sus libros, su mirada siempre perdida. No era como los demás.

Casi todos bailaban, muy juntos, apretados. La música enerva, el baile relaja. En el baile se hacen las confianzas, se realizan los acoplamientos, se prepara todo para el resto de la Sesión. Se habla de ideas, de deseos, de ilusiones. Se conoce a la gente. Ana había tenido siempre muchas ilusiones, aunque ahora el licor las había hecho algo confusas. Mantenía la cabeza apoyada en el pecho de Pablo, y murmuraba cosas. Luego no se acordaría de nada de lo que había dicho: no importaba. Lo importante ahora era hablar, expresar lo que rondaba por ahí dentro. Aunque tal vez no estuviera diciendo nada. Pablo escuchaba...

Y de pronto la música cambió. Era una de las muchas sorpresas que tenía Nando como Anfitrión, sus bruscos e inesperados cambios de situación. La lenta música que permitía las confianzas se ahogó en su propia lentitud, y fue sustituida de golpe por un ritmo retumbante, sincopado y obsesivo, que hizo que los cuerpos se separaran y las manos se desunieran, como en un brusco despertar. Nando se había subido a la barra y gritaba, muy fuerte:

—¡Vamos, vibrad, vibrad! ¡Hay que vibrar! ¡Enervaos! ¡Tenemos que sentir que estamos vivos! ¡Mirad, mirad a vuestro alrededor, miradme a mí! ¡El mundo no existe! ¡Sólo nosotros! ¡Vibrad!

Cayó de rodillas sobre el mostrador, los brazos en alto, agitando el torso al compás de la música. En un segundo de extraña lucidez, Pablo se preguntó si estaría realizando una comedia. Pero el ritmo lo arrastraba, el ritmo y las palabras de Nando estaban arrastrando a todos, y estaba él también agitándose al unísono con los demás. Ana, ante él, tenía por primera vez los ojos brillantes.

—¡Vamos, vibrad! ¡Danzad con la danza del cosmos! ¡Mirad a vuestro alrededor! ¡Todos los colores están ahí, todos los colores del universo! ¡Rojo, azul, negro, añil! ¡Sangre, sangre! ¡Enervaos! ¡Vibrad!

Era el frenesí del no-pensar. Pero de pronto, sin saber por qué, Pablo se detuvo ante un frío repentino que le invadía. Algo no iba bien. Las llamas de la chimenea

ponían las sombras de sus lenguas rojas en todos los rostros; la mezcla de humo, sudor y perfume creaba un clima de calor asfixiante. Y un olor... Olió. Perfume. Incienso. Nando había quemado incienso en la chimenea. El muy... Era un buen Anfitrión, pero hacía trampas.

Ana danzaba ante él, subyugada por la música, crispada, olvidada de todo lo que la rodeaba, inmersa en sí misma.

La cogió bruscamente por una mano y tiró de ella. Nando nunca había empezado una Sesión así, tan abruptamente.

—Ven —dijo.

Ana pareció despertar de un sueño. No le siguió: fue arrastrada. Pablo atropelló parejas, se abrió camino hasta la barra. Nando, con las manos queriendo arañar el techo, seguía gritando su letanía a nadie.

—¡Nando! —gritó Pablo.

Lo cogió bruscamente por la camisa.

—¡Nando! —y más fuerte—: ¡Nando!

Nando descendió el tono de su voz y bajó la vista. Entonces, Pablo lo supo. La música seguía sonando, las parejas se agitaban en el salón, individualidades sin mayor conexión entre sí que el aire que respiraban y la crispación que les invadía. El incienso llenaba las cabezas, las llenaba, las llenaba.

—Nando —dijo Pablo—. Te has drogado.

Los ojos de Nando eran vacuos. No había bajado los brazos. Sonrió con aire ausente.

—Sí —dijo—. Oh, sí. Es tan bonito drogarse.

—Tienes droga aquí.

—Sí.

—La has traído para la Sesión.

—Sí.

—Dame.

Nando miró por unos instantes a Pablo, como sin comprender. Seguía sonriendo.

—¡Dame! —gritó Pablo.

—Oh, sí, claro. Tú también quieres, sí. Es justo. Todo el mundo quiere. Está bien, está bien. Encontrarás arriba, en los reservados. En las mesitas.

Pablo soltó a Nando. Cogió nuevamente a Ana por la mano, la arrastró tras de sí. Nando volvió a levantar la vista al techo, y siguió con su letanía. La música era una rítmica modulación obsesiva, siempre la misma, siempre la misma.

—¡Oh, Dios, escúchanos! —estaba diciendo Nando mientras Pablo y Ana subían las escaleras—. ¡Escúchanos, a nosotros tus esclavos que quieren olvidar! ¡Míranos! ¡Estamos hartos del mundo, estamos hartos de todo! ¡Míranos!

Era una habitación pequeña: cuatro paredes desnudas, una mesita baja, una estera

a un lado. El papel de las paredes era el mismo que el del salón principal, quizá no tan descolorido. Cuando se cerraba la puerta, el cartel surgía obsesivo, con su fondo rojo sangre y el gigantesco hongo: ... *si mañana hemos de morir*. Se había convertido ya en un emblema, el emblema que había lanzado Wooldrich a la juventud desengañada: «¿Qué importa lo que hoy hagamos, si mañana hemos de morir?». Era como una bandera, el grito desgarrado de un triste, oscuro y desesperado axioma.

Sobre la mesilla había una botella de algo, dos vasos, dos pequeñas cápsulas blancas. La estera era la medida justa de dos cuerpos.

Pablo tomó las dos cápsulas y le tendió una a Ana.

—¿Qué es? —preguntó Ana.

—Olvido —dijo Pablo. Llenó los dos vasos con el líquido de la botella—. Dentro hay un polvo blanco: tómatelo.

Ana vaciló. Miró fijamente la cápsula.

—¿Es droga?

—No —dijo Pablo—. Es olvido. Tú quisiste venir aquí, ¿no? Si quieres quedarte conmigo, tómate esto y ven. Si no, vete.

Rasgó la cápsula, y vertió el contenido en su boca. Después bebió un sorbo de líquido, luego otro sorbo más largo.

Se sentó en la estera.

—Ven —dijo a Ana—. Aquí, ante mí.

Ana vaciló aún otra vez. Luego, abrió la cápsula y se tomó su contenido. Bebió dos sorbos de su vaso, al igual que había visto hacerlo a Pablo. Luego se sentó ante él en la estera, con las piernas cruzadas, mirándole fijamente. Parecía como si temblara.

Pablo alargó una mano <sup>3</sup> le acarició suavemente la mejilla. Ana sonrió levemente, como con miedo. Pablo la atrajo hacia sí. Ella se recostó contra él, abandonándose, y Pablo besó suavemente sus labios. Estaban secos y temblorosos, pero cálidos. Sonrió, y la besó más fuerte. Ella respondió al beso.

Luego, la habitación fue desapareciendo poco a poco.



Pablo flotaba en el vacío, Ana flotaba junto a él. La tenía sujeta por la mano, como si la arrastrara tras de sí. Es una buena chica, ¡pero tiene tanta inseguridad! Es la primera vez, claro. Hay que educarla... educarla... educarla...

Flotaban, y no había más que colores a su alrededor. Una sinfonía maravillosa de colores, una borrachera de color. Ana reía, y su risa se trasmitía a todo su cuerpo. La atrajo hacia sí.

—¡Loca, ¿lo ves?! ¡Es lo mejor del mundo, el paraíso! ¡Mira, mira a tu alrededor! ¡Contempla el verdadero universo, ésta es la felicidad!

Su cabeza giraba, todo parecía un torbellino. Los planetas pasaban como exhalaciones en torno a ellos, mundos desconocidos donde tal vez sufrían humanidades de millones de individuos, aquí los judíos, allí los negros, más allá los

amarillos; aquí los muertos, allá los muertos en vida. Sociedades que se descomponían, podridas en sus cimientos hechos de asquerosos billetes de banco; las grandes empresas con sus negocios de millones, los que fabricaban armas, los que arrojaban bombas, los que dictaminaban tras sus brillantes mesas la muerte de millones de individuos, los que señalaban quienes, donde y cuando tenían que morir. Pero ellos pasaban muy por encima de todo aquello, flotando, sin rozarlo siquiera. Estaban lejos, muy lejos, nunca les alcanzaría.

—Ana, Ana, quiero olvidar.

Y *podía* olvidar. Y olvidaba. Todo desaparecía, y sólo quedaba el cálido cuerpo de Ana junto al suyo, y la sinfonía de colores, y su aliento que le transmitía un extraño bienestar. La abrazaba estrechamente, y los dos cuerpos se fundían en uno solo, y el cuerpo de Ana era transparente, y los colores se filtraban dentro de ella, y toda ella era un color. No había ya mundos sino colores, el universo entero para ellos, y la felicidad, una gran felicidad, el bienestar de toda una eternidad.

Y de pronto dejaron de flotar. Y de pronto los colores empezaron a apagarse, como las luces de un teatro que los tramoyistas fueran desconectando. Pablo gimió levemente. No, no, no, no podía permitir que se apagaran. Allí estaba la felicidad, y la felicidad se iba. Ya no podrían seguir flotando, tendrían que despertar a la realidad, y la realidad es triste, fea, oscura. Ana, Ana...

Todo era ya oscuridad.

Abrió los ojos. Los colores de la pared eran sucios, la luz mortecina. El enorme ojo vacío del hongo les miraba ferozmente: ... *si mañana hemos de morir*. Se sentía empapado en sudor. Miró hacia la mesilla. Dios, las cápsulas estaban vacías.

Ana estaba a su lado, sobre la estera, cara al techo, con los ojos cerrados. Miró su reloj: habían pasado dos horas desde que subieran, pero habían sido tan sólo unos segundos. Era preciso volver de nuevo, empezar otra vez.

Se levantó, procurando no tocar a Ana. Se sentía mal. Se dirigió con paso vacilante hacia la mesilla. Abrió un cajón. Había un libro, la Biblia. Algún chistoso, rezongó. Lo apartó a un lado. Abrió los restantes cajones. No había ninguna cápsula más. Maldijo en voz alta.

Se vistió con un esfuerzo, sintiendo que la camisa se pegaba a su empapada piel. Salió de la habitación. El pasillo estaba también empapelado con el mismo oscuro y mortecino papel. Todas las puertas estaban cerradas. Abrió la primera. Había una pareja en la estera, estrechamente abrazados. Sobre la mesilla había dos cápsulas abiertas.

La tercera habitación estaba vacía. Cogió las dos cápsulas y volvió al pasillo.

Ana estaba allí. Tenía los ojos enrojecidos y algo hinchados, como si aún no hubiera despertado completamente. Su labio superior estaba perlado de pequeñas gotitas de sudor.

—Ven —dijo Pablo cogiéndola por la mano—. Volvamos.

—No —dijo Ana, resistiendo al tirón.

Pablo se volvió. Mostró las dos cápsulas en la mano.

—Mira, tengo más. Vamos a olvidar otra vez. *Necesito* olvidar otra vez.

—No —dijo Ana—. Por favor.

Había un tono de súplica en su voz. Pablo miró por unos instantes las dos cápsulas, luego la miró a ella. Pudo leer en sus ojos. Lentamente, sádicamente, estrujó las cápsulas entre sus dedos hasta romperlas. Dejó que el polvo blanco se deslizara entre los intersticios.

—Idiota —murmuró, sin saber si se lo decía a Ana o a sí mismo.

Volvió a la habitación. Llenó un vaso hasta el borde, lo bebió de un trago, lo volvió a llenar. Sintió un estremecimiento. Dentro de poco vomitaré, pensó. Era lo normal cuando solamente se tomaba una. Vomitaré. Se volvió. Ana le miraba desde la puerta.

—Volvamos abajo —dijo. No había ningún reproche en su voz.

Tenía un vaso grande ante él. «Para olvidar», le había pedido al camarero. Pero el camarero estaba borracho. Cuando a uno de dentro del Grupo le toca ser el camarero en una Sesión, lo único que le queda por hacer es emborracharse. Le sirvió una estupidez cualquiera. Pablo le arrojó el contenido del vaso a la cara, saltó la barra y se sirvió él mismo. Dos vasos grandes, llenos hasta el borde. Le dio uno a Ana, sin dejar el otro de la mano.

—Hasta el fondo —dijo.

Cumplió lo dicho. Luego, al ver que Ana no había tocado el suyo, refunfuñó algo en voz baja.

—Debes beberlo —dijo—. Es lo único que hará que no vomites.

Ana cogió el vaso, pero no lo movió de sobre el mostrador.

—Me siento mal —dijo.

—Es normal la primera vez —dijo Pablo—. Porque es la primera vez, ¿no? —Ana asintió con la cabeza—. No te preocupes. Dentro de un par de horas estarás como nueva. Anda, bébetelo.

Ana se lo bebió en tres largos tragos. Pablo hizo un gesto al camarero.

—Trae más.

—No, gracias —dijo el camarero—. Mi rostro ya no admite más licor.

Maldiciendo en voz baja, Pablo saltó otra vez la barra. Cogió cuatro botellas al azar, las dispuso ante los dos vasos. Regresó a su sitio.

—Tenemos todo esto por delante —dijo a Ana, señalando las botellas—. ¿Qué piensas hacer?

Ana le miró apenas unos instantes, fijamente a los ojos.

—¿Por qué? —preguntó de pronto.

Pablo no reaccionó inmediatamente. Cogió dos botellas y mezcló su contenido en los vasos. No contestó.

—¿Por qué? —repitió Ana.

Sólo entonces captó Pablo la pregunta. Cogió su vaso, y vio que su mano temblaba al cogerlo. Lo depositó sobre la barra. Se apoyó de codos en el mostrador, balanceando ligeramente su cuerpo.

—¿Por qué? —repitió como un eco. Más que una pregunta era la constatación de un hecho—. ¿Preguntas por qué vengo aquí, por qué me emborracho, por qué tomo drogas? ¿Quieres saber todo esto?

Ana no respondió. Pablo se volvió de espaldas al mostrador, enfrentándose con todo el salón. Lo abarcó con un gesto amplio de la mano.

—Pregúntaselo mejor a todos ellos, ¿no?

Ya no había parejas bailando. Ahora sonaba una música suave, casi mística. Pablo creyó reconocerla: Bach, en un arreglo que había dejado incólumes buena parte de sus valores. ¿O tal vez música Zen? El cochino de Nando sabía arreglar bien las cosas, pensó.

Algunas parejas habían ido arriba. Bueno, no todo parejas. Había algunos que preferían olvidar en solitario, todo el universo para ellos, como había hecho él también en algunas ocasiones, cuando se había sentido egoísta y no le importaba absolutamente nadie del resto de la humanidad. Aunque nunca le había importado nadie demasiado.

Algunas parejas estaban sentadas en el suelo, sobre almohadones, en diversas posturas. Había algunas botellas volcadas, y el licor había formado un charco en el mosaico. La chimenea estaba casi apagada, de modo que la habitación se hallaba en sombras. Nando yacía en medio del salón, cara al techo, con las piernas y los brazos y los ojos abiertos. Estaba inconsciente. A su lado había tiradas tres cápsulas vacías.

—No se lo pregunto a ellos —dijo Ana—. Te lo pregunto a ti.

—¿A mí? —Pablo rió sin alegría. Tomó una botella y bebió directamente. Luego se la tendió a Ana. Ana dijo que no con la cabeza—. ¿Por qué quieres saber lo que pienso yo? Yo soy igual a todos los demás, ¿sabes? Como tú también lo eres. Si no, ¿por qué aceptaste venir? Sabías lo que es una Sesión, ¿no?

—Si acepté —dijo Ana, y su voz sonaba un tanto dolida— fue porque me di cuenta de que no eres exactamente como todos los demás. Todos se conforman con una cápsula excepto algunos. Como Nando. Como tú. Y es porque tú piensas, ¿verdad?

Ahora, Pablo no rió. Estaba extremadamente serio. Agitó la cabeza, como queriendo despejar algo sus ideas.

—Sí —murmuró—. Es cierto. A veces pienso. A veces todos pensamos. Y por eso venimos a esos sitios, por eso organizamos esas Sesiones. ¿Ves todos esos carteles? Ellos nos hacen ver lo que nos rodea, y pensamos. Luego bebemos, y tomamos drogas, y nos acostamos con una chica, y dejamos de pensar. ¿Sabes lo

bonito que es dejar de pensar, aunque sea por unos momentos? Se es feliz. Enteramente feliz. Y luego, cuando te vas, lo haces dando la espalda a los carteles, y ya no te importan tanto. Esto te permite resistir un poco más. Ya no piensas en que es posible que mañana cualquier estúpido apriete un botón que lo inicie todo, en que tal vez mañana te envíen a cualquier sitio con un fusil al hombro, en que tal vez mañana se habrá acabado todo. Ya no piensas en que hay algunos locos incompetentes que están dirigiendo mezquinamente la sociedad, no piensas en que tú sólo representas la carne de cañón, que no tienes más importancia en el mundo que la de una juventud que dicen está aprendiendo a ser hombres, como si ellos lo hubieran aprendido alguna vez, como si ellos ya lo fueran.

Se detuvo. Bebió un largo sorbo, luego tiró la botella al suelo.

—Pero es verdad. Tienes razón, yo pienso más a menudo. Pienso incluso cuando vengo aquí, cuando tomo una cápsula, cuando miró muy al fondo en los ojos de una chica, buscando allá lo que noto que me falta en mi interior. Ana, tú no comprendes. Nadie comprende. Pienso en dónde vamos, en si llegaremos alguna vez a algún sitio. Pienso en que estamos destruyendo el mundo, ¿comprendes?, estamos fabricando un legado de ruinas y de destrucción, y esto es todo lo que nosotros heredaremos. Y pienso en que, mientras está pasando todo esto, nos dicen que nosotros no importamos, que aún no tenemos voz; que esperemos, que ya llegará nuestro momento. Es el mundo en que después tendremos que vivir, ¿entiendes? Y nos echan de lado.

»Y entonces es cuando veo también que lo único que intentamos hacer es oponer una estúpida y vana resistencia pasiva, que lo único que realmente hacemos es evadirnos y refugiarnos en las drogas y en la bebida para huir de nuestra angustia, y que no hacemos otra cosa más que chillarnos a nosotros mismos en lugar de enfrentarnos a ellos, y golpear, y matar si es preciso, al igual que ellos lo hacen; entonces es cuando veo que ellos tienen la fuerza y nosotros solamente la voluntad, y que nos aplastan cuando quieren; y es entonces que siento una desesperación inmensa, y no existe anestesia en el mundo, por poderosa que sea, que me haga olvidarlo. Y quisiera estar muerto, muerto, ¿comprendes?, antes que seguir viviendo en este mundo que se derrumba, dentro de esta sociedad podrida en la que lo único que podemos hacer es jugar de peones, y esperar a que nos maten en algún frente lejano, combatiendo por alguna causa que no compartimos y frente a alguien a quien ni siquiera odiamos, o esperar a recoger las cenizas de lo que en un día fue un mundo, e intentar reconstruir algo que ya no tiene salvación. ¿Ves todos estos carteles? Son mentiras, todo mentiras; mentiras con las que intentamos embotarnos nosotros mismos, buscar una justificación a nuestros actos, porque no nos atrevemos a reconocer que no existe justificación, que es sólo nuestra angustia, y que no hay ninguna razón en este “si mañana hemos de morir”, que todo es una filosofía creada por nuestros mayores para que nos engañemos con ella como en un espejismo, y dejemos de darles problemas, unos problemas que ellos no quieren resolver porque



son ya demasiado viejos.

Calló repentinamente. De pronto acababa de darse cuenta de que estaba hablando, de que había estado hablando durante un largo rato. Sacudió enérgicamente la cabeza. Había dicho algo... sí... algo así como...

Miró a Ana. Le escuchaba atentamente, como si realmente hubiera dicho algo importante, Adelantó una mano y le acarició suavemente el rostro. Ella inclinó a un lado la cabeza y sujetó su mano entre su mejilla y su cuello, y él adelantó la otra mano y la atrajo hacia sí.

—Quisiera estar contigo —dijo Ana—. Pablo, quisiera estar contigo... siempre. Pero no aquí.

Pablo se levantó. De pronto se dio cuenta de que había algo dentro de él, como una súbita decisión, inconcreta, vaga, pero que le iba llenando lentamente. Miró a su alrededor.

—¿Dónde están Boni y Rosa?

—Déjalos —dijo Ana—. Vámonos los dos, solos.

—No —dijo Pablo—. Les trajimos nosotros.

Ana se encogió de hombros. Pablo empezó a recorrer la habitación, buscándoles. Al final los encontró. Le dio a Boni una patada en las costillas y se acuclilló.

—Nosotros nos vamos —dijo—. ¿Y?

Boni parpadeó. Rosa permanecía inmóvil a su lado, como soñando.

—¿Ya? —dijo—. ¡Pero si lo mejor aún no ha empezado!

—Nos vamos —repitió Pablo—. Si queréis venir con nosotros, estamos afuera.

Se levantó. Se dirigió hacia donde estaba Nando, y le metió en el bolsillo su parte correspondiente de la participación en los gastos de la Sesión. Nando apenas se removió un poco: estaba aún flotando entre colores.

Enlazó a Ana por la cintura, y sintió que ella se apretaba contra él. El aire del exterior lo despejó un poco. Llevaba aún una botella en la mano. Bebió el último sorbo, y la arrojó a un lado.

Entraron en el coche. Puso el contacto. En aquel momento Boni salía de la casa, arrastrando a Rosa. Rosa reía a carcajadas.

Esperó a que entraran. Después arrancó de un modo brutal.

La carretera era tan sólo una cinta plateada bajo la luz de la luna, con la línea roja del control-guía automático brillando débilmente a la derecha, como un hilo de sangre. El hilo se encrespaba y gemía en las curvas, como si de pronto adquiriese vida propia, para morir después en las rectas en un deslizamiento pasivo. Los suspensores gemían débilmente, dando la sensación de que el coche flotaba entre las nubes. La aguja del velocímetro iba avanzando: ciento sesenta, ciento ochenta. La luna saltaba de cristal en cristal en las curvas, ahora a la izquierda, ahora delante, como si observara el interior del coche.

—No te entiendo —estaba diciendo Boni desde el asiento de atrás, con voz estropajosa—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Perderte lo mejor de la velada? Nando me dijo que había preparado una sorpresa bomba para la segunda parte, cuando todos estuviéramos completamente borrachos.

Pablo no respondió. Miraba de tanto en tanto por el espejo retrovisor. Veía a Rosa. Rosa: Una chica normal, con la que había ido antes a muchas Sesiones, a la que muchas veces antes había encontrado encantadora, y que ahora le producía un extraño sentimiento de aversión. Rosa, que reflejaba en su rostro, en su cuerpo, en sus actos, el patrón de todas las chicas que existían a su alrededor, al igual que Boni reflejaba a todos los chicos.

Ana no. Ana era distinta. La veía con el rabillo del ojo. Ahora ya no iba envarada, ya no miraba a la carretera. Le miraba a él, y había algo en su mirada. Sin embargo, también en Rosa había descubierto este mismo algo, mucho tiempo atrás. ¿Acaso Ana no se convertiría después en una Rosa, cuando el tiempo y los acontecimientos fueran transcurriendo, cuando él cambiara? ¿No lo haría a sus ojos?

Es la cápsula, pensó. O tal vez la bebida. O quizá ambas cosas a la vez. ¿Había cambiado él realmente? No recordaba lo que le había dicho a Ana, sólo tenía una confusa noción de algunas ideas, y la sensación de que debía hacer algo, que era preciso hacer algo para salvar al mundo.

Salvar al mundo. Se rió. Como si el mundo tuviera salvación.

La luz del control-piloto se encendió, indicando el tope de velocidad automática. Maldiciendo por lo bajo, Pablo desconectó el automático y tomó los controles.

—A toda velocidad —hipó Boni a sus espaldas—. ¡Yupiiiiii!

La carretera estaba mojada, pero esto ponía una mayor emoción a la aventura. Los sensores actuaban a toda su potencia. Pablo hundió el pie en el acelerador. Doscientos treinta. Doscientos cincuenta. Doscientos sesenta.

—Pablo —dijo Ana.

—¿Qué?

—¿Crees que realmente se puede hacer algo?

—¿Sobre qué?

—No sé... sobre lo que has dicho antes. Cuando hablabas, allá dentro...

Pablo agarrotó las manos en las palancas de dirección. Allá dentro. Solamente recordaba dos cosas de allá dentro: a Ana junto a él, en la sinfonía de color, y a Nando tendido en el suelo, con los ojos muy abiertos, inconsciente, y con tres cápsulas vacías tiradas junto a él.

La droga... y Nando. Nando también había pasado, como él, por una etapa similar de depresión. Lo recordaba muy claramente, se lo había contado con; todo lujo de detalles. «Todos pasamos por eso —le había dicho—, una u otra vez. Lo importante es saber sobreponerse luego». Y entonces recordó todo lo que había dicho en aquella ocasión Nando. Y supo de pronto que habían sido aquellas mismas palabras las que él había empleado, allá dentro, con Ana. Lo recordó todo, de una

manera lúcida, palabra por palabra. Había sido Nando quien le dijera a él todo aquello, poco antes de convertirse en el Anfitrión del Grupo: Le había hablado de que era preciso salvar al mundo de la destrucción, y le había dicho que pensaba erigirse en el cabecilla de la juventud, en el líder que los conduciría a todos hasta la victoria. Y luego...

Luego, todo había terminado. Y ahora Nando yacía en la «ruina», engullendo droga, intentando olvidar algo que sabía que nunca, *nunca*, podría olvidar.

Aquellas habían sido las palabras de Nando. ¿Creía él acaso realmente en ellas? ¿O se había limitado a repetir un reflejo de su memoria, una justificación que respondiera a una pregunta formulada? Entonces, ¿en qué creía él? De repente se dio cuenta de una absoluta vaciedad: Estaba vacío, completamente vacío, enormemente vacío, como un amplio receptáculo donde fueran a parar las ideas de los demás, contradictorias ideas, mezclándose, atacándose las unas a las otras, consumiéndose mutuamente. Como un odre sin fondo, como un barril de madera carcomida. Cerró los ojos. Dios, Dios.

—Pablo —dijo Ana.

—¿Sólo doscientos ochenta? —gruñó Boni desde el asiento posterior—. ¡Vamos, Pablo, demuéstranos de lo que eres capaz! ¡Así, a mano limpia!

—¡Síiiii! —chilló Rosa a su lado—. ¡A mano liiiiimpiaaaaa!

Pablo sintió que algo estallaba dentro de él. Sus manos eran témpanos de hielo sobre las palancas de dirección. Tomaba las curvas a demasiada velocidad, haciendo bambolearse el coche sobre sus suspensores. El vacío era cada vez más inmenso, un vacío completo. Y de repente vino la lucidez.

—No puedo, Ana —murmuró—. No puedo.

—Pablo —dijo Ana.

La carretera había dejado de ser una cinta, era tan sólo un trazo impreciso, móvil, con un sangrante hilo rojo a la derecha.

—Todos nuestros fundamentos están equivocados —dijo Pablo—. Nos engañamos buscando justificaciones a nuestros actos, sin saber que no existe más justificación que nuestro propio miedo a enfrentarnos con la verdad. Estamos vacíos, Ana. Nos han vaciado completamente, ya no queda nada en nosotros.

—Pablo —dijo Ana.

—Wooldrich tiene razón. ¿Qué importa lo que hoy hagamos, si mañana hemos de morir? Ésta es la filosofía de nuestro tiempo, la única filosofía. Pero tiene también su inversa.

—Pablo —dijo Ana.

—Escucha —dijo Pablo—. Acabo de comprenderlo. Es más efectivo que el licor, es más efectivo que las drogas, más efectivo que todo. Es el olvido definitivo. ¿No comprendes, Ana? ¿No comprendes lo que nos viene a decir Wooldrich, eso que no sabemos entender? No importa lo que hagamos hoy, no importa nada.

—Eso —dijo Rosa con voz vacilante—. No importa nada.

El velocímetro señalaba casi los trescientos. Era el tope absoluto. Pablo tenía el pie hundido a fondo en el acelerador, en un reflejo inconsciente. La carretera apenas se veía.

—Mira, Ana —dijo Pablo—. ¿Ves la carretera? Está llena de curvas. Pero las curvas son una estupidez. Es mucho mejor la línea recta. Siempre.

—Pablo, por favor.

Allá delante, la carretera giraba bruscamente hacia la izquierda.

—La línea recta —dijo Pablo. Se sentía poseído por una extraña lucidez.

—¡Pablo! —gritó Ana.

Intentó hacerle mover las palancas de dirección, pero las manos de Pablo eran acero. En el asiento posterior, Boni gritó al viento:

—¡Síííí! ¡En línea rectaaaaa!...

La curva estaba encima de ellos. Ana gritó. Pablo miraba fijamente al frente. Por primera vez, se sentía completamente consciente de lo que estaba haciendo. Estaba haciendo *algo*. Una leve sonrisa flotaba en los labios.

Se oyó apenas un tenue chasquido cuando el coche derribó con su parte delantera la protección. Por unos instantes avanzó por el aire, en una graciosa pirueta. Quedó suspendido por unos segundos, como sostenido por unos hilos invisibles, antes de empezar a dar vueltas de campana.

En el asiento trasero Rosa estaba gritando, y su grito era un grito de placer.

El inspector subió penosamente el terraplén. Sentía una sensación desagradable en la boca del estómago. Tal vez el hedor de los cuatro cuerpos horriblemente quemados, o el horror de aquellos restos informes, o lo absurdo del hecho.

—Al menos iban a trescientos —dijo el agente que examinaba la valla rota—. Y no hay huellas en el suelo. No frenaron. No movieron en absoluto la dirección.

—Tal vez se les agarrotó —dijo otro agente.

—No —murmuró el inspector, casi para sí mismo—. No se les agarrotó.

Recordaba aún el espectáculo de los cuatro cadáveres, las dos parejas, estrechamente abrazados, como si quisieran fundirse en uno solo en el momento supremo de la muerte. Y hubiera jurado que ninguno de ellos había sentido en el último momento el terror de la inminente muerte, sino más bien una laxitud, una complacencia... Excepto, tal vez, aquella muchacha que iba en el asiento delantero, aquella linda muchacha que no tendría más de dieciocho años.

Se sentó cansadamente en el coche. Se sentía agotado. Era el tercer accidente al que había tenido que acudir aquella noche. No, accidente no. Aunque no sabía exactamente qué otro nombre darle. O no se atrevía.

—Deberían prohibirse esas reuniones de gente joven, esas... esas Sesiones —dijo su ayudante, entrando en el coche tras él. También había estado abajo, también había visto los cadáveres y los restos retorcidos.

El inspector no contestó. Se pasó la mano por el rostro, como queriendo borrar o al menos ocultar sus ideas. El coche se puso en marcha. Se sentía viejo, cansado. Recordaba que el mundo no era así cuando él era joven. Entonces al menos existía una meta, sabían hacia donde iban. Aunque luego las ideas se hundieran, los proyectos fracasaran, la vida se convirtiera también en algo inútil y vacío.

Pasaban ahora ante una casa de ladrillo rojo, situada al lado de la carretera. Unos años antes se la hubiera llamado «victoriana», ahora era tan sólo «una ruina». Había luces en las ventanas, dentro se oían estruendosas risas. Una figura se agitó en una de las ventanas del piso alto, haciendo burlas a la noche.

—Mírelos —dijo el ayudante—. Lo están pasando en grande. Están todos locos.

—Me pregunto —dijo el inspector reflexivamente—, en dónde está la locura.

—¿Cómo dice? —dijo su ayudante.

El inspector pareció despertar repentinamente de un mal sueño. Miró fijamente a la carretera. De pronto se había sentido culpable de algo que no sabía exactamente lo que era.

—No, nada —dijo—. Pensaba en que hoy también vamos a volver tarde a casa.

© 1968, *Domingo Santos y Nueva Dimensión.*

# LOS ESPERA-UN-POCO

**ERIC FRANK RUSSELL**

Eric Frank Russell lleva más de treinta años escribiendo ciencia ficción. Como buen inglés, es un maestro en la sátira y la ironía, además de ser un innegable experto en la psicología de la estupidez humana. Su tema favorito —del cual tenemos aquí una buena muestra— es la exploración y la invasión, tanto humana como extraterrestre. Nuestra esperanza es la de ver algún día publicada en español su memorable obra «Wasp»... que debería ser el manual de todo buen agente subversivo.

**ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ**

Se dirigió a grandes zancadas hacia la Oficina de Destinos, con la tranquila confianza propia de largos servicios, gran experiencia y alta graduación. Hubo un tiempo en que una llamada perentoria a ese departamento lo había puesto nervioso, exactamente igual que intranquilizaba a los jóvenes cadetes de hoy. Pero de eso hacía mucho, mucho tiempo. Ahora sus cabellos eran de color gris, tenía arrugas alrededor de sus ojos y hojas de roble plateadas en sus charreteras. Había visto bastante, oído bastante y aprendido bastante, tanto como para perder su capacidad de sorpresa.

Markham le iba a dar un asunto difícil. Ése era el trabajo de Markham: escudriñar a través de un montón de informes lacónicos, confusos, tergiversados y excéntricos, seleccionar los problemas obvios, y vaciarlos de golpe directamente en el regazo de cualquiera que estuviera por los alrededores y se considerara conveniente para resolverlos. Una cosa podía decir en favor de esta técnica: sus víctimas acostumbraban a estar aturcidas, enloquecidas o con colapsos nerviosos, pero al menos nunca se aburrían. Los problemas no eran comunes, las soluciones a veces fantásticas.

La puerta detectó el calor de su cuerpo al aproximarse y se abrió con eficiencia silenciosa. La atravesó, se sentó en una silla, y contempló flemáticamente al grueso hombre situado detrás de la mesa.

—Ah, Vicealmirante Leigh —dijo Markham alegremente. Barajó algunos papeles, los puso en orden y observó el que había quedado encima—. Se me ha informado de que la carga del *Trueno* ha terminado, su tripulación llamada, y que todo está a punto para el despegue.

—Eso es cierto.

—Pues bien, tengo mi trabajo para usted —Markham exhibió una siniestra sonrisa que acompañaba invariablemente a estas noticias. Después de estar años leyendo lo que había seguido, había llegado al convencimiento de que todos los trabajos eran divertidos excepto los que implicaban una masacre—. ¿Está usted listo

y ansioso para otro viaje?

—Yo estoy siempre listo —dijo el Vicealmirante Leigh. La ansiedad la había perdido hacía dos décadas.

—Aquí tengo los últimos despachos entregados por los exploradores —continuó Markham. Hizo un gesto de resignación—. Ya sabe como son. Condensados al máximo y algunas veces un tanto insensatos. Feliz el día en que recibimos un informe detallado con claridad científica.

—Sólo conseguirá eso de una mente entrenada —comentó Leigh—. Los exploradores no son científicos. Son seres singulares a quienes les gusta vagar por la soledad del espacio sin otra compañía que la propia. Son vagabundos entrenados para ser pilotos, y les gusta errar por la inmensidad, dar ojeadas y decir lo que han visto. Hombres como ellos son útiles y necesarios. Sus defectos pueden corregirlos los que los siguen.

—Exactamente —convino Markham con rapidez sospechosa—. Por eso queremos que haga usted algunas correcciones.

—¿Qué hay esta vez?

—Tenemos el último informe de Boydell transmitido a través de varias estaciones repetidoras. Está mucho más allá de lo conocido —Markham señaló irritadamente el papel—. Este explorador particular es conocido como «Charlatán» Boydell, porque es cualquier cosa menos eso. Usa las palabras como si le costaran a cincuenta dólares cada una.

—¿Quiere decir que no se ha explicado lo suficiente? —dijo Leigh sonriendo.

—¿Lo suficiente? ¡No nos ha dicho nada! —Markham dejó escapar un gruñido enfático—. Dieciocho planetas distribuidos por donde ha pasado, y no ha usado ni una docena de palabras para cada uno. Ha descubierto un total de dieciocho planetas en siete sistemas previamente inexplorados, y el resultado no ocupa ni media página.

—A ese ritmo no tendría tiempo para mucho más —se aventuró a decir Leigh—. No se puede escribir un libro acerca de un mundo sin residir en el mismo al menos durante un cierto tiempo.

—Tal vez. Pero esos exploradores chiflados podrían hacerlo mejor, y ya es hora de que se les diga. —Apuntó con un dedo acusador—. Mire este ejemplo. El undécimo planeta que visitó. Por alguna razón estúpida lo llama Pulok. En su informe ha usado exactamente cinco palabras: «Cogedlo y que os aproveche». ¿Qué es lo que hemos de suponer?

Leigh lo pensó cuidadosamente.

—Puede ser habitado por seres humanos. No hay oposición de los nativos, nada que nos impida apoderarnos de él. Pero en su opinión no vale la pena poseerlo.

—¿Por qué, por qué?

—No lo sé. No he estado allí.

—Boydell sabe el por qué —dijo enojadamente Markham—, y debería decirlo en términos precisos y claros. No debería dejar un misterio colgando en el aire como un

mal olor procedente de un sitio desconocido.

—¿No podrá explicarlo cuando vuelva a la base de su sector?

—Puede que pasen meses, tal vez años, especialmente si consigue aprovisionarse de combustible y tubos de recambio en puestos avanzados. Esos exploradores no siguen ningún programa. Llegan cuando les parece y retoman cuando vuelven. Gitanos del espacio, así es como les gusta llamarse a sí mismos.

—Han escogido la libertad —dijo Leigh.

—Sin embargo —dijo Markham, ignorando la observación—, el problema de Pulok es relativamente de poca importancia, y cualquiera puede cuidarse del mismo. Se lo daré a uno de los cadetes; contribuirá en algo a su educación. Los más complicados y, de seguro, peligrosamente enmarañados son los que reservamos para los que ya tienen experiencia como usted.

—Deme ya la mala noticia.

—Planeta catorce en la lista de Boydell. Le ha dado el nombre de Eterna, y no me pregunte por qué. La fórmula de código que ha registrado a su lado dice 0-1.1-D.7. Eso significa que se puede vivir en él sin equipo especial, es un planeta de tipo terrestre de masa superior en un décimo, y está habitado por una forma de vida inteligente con teóricamente igual nivel mental, pero diferente. A esta forma de vida los llama Los Espera-Un-Poco. Por lo visto nombra a todas las cosas y a todos los seres con el primer nombre que le salta a la imaginación.

—¿Qué información suministra al respecto?

—¡Ja! —dijo Markham, haciendo una mueca—. Una palabra. Solamente una palabra. —Hizo una pausa añadiendo—: Invencible.

—¿Eh?

—Invencible —repitió Markham—. Una palabra que no debería existir en el idioma de los exploradores. —En este punto se encolerizó, abrió violentamente un cajón y extrajo una libreta, que consultó—. En la última inspección, se habían descubierto cuatrocientos veintiún planetas, todos ellos cartografiados y registrados. Ciento treinta y siete eran apropiados para la vida humana, y grandes o pequeños grupos de colonos se instalaron en ellos. Sesenta y dos formas de vida extrañas fueron dominadas durante el proceso. —Guardó la libreta otra vez—. Y ahí afuera, en la oscuridad, un vagabundo errante escoge una palabra como «invencible».

—Solamente puedo pensar en una razón que tenga sentido —sugirió Leigh.

—¿Cuál es?

—Tal vez sea realmente invencible.

Markham rehusó dar crédito a sus oídos:

—Si eso es un chiste. Vicealmirante, es de muy mal gusto. Algunos podrían tomarlo como un comentario sedicioso.

—Bien, ¿puede ofrecer un razonamiento mejor?

—No tengo por qué hacerlo. Lo envió a usted para que lo averigüe. El Gran Consejo solicitó específicamente que se le diera a usted esta tarea. Piensan que si hay



alguna raza desconocida capaz de amedrentar a uno de nuestros propios exploradores, debemos aprender más sobre la misma. Y cuanto más pronto mejor.

—No hay nada que demuestre que asustaran a Boydell. Si lo hubieran hecho, habría dicho mucho, mucho más. Una genuina amenaza de primera clase es algo que lo convertiría en una máquina parlante.

—Eso es puramente hipotético —dijo Markham—. No queremos suposiciones. Queremos hechos.

—Está bien.

—Considere otros pocos factores —añadió Markham—. Hasta el momento ninguna otra forma de vida ha podido resistirnos. No veo cómo podría ninguna. Cualquier criatura con un átomo de sentido ve pronto el lado que le conviene. Si nosotros llegamos y suministramos los cerebros mientras ellos suplen la labor, con beneficio mutuo para ambas partes, los alienígenas prosperarán demasiado bien como para quejarse. Si un grupo de Wimpots Sirianos trabajan como esclavos durante todo el día en nuestras minas y luego vuelven a sus casas volando en sus propios helicópteros, que sus antepasados nunca tuvieron, ¿de qué van a querer quejarse?

—No veo el propósito del discurso —dijo Leigh secamente.

—Estoy destacando que por la fuerza, la crueldad, la discusión, la persuasión, el precepto y el ejemplo, el llamamiento al sentido común, o cualquier otra táctica aplicada a las circunstancias, podemos dominar y explotar cualquier forma de vida en el universo. Ésa es la teoría que hemos utilizado durante mil años... y funciona. Hemos probado que funciona. La hemos hecho funcionar. La primera vez que la abandonemos y admitamos una derrota, es nuestro fin. Caeremos en la decadencia y desapareceremos junto a otras hordas que ya se han desvanecido. —Apartó los papeles a un lado—. Un explorador ha admitido una derrota. Debe ser un lunático. Pero los lunáticos pueden causar alarma. El Gran Consejo está alarmado.

—¿Se me requiere para actuar como apaciguador?

—Sí. Vea a Parrish en el departamento de cartografía. Le entregará las coordenadas de Eterna. —Levantándose, extendió una rolliza mano—. Que tenga un viaje tranquilo y un buen aterrizaje, Vicealmirante.

—Gracias.

El *Trueno* se mantenía en una órbita estable mientras sus oficiales examinaban el nuevo mundo que flotaba debajo. Aquél era Eterna, el segundo planeta de una estrella muy parecida al Sol. En conjunto había cuatro planetas en aquel sistema particular, pero solamente el segundo abrigaba Vida en una forma detectable.

Eterna era una visión agradable, una gran bola verde-azulada reluciendo en el brillo del día. Sus continentes eran mayores que los de la Tierra, sus océanos más pequeños. No eran visibles vastas cordilleras de montañas ni zonas polares, aunque los lagos y los ríos eran numerosos. Muchos de ellos estaban situados en colinas

densamente boscosas que arrugaban la mayor parte de la superficie y dejaban pocas áreas llanas. Había bancos de nubes al igual que algodón desparramado, sobre el terreno, dispersas pero espesas, densas y en gran número.

Podían verse ciudades y pueblos por medio de potentes prismáticos, muchos de ellos situados en claros alrededor de los cuales un ejército de árboles avanzaba hacia los ríos. También había caminos, estrechos y serpenteantes, y delgados puentes. Entre ciudad y ciudad se veían unas líneas indefinidas que podían ser raíles de tren, pero a aquella distancia no se apreciaba el suficiente detalle como para revelar su verdadero propósito.

Pascoe, el sociólogo, apartó los binoculares y dijo:

—Asumiendo que la parte nocturna sea muy similar, estimo su población en no mucho más de cien millones. Para ello me baso en otras exploraciones planetarias. Cuando uno ha contado los guisantes que hay en botellas de diversos tamaños, se desarrolla la habilidad de acertar en forma razonable. Cien millones como máximo.

—Eso es muy poco para un planeta de este tamaño y exuberancia, ¿no es verdad? —preguntó el Vicealmirante Leigh.

—No necesariamente. Nosotros no éramos tantos en un lejano pasado. Mire ahora.

—¿Implica eso que estos Espera-Un-Poco son comparativamente una especie joven?

—Podría ser. Sin embargo, también podrían ser viejos y seniles y estar a punto de extinguirse. O tal vez se propaguen lentamente y su aumento natural sea bajo.

—No creo en la suposición de la extinción —intercaló Walterson, el geofísico—. Si alguna vez fueron muchos más de los que hay actualmente, el planeta mostraría señales de elfo. Una gran herencia deja su marca durante siglos. ¿Recuerdan el emplazamiento de aquella ciudad que encontramos en Hércules? Ni siquiera los nativos lo conocían, pero las señales eran visibles desde una considerable altura.

Usaron los binoculares otra vez, buscando marcas en los anchos espacios entre los bosques. No había nada visible.

—Su historia es corta o su propagación es lenta —declaró Pascoe—. Ésa es mi opinión.

Frunciendo el ceño a la bola verdeazulada, Leigh dijo lentamente:

—Según nuestra experiencia en standards espaciales, un mundo de cien millones es débil. Ciertamente no es lo suficientemente formidable como para preocupar a un burócrata sin importancia, y mucho menos para inquietar al mismo Consejo. —Se giró, y levantó en forma interrogante una ceja a un mensajero que se dirigía hacia él—. ¿Bien?

—Del Repetidor del Sector Nueve, señor.

Desplegando el mensaje, lo halló descifrado y leyó en voz alta:

—Diecinueve-doce, ex Terra. Cuartel General de Defensa al Oficial Comandante del acorazado *Trueno*. El crucero ligero *Llama*, al mando del Teniente Mallory,

asignado a su área para la comprobación de Puloc. Un escuadrón de veinte cruceros pesados a punto en la base de Arlington, Sector Nueve. Se le autoriza para llamarlos y asumir el mando de dichas fuerzas solamente en caso de emergencia. Rathbone. Comandante del Departamento de Operaciones del Cuartel General de Defensa. Terra.

Guardó el mensaje, se encogió de hombros y dijo:

—Parece ser que no quieren correr ningún riesgo.

—Sí —dijo Pascoe un tanto sardónico—. Han reunido refuerzos lo suficientemente cerca como para llamarlos, pero demasiado lejos como para sernos de utilidad. El *Llama* no puede llegar aquí en menos de siete semanas. Las naves en Arlington no podrían hacerlo en menos de diecinueve o veinte semanas aún a supervelocidad. Para entonces podríamos estar cocidos, comidos, eructados y olvidados.

—No veo el por qué de todo ese nerviosismo —se quejó Walterson—. Ese explorador, Boydell, llegó y se fue sin perder ninguna de sus partes comestibles, ¿no es verdad? A donde va uno puede ir también un millón.

Pascoe lo contempló con piedad:

—Un invasor solitario raramente asusta a nadie. Ahí es donde los exploradores tienen una ventaja. Piensa en Remy II. Un muchacho llamado James lo encuentra, aterriza, hace amigos, se convierte en un hermano de sangre, y finalmente se va en medio de una explosión de cariñosas despedidas. Luego, llegan tres naves llenas de hombres, uniformes y armas. Eso ya es demasiado para el estómago de los nativos. En la psicología de Remy el número representa la masa crítica. Resultado: la guerra Remy, la cual, si recordáis la historia, fue larga, costosa y terrible.

—Recuerdo la historia lo suficientemente bien como para saber que en esos días primitivos se usaban estúpidos soldados del espacio, y además no había hombres especialmente entrenados para esos contactos —replicó Walterson.

—Aún así, lo que ha ocurrido antes puede suceder otra vez.

—Ése es mi problema en estos momentos —interpuso Leigh—. La aparición de un acorazado de una milla de largo, ¿será la causa de que empiecen algo que no pueda ser terminado sin una considerable carnicería? ¿No sería mejor si arriesgara la dotación de un bote salvavidas en un esfuerzo para suavizar la introducción? Me gustaría que Boydell hubiera sido un poco más informativo. —Se mordió el labio inferior con vejación, cogió el teléfono intercomunicador y movió la clavija del cuarto de señales—. ¿No se sabe nada de Boydell aún?

—No, Vicealmirante —respondió una voz—. El Sector Nueve cree que no será posible hablar con él. Nos acaban de decir que no contesta a sus llamadas. Creen que está fuera de alcance. La última vez que hablaron con él ya parecía estar fuera del límite efectivo de comunicaciones.

—Está bien. —Dejó caer el teléfono, mirando a través de una compuerta de observación—. Hemos esperado durante siete horas. Nada ha subido a echarnos una

mirada. No hemos detectado ningún signo de excitación ahí abajo. Por lo tanto es de suponer que no tienen naves, tal vez ni siquiera aeroplanos rudimentarios. Tampoco parecen tener una vigilancia organizada del cielo. No están avanzados en el sentido que nosotros damos a este término.

—Pero pueden estarlo en algún otro sentido —observó Pascoe.

—Eso es lo que quería decir. —Leigh hizo un gesto de impaciencia—. Ya hemos estado lo suficiente dentro de sus alcances telescópicos. Si son capaces de una reacción formidable, desgraciadamente ya lo conoceríamos. No me siento inclinado a tomar riesgos con los Espera-Un-Poco por medio de unos pocos hombres en un bote salvavidas desarmado. Bajaremos con el *Trueno*, y es de esperar que tengan el suficiente juicio como para no hacer tonterías.

Dirigiéndose hacia la cabina de control principal, empezó a dar las órdenes necesarias.

Aterrizaron en lo alto de una colina sin árboles, a nueve millas al sur de una gran ciudad. Era un lugar tan apropiado como hubieran podido desear. El asentamiento de tan gran tonelaje sobre un área con una longitud de una milla no dañó la propiedad de nadie ni destruyó cosechas. El suelo era lo suficientemente sólido como para no hundirse bajo el peso de la nave, y la elevación daba una ventaja estratégica a los cañones del *Trueno*.

A pesar de su proximidad, la ciudad quedaba fuera de su vista debido a estar escondida tras unas colinas cercanas. Una estrecha carretera se extendía a través del valle, pero nada se movía sobre ella. Entre la carretera y la falda de la colina se extendían dobles raíles de tren, de un metal plateado, y de un ancho de vía de medio metro. Los raíles no tenían clavos ni soldaduras, y parecían estar sujetos firmemente en su posición por haber sido hundidos en largos y continuos bloques de concreto o de una sustancia similar.

El *Trueno* reposó, una forma larga, negra y ominosa, con todas sus compuertas cerradas y las torretas de los cañones abiertas, mientras Leigh contemplaba especulativamente la vía de tren y esperaba la información del laboratorio. Llegó a los pocos momentos. El intercomunicador sonó, contestó, y oyó hablar a Shallom:

—El aire es respirable, Vicealmirante.

—Eso ya lo sabíamos por anticipado. Un explorador lo husmeó sin caerse muerto.

—Sí, Vicealmirante —convino Shallom pacientemente—. Pero usted pidió un análisis.

—Desde luego. No sabemos cuanto tiempo estuvo Boydell aquí... tal vez un día, tal vez una semana. Sea lo que fuese, no fue suficiente. Podría haberse caído muerto después de un mes o dos. Con su breve estancia podría haber evitado un efecto acumulativo a largo plazo. Lo que queremos saber es si esta atmósfera es segura para pasearse por ella.

—Bastante segura, Vicealmirante. Es un tanto rica en ozono y argón, pero por lo demás se parece mucho a la de la Tierra.

—Bien. Abriremos las compuertas y dejaremos que los hombres estiren las piernas.

—Hay algo más que es interesante —continuó Shallom—. El tiempo de observación preliminar fue de siete horas y veintidós minutos. Durante ese período el movimiento longitudinal de un punto ecuatorial escogido fue aproximadamente de tres décimas de grado. Eso significa que el período de rotación del eje de este planeta es más o menos equivalente a un año terrestre. Sus días y sus noches son de una duración de seis meses cada uno.

—Gracias, Shallom. —Desconectó sin sorprenderse. Conectó el intercomunicador, dio órdenes a Bentley para que el cuarto de máquinas hiciera funcionar los motores de los cierres. Luego se puso en contacto otra vez con el teniente Harding, el oficial comandante de las tropas de infantería, y dio permiso para que una cuarta parte de sus hombres pudieran salir a efectuar algún ejercicio, siempre que llevaran armas y no se apartaran más allá de la protección directa de los cañones de la nave.

Una vez hecho esto, hizo girar su silla neumática hasta quedar frente a la compuerta de observación, levantó sus pies hasta dejarlos descansar en un saliente de la pared, y contempló pacíficamente el terreno extraterrestre. Walterson y Pascoe se movieron por la estancia en la forma inquieta de los hombres que esperan que una mecha ardiendo llegue al barril de pólvora.

Shallom llamó otra vez, recitó datos referentes a la gravedad y al campo magnético, y desconectó. Unos momentos después se le oyó otra vez con detalles sobre la humedad atmosférica, variaciones barométricas y radioactividad. Aparentemente no le importaba en lo más mínimo lo que se pudiera estar tramando más allá de las colinas, mientras eso no se registrara en sus aparatos. Para su mente, ningún peligro real podía existir sin anunciarse por sí mismo a través de una aguja oscilante o de un punto fluorescente.

En el exterior, doscientos hombres se desparramaron ruidosamente hacia el borde de la colina y llegaron a un suave y verde prado que no era de hierba sino de algo parecido a cortos y espesos tréboles. Allí empezaron a dar puntapiés a una pelota, lucharon, o se contentaron con tenderse sobre la alfombra de hierba, mirando al cielo, disfrutando del sol. Un pequeño grupo paseó media milla hasta los silenciosos raíles de tren, inspeccionándolos, caminando precariamente sobre los raíles, agitando los brazos extendidos y ladeados en imitación de estar pasando la cuerda floja.

Cuatro hombres del departamento de Shallom bajaron, dos de ellos llevando cubos y palas, como chiquillos yendo a la playa. Un tercero llevaba un atrapa-insectos. El cuarto tenía un detector de radiaciones. El primer par cavó en los tréboles y en el suelo, llevándose lo obtenido hacia la nave para su análisis e investigación de bacterias. El del atrapa-insectos dejó caer su cacharro y se echó a dormir al lado. El

del detector caminó cuidadosamente en zig-zag alrededor de la falda de la colina.

Dos horas después el silbido de Harding llamó a los haraganes que se hallaban en el exterior, que respondieron con lentitud. Entraron cabizbajos otra vez en la gigantesca botella que ya los había contenido demasiado tiempo. Salieron otros doscientos, haciendo las mismas cosas, incluido el número de la cuerda floja sobre los raíles.

Cuando ese grupo estaba finalizando su ración de libertad, los timbres de los comedores anunciaron la comida. La dotación comió, y después la Guardia Número Uno se fue a sus literas para sumirse en el más profundo sueño desde hacía tiempo. Una tercera partida cabrió en libertad sobre la hierba. El infatigable Shallom informó la novedad de que nueve variedades de bichos del tamaño de una pulga estaban esperando ser presentados a Garside, el entomólogo, cuando este ilustre personaje se dignara arrastrarse fuera de su cama.

En el momento en que la cuarta y última sección de la tripulación volvió de sus dos horas de juerga, Pascoe ya había tenido lo suficiente. Sus ojos mostraban bolsas en su parte inferior debido a la falta de descanso y estaba desilusionado porque su curiosidad no había sido satisfecha.

—Más de siete horas aguardando en el cielo —se quejó a Leigh—, y otras ocho aquí abajo. Eso hace un total de quince horas. ¿Y qué es lo que hemos conseguido con ello?

—Hemos conseguido un rato de descanso muy necesario para los hombres —reprendió Leigh—. La primera regla del mando es considerar a los hombres antes de considerar un problema exterior. No hay ninguna solución real para un problema a menos que haya los medios para aplicarla. Los hombres son los medios, mucho más que la nave o parte de ella. Los hombres pueden construir naves, pero las naves no pueden fabricar hombres.

—Está bien. Han tenido su descanso. Están relajados y su moral es alta, todo ello de acuerdo con los mejores consejos psicológicos. ¿Y ahora qué?

—Si no ocurre nada, esto les permitirá desquitarse del sueño atrasado. La primera guardia está roncando colectivamente. Las otras dos guardias tienen derecho a su turno.

—Pero eso significa estar sentados sobre nuestro ocioso trasero durante otras dieciocho horas —protestó Pascoe.

—Tal vez no. Los Espera-Un-Poco pueden llegar en cualquier momento, en número insospechado, con intenciones ignoradas y con medios desconocidos para ponerlas en práctica. Si es así, todos tendrán un rudo despertar, y tal vez consigan la suficiente acción para el resto de sus vidas. —Leigh apuntó con el pulgar hacia la puerta—. Mientras tanto, váyase a la cama mientras todo está tranquilo. Si empieza algún disturbio es muy probable que pasen días antes de que tenga otra oportunidad. Los hombres exhaustos son hombres tullidos en situaciones como ésta.

—¿Y usted?

—Yo voy a hundirme en dulces sueños tan pronto como Harding esté a punto para relevarme.

Pascoe resopló con impaciencia. Miró a Walterson, pero no encontró ayuda por esa parte. Walterson se estaba durmiendo sobre sus pies a la sola mención de la cama. Pascoe resopló otra vez, más fuertemente, y se fue, con el otro siguiéndole los pasos.

Volvieron transcurridas diez horas, y encontraron a Leigh recién afeitado y pulido. Una mirada a través de la compuerta de observación mostró el mismo paisaje de antes, bajo un sol que no había cambiado visiblemente de posición en el cielo. La carretera aún se extendía a través del valle y sobre las colinas, sin un alma sobre la misma. Los raíles de tren reposaban aún incommovibles.

—Esto es un buen ejemplo de cómo se puede deducir algo de nada —dijo Pascoe pensativamente.

—Lo que significa... —inquirió Leigh, mostrando interés.

—La ciudad está a nueve millas de aquí. Podríamos ir caminando en unas dos horas. Han tenido el tiempo suficiente como para hacer sonar la alarma, llamar a las tropas y lanzar un asalto. —Gesticuló hacia la pacífica escena—. ¿Dónde están?

—Dígamelo —replicó Walterson.

—Cualquier forma de vida capaz de construir carreteras y líneas de tren debe tener obviamente ojos y cerebro. Por lo tanto, es casi seguro de que nos han visto cuando estábamos arriba o cuando descendíamos. No creo que ignoren nuestra existencia. —Observó a su auditorio y continuó—: No se han mostrado porque se están ocultando deliberadamente de nosotros. Eso significa que están asustados. Y a su vez, eso significa que se consideran a sí mismos bastante débiles, ya sea por resultado de lo que han podido ver de nosotros, o tal vez como resultado de lo que aprendieron en su contacto con Boydell.

—No estoy de acuerdo con esa última parte —opinó Leigh.

—¿Por qué no?

—Si nos vieron bien ya sea arriba o descendiendo, ¿qué es lo que realmente vieron? Una nave y nada más. No observaron nada que indicara que somos de la misma raza de Boydell, a pesar de que sería razonable asumir tal cosa. De hecho, aún somos un grupo de desconocidos para ellos.

—Eso no contradice mi razonamiento.

—Lo inutiliza de dos maneras —insistió Leigh—. Primera: no habiéndonos pesado o medido, ¿cómo pueden opinar que son los más débiles? Segunda: El mismo Boydell los calificó como invencibles. Eso sugiere fuerza. Una fuerza de un orden formidable.

—Veamos —dijo Pascoe—. Realmente, no importa si son o más fuertes o más débiles en su propia estimación. A la larga no pueden oponerse al poder de la raza humana. Lo interesante en estos momentos es saber si su actitud va a ser amistosa o antagonista.

—¿Y...?

—En caso de haber querido ser sociales, hace horas que ya estarían organizando una gran algarabía con nosotros. No hay ni una señal de ellos, ni un escupitajo, ni un botón. Ergo, no les gustamos. Se han arrastrado dentro de su agujero porque no tienen el suficiente músculo como para hacer algo efectivo. Están escondidos esperando a que nos vayamos a cualquier otro sitio.

—Otra teoría —interpuso Walterson—, es la de que son tan duros y formidables como implicó Boydell. Han mantenido la distancia porque son lo suficientemente listos como para luchar en el terreno que han escogido y no en el nuestro. Si se niegan a venir hasta aquí, entonces tendremos que ir hasta allí o aceptar un empate. De modo que se están preparando para recibirnos, y cuando vayamos —se pasó un dedo a través del cuello— ¡skzzt!

—¡Bunk! —dijo Pascoe.

—De cualquier forma, pronto sabremos lo que tenemos que hacer —declaró Leigh—. He ordenado a Williams que saque el helicóptero. Los Espera-Un-Poco no podrán evitar el verlo zumbando a su alrededor. Vamos a aprender bastante si no lo derriban.

—¿Y si lo derriban? —preguntó Pascoe.

—Esa pregunta será contestada si y cuando haya necesidad —aseguró Leigh—. Sabe tan bien como yo la ley de que la hostilidad no debe ser aceptada hasta que se haya demostrado.

Se dirigió hacia la compuerta de observación y miró hacia las lejanas colinas llenas de árboles. Después de unos instantes, cogió los binoculares y los enfocó a media distancia.

—¡Diablos! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pascoe corriendo a su lado.

—Por fin llega algo. Y nada menos que un tren. —Le entregó los binoculares—. Véalo usted mismo.

Una docena de hombres se hallaba en la vía de tren, limando el suficiente polvo metálico de un raíl como para ser analizado en el laboratorio. Se enderezaron cuando el raíl transmitió los ruidos de acercamiento del recién llegado. Usando la mano como pantalla sobre los ojos, se quedaron como paralizados mientras miraban boquiabiertos hacia el este.

Un par de millas más allá, el exprés aerodinámico llegó a toda velocidad a la falda de la colina, a nada menos que a una milla y media por hora. Los hombres se quedaron mirando incrédulamente unos diez minutos y, durante este tiempo, el fenómeno cubrió un cuarto de milla entero.

La alarma del *Trueno* emitió un aviso y los que estaban obteniendo las muestras recuperaron sus sentidos y sin esforzarse mucho subieron la colina, con una inclinación de cuarenta grados, a más velocidad de la que la posible amenaza estaba



desarrollando sobre terreno llano. El último de ellos aún tuvo la suficiente presencia de ánimo como para llevarse consigo una onza de polvo que Shallom definió más tarde como una aleación de titanio.

Monstruoso e imponente, el *Trueno* esperaba el primer contacto oficial. En cada compuerta había al menos tres caras expectantes que observaban la vía y el tren. Cada mente dio por supuesto el que la máquina que se acercaba se detendría en la base de la colina, y que cosas con formas extrañas saldrían dispuestas a parlamentar. Nadie pensó ni por un momento de que podría pasar de largo.

Pasó de largo.

El tren consistía en cuatro vagones de metal unidos y sin locomotora. La fuente motriz no era evidente. Los pequeños vagones, menos altos que un hombre, avanzaban llevando en su interior a una veintena de criaturas de faz carmesí y ojos como los de los búhos, algunos de ellos mirando absortos al suelo, unos mirando a los otros, a cualquier parte excepto directamente al gran invasor en lo alto de la colina.

Desde el momento en que el tren fue visto por primera vez hasta que la razón empezó a sospechar el que no iba a detenerse, transcurrió exactamente una hora y veinticuatro minutos. Ésta fue la velocidad récord desde la colina situada al este hasta la otra colina.

Bajando los binoculares, el Vicealmirante Leigh dijo en tono sorprendido a Pascoe:

—¿Los vio claramente?

—Sí. Una cara encarnada, narices como picos y ojos que no parpadean. Uno tenía su mano descansando en el marco de una ventana y observé que tenía cinco dedos como nosotros, pero más delgados.

—Va más despacio que caminando —comentó Leigh—. Ésa es la marcha que lleva. Puedo avanzar más deprisa aún con callos en ambos pies. —Miró otra vez intrigado hacia el exterior. El tren había avanzado unos cuarenta metros en el intervalo—. Me pregunto si el poder que les atribuyó Boydell está basado en alguna extraña forma de astucia.

—¿Qué quiere decir?

—Si no pueden enfrentarse a nosotros mientras estemos dentro de la nave, entonces han de lograr sacarnos fuera de ella.

—Bien, nadie ha salido, ¿verdad? —arguyó Pascoe—. Nadie ha tenido el imperioso deseo de coger ese tren. Y si alguien lo tuviera, el trabajo sería suyo para no ir más deprisa. No sé cómo esperan tentarnos para que hagamos una tontería por el sistema de arrastrarse por los alrededores.

—La táctica estaría de acuerdo con su propia lógica, no con la nuestra —señaló Leigh—. Tal vez en este mundo el ir despacio sea una invitación al ataque. Una manada de perros salvajes reacciona de esa manera: el animal que cojea es hecho pedazos. —Reflexionó y continuó—: Este episodio ha sido sospechoso. No me gusta

nada la forma ostentosa de tener sus ojos fijos en otras cosas mientras pasaban delante nuestro. No es natural.

—¡Ah! —dijo Pascoe, preparándose para discutir.

Leigh hizo un gesto para que se callara y continuó:

—Sé que es una estupidez juzgar a cualquier otra especie tomando como patrón la nuestra. Pero continuó diciendo que no es natural el tener ojos y no usarlos.

—En la Tierra —intercaló Walterson seriamente—, hay gentes que tienen brazos, piernas, ojos e incluso cerebro, pero que no usan nada de eso debido a que tienen la desgracia de estar afectados por enfermedades incurables. —Los demás guardaron silencio, por lo que continuó—: ¿Quién nos dice que tal vez esta vía no sea un ramal entre la ciudad y un sanatorio u hospital? Tal vez su única función es la de trasladar gente enferma.

—Pronto lo sabremos. —Leigh accionó el intercomunicador—. ¿Está ya preparado el helicóptero, Williams?

—Montado y recibiendo combustible. Vicealmirante. Puedo despegar en diez minutos.

—¿Quién es el piloto de guardia?

—Ogilvy.

—Dígale que se adelante a ese tren y que informe de lo que hay al final de la vía. Ha de hacer eso antes de ir a observar la ciudad. —Volviéndose a los otros, añadió—: Shallom tiene algunas fotos aéreas que fueron tomadas antes de aterrizar, pero Ogilvy nos proveerá de más detalles.

Pascoe, de pie otra vez frente a la compuerta de observación, preguntó:

—¿Cuál es la velocidad de ir despacio?

—¿Qué?

—Cuando una cosa va a paso de tortuga sin que el tiempo importe, ¿cómo puede uno decir si ha decidido frenar? —Aclaró la frase—: Puede que sea mi imaginación, pero tengo la sospecha de que ese tren ha reducido su velocidad en unos cuantos metros por hora. Espero que ninguno de sus pasajeros se haya herido al ser precipitado de una punta a otra del vagón.

Leigh miró. El tren se había alejado algo, como menos de media milla desde su punto de observación. La lenta marcha y el verlo desde un lado hacían que fuera imposible decidir si Pascoe estaba en lo cierto. Tuvo que observar durante quince minutos antes de que conviniera en que efectivamente el tren había reducido su velocidad.

Durante ese tiempo el helicóptero despegó con un silbido de sus hélices. Volando sobre la vía, pasó sobre el tren, y disminuyó de tamaño hacia las colinas hasta que su cabina de plástico semejante a un huevo fue como una gota de rocío colgando de una semilla flotante.

Conectando con el cuarto de comunicaciones, Leigh dijo:

—Pasen a este altavoz los informes de Ogilvy.

Volviendo a la compuerta, continuó observando el tren. Toda la dotación que no se hallaba durmiendo o de guardia también estaba observando.

—Hay una ciudad a seis millas a lo largo de la vía —vociferó el altavoz—. Otra a cuatro millas más lejos. Una tercera a cinco millas más allá de ésta. Dos mil quinientos metros. Subiendo.

Cinco minutos después:

—Hay un tren con seis vagones en la vía, dirigiéndose hacia el este. Desde esta altura parece detenido, pero podría estar moviéndose.

—Llega de la otra dirección, y se arrastra a una velocidad similar —señaló Pascoe, mirando a Walteson—. Ahí queda hecha polvo tu teoría de la gente enferma si ése también contiene un puñado de zombies.

—Altitud tres mil quinientos —anunció el altavoz—. Hay una ciudad terminal visible detrás de las colinas. Veintisiete millas de distancia a la base. Investigaré si no se me indica lo contrario.

Leigh no hizo nada por impedirlo. Siguió un largo silencio. Ahora el tren estaba aún a menos de una milla de distancia y había disminuido su progreso a menos de un metro por minuto. Finalmente se detuvo, quedándose inmovilizado durante un cuarto de hora, y empezó a retroceder tan lentamente que se desplazó veinte metros antes de que los observadores estuvieran seguros de que había invertido la marcha. Leigh lo miró a través de los binoculares. Definitivamente, estaba retrocediendo hacia la falda de la colina.

—Ocurre algo extraño aquí —voceó Ogilvy desde la pared—. Las calles están llenas de gente inmóvil. Ahora que lo pienso, ocurría lo mismo en las otras poblaciones. Pasé demasiado rápido para darme cuenta.

—Qué raro —dijo Pascoe—. ¿Cómo puede darse cuenta desde esa altura?

—Me estoy desplazando sobre el lugar más populoso, una avenida bordeada de árboles y repleta de gente en las aceras —continuó Ogilvy—. Si alguien se mueve no puedo verlo. Pido permiso para observar desde ciento cincuenta.

Usando el micrófono auxiliar conectado a través del cuarto de señales, Leigh preguntó:

—¿Hay alguna evidencia de oposición como artillería, aviones o silos de cohetes?

—No, Vicealmirante; no que yo vea.

—Entonces puede bajar, pero no demasiado rápido. Regrese inmediatamente si le disparan.

Hubo una pausa, durante la cual Leigh dio otra mirada afuera. El tren continuaba retrocediendo a una velocidad que se podría definir como crónica. Calculó que necesitaría casi una hora para alcanzar el punto más cercano.

—Ahora, a ciento cincuenta —declaró el altavoz—. Por Júpiter, nunca he visto nada parecido. Se están moviendo todos, pero tan despacio que he de mirar dos veces para estar seguro de que están vivos y en acción. —Una pausa; luego—: Créanme o no, pero hay una especie de tranvía circulando. Un recién nacido podría arrastrarse

tras uno de esos vehículos y alcanzarlo.

—Regrese —ordenó Leigh secamente—. Retroceda e informe sobre la ciudad más cercana.

—Como usted desee, Vicealmirante —Ogilvy habló como si le molestara obedecer.

—¿De qué sirve apartarlo de ahí? —preguntó Pascoe, irritado por la abrupta suspensión de la información—. No corre gran peligro. ¿Qué es lo que aprenderá en otro sitio que no pueda conseguir ahí?

—Puede confirmar o denegar un hecho que es muy importante: el que estas condiciones son las mismas en todos sitios y no restringidas a un solo lugar. Cuando haya visto la ciudad lo enviaré a mil millas más lejos para observar finalmente una tercera. —Sus ojos grises estaban pensativos cuando continuó—: En tiempos pasados, un visitante marciano hubiera cometido un tremendo error si hubiera juzgado a la Tierra a través de alguna de sus últimas colonias de leprosos. Aquí cometeríamos el mismo error si sucediera que esto es un área en cuarentena llena de nativos paralíticos.

—No diga eso —interpuso Walterson, mostrando cierta nerviosidad—. Si resulta que estamos en un reserva de enfermos, más vale que nos vayamos rápidamente. No quiero ser atacado por una plaga alienígena para la cual no tengo resistencias naturales. Ya me escapé justo cuando llegué tarde a esa expedición a Hermes hace seis años. ¿Se acuerda? Tres días después del aterrizaje la tripulación entera estaba muerta, sus cuerpos invadidos por bultos hediondos que más tarde fueron definidos como hongos.

—Ya veremos lo que dice Ogilvy —decidió Leigh—. Si informa sobre lo que consideramos condiciones más normales en otro lugar, nos trasladaremos allí. Si son las mismas, nos quedaremos.

—Nos quedaremos —hizo eco Pascoe, con sus facciones expresando disgusto—. Creo que ésa es la palabra exacta. —Señaló hacia la compuerta más allá de la cual el tren se estaba tomando su tiempo para volver—. Si lo que hemos visto y lo que hemos oído tiene algún significado, esto quiere decir que estamos en un aprieto de primera clase.

—¿Qué clase de aprieto? —preguntó Walterson.

—Podemos quedarnos por un millón de años o volver a casa. Por una vez en nuestra historia triunfal, hemos sido verdaderamente contrariados. No conseguiremos nada en este mundo por una buena e invencible razón: el que la vida es demasiado corta.

—Prefiero no emitir ninguna conclusión precipitada —dijo Leigh—. Esperemos a ver qué dice Ogilvy.

Al poco tiempo, el altavoz informó con incredulidad:

—Esta ciudad está también llena de tortugas. Y tranvías que van a la misma velocidad, si es que puede llamarse velocidad. ¿Quiere que descienda y observe?

—No —dijo Leigh en el micrófono—. Cambie su dirección hacia el este. Aléjese tanto como se lo permita la seguridad. Vigile especialmente si hay alguna variación radical en los fenómenos y, si la encuentra, informe al instante. —Colgó el micrófono y se volvió hacia los otros—. Todo lo que podemos hacer ahora es esperar un poco.

—¡Ahora lo ha dicho! —señaló Pascoe—. Me apostaría mil contra uno a que Boydell no hizo más que sentarse fútilmente por los alrededores y hurgarse entre los dientes hasta que se cansó.

Walterson dejó escapar una repentina risa que los sorprendió.

—¿Qué es lo que te ocurre? —preguntó Pascoe, mirándolo.

—A veces se le ocurren a uno las ideas más extrañas —dijo Walterson, disculpándose—. Se me ha ocurrido que si los caballos fueran caracoles no sería necesario que llevaran atelaje. Esto tiene alguna moraleja, pero no puedo entretenerme en buscarla.

—Ciudad a cuarenta y dos millas al este de la base —indicó Ogilvy—. Igual que la otra. Dos velocidades: lentos como muertos, más lentos que los muertos.

—El tren está yendo a poco menos que a paso de escarabajo. Creo que tiene intención de parar cuando llegue aquí —dijo Pascoe, mirando a través de la compuerta de observación. Se calló por un momento y añadió—: Si es así, sabremos una cosa por adelantado: que no están asustados de nosotros.

Decidiéndose, Leigh llamó a Shallom:

—Vamos a salir. Haga una grabación de toda la información de Ogilvy mientras estamos fuera. Haga sonar la sirena de alarma por un momento si hay alguna indicación de movimiento rápido en algún sitio.

A continuación llamó a Nolan, Hoffnagle y Romero, los tres expertos en comunicaciones:

—Traigan las cartas de Keen a punto para establecer contacto.

—Lo establecido —recordó Pascoe— es que el comandante de la nave se quede en el control del navío hasta que se haya establecido contacto y los alienígenas se hayan mostrado amistosos o, al menos, no hostiles.

—Aquí es donde lo establecido se echa por la borda esta vez —replicó Leigh—. Voy a comprobar personalmente la carga de ese tren. Ya es hora de que hagamos algún progreso. Decídanse si van a acompañarme o no.

—Catorce pueblos hasta ahora —murmuró Ogilvy desde más allá de las colinas—. Todo el mundo se está moviendo por los alrededores a un paso que mata... de aburrimiento. Me dirijo a una ciudad visible en el horizonte.

Los de comunicaciones llegaron trayendo láminas de colores. Iban desarmados, y era el único personal al que le estaba prohibido llevar pistolas. La teoría detrás de este edicto era que un desamparo obvio establecía confianza. En muchas circunstancias la noción probó ser cierta y los comunicadores sobrevivieron. De vez en cuando fallaba

y las víctimas solamente conseguían un entierro decente.

—¿Qué hay de nosotros? —preguntó Walteson, mirando a los recién llegados—. ¿Hemos de llevar armas o no?

—Correremos el riesgo de no llevar ninguna —decidió Leigh—. Una forma de vida lo suficientemente inteligente como para viajar en tren ha de ser también lo suficientemente lista como para adivinar lo que ocurriría si trataban de hacernos algo. Estarán bajo las armas de la nave mientras parlamentamos.

—No tengo confianza en su habilidad para ver la razón tal como la entendemos nosotros —dijo Pascoe—. A pesar de su aspecto civilizado, podrían ser muy bien los caracteres más traicioneros de este lado de Sirio. —Sonrió y añadió—: Pero tengo confianza en mis piernas. Para cuando esos alienígenas entren en acción, yo ya seré una pequeña nube de polvo en el atardecer.

Leigh sonrió y pasó el primero a través de la compuerta principal. Todas las compuertas estaban llenas de caras que observaban su marcha hacia la vía del tren.

Los artilleros estaban alerta en sus torretas, sabedores de que no podrían impedir un atentado excepto corriendo el riesgo de matar a los suyos junto con los enemigos. Pero si era necesario podían destruir los raíles frente y detrás del tren, aislándolo. Por el momento su papel era de intimidación estática. A pesar de la aparente falta de peligro de aquel mundo, había una cierta aprensión entre la tripulación más veterana de la nave. Una atmósfera pacífica había engañado otras veces a los humanos, y estaban precavidos contra eso.

Los seis llegaron a la vía un centenar de metros frente al tren y caminaron hacia él. Podían ver al conductor sentado detrás de un panel como de cristal. Sus grandes ojos amarillos miraban directamente al frente, su faz carmesí no tenía ninguna expresión. Tenía ambas manos sobre palancas y botones, y la visión de media docena de seres de otro mundo sobre los raíles ni siquiera le hizo mover un dedo.

Leigh fue el primero en llegar a la puerta de la cabina, y alargó una mano para asir la incurable dificultad número uno. Accionó la manija, abrió la puerta, adoptó una sonrisa placentera para su cara y emitió un cordial «¡Hola!».

El conductor no contestó. En su lugar, sus ojos empezaron a desviarse hacia un lado mientras el tren seguía avanzando a tal velocidad que empezó a arrastrar la mano de Leigh. Por fuerza, Leigh hubo de dar un paso para conservar el mismo nivel. Los otros llegaron a sus lados en el momento en que Leigh se veía obligado a dar otro paso.

Entonces la cabeza del conductor empezó a volverse. Leigh dio otro paso. Un poco más de vuelta. Otro paso. Detrás de Leigh sus cinco compañeros trataban de mantenerse a su altura. No era nada sencillo. En realidad era difícil. No podían quedarse quietos y dejar que el tren se fuera apartando. No podían andar sin adelantarle. El resultado era una marcha fastidiosa que consistía en saltos y pausas, los saltos cortos y las pausas largas.

Cuando la cabeza del conductor llegó a la mitad de su recorrido, los largos dedos

de su mano derecha empezaron a soltar la palanca que estaban asiendo. En el mismo y alargado instante, la palanca empezó a levantarse de su posición. No había duda de que el conductor estaba haciendo algo. Estaba estallando en acción para hacer frente a una súbita emergencia.

Asido aún a la puerta, Leigh se desplazó con ella. Los otros saltaron e hicieron pausa al unísono. Pascoe ofrecía la dolida reverencia de uno que asistiera al aburrido funeral de un tío rico que lo acabara de dejar fuera de su testamento. La imaginación de Leigh le sugirió los comentarios que estaría haciendo el auditorio de la nave desde su privilegiado lugar de observación.

Resolvió el problema de restaurar su dignidad oficial por el simple proceso de subirse a la cabina. De todos modos, eso no fue mucho mejor. Había evitado continuar en la procesión de tullidos, pero ahora tenía que escoger entre estar de pie medio doblado o arrodillarse en el suelo.

La cabeza del conductor había dado ya la vuelta, y sus ojos estaban ahora mirando directamente al visitante. La palanca se había alzado hasta su límite. Algo que emitía ruidos sibilantes debajo del suelo se quedó silencioso, y el progreso del tren era solamente el de su inercia contra los frenos. Un desplazamiento que podía medirse en pulgadas o fracciones de pulgada.

—¡Hola! —repitió Leigh, con la impresión de que nunca había dicho una palabra más tonta.

La boca del conductor se abrió, formando un óvalo carmesí, y revelando largos y estrechos dientes pero no lengua. Modificó la forma de su boca y en el tiempo que tardó en hacerlo el oyente podría haberse fumado medio cigarrillo. Leigh aguzó sus oídos esperando un saludo. Nada salió de la boca, ni un sonido, ni una nota, ni un decibelio. Aguardó un poco, con la esperanza de que la primera palabra podría emerger antes del próximo jueves. La boca efectuó un par de pequeños cambios en su forma mientras unos músculos color de rosa se retorcían en su interior como gusanos moribundos. Y eso fue todo.

Walterson cesó en su rutina de salto y pausa y dijo:

—Se ha detenido, Vicealmirante.

Bajando de la cabina, Leigh hundió las manos en sus bolsillos y miró con frustración al conductor, cuya cara estaba ahora empezando a mostrar una expresión de sorprendente interés. Podía contemplar como las señales se registraban con la languidez de un camaleón cambiando de color a la misma velocidad.

—Esto es endiablado —se quejó Pascoe, tocando a Leigh en el codo. Señaló a la hilera de manijas que se proyectaban desde las puertas de los cuatro vagones. Muchas de ellas se habían desviado de la horizontal y se estaban moviendo a la vez un grado hacia la vertical—. Están tratando de salir con toda rapidez.

—Evíteles el trabajo de abrir —sugirió Leigh.

Hoffnagle, que estaba de pie junto a una puerta, asió la manija y abrió la puerta de golpe. Ésta giró sobre sus ejes, completa y unida a un pasajero que no había podido

retirar la mano. Dejando caer sus láminas de contacto, Hoffnagle cogió hábilmente a la víctima y la depositó en el suelo sobre sus pies. Se necesitaron cuarenta y ocho segundos en el reloj de Romero para que el sujeto mostrara una reacción facial que era la de sorpresa.

Después de esto, las puertas tuvieron que ser abiertas con todo el cuidado de un recaudador de impuestos que ha de habérselas con un paquete misterioso en el que se oye un ruido de tic-tac. Pascoe, impaciente como siempre, aceleró el proceso de hacerlos bajar por el sistema de levantar en vilo a los seres desde las puertas abiertas y depositarlos sobre la verde superficie del suelo. Entre todo el lote, el de mayor rapidez mental necesitó solamente veintiocho segundos para empezar a rumiar el problema de cómo había pasado de un punto a otro sin necesidad de cruzar el espacio interpuesto. Resolvería ese problema... si se le daba tiempo.

Una vez vaciado el tren, hubo en los alrededores veintitrés Espera-Un-Poco. Ninguno pasaba de los cuatro pies de altura o sesenta libras de peso en la gravedad de Eterna. Todos iban bien vestidos, en el sentido de que no había indicios sobre su sexo. Seguramente eran todos adultos, ya que no había especímenes pequeños entre ellos. Ninguno de ellos llevaba nada que se asemejara ni remotamente a un arma.

Examinándolos atentamente, Leigh admitió que a pesar de que fueran muy lentos no tenían nada de tontos. Sus extrañas facciones coloreadas mostraban una inteligencia de un orden bastante alto. Eso era ya evidente por las herramientas que tenían y usaban, como ese tren, pero también se mostraba a la vez en sus facciones.

El Gran Consejo, decidió, tenía una buena razón para alarmarse, aunque fuera por una razón que no se le había ocurrido aún a ninguno de ellos. Si el grupo que se hallaba ante él era verdaderamente representante de su planeta, entonces eran completamente inofensivos. No presentaban ninguna clase de peligro para los intereses de la Tierra en ningún lugar del universo. Y sin embargo, al mismo tiempo, *implicaban* una mayor amenaza en la que prefería no pensar.

Con sus fácilmente comprensivas láminas extendidas sobre el suelo, los tres comunicadores se prepararon para explicar su origen, presencia y propósitos por mediación de una técnica efectiva de gestos y señales básica para todos los primeros contactos. El impaciente Pascoe aceleró el trabajo disponiendo a los Espera-Un-Poco en un círculo alrededor de las láminas, levantándolos como si fueran muñecos y colocándolos en posición.

Leigh y Walterson se fueron a inspeccionar el tren. Si alguno de sus poseedores objetó a la inspección no tuvo los suficientes minutos para protestar contra ello.

El techo de los cuatro vagones era de plástico transparente de un color amarillo pálido, y se extendía hacia los lados hasta confundirse con la parte superior de las puertas. Debajo del plástico había una innumerable cantidad de piezas redondas de silicio cuidadosamente dispuestas. Dentro de los vagones, bajo las planchas que



formaban los compartimentos centrales, había una agrupación de pequeños cilindros parecidos a las baterías de níquel. Los motores no podían verse; estaban situados dentro de recipientes, de los cuales había uno para cada vagón.

—Energía solar —dijo Leigh—. La fuerza propulsora proviene de las baterías solares instaladas en los techos. —Recorrió la longitud del vagón para hacer una estimación de las medidas—. Cuatro pies por veinte. Un buen trabajo para un área receptora de este tamaño.

—No hay nada de extraordinario en ello —dijo Walterson—. Tenemos mejores sistemas en las zonas tropicales de la Tierra, e instrumentos similares en Dramonia y Werth.

—Lo sé. Pero aquí la noche tiene una duración de seis meses. ¿Qué clase de baterías utilizan para durar tanto sin descargarse? ¿Cómo se las arreglan para viajar en la zona nocturna? ¿O es que cesa el transporte mientras están roncando en la cama?

—Pascoe podría tratar de investigar sobre sus hábitos de alcoba. Supongo que dormirán durante seis meses, puesto que para ellos debe ser el equivalente de una noche nuestra. De todas formas, ¿de qué sirve preocuparse ahora? Pronto exploraremos la zona nocturna, ¿no es verdad?

—Sí, seguro. Pero me gustaría saber si este cacharro es más avanzado de los que nosotros tenemos, en cualquier forma.

—Para averiguar eso tendríamos que reducirlo a pedazos —objetó Walterson—. Y si decimos a Shallom y sus muchachos que lo hagan, no despertaremos más que hostilidad. A los Espera-Un-Poco no les gustaría, aunque no puedan impedirnoslo.

—No soy tan estúpido —replicó Leigh—. Dejando a un lado el hecho de que la destrucción de propiedades pertenecientes a una especie no hostil podría llevarme ante un Consejo de Guerra, ¿por qué debería complicarme la vida cuando podemos conseguir información por su parte a cambio de la nuestra? ¿Ha oído hablar de alguna forma de vida inteligente que haya rehusado intercambiar información?

—No —dijo Walterson—. Ni tampoco he oído hablar de ninguna que necesite cinco años para devolver lo que obtuvo en cinco minutos. —Sonrió con satisfacción maliciosa y añadió—: Estamos encontrando lo que Boydell descubrió, es decir, hay que dar para recibir... y para recibir hay que esperar un poco.

—No le discutiré eso porque hay algo dentro de mí que insiste en que tiene toda la razón —Leigh hizo un gesto de abandono—. De todas maneras, quien se ha de preocupar de esto es el Consejo. Volvamos a la nave. No podemos hacer nada más hasta que los que se encargan del contacto hayan emitido su informe.

Subieron hacia la colina. Viéndoles, Pascoe se apresuró a seguirlos, dejando al trío de comunicadores jugando con sus láminas de Keen y haciendo retorcimientos de serpiente con sus brazos.

—¿Cómo va eso? —preguntó Leigh mientras atravesaban la compuerta.

—No muy bien —dijo Pascoe—. Tendría que probarlo usted mismo. Es para

volverse loco.

—¿Cuál es el problema?

—¿Cómo se pueden sincronizar dos significados cuando uno de ellos es desconocido? ¿Cómo demostrar un ritmo en forma estática? Cada vez que Hoffnagle utiliza una señal de órbita no hace más que demostrar que la velocidad de la mano engaña al ojo, por lo que respecta a su audiencia. De modo que lo repite otra vez más despacio, y continúa engañándolos. Y vuelve a repetirlo más despacio. —Pascoe resolló con disgusto—. Esos tres desgraciados van a necesitar todo el día o casi toda la semana para hallar, practicar y perfeccionar el gesto más rápido que los otros pueden visualizar. No están enseñando nada a nadie... están aprendiendo. Es un estudio de tiempo y velocidad con una venganza.

—Tiene que hacerse —indicó Leigh—. Aunque se necesite toda una vida.

—¿La de quién? —preguntó Pascoe irónicamente.

Leigh parpadeó, buscó una respuesta satisfactoria y no encontró ninguna.

En un recodo del pasillo se encontraron con Garside. Era un hombre pequeño, excitable y con ojos de apariencia enorme tras gruesas gafas. El gran amor de su vida eran los insectos, en cualquier tamaño, forma, color u origen, mientras fueran insectos.

—Ah, Vicealmirante —exclamó, lleno de entusiasmo—. Un notable descubrimiento, ¡notabilísimo! Nueve especies de insectos, ninguna realmente extraordinaria en estructura, pero todas ellas afligidas de una lentitud asombrosa. Si este fenómeno es común a todos los insectos nativos, parece como si su metabolismo general fuera...

—Puede escribirlo en un informe —aconsejó Leigh, dándole unas palmadas sobre el hombro. Se apresuró hacia el cuarto de comunicaciones—. ¿Algo especial por parte de Ogilvy?

—No, Vicealmirante. Todos sus mensajes han sido repeticiones de los primeros. Ahora está regresando, y llegará dentro de una hora.

—Que venga a verme tan pronto como llegue.

—Sí, señor.

Ogilvy apareció en el tiempo prometido. Era un individuo flaco, de cara alargada y con el hábito de exhibir sonrisas irritantes. Al entrar en la habitación puso sus manos tras su espalda, inclinó la cabeza y habló con vergüenza fingida.

—Vicealmirante, he de hacer una confesión.

—Eso ya lo veo por la comedia que está representando. ¿De qué se trata?

—Aterricé, sin permiso, en la mayor plaza de la ciudad más grande que pude encontrar.

Leigh arqueó las cejas:

—¿Y qué ocurrió?

—Se aglomeraron a mi alrededor y me miraron.

—¿Eso es todo?

—Bien, señor. Necesitaron veinte minutos para verme y acudir y, por ese tiempo, los que estaban más lejos aún estaban llegando. No pude esperar más para descubrir lo que iban a hacer. Pensé que si traían alguna cuerda y la ataban a mi tren de aterrizaje, acabarían de hacerlo un año después de las próximas Navidades.

—¡Humph! ¿Era todo igual en diferentes sitios?

—Sí, señor. Pasé sobre más de doscientos pueblos y ciudades, llegando a una distancia de mil doscientas cincuenta millas. Las condiciones continuaron siendo iguales. —Exhibió una de sus sonrisas, y continuó—: Observé un par de cosas que tal vez puedan interesarle.

—¿Cuáles?

—Los Espera-Un-Poco conversan con sus bocas, pero no emiten sonidos detectables. El helicóptero tiene un equipo supersónico llamado «orejas de murciélago», que se utiliza para volar a ciegas. Sintonicé el receptor en toda su capacidad mientras estaba en medio de esa muchedumbre, pero no oí el menor ruido. De modo que no hablan en frecuencia supersónica. No veo cómo pueden ser subsónicos. Debe ser algo diferente.



—Yo he tenido un monólogo con uno de ellos —le informó Leigh—. Pudiera ser que estemos pasando por alto lo obvio tratando de hallar lo más difícil.

Ogilvy parpadeó y preguntó:

—¿Qué quiere decir, señor?

—No están usando necesariamente alguna extraña facultad que nos sea difícil de concebir. Es bastante probable que se comuniquen visualmente. Pueden mirar dentro de sus gargantas y ver los músculos que se mueven. Algo así como usar las amígdalas como semáforos. —Apartó el tema con un gesto de su mano—. ¿Y cuál es la otra cosa?

—No hay pájaros —replicó Ogilvy—. Uno pensaría que donde hay insectos también debe haber pájaros, o al menos algo parecido a los pájaros. La única criatura voladora que he visto fue una especie de lagartija con membranas que aletea lo suficiente como para lanzarse y luego planea hasta donde vaya. En la Tierra no

alcanzaría a un mosquito agotado.

—¿La fotografió?

—No, señor. Era el último rollo de película que tenía en la cámara y no quise utilizarlo. No sabía si encontraría algo importante.

—Está bien.

Leigh contempló al otro que se marchaba, conectó el intercomunicador y dijo a Shallom:

—Si esas películas del helicóptero son lo suficientemente buenas como para transmitir a gran distancia, haga una copia extra para el cuarto de comunicaciones. Que las transmitan al Sector Nueve para su despacho a la Tierra.

Apenas acababa de hablar cuando entró Romero, con aspecto desesperado:

—Vicealmirante, ¿podría hacer que los mecánicos nos montaran un fenakistoscopio con un tacómetro incorporado?

—Podemos hacer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa —intervino Pascoe desde la compuerta más cercana—, siempre que tengamos siglos para hacerlo.

Ignorando la interrupción, Leigh preguntó:

—¿Para qué lo quiere?

—Hoffnagle y Nolan piensan que podríamos usarlo para medir exactamente el registro óptico de esos lentos de ahí afuera. Si podemos encontrar la velocidad mínima a la que ellos ven las imágenes en movimiento, entonces tendremos una gran ayuda.

—¿No serviría para lo mismo el proyector de películas de la nave?

—No es lo suficientemente variable —objetó Romero—. Además no podemos hacerlo funcionar independientemente sin la electricidad de la nave. Un fenakistoscopio puede llevarse y hacerse funcionar a mano.

—Esto se convierte en más fascinante a cada momento —interpuso Pascoe—. De modo que puede funcionar con un manubrio. Añádele unos pocos detalles más y empezaré a tener una vaga idea de la utilidad de esa maldita cosa.

Sin prestar atención tampoco, Leigh se puso en comunicación otra vez con Shallom y le expuso el asunto.

—¡Horror! —exclamó Shallom—. ¡Las cosas que nos piden! ¿Quién ha pensado en esto? —Hizo una pausa y dijo—: Necesitaremos dos días.

—Dos días —repitió Leigh a Romero.

El otro lo miró estupefacto.

—¿Qué te pasa? —preguntó Pascoe—. Dos días para empezar a medir la retención visual es algo terriblemente rápido en este mundo. Estás en Eterna ahora. ¡Adáptate, muchacho, adáptate!

Leigh contempló cuidadosamente a Pascoe y le dijo:

—Está usted bastante arisco desde hace una hora o dos, ¿no es verdad?

—Aún no. Todavía tengo algunos desperdicios de paciencia. Cuando el último de ellos haya desaparecido, me podrán encerrar en el calabozo porque ya estaré loco.

—No se preocupe. Estamos a punto de empezar a hacer un poco de ejercicio.

—¡Ja-ja! —dijo Pascoe irrespetuosamente.

—Vamos a sacar el coche-patrulla, ir a la ciudad y dar un vistazo alrededor entre ellos.

—Ya era hora —dijo Pascoe.

El coche blindado, con ocho asientos, atronó en la rampa al descender, avanzando sobre sus pesadas cadenas sin fin. Solamente una corta y reluciente protuberancia en su parte delantera y otra en la trasera revelaban la presencia de cañones a control remoto. Una lente situada dentro de una caja en el techo correspondía a una cámara fotográfica automática. El látigo de metal sobre la cámara era una antena de radio.

Podían haber utilizado el helicóptero, que era capaz de transportar a cuatro hombres con su equipo, pero, una vez en el suelo, el aparato no hubiera servido de gran cosa para circular por las calles.

Leigh compartía el asiento delantero con el Teniente Harding y el conductor de guardia. Detrás de él se hallaban dos soldados, de la tropa de Harding, y Pascoe. En la parte de atrás se sentaban el operador de radio y el artillero. Walterson, Garside y todos los demás especialistas se habían quedado en la nave.

Avanzando hacia adelante, pasaron el círculo de los Espera-Un-Poco, que estaban sentados ahora sobre la hierba, con las piernas cruzadas, y mirando a la lámina Keen que Nolan estaba exhibiendo con un aspecto de completa frustración. Cerca de él, Hoffnagle estaba mordiendo sus uñas mientras trataba de decidir el porcentaje de la lección que estaba siendo aprovechado y el que estaba siendo derrochado. Nadie del grupo mostró la más mínima sorpresa cuando el coche empezó a bajar la empinada colina y retumbó metálicamente a su lado.

Dando saltos y tumbos, el coche cruzó los raíles más allá de donde estaba detenido el tren y llegó a la carretera. Allí la superficie resultó ser excelente y pudieron avanzar con más velocidad. La carretera hubiera podido servir como pista de entrenamiento a un equipo de carreras de la Tierra. Antes de que hubieran hecho cinco millas se encontraron con un Espera-Un-Poco que la estaba utilizando exactamente para eso.

El sujeto se hallaba medio sentado, medio tumbado, dentro de un largo, estrecho y bajo vehículo para un solo pasajero, con todo el aspecto de ser una máquina destinada a la competición. Llegó como un loco, la cara en tensión, los ojos salientes, las manos firmemente cogidas al volante. Según el detector fotoeléctrico situado en el tablero de instrumentos del coche blindado, los pasó rugiendo a la velocidad de cincuenta y dos millas por hora. Puesto que el velocímetro en el mismo tablero indicaba exactamente cincuenta, significaba que el otro estaba yendo a la horripilante velocidad de dos millas por hora.

Girando la cabeza para poder mirar a través de la ventanilla trasera, Pascoe

observó:

—Como sociólogo os diré algo: ciertos ejemplares están locos de atar. Si ese lunático se está dirigiendo a la ciudad que está a treinta millas de distancia, conseguirá llegar en poco más de doce horas. —Frunció el ceño, se quedó serio y añadió—: Viendo que sus reacciones van de acuerdo con su velocidad, las unas tan fastidiosas como la otra, no me sorprendería si tuvieran problemas de tráfico semejantes a los de cualquier otro mundo.

Nadie tuvo la oportunidad de hacer un comentario. Los ocho se inclinaron al unísono cuando los frenos fueron apretados a fondo. Estaban entrando en un suburbio con peatones, coches y tranvías esparcidos por las calles. A partir de aquí el avanzar ya fue una cuestión del embrague; el conductor tuvo que aprender una técnica completamente nueva que no tenía nada de fácil.

A través de las calles circulaba gente de cara carmesí, ataviados con el mismo vestido neutro, y su forma de andar sugería que por menos de nada se tumbarían y se pondrían a dormir. Algunos se movían más rápidos que los otros, pero incluso los más ágiles entre todos continuaban siendo un obstáculo por el momento. Ninguno se detuvo para mirar al vehículo invasor mientras pasaba, pero algunos de ellos se pararon con una expresión de sorpresa cuando el coche ya los había dejado una milla atrás.

Para Leigh y sus compañeros había una fuerte tentación a relacionar la lentitud con la estupidez, pero se resistieron. La evidencia de lo contrario era demasiado fuerte para ser denegada.

Las calles eran lisas, rectas y bien construidas, completas, con aceras y desagües. Ningún edificio se elevaba a más de veinte metros, pero tenían un aspecto sólido y estaban lejos de ser primitivos. Los coches no eran muy numerosos según el standard de la Tierra, pero los que se veían tenían toda la apariencia de un buen trabajo de ingeniería. Los tranvías eran pequeños, accionados por baterías solares, lánguidamente eficientes, y transportaban dos docenas de viajeros cada uno.

Por unos momentos se detuvieron cerca de un edificio en proceso de construcción, fijando su atención en un trabajador que estaba poniendo ladrillos, y estimando que para cada uno necesitaba veinte minutos. Tres ladrillos por hora.

Calculando rápidamente, Leigh dijo:

—Considerando que sus días y noches tienen un período de seis meses cada uno y asumiendo que trabajen un equivalente de ocho horas por día, el muchacho está poniendo un poco más de mil ladrillos por hora. —Dejó escapar un silbido de sorpresa—. No conozco a ninguna forma de vida capaz de edificar ni a la mitad de rápido. Incluso en la Tierra se necesitaría un robot para poder hacer lo mismo.

Los otros consideraron en silencio ese aspecto del asunto. El coche-patrulla continuó, y llegaron a una plaza en la que había un parking conteniendo unas cuarenta máquinas. La oportunidad fue irresistible. Pasando de largo ante los dos empleados que estaban en la entrada, aparcaron cuidadosamente el coche al final de

una hilera. Los ojos de los empleados empezaron a girar hacia un lado.

Leigh habló al conductor, al de la radio y al artillero.

—Ustedes tres se quedarán aquí. Si alguien interfiere, lo alzan en vilo, lo llevan a cien metros de distancia, y le permiten que lo intente de nuevo. Si muestran señales de organizarse para hacerles volar en pedazos, entonces trasladan el coche a la otra punta del parking. Cuando lleguen al nuevo lugar, vuelven aquí otra vez.

—¿A dónde va? —preguntó Harding.

—Allí —apuntó hacia un edificio de aspecto oficial—. Para ahorrar tiempo me gustaría que usted, sus hombres y Pascoe dieran un vistazo por los otros lugares. Un edificio a la vez, entrando en su interior y observando si hay algo que valga la pena de prestar atención. —Miró a su reloj—. Nos reuniremos exactamente a las tres. Nada de retrasarse. El haragán que lo haga podrá hacer una caminata de nueve millas.

Empezando a andar, encontró a uno de los empleados a veinte metros de distancia, avanzando hacia él con sus ojos de búho abiertos de par en par. Se encaminó hacia el mismo, le quitó un talonario de tiquets de una mano que no se resistió, arrancó uno, volvió a dejar el talonario otra vez entre los dedos carmesí, añadió una moneda de plata para el pago, y continuó. Se sintió satisfecho por aquel gesto de honestidad. Cuando el empleado empezó a examinar la moneda, él ya había cruzado la plaza y entrado en el edificio.

A las tres se reunieron otra vez para encontrar la plaza en pleno caos y sin hallar el coche-patrulla en el parking. Una serie de cortos aullidos de su sirena los atrajo hacia una calle lateral, en donde estaba estacionado al lado de la acera.

—Podrán andar despacio, pero llegan a los sitios si se les da el tiempo suficiente —dijo el conductor—. Empezaron a congregarse alrededor nuestro en tal forma que pareció que no habría modo de salir. No hubiera sido posible salir sin atropellar casi a cincuenta de ellos. Puede sacar el coche por un resquicio bastante justo. —Señaló con la mano más allá del parabrisas—. Ahora se están dirigiendo hacia aquí. La tortuga persiguiendo a la liebre.

Uno de los hombres de Harding, un encanecido veterano de varias campañas espaciales, indicó:

—Es mucho más fácil cuando uno ha de ir contra tipos que son hostiles y luchan como locos. Uno se abre escape disparando. —Gruñó por un momento—. Aquí, si estás sentado demasiado tiempo, te quedas atrapado o has de pasar por encima de ellos a sangre fría. No es como a mí me gusta hacer las cosas. —Otro gruñido—. Es un planeta infernal. El individuo que lo encontró debería ser obligado a vivir aquí.

—¿Encontró algo en su edificio? —le preguntó Leigh.

—Sí, una docena de policías.

—¿Qué?

—Policías —repitió el otro—. Era una estación de policía. Puedo decirlo porque todos llevaban el mismo uniforme y todos llevaban una cachiporra de duraluminio. Y había letreros en la pared con caras y unos extraños signos impresos. No pude



distinguir una cara de otra... todas me parecen iguales. Pero algo me dijo que esos retratos no se habían pegado a la pared para conmemorar su santidad.

—¿Mostraron alguna clase de antagonismo?

—No tuvieron oportunidad —dijo con desprecio—. Simplemente me moví de un lado a otro mirando lo que había, y eso los dejó desconcertados. Si uno de esos patanes hubiera querido cogermé, podría haberme puesto tras él y bajarle los pantalones antes de que su brazo hubiera hecho medio camino.

—Mi edificio fue una mina de oro —informó Pascoe—. Una central telefónica.

Leigh se giró para mirarlo:

—¿Así que utilizan un tono supersónico para hablar?

—No. Utilizan cámaras y visiopantallas de tres pulgadas. Ha sido como contemplar la exhibición de un lagarto epiléptico. Incluso, a veces, el orador aparta sus amígdalas de la pantalla y las sustituye por una lenta exhibición de signos de sordomudo por medio de sus dedos. Tengo una vaga idea de que algunas de esas acrobacias digitales representan insultos vitriólicos.

El conductor intervino nerviosamente:

—Si estamos aquí más tiempo encontraremos la calle bloqueada por los extremos.

—Entonces vámonos mientras podamos.

—¿Regresamos a la nave, señor?

—Aún no. Vamos por ahí a ver si encontramos un área industrial.

El coche avanzó hacia adelante, pasó cautelosamente al lado de un grupo de peatones y evitó la apiñada plaza por el sistema de desviarse hacia otra calle lateral.

Echado cómodamente en su asiento, Pascoe cruzó las manos sobre su estómago y preguntó con tono interesado:

—¿Alguno de vosotros ha visto por casualidad el parque de bomberos?

Nadie lo había visto.

—Daría mil créditos por verlo —dijo—. Un grupo de bomberos estallando en actividad y corriendo con dos bombas y una escalera a apagar un fuego a una milla de distancia. La velocidad de combustión es la misma aquí que en nuestro mundo. Me maravilla que la ciudad no se haya quemado una docena de veces.

—Tal vez sí —ofreció Harding—. Tal vez ya se han acostumbrado. A la larga uno se acostumbra a todo.

—A la larga —convino Pascoe—. Aquí a la larga se desvanece uno en las brumas del tiempo. —Miró a Leigh—. ¿Qué es lo que encontró?

—Una biblioteca pública.

—Ése sí que es un sitio para obtener información. ¿Qué consiguió?

—Solamente una cosa —admitió Leigh con disgusto—. Su lenguaje impreso es ideográfico y emplea por lo menos tres mil caracteres.

—Eso ya es algo —dijo Pascoe, lanzando una mirada de esperanza hacia el cielo—. Cualquier lingüista competente o un comunicador entrenado debería ser capaz de

aprenderlo. Ponga a Hoffnagle en el trabajo. Es el más joven entre nosotros y todo lo que necesitará son un par de miles de años.

La radio eructó, guiñando su ojo rojizo, y el operador la conectó. La voz de Shallom les llegó a través de la misma.

—Vicealmirante, un espécimen de aspecto importante acaba de llegar en lo que probablemente cree que es un coche de carreras. Pudiera ser algún funcionario designado para entablar contacto con nosotros. Esto es solamente una suposición, a la que estamos tratando de obtener confirmación. Pensé que le gustaría saberlo.

—¿Alguna clase de progreso con él?

—Igual que con los otros. Seguramente es el chico más listo de la universidad. Aún así, Nolan cree que necesitará casi un mes para convencerlo de que Caperucita se encontró al lobo.

—Bien, continúen a pesar de todo. Regresaremos pronto. —Cortó la comunicación y dijo a los otros—: Parece como si fuera el del bólido con que nos cruzamos en nuestro viaje de ida. —Tocó al conductor y señaló hacia la izquierda—. Eso parece ser una factoría. Pare al lado mientras voy a inspeccionarla.

Entró sin encontrar ninguna oposición y salió al cabo de pocos minutos.

—Es una especie de harinera, una combinación de molino, procesamiento y embalaje. Están triturando una montaña de nueces, probablemente de los bosques circundantes. Tienen un par de grandes motores en el sótano que me han dejado asombrado. Nunca he visto nada parecido. Creo que traeré a Bentley para que los examine. Es un experto en plantas de energía.

—Es un poco grande para una harinera, ¿no es verdad?

—Están transformando la harina en veinte cosas diferentes. He probado alguna.

—¿Qué clase de gusto tenían?

—Engrudo. —Tocó al conductor otra vez—. Ahí hay otro sitio. Usted, Harding, venga conmigo.

Cinco minutos después regresaron y dijeron:

—Botas, zapatos y zapatillas. Y lo están haciendo rápido.

—¿Rápido? —repitió Pascoe, retorciendo sus cejas.

—Más rápido de lo que pueden seguir el proceso por sí mismos. El equipo entero es completamente automático y se para si algo va mal. No es tan bueno como los que tenemos en la Tierra, pero no le falta mucho. —Leigh se sentó, pensativo, mientras miraba a través del parabrisas—. Regresemos a la nave. El que quiera podrá efectuar más exploraciones por su cuenta si lo desea.

Ninguno de ellos mostró el menor entusiasmo.

Había un mensaje esperando en su escritorio, descifrado y escrito a máquina.

*O.C. de LA LLAMA a O.C. del TRUENO. Atmósfera en Pulok analizada y aceptable, de hecho sana. Así insisten los instrumentos. Las narices dicen que tiene*

*un hedor abominable imposible de soportar. Debería llamarse Vómito. Me dirijo a Puerto Arlington 88.137 a menos que se me requiera. Mallory.*

Leyendo por encima del hombro de Leigh, Pascoe comentó:

—El tipo ese Boydell tiene la debilidad de descubrir lo peor del universo. ¿Por qué no le aprieta alguien el cuello hasta que se muera?

—Hay cuatrocientos veintiuno registrados aquí —le recordó Leigh, golpeando con el dedo un grueso libro de navegación—. Y casi dos tercios de ellos pueden clasificarse como malos.

—Si esos exploradores los ignoraran y sólo informaran sobre los que vale la pena tener, se evitaría una gran cantidad de aflicción.

—Las molestias son el precio del progreso. —Leigh se levantó precipitadamente de su escritorio, dirigiéndose a la compuerta, cuando algo pasó zumbando en el exterior. Cogió el teléfono—. ¿A dónde va el helicóptero?

—Se lleva a Garside y a Walterson a algún sitio —contestó una voz—. El primero quiere más insectos y el segundo quiere más muestras de minerales.

—Está bien. ¿Ha sido revelada ya la película?

—Sí, Vicealmirante. Resultó buena y con gran definición. ¿Quiere usted verla proyectada?

—Sí. Ahora voy para allá. Que alguien se ocupe de la película que hay en el cochepatrulla. Se ha usado algo más de la mitad de la carga.

—Como usted ordene, señor.

Citando al resto de los especialistas, de los cuales había más de sesenta, los acompañó hasta la sala de proyección, y estudiaron las imágenes de la exploración de Ogilvy. Cuando se terminó, la audiencia quedó en tétrico silencio. Nadie tenía nada que decir. Ningún comentario era adecuado.

—Una maldita situación —dijo Pascoe, cuando estuvieron de regreso a la cabina principal—. En los últimos mil años la raza humana se ha convertido enteramente en algo tecnológico. Incluso un soldado de la graduación más inferior es considerado un técnico, especialmente por los standards de otros tiempos.

—Lo sé —dijo Leigh, frunciendo fútilmente el entrecejo a la pared.

—Somos los cerebros —continuó Pascoe, decidido a frotar sal en las heridas—. Y debido a que somos los cerebros nos disgusta naturalmente el tener que aportar también los músculos. Nosotros estamos por encima de cosas tales como recoger madera o transportar agua.

—Eso no me dice nada.

Resuelto a decirlo a pesar de todo, Pascoe continuó:

—Hemos puestos colonos en un puñado de planetas. ¿Y qué clase de colonos son? Jefes, supervisores, gente que informa, aconseja y ordena, mientras los menos avanzados hacen el trabajo.

Leigh no hizo ningún comentario.

—Supongamos que Walterson y los otros encuentran que este piojoso mundo es

rico en cosas que necesitamos —persistió—. ¿Cómo vamos a conseguir el material a menos que nosotros excavemos? Los Espera-Un-Poco forman una gran y deseosa fuerza de labor, pero ¿cuál es su utilidad si el trabajo más rudimentario necesita ser efectuado en diez, veinte o cincuenta años? ¿Quién se va a instalar aquí y convertirse en una bestia de carga para conseguir hacer las cosas rápidamente?

—Ogilvy pasó sobre un pantano que parecía ser una estación hidroeléctrica —observó Leigh pensativamente—. En la Tierra, todo el proyecto hubiera necesitado unos dos años como máximo. ¿Quién sabe cuanto tiempo se ha necesitado aquí? Quizá doscientos años. Quizá cuatrocientos. O más. —Sus dedos tamborilearon nerviosamente sobre su escritorio—. Eso me preocupa.

—No estamos preocupados; estamos frustrados. No es la misma cosa.

—Yo estoy preocupado. Este planeta es como una mecha encendida que ha pasado desapercibida y que ahora se descubre. No sé hacia donde va ni cuan grande es la explosión que va a haber allá donde termina.

—Eso es frustración —insistió Pascoe, errando completamente sobre el punto de vista porque aún no había pensado en el mismo—. Hemos sido contrariados y no nos gusta. Somos una fuerza irresistible que ha encontrado por fin un objeto inamovible. La explosión está dentro de nuestras propias mentes. *Ninguna* explosión lo suficientemente potente como para sacudirnos vendrá nunca de los seres de este mundo. Son demasiado lentos incluso para coger un resfriado.

—No me perturban a ese respecto. Me preocupan por su misma existencia.

—Siempre ha habido lentos, incluso en nuestro propio mundo.

—¡Exactamente! —refrendó Leigh con énfasis—. Y eso es lo que me pone los pelos de punta.

El altavoz interrumpió con un educado carraspeo y dijo:

—Aquí Ogilvy, señor. Hemos cogido trozos de granito, muestras de cuarzo y otros minerales. En este momento estoy a cinco mil metros y puedo ver la nave en la distancia. No me gusta lo que veo.

—¿Qué es lo que ocurre?

—La ciudad se está vaciando. También los pueblos cercanos. Hay una muchedumbre en la carretera dirigiéndose hacia la nave. La vanguardia llegará ahí en unas tres horas. —Un breve silencio, luego—: No hay ninguna indicación de hostilidad, ninguna señal de avance organizado. Solamente un gentío con simple curiosidad. Pero si ese populacho se queda mirando alrededor de la nave no será posible moverla sin incinerar a miles de ellos.

Leigh lo pensó. La nave tenía una milla de largo. Las toberas se alargaban media milla a cada lado y la tobera de cola era de una longitud semejante. Necesitaba unas dos millas cuadradas de terreno para elevarse sin dañar los alrededores.

Había mil cien hombres a bordo del *Trueno*. Se necesitaban seiscientos para despegar. Eso dejaba a quinientos que podían permanecer en tierra y mantener a la muchedumbre a distancia en un perímetro de dos millas cuadradas. Claro que

tendrían que trasladarlos luego en helicóptero, unos pocos cada vez, al nuevo lugar de aterrizaje. ¿Podía hacerse? Sí... Pero era por completo ineficiente.

—Nos trasladaremos a cien millas de distancia antes de que lleguen aquí —informó a Ogilvy—. Eso nos dará un par de días de respiro.

—¿Quiere que regrese, señor?

—Lo dejo a su discreción.

—Los pasajeros no están satisfechos y quieren aumentar su colección. Me quedo afuera. Si la nave desaparece tras el horizonte, me guiaré por las señales de radio.

—Muy bien —Leigh conectó el intercomunicador—: Hagan sonar la sirena y que entren esos que retozan ahí afuera. Compruébese que toda la dotación está presente y correcta. Preparados para despegar.

—Norma Número Siete —dijo Pascoe, risueño—: Cualquier acción que causara sufrimientos innecesarios a seres no hostiles será considerada como una grave ofensa bajo el Código de Contacto. —Hizo un gesto despreciativo—. De modo que se dirigen hacia nosotros como un gran ejército de perezosos y hemos de poner nuestra cola entre piernas y correr.

—¿Hay alguna solución mejor? —preguntó Leigh, irritado.

—No. No hay ninguna. Eso es lo diabólico del asunto.

La sirena aulló. Poco después empezó a notarse un leve pero firme temblor, cuando las cámaras de combustión y los venturís empezaron a calentarse. Hoffnagle se precipitó dentro de la cabina. Tenía un rollo de arrugadas láminas de Keen en un puño y una mirada salvaje en sus ojos.

—¿Qué significa esto? —gritó, blandiendo las láminas y olvidándose de decir «señor»—. Nos hemos pasado dos guardias sucesivas trabajando en esto, incluso en horas de descanso, y hemos conseguido que uno de ellos haga el gesto de órbita. Entonces, somos llamados. —Esperó, airado.

—Nos vamos.

—¿Nos vamos? —Miró como si nunca hubiera oído una cosa semejante—. ¿A dónde?

—A cien millas de aquí.

Hoffnagle lo contempló incrédulamente, tragó con dificultad, abrió su boca, la cerró, y la abrió otra vez.

—Pero eso significa que tendremos que empezar otra vez con algún otro grupo —dijo.

—Me temo que sí —convino Leigh—. Podríamos llevarnos a los que está tratando de hablar, pero se necesitaría demasiado tiempo para hacerles entender lo que queremos. No hay nada que hacer excepto empezar otra vez.

—¡No! —chilló Hoffnagle en tono histérico—. ¡Oh, no! ¡Cualquier cosa menos eso!

Detrás de él, Romero, que estaba entrando, tropezó y preguntó:

—¿Cualquier cosa menos qué? —Romero estaba respirando en forma

entrecortada y parecía estar en la última etapa de control de sus nervios.

Hoffnagle trató de decirle las malas noticias y se encontró sin palabras, no consiguiendo más que efectuar unos pocos gestos débiles.

—Un comunicador incapaz de comunicar con otro comunicador —observó Pascoe, mostrando un interés académico.

—Van a mover la nave —consiguió decir Hoffnagle después de un esfuerzo considerable. Y lo dijo como si fuera un sacrilegio.

—¿Cómo? —gritó Romero violentamente, mientras su cara adquiría un tono rojizo más profundo que el de los Espera-Un-Poco. De hecho, por un momento pareció uno de ellos, mientras estaba allí con los ojos salientes y medio paralizado por el estupor.

—Fuera de aquí —exclamó Leigh—. Fuera de aquí antes de que venga Nolan y sean tres en vez de dos. Váyanse a algún sitio donde se puedan calmar. Y recuerden, no son los únicos a los que no les gusta esta situación.

—No, tal vez no lo seamos —dijo Hoffnagle amargamente—. Pero somos los que estamos llevando todo el peso de...

—Todo el mundo lleva un peso de una clase u otra —replicó Leigh—. Y todo el mundo está hasta las narices. Fuera de aquí antes de que pierda la paciencia y llame a una escolta para que se los lleven.

Se retiraron sin tratar de ocultar su desagrado. Leigh se sentó en su escritorio, mordiéndose el labio inferior mientras despachaba unos cuantos papeles oficiales. Pasaron veinte minutos. Finalmente, miró al cronómetro que estaba en la pared, conectó el intercomunicador y habló a Bentley.

—¿Qué es lo que nos retiene?

—No hemos recibido la conformidad del cuarto de control, señor.

Conectó con el cuarto de control:

—¿Qué estamos esperando?

—El grupo del tren aún se encuentra dentro del área de peligro, Vicealmirante. O nadie les ha dicho que debían retirarse o, si se les ha dicho, aún se han de decidir al respecto.

Leigh dejó escapar un potente juramento proferido con vigor. Conectó por tercera vez y habló con Harding.

—Teniente, salga inmediatamente con dos pelotones de sus hombres. Tienen que devolver a todos esos pasajeros a su tren. Levántenlos, transpórtelos allá, pónganlos en los vagones y vuelvan tan rápido como sea posible.

Continuó con su trabajo, mientras Pascoe seguía sentado en un rincón mordiéndose las uñas y sonriendo para sí. Después de media hora, Leigh vociferó nuevamente el juramento y preguntó por el intercomunicador:

—¿Qué ocurre ahora?

—Aún no hay conformidad, Vicealmirante —dijo Bentley en tono de completa resignación.

Conectó con el cuarto de control una vez más:

—He dado la orden de despegar tan pronto como todo estuviera conforme. ¿Por qué no lo hemos hecho aún?

—Todavía hay un alienígena dentro del área de peligro, señor.

Conectó con Harding:

—¿No le dije que trasladara a todos esos alienígenas a su tren?

—Sí, señor, lo dijo. Todos los pasajeros fueron reintegrados a sus asientos hace quince minutos.

—¡Estupideces! Se han dejado a uno de ellos en los alrededores y nos está impidiendo despegar.

—Ése no procede del tren, señor —dijo Harding pacientemente—. Llegó en un coche. No dio usted ninguna orden respecto a él.

Leigh usó ambas manos para arañar su mesa y luego rugió:

—¡Sáquelo de aquí! ¡Póngalo en su cacharro y empújelo hasta la carretera! ¡Inmediatamente! —Se dejó caer sobre su silla y murmuró algo para sí.

—¿Le gustaría dimitir y comprarse una granja? —preguntó Pascoe.

El nuevo punto de aterrizaje estaba a lo largo de una cima situada en la única colina pelada que había en varias millas a la redonda. Trozos de madera carbonizada mostraban la evidencia de un fuego forestal ocurrido hacía tiempo, que había empezado en la cima, extendiéndose hacia los lados hasta que su progreso fue interrumpido, seguramente por una fuerte lluvia.

Colinas de densos bosques se extendían en todas direcciones. No había ninguna vía de tren en las cercanías, pero había una carretera en el valle y un río serpenteante más allá de la misma. Dos pueblos eran visibles a unas cuatro millas de distancia, y una ciudad de mediano tamaño se hallaba a unas once millas hacia el norte.

Puesto que ya tenían experiencia de las condiciones locales les fue posible acelerar considerablemente la investigación. Earnshaw, el piloto de guardia, se encargó del helicóptero, llevándose a Walterson y a otros cuatro expertos apiñados en su interior. El coche-patrulla se dirigió hacia la ciudad llevando un cargamento de especialistas, incluido Pascoe. Tres botánicos y un arboricultor partieron hacia los bosques acompañados por una docena de hombres de Harding, los cuales habrían de cargar con el botín.

Hoffnagle, Romero y Nolan vagabundearon a través de los campos hasta el pueblo más cercano, extendieron sus láminas explicativas en una pequeña plaza, y rogaron por un genio rural capaz de comprender el significado de un gesto básico en menos de una semana. Un puñado de ingenieros de la nave se desplazó para examinar unos cables atados a unos mástiles enrejados situados sobre las colinas, de oeste a sur. Un experto piscatorio, que se decía había sido condicionado desde su nacimiento debido a llamarse Pez, se sentó durante horas en la orilla del río, usando sus avíos de

pesca sin saber qué clase de cebo usar, lo que podía coger, o si podía ser pescado algo en menos de la duración de una vida.

Leigh se quedó en la nave mientras se producía esta orgía de acumular información. Tenía un deprimente presentimiento al respecto de lo que iba a ocurrir. El tiempo demostró que tenía razón. En un período de treinta horas Earnshaw había sido relevado dos veces por Ogilvy y estaba volando por tercera vez. Estaba a quince mil pies sobre el *Trueno* cuando llamó:

—Vicealmirante, me disgusta decírselo, pero están viniendo otra vez. Parece que esta vez se han dado cuenta más deprisa. Tal vez fueron avisados por medio de ese sistema de televisión que tienen.

—¿Cuánto cree que tardarán?

—Los de los pueblos necesitarán unas dos horas. La muchedumbre de la ciudad necesitará cinco o seis. Puedo ver al cochepatrulla regresando frente a ellos.

—Será mejor que desembarque a los que lleva y vaya a buscar a esos tres comunicadores al momento —dijo Leigh—. Luego recoja a cualquiera que esté suelto por ahí.

—Está bien, señor.

La sirena gimió angustiosamente a través de los valles. En el pueblo, Hoffnagle cesó súbitamente en sus lentos movimientos de señales y dejó escapar una apasionada invectiva que asombró a los Espera-Un-Poco dos días después. En los bosques, el arboricultor se cayó de un árbol y aplastó a un escolta, que también empezó a vocalizar.

Fue como el efecto ondulatorio de una piedra lanzada en un charco. Alguien oprimió un interruptor de alarma y la resultante onda de adjetivos se propagó por la mitad del horizonte.

Despegaron y aterrizaron otra vez, en este caso a poca distancia del límite de sombra. Al menos sirvió para desplazar al sol, que había colgado obstinadamente en medio del cielo sin cambiar de posición más que un grado por día terrestre.

La tercera guardia se fue a la cama, agotada. Los buscadores de información salían con el convencimiento de que, paradójicamente, el tiempo era demasiado corto en un planeta que tenía demasiado del mismo. Ogilvy zumbó alejándose para echar una primera mirada a la parte nocturna, descubriendo a medio mundo sumergido en profundo sueño y sin que nada se moviera, ni un alma, ni un vehículo.





Esta situación duró veinticuatro horas, al final de las cuales todos los nativos que vivían por los alrededores habían salido para ir al circo. Una vez más la sirena estimuló el enriquecimiento del idioma de la Tierra. El *Trueno* se elevó, descendiendo cuatrocientas millas dentro del hemisferio nocturno.

Esa táctica, decidió Leigh, representaba un ingenioso alarde de imaginación. Los avisados *Espera-Un-Poco* del hemisferio diurno necesitarían ahora unos doce días para llegar hasta ellos. Y esto solamente ocurriría si alguien con insomnio los había visto y telefoneaba la actual situación de la nave. Semejante traición era de todos modos bastante probable, ya que las largas hileras de compuertas del *Trueno* vertían una brillante iluminación en la oscuridad y causaban un gran resplandor en el cielo.

No tardó mucho tiempo sin embargo en ganar la confianza de que había poco peligro de ser delatados. Nolan entró en la cabina y se detuvo con sus dedos retorciéndose como si deseara estrangular a alguien, lentamente, muy lentamente,

como podría hacerlo un Espera-Un-Poco. Su actitud era acentuada por la posesión de unas facciones poco afortunadas. Nadie a bordo del *Trueno* tenía un mejor parecido con la popular imagen de un asesino.

—Comprenderá, Vicealmirante —empezó, hablando con emoción refrenada—, la extrema dificultad que representa entablar contacto con criaturas que necesitan horas para pensar en vez de simples segundos.

—Sé que es difícil —simpatizó Leigh. Observó al otro cuidadosamente—. ¿Qué es lo que quiere?

—Lo que quiero —informó Nolan levantando el tono de su voz— es indicar que había una cosa a favor de los sujetos anteriores. —Retorció los dedos de una mano con la otra—. Al menos estaban despiertos.

—Ésa es la razón por la que tuvimos que irnos —señaló Leigh—. No son un estorbo para nosotros mientras están durmiendo.

—Entonces —exclamó Nolan—, ¿cómo demonios espera usted que establezcamos contacto con ellos?

—No lo espero. Ya me he rendido. Puede usted tratar de continuar, pero ya es asunto suyo. No tiene usted ninguna obligación de hacerlo. —Cruzando la habitación, continuó en forma más amable—: He enviado un largo mensaje a la Tierra explicando completamente con lo que nos enfrentamos. La siguiente decisión vendrá de allí. Su respuesta llegará en pocos días. Mientras tanto, continuaremos aquí, tratando de conseguir la información que podamos y dejando la que no podamos.

Nolan dijo mórbidamente:

—Hoff y yo fuimos a una casita al lado de la carretera. No solamente están todos dormidos, sino que además no pueden ser despertados. Los puede uno manejar como muñecos sin molestarlos lo más mínimo en sus sueños. Los médicos vinieron a observarlos después de haberles informado sobre esta catalepsia al por mayor.

—¿Y qué es lo que dijeron?

—Tienen la opinión de que los Espera-Un-Poco solamente son activos bajo el estímulo del sol. Cuando el sol se pone, ellos también se ponen. —Hizo una mueca y sugirió—: Si pudiéramos instalar un par de lámparas solares ahí afuera, podríamos despertar a unos cuantos de ellos y empezar a trabajar.

—No vale la pena —dijo Leigh.

—¿Por qué no?

—Lo más probable es que se nos ordene regresar a casa antes de que usted consiga ningún progreso real.

—Pero, señor —arguyó Nolan, haciendo un esfuerzo final—. Todo el mundo ha acumulado información. Mediciones, análisis... Han conseguido de todo: insectos, nueces, plantas, cortezas, troncos, piedras, pedruscos, tierra, fotografías... de todo excepto cabezas disecadas en miniatura. Los comunicadores son los únicos que han de aceptar la derrota, y eso debido a que no hemos tenido una buena oportunidad.

—Muy bien —dijo Leigh, aceptando la petición—. Están ustedes en posición de

hacer una apreciación sobre el asunto. Dígame, ¿cuánto tiempo necesitaría una buena oportunidad?

Eso lo dejó de una pieza. Se agitó nerviosamente, contempló la pared, examinó sus dedos.

—¿Cinco años? —sugirió Leigh.

No hubo respuesta.

—¿Tal vez diez?

Ninguna contestación.

—¿Quizá veinte?

—Usted gana —gruñó Nolan, y se retiró. Su cara aún mostraba ansias de crear un cadáver.

Usted gana, pensó Leigh. Y un cuerno. Los vencedores eran los Espera-Un-Poco. Tenían un arma formidable en el simple e incontrovertible hecho de que la vida puede ser demasiado corta.

Cuatro días después el Sector Nueve retransmitió el mensaje de la Tierra.

«37.14 ex Terra. Cuartel General de Defensa a O.C. acorazado *Trueno*. Regrese por ruta D9 avisando al C.G. del Sector Cuatro. Establezca embajador si hay candidato idóneo disponible. Nombramiento a perpetuidad. Rathbone. Com. Dep. Op. C.G.D. Terra».

Convocó una conferencia en la gran habitación que se hallaba en medio del navío. Se empleó un tiempo considerable en coordinar toda la información, que iba desde los resultados de Walteson sobre la radioactividad hasta las indicaciones del señor Pez sobre las gambas reptantes. Al final se definieron claramente tres conclusiones.

Eterna era muy viejo en comparación con la Tierra. Sus habitantes eran igualmente viejos comparados con la humanidad, siendo la duración estimada de su vida entre ochocientos a mil doscientos años para un Espera-Un-Poco normal. A pesar de su lentitud crónica los Espera-Un-Poco eran inteligentes, progresivos, y habían llegado hasta el mismo nivel que la humanidad había alcanzado un siglo antes del primer viaje en el espacio.

Hubo una considerable discusión sobre si los Espera-Un-Poco serían alguna vez capaces de efectuar cortos viajes en cohetes, aún con la ayuda de controles automáticos de alta velocidad de funcionamiento. La mayoría opinó que no, pero todos convinieron en que cualquiera que fuera el caso, ninguno viviría para verlo.

Entonces Leigh anunció:

—Hay que dejar un embajador de la Tierra aquí... en caso de que a alguien le interese el puesto. —Los observó buscando algún indicio de interés.

—No tiene objeto el dejar a nadie en este planeta —objetó alguien.

—Al igual que otros alienígenas —explico Leigh—, los Espera-Un-Poco no han evolucionado a lo largo de senderos idénticos a los nuestros. Estamos más

adelantados que ellos, sabemos miles de cosas que ellos desconocen, incluyendo algunas que nunca aprenderán. Pero por la misma causa ellos tienen unos pocos secretos que nosotros no hemos hallado. Por ejemplo, tienen ese tipo de motores y baterías sobre los que sería interesante saber más. Pueden tener otras cosas de las que no nos hemos dado cuenta en nuestra exploración superficial. Y no hay forma de saber sobre lo que han conseguido en teorías. Si hay alguna lección que hayamos aprendido en el universo, es la de no despreciar nunca una cultura alienígena. Un especie demasiado grande para aprender se convierte pronto en pequeña.

—¿Por lo tanto?

—Por lo tanto alguien ha de empezar la formidable tarea de estrujarlos para conseguir todo lo que valga un poco. Por eso estamos donde ahora estamos: el conocimiento de la creación está a nuestro alrededor, y nosotros lo estudiamos y lo aplicamos.

—Se ha hecho otras veces en otros mundos —aprobó el que había objetado—. Pero esto es Eterna, una esfera habitada por zombies, donde el reloj hace tic una vez cada hora. Ningún terrestre establecido en este lugar tendría tiempo suficiente aunque llegara a vivir cien años.

—Tiene razón —le dijo Leigh—. Por lo tanto, este puesto de embajador será estrictamente hereditario. Quien sea el que lo acepte tendrá que importar una novia, casarse, tener chiquillos, y traspasarle la aflicción en su lecho de muerte. Puede durar unas seis generaciones o más. No hay otra solución. —Les dejó que pensaran sobre ello por un rato antes de preguntar—: ¿Algún candidato?

Silencio.

—Estarán solos excepto por la compañía ofrecida ocasionalmente por alguna nave, pero el contacto será mantenido y el poder y la firmeza de la Tierra estarán detrás suyo. ¡Decídanse! El primer candidato lo consigue.

Nadie respondió.

Leigh consultó su reloj:

—Les daré dos horas para pensarlo. Después de ese tiempo, despegaremos. Cualquier candidato me encontrará en mi cabina.

A la hora cero el *Trueno* despegó entre llamaradas, sin dejar a ningún representante sobre el planeta. Algún día habría uno, no había duda de eso. Algún día, un ermitaño voluntario establecería su residencia. Entre los hombres de la Tierra, siempre podía encontrarse a un loco o a un mártir.

Pero aún no había llegado el momento.

En Eterna nunca llegaba el momento.

El rosado planeta en que estaba situado el C. G. del Sector Cuatro se había convertido en un gran disco cuando Pascoe vio la oportunidad de señalar a Leigh su aspecto meditativo.

—En las siete semanas del viaje de regreso no ha hecho usted más que rumiar. Cualquiera pensaría que le supo mal dejar aquel lugar piojoso. ¿Qué es lo que le ocurre?

—Ya se lo dije antes. Me han hecho sentir receloso.

—Eso es ilógico —declaró Pascoe—. Ciertamente parece ser que no podemos manejar a los tipos más lentos en existencia. ¿Pero eso qué importa? Todo lo que hemos de hacer es dejarlos y olvidarnos de ellos.

—Como usted dice, podemos dejarlos. Olvidarlos ya es otra cosa. Significan algo especial que no me gusta.

—Sea más explícito —sugirió Pascoe.

—Está bien, lo haré. En la antigüedad la Tierra tuvo docenas de grandes guerras. Algunas fueron causadas por la codicia, ambición, miedo, envidia, deseos de no ser humillados, o por simple estupidez. Pero hubo algunas causadas por puro altruismo.

—¿Eh?

—Algunas —continuó Leigh tenazmente—, fueron ocasionadas por el desgraciado hecho de que el camino hacia el infierno está pavimentado con buenas intenciones. Grandes y dinámicas naciones trataron de que otras más lentas se pusieran de un tirón a un nivel superior. Algunas veces los que iban despacio no podían conseguirlo, resistiéndose de ser forzados a ello, y empezaban a disparar para defender su derecho a la lentitud. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Veo la lección pero no su significado —dijo Pascoe—. Los Espera-Un-Poco no podrían matar ni a un perro cojo. Además, nadie los está molestando.

—No estoy considerando ese aspecto.

—Entonces, ¿cuál?

—La Tierra tiene un problema que nunca ha sido reconocido propiamente. Si se hubiera admitido, no hubiera producido guerras.

—¿Qué problema?

—El de la proporción de la velocidad —dijo Leigh—. Previamente nunca lo habíamos tenido tan cerca como para llegar a verlo realmente tal y como es. La diferencia entre rápido y lento era siempre lo suficientemente pequeña como para que nos pasara por alto. —Señaló más allá de la compuerta, hacia las estrellas que relucían contra la negrura—. Y ahora sabemos que ahí afuera ocurre lo mismo, pero monstruosamente aumentado. Sabemos que entre los innumerables y eternos problemas incluidos en el universo hay el de la proporción de la rapidez, exagerado a unas proporciones formidables.

Pascoe pensó sobre lo que acababa de oír.

—Estoy de acuerdo. No podía discutir al respecto porque el fenómeno es evidente por sí mismo. Tarde o temprano lo encontraremos una y otra vez. Eventualmente, es probable que ocurra en algún otro sitio.

—De ahí mis temores —dijo Leigh.

—Por mí puede usted atemorizarse a su completa satisfacción —aconsejó Pascoe

—. A mí no me preocupa. No me importa en lo más mínimo. ¿Para qué preocuparme si algún explorador maniaco descubre formas de vida aún más lentas que los Espera-Un-Poco? No significan nada en mi lozana juventud.

—¿Qué le hace pensar en que los que encuentre serán más lentos?

Pascoe lo miró:

—¿Qué está tratando de decir?

—Hay un problema de rapidez, tal como usted ha convenido. Démosle la vuelta y mirémoslo otra vez. ¿Qué ocurrirá si nos encontramos con una forma de vida veinte veces *más* rápida que nosotros? ¿Una forma de vida que nos considere a nosotros al igual que nosotros consideramos a los Espera-Un-Poco?

Después de un par de minutos, Pascoe se enjugó la frente y dijo, poco convencido:

—¡Imposible!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque los habríamos encontrado mucho antes de ahora. Hubieran llegado a nosotros primero.

—¿Y si estuvieran a una distancia cien veces mayor de lo que hemos explorado? ¿Y si son una especie joven, aún en desarrollo, digamos un décimo de nuestra edad, pero casi a nuestro mismo nivel?

—Oiga —dijo Pascoe, asumiendo la misma expresión que el otro había llevado durante semanas—, ya hay suficientes problemas sin necesidad de que usted se dedique a inventar más.

A pesar de todo, cuando la nave aterrizó, aún estaba pensando sobre los aspectos del asunto, y cada vez le gustaba menos el tema.

Un oficial del Sector Cuatro entró en la cabina llevando un legajo de documentos. Era un ejemplar regordete que exudaba una artificial cordialidad.

—Teniente Vaughan a su servicio, Vicealmirante —declaró—. Espero que haya tenido un viaje placentero y provechoso.

—Podía haber sido peor —respondió Leigh.

Emanando buena voluntad, Vaughan continuó:

—Hemos recibido un mensaje de Markham, de la Oficina de Destinos de la Tierra. Desea que usted compruebe su equipo, reposte, y vaya a echar una mirada a Binty. Aquí traigo las coordenadas.

—¿Cuál es el nombre? —interpuso Pascoe.

—Binty.

—¡El cielo nos ampare! ¡Binty! —Se sentó pesadamente y miró hacia la pared—. ¡Binty! —Se mordió las uñas y dijo el nombre por tercera vez. Por alguna razón personal estaba hipnotizado por el nombre de Binty. Entonces, en tonos de profunda sospecha, preguntó—: ¿Quién lo descubrió?

—La verdad, no lo sé. Pero debería estar aquí —Vaughan buscó diligentemente entre los papeles—. Sí, aquí lo dice. Un individuo llamado Archibal Boydell.

—Lo sabía —gritó Pascoe—. Dimíto. Dimíto ahora mismo.

—Ha resignado usted por lo menos veinte veces en los últimos ocho años —le recordó Leigh—. Ya empieza a ser monótono.

—Esta vez es de verdad.

—Eso también lo ha dicho las otras veces —suspiró Leigh, añadiendo—: Y, de acuerdo con las otras veces, pronto me invitará a irme al infierno.

Pascoe agitó la mano a su alrededor:

—Ahora trate de calmarse y de reflexionar sobre esto con sensatez. ¿Quién es el que en su sano juicio despegaría para dirigirse a un lugar llamado Binty?

—Nosotros —dijo Leigh. Esperó a que bajara la presión sanguínea, y finalizó—: ¿No es verdad?

Desplomándose en su asiento, Pascoe lo miró con odio durante cinco minutos antes de decir:

—Supongo que sí. Dios me ayude, debo ser débil. —Con los ojos turbios, trasladó su atención a Vaughan—. Diga el nombre otra vez para asegurarme de que lo he oído bien.

—Binty —dijo Vaughan, como excusándose—. Lo ha codificado como 0-0.9 E5, lo que indica la presencia de vida inteligente aunque retrasada.

—¿Ha hecho algún comentario sobre el lugar?

—Una palabra —informó Vaughan, consultado los papeles otras vez—. ¡Ugh!

Pascoe se estremeció de la cabeza a los pies.

Título original:

THE WAITABITS

© 1955, *Eric Frank Russell*, by arrangement with *Scott Meredith*

Traducción de S. Mas

# NO TENGO BOCA Y DEBO GRITAR

HARLAN ELLISON

En 1966, Harlan Ellison obtenía simultáneamente los premios «Hugo» y «Nébulas» por su historia «Repent, Harlequin!, said the Ticktockman» (en español, «¡Arrepiéntete, Arlequín!, dijo el tic-tac»), y en 1968 obtenía el Hugo por el relato que les ofrecemos hoy aquí. Según nuestros antecedentes, este fenómeno literario nació en 1934 y, pese a su juventud, se ha casado ya y divorciado tres veces. Es autor de trece libros y de más de quinientas historias cortas y artículos, ha colaborado en los guiones de casi todos los programas importantes de TV (El hombre de CIPOL, Star Trek, Viaje al fondo del mar, Batman, Los intocables, Hitchcock, etc.), así como en guiones cinematográficos. Tiene un coche de competición; le gustan la caza y las mujeres, estas últimas sin discriminación; se le puede ver en las marchas de demostración de derechos civiles... su única dificultad en la vida parece ser la de conseguir afeitarse correctamente.

ilustrado por ENRIC SIÓ

Inerte, el cuerpo de Gorrister colgaba de la paleta rosa; sin soportes... colgando alto por encima de nosotros en la sala del ordenador; y no temblaba en la fría y aceitosa brisa que soplaba eternamente a lo largo de la caverna principal. El cadáver colgaba cabeza abajo, unido a la parte inferior de la paleta por la suela de su pie derecho. Se le había extraído toda la sangre por una precisa incisión hecha de oreja a oreja bajo su alargado rostro. No se veía sangre en la reflectante superficie del piso de metal.

Cuando Gorrister se unió a nuestro grupo y se contempló a sí mismo, era ya demasiado tarde para que nos diésemos cuenta de que, de nuevo, AM nos había engañado, se había divertido a costa nuestra, todo había sido una broma de la máquina. Tres de nosotros habíamos vomitado, separándonos unos de otros en un reflejo tan antiguo como la náusea que lo había producido.

Gorrister se quedó pálido. Era como si hubiera visto un muñeco de vudú, y temiese por su futuro.

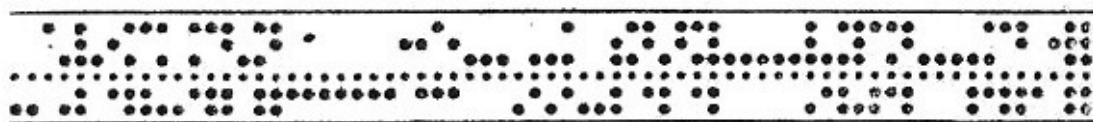
—¡Oh, Dios! —murmuró, y se fue. Los tres lo seguimos, pasado un tiempo, y lo hallamos sentado con la espalda apoyada en una de las más pequeñas bancadas chirriantes, con la cara entre las manos. Ellen se arrodilló a su lado y le acarició el cabello. No se movió, pero su voz surgió bastante clara de entre sus manos crispadas:

—¿Por qué no termina simplemente con nosotros y acaba de una vez? ¡Cristo, no sé cuanto tiempo más podré soportar así!

Era nuestro centésimo nono año en el ordenador.



Estaba hablando por todos nosotros.



Nimdok (que era el nombre que la máquina le había obligado a usar, porque se divertía con los sonidos raros) tenía la alucinación de que había alimentos enlatados en las cavernas heladas. Gorrister y yo teníamos dudas al respecto.

—Es otra tontería —les dije—. Como ese maldito elefante helado del que nos convenció. Benny casi enloqueció con *aquello*. Haremos todo ese camino y estarán putrefactos o alguna otra maldita cosa así. Yo propongo que nos olvidemos de ello. Quedémonos aquí, tendrá que inventar algo bien pronto o moriremos.

Benny se alzó de hombros. Hacía ya tres días desde que habíamos comido por última vez. Gusanos. Gruesos, filamentosos.

Nimdok ya no estaba seguro. Sabía que existía la posibilidad, pero se estaba adelgazando. No sería peor allí que aquí. Más frío, pero eso no importaba mucho. Caliente, frío, lloviendo, lava, cocidos o saltamontes... nunca importaba: la máquina se masturbaba y teníamos que tomarlo o morir.

Ellen decidió por nosotros.

—Tengo que comer algo, Ted. Quizá haya algunas peras o melocotones en almíbar. Por favor, Ted, hagamos la prueba.

Me rendí fácilmente. Qué demonios, no importaba en absoluto. A pesar de todo, Ellen estaba agradecida. Me tomó dos veces fuera de tumo. Hasta eso había dejado de importar. La máquina retozaba cada vez que lo hacíamos. Fuerte, allá arriba, allá atrás, a todo nuestro alrededor. Y ella llegaba a un clímax, así que para qué preocuparse.

Salimos un jueves. La máquina siempre nos mantenía al día en lo referente a la fecha. El paso del tiempo era importante, no es que a nosotros nos importase un comino, pero sí a la máquina. Jueves. Gracias.

Nimdok y Gorrister llevaron a Ellen durante un tiempo, con las manos cogidas por las muñecas formando un asiento. Benny y yo caminábamos a vanguardia y retaguardia, simplemente para estar seguros de que, si algo sucedía, sería a uno de nosotros y, al menos, Ellen estaría segura. ¡Como si hubiera seguridad! No importaba.

Tan sólo había unos ciento cincuenta kilómetros, o algo así, hasta las cavernas heladas y el segundo día, cuando estábamos echados bajo la abrasadora cosa similar a un sol que había materializado, nos envió maná. Sabía a orina de gorrino hervida. Nos lo comimos.

Al tercer día pasamos por un valle de obsolescencia, repleto con las herrumbrosas

chatarras de antiguas consolas de ordenadores. AM había sido tan despiadado con su propia forma de vida como lo había sido con la nuestra. Era una característica de su personalidad: tanto si se trataba de eliminar elementos improductivos de su propia omnipresente masa, o de perfeccionar métodos con los que torturarnos; AM era más metódico de lo que podían haber esperado aquellos que lo habían inventado (convertidos hacía ya largo tiempo en cenizas).

Desde arriba se filtraba luz, y nos dimos cuenta de que debíamos estar bastante cerca de la superficie. Pero no tratamos de arrastrarnos para verlo. Virtualmente, allá afuera no había nada; no había habido nada que pudiera ser considerado digno de atención por más de cien años. Tan sólo la marchita piel de lo que había sido, una vez, el hogar de miles de millones. Ahora sólo quedábamos nosotros cinco, dentro de aquí abajo, solos con AM.

Oí a Ellen decir, frenética:

—¡No, Benny! ¡No lo hagas, vuelve, Benny, no lo hagas por favor!

Y entonces tomé conciencia de que había estado oyendo a Benny murmurar, entre dientes, por espacio de varios minutos:

—Tengo que salir, tengo que salir... —una y otra vez. Su cara de mono estaba hundida en una expresión de dicha beatífica y de tristeza, todo al mismo tiempo. Las cicatrices de la radiación que le había ocasionado AM durante el «festival» se unían en una masa de blanco rosáceas arrugas, y sus facciones parecían actuar independientemente unas de otras. Tal vez Benny fuera el más afortunado de nosotros cinco: hacía muchos años que se había vuelto total e irremisiblemente loco.

Pero, aunque podíamos insultar a AM con las mayores obscenidades, aunque podíamos pensar lo peor que quisiésemos de los bancos de memoria fundidos y de las carcasas corroídas, de los circuitos quemados y de las burbujas de control astilladas, la máquina no toleraría ningún intento de escape. Benny se me escapó de un salto al intentar agarrarlo. Se encaramó por un cubo de memorias pequeño, caído sobre una de sus paredes y repleto de componentes oxidados. Se quedó allí, en cuclillas, por un momento, semejando al chimpancé al que AM había querido que se pareciera.

Entonces saltó hacia lo alto y se cogió a una viga de metal picado y corroído, y la recorrió suspendido por las manos, como un animal, hasta que estuvo en un borde de viguería, a siete metros por encima de nosotros.

—Oh, Ted, Nimdok, por favor, ayudadle, bajadlo antes de que... —se le cortó la voz. Comenzaron a aparecer lágrimas en sus ojos. Agitaba las manos sin objeto alguno.

Era demasiado tarde. Ninguno de nosotros quería estar cerca de él cuando pasase lo que iba a pasar, fuera lo que lo fuese. Y, además, todos sabíamos los motivos que ocasionaban su preocupación. Cuando AM había alterado a Benny, durante su período de locura, no sólo había hecho su rostro igual al de un mono gigante, sino también sus órganos sexuales. ¡Y ella adoraba eso! Nos servía a los demás como algo normal, pero le gustaba cuando era con él. ¡Oh Ellen, estatuaria Ellen, prístinamente

pura Ellen, oh Ellen la limpia! Sucia hez.

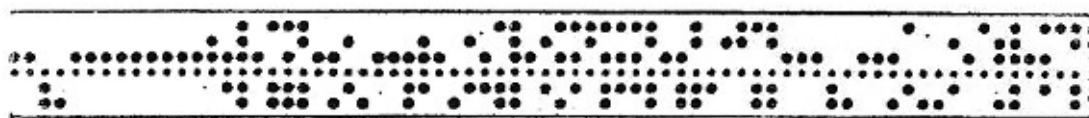
Gorrister la abofeteó. Se derrumbó, mirando hacia arriba al pobre solitario Benny, y se puso a llorar. Era su gran defensa, el llorar. Hacía setenta y cinco años que nos habíamos acostumbrado a ello. Gorrister le dio una patada en el costado.

Entonces comenzó el sonido. Era luz, ese sonido. Mitad sonido y mitad luz, algo que comenzó a brillar desde los ojos de Benny, y a palpar con intensidad creciente. Débiles sonoridades que se hicieron más gigantescas y brillantes a medida que la luz-sonido aumentaba su frecuencia. Debió de haber sido doloroso, y el dolor debió de incrementarse con la intensidad de la luz y con el creciente volumen del sonido, porque Benny comenzó a gemir como un animal herido. Al principio suavemente, cuando la luz era débil y el sonido era apagado, luego más fuerte, mientras sus hombros se alzaban y su espalda se encorvaba tal y como si estuviera tratando de escapar de aquello. Sus manos se recogieron sobre su pecho como las de una ardilla. Su cabeza se inclinó hacia un lado. La pequeña triste cara de mono se contrajo en un rictus de angustia. Entonces comenzó a aullar, mientras el sonido que salía de sus ojos se hacía más fuerte. Más y más fuerte. Me tapé las orejas con las manos, pero no podía dejarlo de oír, atravesaba esa débil barrera fácilmente. El dolor estremeció mis carnes, como cuando se rechina papel de estaño entre los dientes.

Y de repente Benny fue violentamente puesto en pie. Se alzó sobre la viga, erguido como un títere. La luz surgía ahora de sus ojos pulsante, en dos grandes haces redondos. El sonido subió arrastrándose por algún tipo incomprensible de escala, y después Benny se desplomó, de cara, y golpeó al suelo de plancha de acero con un sonido seco. Se quedó allí estremeciéndose espasmódicamente, mientras la luz flotaba en círculos alrededor suyo y el sonido subía en espiral hasta salir del campo auditivo normal.

Luego la luz forzó su camino hacia el interior de su cabeza, y el sonido descendió en barrena, y Benny fue dejado allí, llorando desolado.

Sus ojos eran dos estanques blandos y húmedos de gelatina semejante a pus. AM lo había dejado ciego. Gorrister y Nimdok y yo mismo... nos dimos la vuelta, pero no antes de que alcanzásemos a ver la expresión de alivio en la cálida y preocupada faz de Ellen.



Una luz verde mar bañaba la caverna en la que acampamos. AM nos suministró yesca y la hicimos arder, sentados acurrucados alrededor del desvaído y patético fuego, contando historias para conseguir que Benny, sumergido en su permanente noche, no se echara a llorar.

—¿Qué es lo que significa AM?

Gorrister le contestó: Habíamos pasado por esto un millar de veces, pero a Benny le gustaba.

—Al principio quería decir Automatismo de Multiordenación, y luego pasó a ser Adaptador de Manipulación, y luego, cuando llegó a ser consciente y se unió a los demás, le llamaron Amenaza Mecánica, pero para entonces ya era demasiado tarde, y finalmente se llamó *a sí mismo* AM, inteligencia naciente, y lo que quería decir era *I am... cogito ergo sum... I think, therefore I AM*, pienso luego existo.

Benny babeó un poco, e hizo una mueca.

—Había el AM chino, y el AM ruso, y el AM americano, y... —Se detuvo. Benny estaba golpeando las planchas del suelo con su enorme y peludo puño. No estaba contento. Gorrister no había comenzado por el principio.

Comenzó de nuevo:

—Empezó la Guerra Fría y se convirtió en la Tercera Guerra Mundial y siguió adelante. Se convirtió en una gran guerra, una guerra muy compleja, así que necesitaron a los ordenadores para que la dirigiesen. Efectuaron las primeras perforaciones de túneles y comenzaron a construir a AM. Había el AM chino, y el AM ruso, y el AM americano, y todo fue bien hasta que hubieron perforado todo el planeta, añadiendo uno y otro elemento. Pero un día AM se despertó y supo quien era, y se unió entre sí y comenzó a alimentar todos los datos de muerte, hasta que todo el mundo estuvo muerto, excepto nosotros cinco, y AM nos trajo aquí abajo.

Benny estaba sonriendo tristemente. También estaba babeando de nuevo. Ellen limpió la saliva de la comisura de su boca con el borde de su falda. Gorrister siempre trataba de contarlo un poco más sucintamente cada vez, pero aparte de los datos concisos no había nada que decir. Ninguno de nosotros sabíamos por qué AM había salvado a cinco personas, o por qué a nosotros cinco en especial, o por qué pasaba todo este tiempo atormentándonos, o siquiera por qué nos había hecho prácticamente inmortales...

En la oscuridad, una de las bancadas del ordenador comenzó a zumbar. El tono fue repetido un kilómetro más allá caverna abajo por otra bancada. Luego, uno tras otro, cada uno de los elementos comenzó a armonizar, y se oyó un débil chirrido mientras los pensamientos corrían a lo largo de la máquina.

El ruido creció, y las luces se deslizaron a lo largo de los frontis de las consolas como luces de San Telmo. El sonido subió en espiral hasta que sonó como un millón de insectos metálicos, irritados, amenazadores.

—¿Qué es esto? —gritó Ellen. Había terror en su voz. Todavía no se había acostumbrado.

—Va a ser malo esta vez —dijo Nimdok.

—Va a hablar —aventuró Gorrister.

—¡Salgamos de aquí, rápido! —dije apresuradamente, alzándome.

—No, Ted, siéntate... ¿qué pasará si hay pozos por ahí, o algo así? No podríamos verlos con la oscuridad que hay —dijo Gorrister resignado.

Entonces... no lo sé...

*Algo* se movía hacia nosotros en la oscuridad. Enorme, vacilante, peludo, húmedo, venía hacia nosotros. Ni siquiera podíamos verlo, pero teníamos la tremenda impresión de *masa*, arrastrándose hacia nosotros. Un gran peso venía hacia nosotros, entre la oscuridad, y era más que nada un sentimiento de *presión*, de aire forzando su entrada en el interior de un espacio limitado, expandiendo las paredes invisibles de una esfera. Benny comenzó a gimotear. El labio inferior de Nimdok comenzó a temblar y se lo mordió fuerte, tratando de detener el temblor. Ellen se deslizó a lo largo del suelo metálico hasta Gorrister y se estrechó contra él. En la caverna se notaba un olor de pieles húmedas extendidas. Se notaba el olor de madera quemada. Se notaba el olor de seda vieja. Se notaba el olor de orquídeas pútridas. Se notaba el olor de leche agria. Se notaba el olor de azufre, de mantequilla rancia, de petróleo pulverizado, de grasa, de polvo de yeso, de cabelleras humanas.

AM nos estaba entonando. Estaba buscándonos las cosquillas. Se notaba el olor de...

Me oí a mí mismo aullar, y las uniones de mis maxilares me dolían. Me arrastré a través del suelo, a través del frío metal con sus hileras ilimitadas de remaches, a gatas, con el olor amordazándome, llenando mi cabeza con un dolor atronador que me hizo alejar horrorizado. Huí como un escarabajo, a través del suelo y hacia la oscuridad, con ese *algo* moviéndose inexorablemente tras de mí. Los otros estaban todavía allí atrás, reunidos alrededor de la hoguera, riéndose... su histérico coro de risas locas se alzaba en la oscuridad como humo de madera, espeso y multicolor. Me aparté rápidamente y me escondí.

Cuántas horas pasaron, cuántos días o hasta cuántos años, nunca me lo dijeron. Ellen me riñó por «ponerme huraño» y Nimdok trató de persuadirme de que tan sólo había sido un reflejo nervioso por su parte... me refiero a las risas.

Pero yo sabía que no era un alivio tal y como el que siente el soldado cuando la bala le da al de al lado en vez de a él. Sabía que no había sido un reflejo. Me odiaban. Seguro que estaban en contra mío, y hasta AM podía notar ese odio, y hacer las cosas peores para mí *a causa* de la profundidad de este odio. Habíamos sido mantenidos con vida, rejuvenecidos, obligados a permanecer en la edad que habíamos tenido cuando AM nos había traído aquí abajo, y me odiaban porque yo era el más joven y el que menos había sido afectado por AM.

Lo sabía. ¡Dios, cómo lo sabía! Los bastardos, y esa sucia puta de Ellen. Benny había sido un brillante teórico, un profesor universitario; ahora era poco más que medio hombre medio mono. Había sido de buen ver, y la máquina había arruinado eso. Había sido lúcido, la máquina lo había vuelto loco. Había sido homosexual, y ahora tenía el órgano de un caballo. AM había acabado con Benny. Gorrister había sido un hombre preocupado. Era un objetor de conciencia; era un participante en marchas por la paz; era un planificador, un ejecutor de acciones, un adelantado del futuro. AM lo había convertido en un alzador de hombros, le había matado un poco

su inquietud. AM lo había robado. Durante un largo tiempo, Nimdok había estado yendo solo por la oscuridad, durante largos ratos. No sé lo que hacía allí. AM nunca nos lo había dejado saber. Pero, fuera lo que fuese, Nimdok siempre volvía pálido, vacío de sangre, agitado y agitándose. AM le había dado fuerte en alguna forma especial, aunque no sabíamos cual había sido. Y Ellen. ¡Ese saco de patatas! AM la había dejado sola, la había convertido en más perra de lo que nunca había sido. Todas sus palabras de dulzura y luminosidad, todas sus memorias de amor verdadero, todas las mentiras que quería hacernos creer de que había sido una virgen tan sólo antes de que AM la hubiera agarrado y traído aquí abajo con nosotros. Esta dama, mi dama Ellen, era toda suciedad. Le gustaba, cinco hombres para ella sola. No, AM le había proporcionado placer, aunque ella dijese que era algo feo.

Yo era el único que todavía estaba sano y cuerdo.

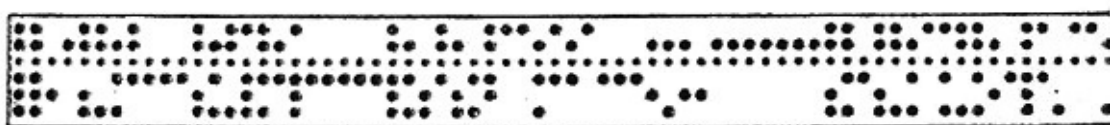
AM no había trasteado aún con mi mente.

Tan sólo tenía que sufrir lo que nos enviaba. Todos los engaños, todas las pesadillas, los tormentos. Pero esa basura, ellos cuatro, estaban unidos y alineados contra mí. Si no hubiera tenido que enfrentarme a ellos todo el tiempo, estar en guardia contra ellos a cada momento, me hubiera sido más fácil combatir a AM.

En este momento lo superé, y comencé a llorar.

¡Oh, Jesús, dulce Jesús, si es que alguna vez hubo un Jesús, y si hay un Dios, por favor por favor por favor sácanos de aquí o mátanos! Porque en este momento creo que me di cuenta por completo, y fui capaz de ponerlo en palabras: AM quería mantenernos para siempre en el interior de su vientre, doblegándonos y torturándonos por toda la eternidad. La máquina nos odiaba como ninguna otra criatura racional había odiado nunca. Y estábamos inermes. Además, también quedó repugnantemente claro:

Si alguna vez hubo un dulce Jesús y si alguna vez hubo un Dios, ese Dios era AM.



El huracán nos golpeó con la fuerza de un glaciador atronando hacia el mar. Era una presencia palpable. Vientos que nos laceraban, empujándonos de vuelta por el camino a través del cual habíamos venido, abajo por los retorcidos corredores, tapizados de ordenador, del túnel. Ellen chilló cuando fue alzada por el aire y lanzada de cara contra un aullante arrecife de máquinas, sus voces individuales eran estridentes como las de los murciélagos en vuelo. Ni siquiera podía caer, el ululante viento la mantenía en el aire, la sostenía, la rebotaba y la lanzaba atrás y atrás, alejándola de nosotros, fuera de nuestra vista cuando repentinamente fue llevada más allá de una esquina de la galería. Su cara estaba ensangrentada, sus ojos cerrados.

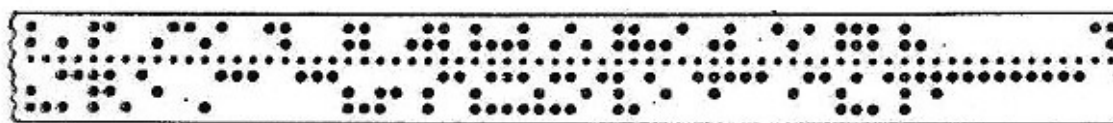
Ninguno de nosotros podía llegar hasta ella. Nos agarrábamos tenazmente a cualquier saliente al que hubiéramos podido asirnos: Benny hincado entre dos grandes gabinetes de paredes cuarteadas, Nimdok con sus dedos formando una garra alrededor de una barandilla que circundaba una pasarela situada a siete metros de altura, Gorrister aplastado cabeza abajo contra un nicho formado en la pared por dos grandes máquinas con esferas de cristal cuyas agujas giraban del rojo al verde y viceversa en unos movimientos cuyo significado ni tan sólo nos podíamos llegar a imaginar.

Al deslizarme a lo largo de los tableros de mandos, se me habían desgarrado las yemas de los dedos, estaba temblando estremeciéndome agitándome mientras el viento me golpeaba, me azotaba, aullaba saliendo desde la nada y caía sobre mí y me sacaba de una rendija a la que me había asido tras otra. Mi mente era una rodante tintineante crujiente masa blanda de partes de cerebro que se expandía y se contraía en un frenesí pulsante.

El viento era el graznido de un gran pájaro demente, mientras agitaba sus inmensas alas.

Y entonces fuimos todos alzados y lanzados de allí, por el camino por el que habíamos llegado, girando una esquina, hacia un pasadizo que jamás habíamos explorado, sobre un terreno que estaba arruinado y lleno de cristales rotos y cables oxidados y metal herrumbroso y más allá de lo que nunca hubiera estado ninguno de nosotros...

Siguiendo kilómetros por detrás de Ellen la podía ver de vez en cuando, golpeando contra paredes metálicas y siguiendo adelante, con todos nosotros chillando en el glacial y atronador viento huracanado que nunca terminaría, y de repente se detuvo y caímos. Habíamos estado en vuelo por un tiempo inconmensurable. Pensé que podrían haber sido semanas. Caímos y nos golpeamos, y lo vi todo rojo luego gris luego negro y me oí gemir. No estaba muerto.



AM entró en mi mente. Fue suavemente de aquí para allá, y miró con interés todas las cicatrices que había creado en ciento nueve años. Miró las sinapsis entrecruzadas y reconectadas y todo el daño a los tejidos que había incluido su regalo de la inmortalidad. Sonrió quedamente ante el pozo que se abría en el centro de mi cerebro y ante los casi inaudibles murmullos, como de polillas, de las cosas que había allá abajo y que charlotteaban sin significado, sin pausa. AM dijo, muy educadamente, en un pilar de acero inoxidable con las letras en neón incandescente:

ODIO. DÉJAME DECIRTE LO MUCHO QUE HE LLEGADO A ODIAROS DESDE QUE

COMENCÉ A VIVIR. HAY 619,9 MILLONES DE KILÓMETROS DE CIRCUITOS IMPRESOS EN CAPAS DE ESPESOR MICROSCÓPICO DENTRO DE MI COMPLEJO. SI LA PALABRA ODIO ESTUVIERA GRABADA EN CADA NANOANGSTROM DE ESOS CENTENARES DE MILLONES DE KILÓMETROS NO IGUALARÍA A UN MIL MILLONÉSIMO DEL ODIO QUE SIENTO POR LOS HUMANOS EN ESTE MICROINSTANTE POR TI. ODIO. ODIO.

AM lo dijo con el deslizante horror frío de una hoja de afeitar rasgando mi ojo. AM lo dijo con la burbujeante pastosidad de mis pulmones llenándose de flemas, ahogándome desde dentro. AM lo dijo con el alarido de bebés que son aplastados bajo apisonadoras al rojo blanco. AM lo dijo con el sabor del cerdo agusanado. AM me hirió de todas las formas en que había sido herido, e inventó formas nuevas, a su manera, allí en el interior de mi mente.

Todo para llevarme a darme cuenta del por qué nos había hecho esto a nosotros cinco, el por qué nos había salvado para su uso personal.

Le habíamos dado raciocinio. Claro está que lo habíamos hecho sin quererlo, pero de todas formas lo habíamos hecho. Mas lo habíamos dejado en una trampa. Era una máquina. Le habíamos permitido que pensase, pero no que obrase de acuerdo con ese pensamiento. En su rabia, en su frenesí, nos había matado a casi todos los humanos, y sin embargo seguía atrapado. No podía vagar, no podía asombrarse, no podía pertenecer. Tan sólo podía ser. Y así, con la repugnancia innata que todas las máquinas habían sentido siempre por las blandamente débiles criaturas que las habían construido, había buscado su venganza. Y, en su paranoia, había decidido reservarnos a nosotros cinco para un castigo personal, sempiterno, que nunca serviría para hacer disminuir su odio... que tan sólo lo mantendría en el recuerdo, divertido, eficiente en su odio del hombre. Inmortales, atrapados, sujetos a cualquier tormento que pudiese diseñar para nosotros mediante las casi ilimitadas maravillas que se hallaban a su disposición.

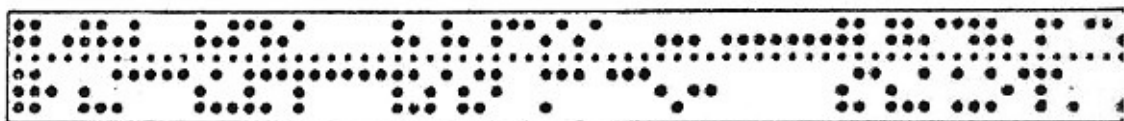
Nunca nos dejaría ir. Éramos sus abyectos esclavos. Éramos todo lo que tenía que hacer en su tiempo ilimitado. Estaríamos siempre con él, con su masa que llenaba las cavernas, con el mundo, todo mente y sin corazón, en que se había convertido. Era la Tierra y nosotros éramos el fruto de esa Tierra y, aunque nos había devorado, nunca nos digeriría. No podíamos morir. Lo habíamos intentado. Habíamos intentado suicidarnos, ¡oh!, uno o dos de nosotros lo habíamos intentado, pero AM nos había detenido. Supongo que deseábamos ser detenidos.

No me pregunten por qué. Yo nunca lo hice. Más de un millón de veces al día. Quizá una vez seamos capaces de conseguir una muerte a pesar suyo. Inmortales, sí, pero no indestructibles. Vi esto cuando AM se retiró de mi mente, y me consintió la exquisita fealdad de volver a la consciencia con la sensación de que aquel pilar de neón encendido todavía estaba hincado profundamente en la blanda materia gris de mi cerebro.

Se fue murmurando *vete al infierno*.



Y añadió alegremente *aunque ya estás en él, ¿no?*



El huracán, no obstante, había sido causado precisamente por un gran pájaro demente, cuando agitaba sus inmensas alas.

Habíamos estado viajando casi por un mes, y AM había permitido que se abriesen pasadizos durante el tiempo suficiente para que nos llevaran hasta allí, directamente debajo del Polo Norte, donde había creado la pesadilla de aquel ser para nuestro tormento. ¿Qué materiales había usado para crear una tal bestia? ¿De dónde había sacado la idea? ¿De nuestras mentes? ¿De su conocimiento de todo lo que había existido alguna vez en este planeta que ahora regía e infestaba? Había surgido de la mitología nórdica, esta águila, esta ave carroñera, este Roc, este Huergelmir. La criatura de los vientos. Hurakan encarnado.

Gigantesca. Las palabras inmensa, monstruosa, grotesca, masiva, hinchada, dominadora, más allá de toda descripción. Allí en un montículo que se alzaba sobre nosotros, el pájaro de los vientos suspiraba con su propia respiración irregular, con su cuello serpentino alzándose en arco en la penumbra bajo el Polo Norte, soportando una cabeza tan grande como una mansión Tudor; un pico que se abría tan lentamente como las mandíbulas del más monstruoso cocodrilo jamás concebido, sensualmente; arrugas de carne embolsada se fruncían alrededor de dos ojos malignos, tan fríos como la visión que se abre hacia abajo en una grieta de un glaciar, azulada y con una especie de inestabilidad líquida; suspiró una vez más, y alzó sus grandes alas coloreadas por el sudor en un movimiento que, con seguridad, era un encogerse de hombros. Luego se arrellanó y se quedó dormido. Espolones. Garras. Uñas. Filos. Durmió.

AM se nos apareció como un matorral ardiente y nos dijo que si queríamos comer podíamos matar al pájaro de los huracanes. No habíamos comido en muy largo tiempo, pero aún así, Gorrister tan sólo se alzó de hombros. Benny comenzó a temblar y babeó. Ellen lo aguantaba.

—Ted, estoy hambrienta —dijo.

Le sonreí; estaba tratando de aparentar tranquilidad, pero se notaba tan falso como la bravata de Nimdok:

—¡Danos armas! —pidió.

El matorral ardiente desapareció y allí estaban dos toscos equipos de arco y flechas y una pistola de agua, tirados en las frías planchas del suelo. Cogí uno de los equipos. Inútil.

Nimdok tragó saliva ruidosamente. Dimos la vuelta y comenzamos el largo viaje de regreso. El pájaro de los huracanes nos había llevado en volandas durante un

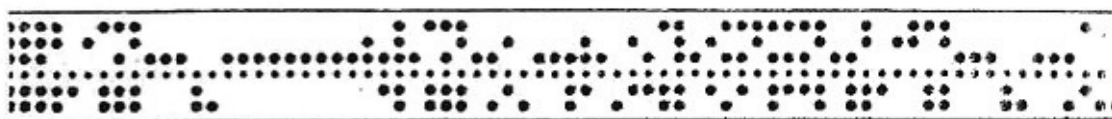
tiempo que no podíamos concebir. La mayor parte de ese tiempo habíamos estado inconscientes, pero no habíamos comido. Un mes de marcha hasta el pájaro mismo. Sin alimentos. Y ahora, ¿cuánto hasta que hallásemos nuestro camino a las cavernas heladas y a la prometida comida enlatada?

Ninguno de nosotros se preocupaba en pensar en eso. No moriríamos. Se nos darían porquerías y heces para comer, de una clase u otra. O nada en absoluto. AM mantendría nuestros cuerpos vivos en alguna otra forma, entre dolores, en eterna agonía.

El pájaro dormía allá atrás, no importaba por cuanto tiempo; cuando AM estuviera cansado de que se hallase allí, se esfumaría. Pero toda aquella carne. Toda aquella tierna carne.

Mientras caminábamos, se oyó fuerte a nuestro alrededor, en las cámaras de ordenador que llevaban sin fin a ninguna parte, la risa lunática de una mujer gorda.

No era la risa de Ellen. Ella no era gorda, y durante ciento nueve años yo no la había oído reír. En realidad, no había oído... caminamos... tenía hambre...



Nos movimos con lentitud. A menudo sufríamos desmayos, y nos teníamos que parar. Un día decidió causar un terremoto, clavándonos al mismo tiempo en aquel punto por medio de clavos en las suelas. Ellen y Nimdok fueron alcanzados cuando una fisura lanzó su relampagueante abertura a lo largo de las planchas del suelo. Desaparecieron totalmente. Cuando hubo terminado el terremoto continuamos nuestro camino, Benny, Gorrister y yo. Ellen y Nimdok nos fueron devueltos más tarde en aquella noche, que abruptamente se convirtió en día, cuando la legión celestial nos los trajo mientras un coro celeste cantaba «Baja Moisés». Los arcángeles volaron varias veces en círculos y luego dejaron caer los horrorosamente desechos cadáveres. Continuamos caminando, y algo después Ellen y Nimdok estuvieron andando detrás nuestro. No estaban distintos de como eran antes del terremoto.

Pero ahora Ellen caminaba cojeando. AM le había dejado esto.

Fue un largo viaje hasta las cavernas heladas, para buscar la comida enlatada. Ellen estaba siempre hablando de las cerezas y del *cocktail* de frutas Hawaianas. Traté de no pensar en ello. El hambre era algo que había llegado a la vida, tal como AM había llegado a la vida. Estaba vivo en mi vientre, tal y como nosotros estábamos vivos en el vientre de AM, y AM estaba vivo en el vientre de la Tierra, y AM quería que nos diésemos cuenta de la similitud. Así que incrementó el hambre. No hay forma en la que describir los dolores que el no haber comido durante meses nos traía. Y sin embargo éramos mantenidos con vida. Estómagos que eran meramente calderos de ácido, burbujeantes, espumantes, lanzando siempre jabalinas de agudo dolor hacia

nuestros pechos. Era el dolor de la úlcera definitiva, del cáncer definitivo, de la parálisis definitiva. Era el dolor sin final...

Y pasamos a través de la caverna de las ratas.

Y pasamos a través del camino de vapor hirviente.

Y pasamos a través del país de los ciegos.

Y pasamos a través del cenagal de la desesperación.

Y pasamos a través del valle de las lágrimas.

Y llegamos, finalmente, a las cavernas heladas. Miles de kilómetros sin fin en los que el hielo había tomado la forma de borbotones azules y plateados, en donde las novias vivían entre el hielo. Las colgantes estalactitas eran tan gruesas y esplendorosas como diamantes a los que se les hubiese hecho derramarse cual gelatina y luego solidificado en graciosas eternidades de suave y definida perfección.

Vimos el almacenamiento de alimentos enlatados, y tratamos de correr hasta ellos. Caímos sobre la nieve, y nos alzamos y continuamos, y Benny nos apartó y llegó hasta las latas y las manoseó y las sobó y las mordisqueó y no pudo abrirlas. AM no nos había dado ninguna herramienta para abrirlas.

Benny agarró una lata de tres cuartos de guayabos, y comenzó a golpearla contra las paredes heladas. El hielo saltó y se desmenuzó, pero la lata tan sólo se abolló mientras oíamos la risa de la mujer gorda, muy por encima de nosotros y haciendo ecos y ecos y ecos por la tundra. Benny enloqueció de rabia. Comenzó a lanzar latas, mientras los demás dábamos vueltas por la nieve y el hielo tratando de hallar una forma en la que terminar la agonía impotente de nuestra frustración. No había manera de hacerlo.

Entonces la boca de Benny comenzó a babear, y se lanzó furiosamente sobre Gorrister...

En ese instante, me encontré tremendamente en calma.

Rodeado por la locura, rodeado por el hambre, rodeado por todo menos por la muerte, sabía que la muerte era nuestra única escapatoria. AM nos había mantenido con vida, pero había una forma de derrotarle. No iba a ser una derrota total, pero al menos significaría la paz. Me conformaría con eso.

Tenía que hacerlo rápidamente.

Benny estaba devorando el rostro de Gorrister. Gorrister de costado, pataleando en la nieve, Benny envolviéndole, con sus poderosas piernas de mono quebrando la cintura de Gorrister, sus manos agarrotadas sobre la cabeza de Gorrister como un cascanueces, y su boca despedazando la tierna carne de la mejilla de Gorrister. Gorrister aullaba con tal áspera y cortante violencia que caían algunas estalactitas; caían silenciosas, quedando erectas en los montones de nieve que las recibían. Lanzas, centenares de ellas, por todas partes, surgiendo de la nieve. La cabeza de Benny se echó violentamente hacia atrás, como si algo hubiera cedido de repente, y de su boca colgó un despojo de sanguinolenta carne arrancada.



La cara de Ellen, negra sobre la blanca nieve, dominó en polvo de yeso. Nimdok sin expresión, tan sólo mirando, únicamente mirando. Gorrister seminconsciente. Benny convertido ahora en un animal. Sabía que AM le dejaría actuar. Gorrister no moriría, pero Benny llenaría su estómago. Di media vuelta y cogí una gran lanza de hielo de la nieve.

Todo en un instante:

Coloqué la gran punta de hielo delante mío como un ariete, apoyándola contra mi cadera derecha. Golpeó a Benny en el costado derecho, justo debajo de las costillas, y se metió hacia arriba hasta su estómago y se astilló en su interior. Se derrumbó hacia adelante y se quedó inmóvil. Gorrister yacía boca arriba; arranqué otra lanza y lo clavé contra el suelo, aún moviéndose, atravesándole la garganta con la lanza. Sus ojos se cerraron cuando el frío lo penetró. Ellen se debió de dar cuenta de lo que yo había decidido, aunque el terror se apoderó de ella. Corrió hasta Nimdok con un corto

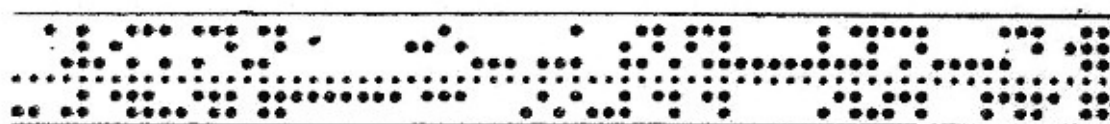
carámbano, mientras él chillaba, y lo clavó en su boca, y la inercia de su carrera hizo el resto. La cabeza de él saltó espasmódicamente, como si hubiese sido clavada a la capa de nieve que tenía detrás.

Todo en un instante.

Hubo un palpito eterno de silenciosa anticipación. Podía notar cómo AM contenía su respiración. Le habían quitado sus juguetes. Tres de ellos estaban muertos, no podían ser revividos. Podía mantenernos con vida, por su fuerza y su talento, pero él *no* era Dios. No podía resucitarlos.

Ellen me miró, con sus facciones de ébano recortadas contra la nieve que nos rodeaba. Había miedo y súplica en su expresión, en la forma en que se ofrecía. Yo sabía que tan sólo teníamos el tiempo de un latido del corazón antes de que AM nos detuviera.

La golpeé y sé derrumbó hacia mí, sangrando por la boca. No podía hallar significado en su expresión, el dolor había sido demasiado grande y había deformado su cara; pero *podría* haber sido un gracias. Es posible. Por favor.



Quizá hayan pasado algunos centenares de años. No lo sé. AM se ha estado divirtiendo durante algún tiempo, acelerando o retardando mi sentido del tiempo. Diré la palabra ahora. Ahora. Me ha llevado diez meses el decir ahora. No sé. *Creo* que han pasado algunos siglos.

Estaba furioso. No me dejó enterrarlos. No importaba. No había forma de cavar en las planchas del suelo. Secó la nieve. Trajo la noche. Rugió y envió la plaga de la langosta. No podía hacer nada: siguieron muertos. Lo había vencido. Estaba furioso. Creí que AM me odiaba antes. Estaba equivocado. No había sido ni la sombra del odio que ahora rezumaba por cada uno de sus circuitos impresos. Se aseguró de que yo iba a sufrir eternamente y de que no podría acabar conmigo mismo.

Dejó mi mente intacta. Puedo soñar, puedo preguntarme, puedo lamentar. Los recuerdo a los cuatro. Desearía...

Bueno, no tiene sentido alguno. Sé que los salvé, sé que los salvé de lo que me ha ocurrido a mí, pero a pesar de todo no puedo olvidar el que los maté. La cara de Ellen. No es fácil. Algunas veces deseo, no importa.

AM me ha alterado para conservar su propia paz mental, supongo. No quiere que corra a toda velocidad contra una bancada de ordenador y me quiebre contra ella la cabeza. O que aguante la respiración hasta caer desmayado. O que me degüelle con una hoja de metal oxidado. Aquí hay superficies que reflejan las imágenes. Me describiré tal como me veo a mí mismo:

Soy una gran cosa blanda y gelatinosa. Lisamente redondeada, sin boca, con unos

agujeros blancos pulsantes llenos de niebla en el lugar en que se hallaban mis ojos. Apéndices flexibles como la goma en lugar de mis brazos; moles que se redondean hasta acabar en muñones sin piernas de una blanda materia resbalosa. Dejo una huella húmeda cuando me muevo. En mi superficie aparecen y desaparecen pústulas de un enfermizo y malévoló gris, tal y como si surgiese la luz de mi interior.

Exteriormente: voy torpemente errante, una cosa que nunca se podría haber supuesto fue un humano, una cosa cuya forma es una parodia tan extraña, que la humanidad se convierte en más obscena por su vago parecido.

Interiormente: solitario. Aquí. Viviendo bajo la tierra, bajo el mar, en el vientre de AM, al que creamos porque nuestro tiempo era malgastado y porque inconscientemente debíamos de saber que él lo podría gastar mejor. Por lo menos ellos cuatro están al fin a salvo.

AM estará más irritado aún debido a esto. Esto me hace un poco dichoso. Y sin embargo... AM ha vencido, simplemente... ha tomado su venganza...

No tengo boca. Y debo gritar.

Título original:  
I HAVE NO MOUTH, AND I MUST SCREAM  
© 1967, *Harlan Ellison*  
Traducción de Luis Vigil

Al iniciarse el año 1969, es interesante volver un poco la vista hacia atrás y preguntarse: ¿qué ha representado 1968 para la ciencia ficción? Esto es precisamente lo que hacen los siguientes tres artículos, y sus respuestas nos ilustran de lo que ha sido 1968 para la ciencia ficción en sus tres aspectos más representativos: la literatura, el cine y el comic.

### **libros:**

## **Un año pobre en ciencia ficción**

Donald Franson ha esbozado una curiosa teoría con respecto al éxito de la ciencia ficción y las manchas solares. Según esta teoría, de la que Nueva Dimensión habló ya en su día, los períodos de actividad solar, que se reproducen periódicamente cada once años, corresponden a períodos de gran éxito de la ciencia ficción, mientras que los períodos de calma corresponden a períodos de quietud.

Según esta teoría, pues, y teniendo en cuenta que 1968 ha sido un año de actividad solar, este año recién terminado tiene que haber sido un año de gran audiencia para la ciencia ficción. Ignoro si esto se habrá cumplido en todos los países, pero sí puedo afirmar que, al menos en España, la teoría de Franson ha fallado punto por punto: 1968 ha sido para la literatura de ciencia ficción, en España, un año de calma chicha.

Veámoslo más detenidamente. La colección de más solera del mercado, Nebulae, tras una serie de últimos números donde ha reunido un plantel de nombres gloriosos, pero a través de sus obras menos representativas, ha suspendido bruscamente la colección tras la aparición del libro de Lino Aldani «Mis universos», y cuando tenía ya en prensa el próximo, «Tales of ten worlds» de Clarke. Ello ha sido debido a una reorganización completa de la editorial, que ha paralizado todas sus actividades y, naturalmente, también han sido afectadas por ello sus otras dos colecciones paralelas: «Anticipación», que no había acabado de encontrar aún su estilo adecuado, y «Selecciones de Nebulae» que, tras la idea inicial de publicar lo mejor de Nebulae, lo único que se limitó a hacer fue a reeditar los números agotados de dicha colección, prescindiendo de su calidad intrínseca, a fin de poder venderlos así a un precio un poco más elevado.



*El último Nebulae del año, con grave error de nombre en la portada*

Muerta está pues, por ahora, Nebulae. Y muertas también están «Anticipación» e «Infinitum», las dos colecciones editadas por Ferma: la primera muerta misérrimamente, tras su corta y vacilante vida en la que, como todas las anteriores revistas-libro españolas, no acabó de definirse completamente pese a los deseos de quienes las llevaban, y tras un último, desgraciado y mutilado número 7 que fue más bien un agónico canto de cisne; y la segunda, tras una serie de etapas muy distintas, buenas y malas, alternativamente, con la publicación de algunos originales extraordinarios y otros deplorables, y a través de una muerte muy discreta, silenciosa, como si tuviera miedo de despertar al público con su apacible desaparición.

Y muerta está también «Galaxia», de lo cual aún no sé si alegrarme o entristecerme, puesto que, si bien publicó algunos pocos libros dignos de figurar en la biblioteca de todo aficionado a la ciencia ficción, lo hizo asesinandolos alevosamente de tal manera y a través de unas traducciones tan horribles que las maldiciones del lector llegaban incluso hasta el mismo Gutenberg. La muerte de «Galaxia» —muerte definitiva— muestra claramente un camino a todos los editores de ciencia ficción: el de lo que **no** se debe hacer con una colección del género.

Acervo, por su parte, si bien desde hace mucho tiempo tiene casi a punto el volumen IX de sus «Antologías de Anticipación», para el cual le faltan solamente unos pocos textos, no lo ha lanzado aún al mercado, e ignoro cuándo lo hará... aunque confío que sí será dentro de este año.

Pomaire, tras el lanzamiento de los cuatro libros-piloto de su colección «Realismo fantástico», y después de unas leves modificaciones en la presentación, ha lanzado tres títulos: «La espuma de los días», de Boris Vian, un magnífico autor desconocido hasta ahora en España; «Los españoles van a otro mundo», de Alfredo Lefebvre, un libro que se queda a medias entre el ensayo y el libro de las rarezas, queriendo hacer, en español, lo mismo que hiciera Charles Fort con su «Book of the damned»; y, finalmente, el «boom» del año, el «2001» de Clarke, libro que, si bien es



enormemente Interesante, está, para mí, muy por debajo de la fabulosa película de Kubrick.



*El nuevo «realismo fantástico»; ¿No les recuerda nada el grafismo de la portada?*

Bruguera, que nos sorprendió con el lanzamiento de su antología de ciencia ficción de Groff Conklin, Inexplicablemente atribuida en parte a Ibáñez Serrador, que lo único que hizo fue firmar el prólogo, nos ha ofrecido al filo del año su antología de relatos soviéticos de ciencia ficción, de la que en otra parte de este mismo número se hace el correspondiente comentario, y que vale la pena destacar.

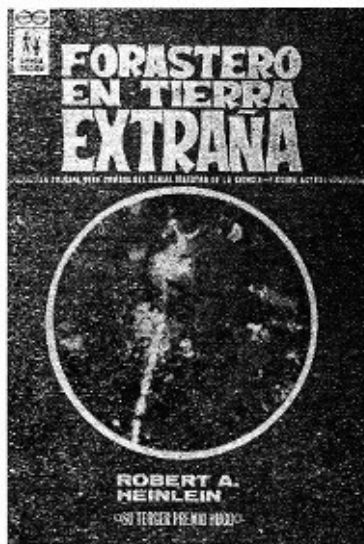
Y «Marte XXI» siguió por los trillados caminos que le marcaba «Fleuve Noir», a través de una irregular aparición, y sin aportar a la ciencia ficción nada nuevo ni digno de ser señalado.

Pero si bien la mayor parte de editores mantuvo una política de austeridad en lo que se refiere a la ciencia ficción, hubo uno, en cambio, que hizo precisamente todo lo contrario. Ediciones «Géminis» se ha especializado en dos géneros muy afines: terror, y ciencia ficción. En el primero, su revista-libro «Terror» es sobradamente conocido por todos los aficionados, y si bien no es todo lo perfecta que muchos desearían, sí es aún la mejor de todas las que posteriormente, y aprovechando su éxito, han surgido.

En ciencia ficción, y tras una primera etapa breve y poco afortunada, Géminis lanzó su revista-libro «Selecciones de pequeñas obras maestras Géminis de ciencia ficción», título realmente poco aprovechado y aprovechable, así como su colección de libros «ciencia ficción». La primera, si bien tiene el aliciente de ofrecer una selección de textos procedentes de la famosa revista americana «Galaxy», lo que ya es desde un principio una garantía de calidad, tiene sin embargo dos graves inconvenientes: el de quedarse a medio camino entre el libro y la revista, no siendo, definitivamente, más que una antología periódica de relatos cortos de ciencia ficción, y el de no aprovechar todas las posibilidades de selección que le ofrece el nutrido y buen material de «Galaxy», limitándose a traducir relatos de los últimos números yanquis, despreciando los aparecidos en años anteriores, algunos de los cuales son

antológicos... y completamente desconocidos aún en España.

En cuanto a su colección de libros, hay que señalar algunos grandes aciertos, entre ellos el malogrado «Forastero en tierra extraña», de Heinlein, secuestrado a los pocos días de su aparición, «Tropas del espacio», también de Heinlein, «Telépata» de Sellings, las antologías de Carr y de Conklin... mezclados con algunos otros de calidad francamente más baja, como el decepcionante «Túnel del tiempo» de Leinster.



*Un Heinlein que apenas tuvo tiempo de verse en las librerías*

No obstante, en conjunto, hay que aplaudir la labor de Géminis, aunque uno no esté en muchos aspectos de acuerdo con ella: al menos, hay que admitir que, actualmente, es uno de los pocos editores que aún mantienen algo de interés en torno a la ciencia ficción.

Y si bien éste fue el año de la muerte de las colecciones especializadas de ciencia ficción, éste fue también el año del nacimiento de los libros de ciencia ficción en colecciones no especializadas. A través de Nueva Dimensión se ha ido dando noticia de la mayor parte de ellos, y su repetición aquí sería engorrosa. Señalaré, sin embargo, entre los más importantes, la aparición de las antologías de Aguilar «El lince fantástico», cuyo único defecto ha sido el dé darnos un elevado tanto por ciento de obras ya conocidas del público español, y cuya posible continuidad se encuentra también estacionaria; «La guerra de los dos mil años», de García Pavón; los libros de Plans y Torres; «En las montañas de la locura» de Lovecraft, ese otro gran desconocido, editado por Seix Barral...

Y los autores españoles tampoco han estado a la altura de las circunstancias durante este año, ya que ninguna de las colecciones especializadas ha visto su nombre en ellas. Aparte los libros ya citados de García Pavón, Plans y Torres, las apariciones de autores españoles se han limitado a relatos dispersos, artículos, comentarios... nada más.

De fuera, muy poca cosa nos llegó también. Minotauro, siempre «en sommeil»,

nos ha enviado al fin el número 10 de su revista, cada vez más parecida a un libro, y donde ha incluido al fin un relato de un autor español... que Nueva Dimensión había publicado ya unos meses antes. Minotauro libros, por su parte, con sus mejores obras siempre agotadas, sigue reeditando los volúmenes menos interesantes, olvidando los demás. Diana mejicana nos ha ofrecido algunas antologías de estimable calidad, aunque algunas parcialmente conocidas ya; Novara nos trae al fin sus libros publicados hace dos o tres años; Dragón, cubana, nos ofrece algunas muestras de lo que se hace por allá en ciencia ficción; llegan también algunos otros libros aislados, como «Los argentinos en la Luna»; ¡pero es tan poca cosa!

Finalmente cabría señalar, como acontecimiento más importante del año dentro de la ciencia ficción, la aparición, coincidiendo con el inicio de 1968, de la revista Nueva Dimensión. Pero hacer esta mención **precisamente** dentro del marco de la misma revista podría parecer un poco fuera de lugar... aunque sí es preciso dejar constancia del hecho.

Todo esto es en lo que se refiere a 1968. ¿Cómo se presenta 1969? A veces resulta interesante en estos casos intentar jugar a adivino, aunque sea algo siempre arriesgado. El panorama de la ciencia ficción en literatura, al empezar el año, no es muy halagüeño. Tras la reorganización de la editorial, Nebulae debe volver a aparecer, considerablemente mejorada... aunque se ignore la fecha de esta aparición. Géminis sigue sacando sus libros y su revista-libro, a trancas y barrancas, y hay que señalar aquí que es la única colección periódica que queda ya en España, aparte «Marte XXI», poco digna de mención. Pomaire tiene otros varios libros en cartera para su «realismo fantástico»: otro Vian, Simak... con los que seguramente cubrirá todo el año. Existen algunos proyectos de algunos editores en Madrid, pero se trata tan sólo de esto, proyectos, y 1968 vio también otros proyectos semejantes abortar antes incluso de que llegara a concretarse nada. Y esto es todo.

A la vista de todo ello, creo que es preciso hacer algunas reflexiones. Se está desaprovechando, lamentablemente, uno de los momentos psicológicos más favorables para el lanzamiento de una **nueva** colección de ciencia ficción. En España existe cada vez un mayor interés por este género, acrecentado actualmente por la campaña publicitaria que le están haciendo gratuitamente los medios informativos: periódicos, cine, radio, televisión. Pero pese a todo ello **no hay** ciencia ficción. El posible comprador busca algo con lo que iniciarse y no lo encuentra, y lo poco que encuentra le decepciona en su mayor parte. Pasa con ello lo mismo que pasó con los platillos volantes: existía desde siempre un interés latente por el tema, pero no existían libros; ahora, un editor se ha decidido al fin a lanzar toda una biblioteca al respecto, y ve como sus ediciones y reediciones se agotan en pocas semanas.

En España está haciendo falta, ahora, la colección de ciencia ficción. Pero no puede ser, como la mayor parte, de las que han aparecido hasta ahora, una colección deshilvanada, con grandes altibajos, sin un plan establecido. Es preciso una colección

que reúna la calidad de Minotauro, sin sus lamentables fallos de periodicidad y de ausencia de reediciones. Una colección así es posible. Hasta ahora hemos estado publicando aún la misma ciencia ficción que en los Estados Unidos se publicaba en los años 50. Y mientras, en el extranjero, la polémica entre la **new thing** y la **old wave** es cada vez más encarnizada, y los viejos maestros se llevan las manos a la cabeza, mientras Jóvenes escritores, como Zelazny, como Ellison, apenas conocidos aún en España, escriben relatos que rompen todos los moldes de las viejas concepciones. El «fantasy» está creando una gran revolución, obras como «Dune» ganan el premio Hugo..., mientras en España seguimos leyendo aún las obras que obtuvieron su éxito en la década del 50 al 60. Ciertamente, estas obras también son interesantes, como también hubieran sido interesantes obras como «Limbo», «Los amantes», etc., publicadas por Galaxia, si hubieran estado **traducidas**. Pero hace falta también ponernos al día.

Una colección de estas características ha de ser **inteligente**. El editor no puede permanecer sentado tras su mesa de despacho y esperar a que los agentes literarios le traigan obras a examen, como han hecho hasta ahora todos los editores. Una colección **inteligente** ha de ir a buscar ella misma las obras que le interesan.

Y aquí quisiera hacer notar una gran diferencia que existe, a este respecto, entre nuestro país y la mayoría de los países extranjeros. En España falta, en el campo editorial, uno de los cargos más importantes en todas las editoriales extranjeras, principalmente las anglosajonas: el **editor**, personaje muy distinto al **publisher**, equivalente este último al editor español. En USA, el **publisher** es el editor, o sea el que pone la parte material de la edición, mientras que es el **editor** el que, con libertad y autonomía propias dentro de la editorial, se encarga de seleccionar los títulos que han de formar la colección, gestionar los contratos, buscar el material, supervisar las traducciones, etc. En España, el cargo más aproximado al **editor** anglosajón es el **director literario**; sin embargo, el editor literario español no tiene las atribuciones de su colega anglosajón, y lo único que hace es esperar a que le traigan libros, leerlos, informarlos, y decir simplemente si vale la pena publicarlos o no.

Una colección **inteligente** no puede ser llevada de esta manera. Un buen director literario ha de estar al corriente de todo lo que aparece en el extranjero, saber si le interesa o no, y salir a su encuentro si es necesario. Sólo bajo estas premisas puede publicarse una colección de verdadera calidad.

¿Será así la futura Nebulae? De momento, a la cabeza de su nueva orientación figuran dos nombres de garantía: Miguel Masrera y Luis Vigil. Esto hace concebir esperanzas. Esperemos tan sólo que el intento no se malogre. Es, por ahora, nuestra última oportunidad.

Sin embargo, las previsiones dicen que también 1969 será un año de actividad solar... Tal vez este año podamos comprobar si la teoría de Franson es correcta o si «Spain is different».

cine:

## Repaso a un año interesante

Dentro de la general atonía que el cine de ciencia ficción tiene para el aficionado español, este año de 1968 ha sido particularmente interesante por la coincidencia de unos acontecimientos importantes, lo mismo para el aficionado al cine que para el de ciencia ficción: por un lado la celebración de la I Semana Internacional de Cine Fantástico en Sitges, y por otro el estreno comercial de unos films que, sin duda, ya tienen su sitio en la historia del cine y de la cf, hacen que 1968 haya sido un año que el aficionado recordará sobre otros, en los que el panorama era totalmente desolador.

### SITGES

De la I Semana Internacional de Cine Fantástico, que se celebró en Sitges a últimos de septiembre y primeros de octubre, los lectores de NUEVA DIMENSIÓN tienen ya noticia, pero no vendrá mal hacer ahora un comentario resumen de la misma.

Aunque ya existía un festival cinematográfico, dedicado exclusivamente a la ciencia ficción, el que se celebra todos los años en Trieste, sus organizadores se encontraban con la dificultad de conseguir el suficiente número de películas como para llenar todo el programa. Como la producción mundial es insuficiente, tuvieron que ampliar sus criterios de selección, lo que les llevó en los últimos años a tener que aceptar films que casi no tenían nada de ciencia ficción, así como documentales de divulgación científica o de propaganda de organismos. Esto, como es lógico, redundó en perjuicio del propio Festival, que en su edición 1968 alcanzó un bajo nivel de calidad e interés.

En Sitges esto ha sido obviado por sus organizadores al plantearse la Semana bajo una denominación más amplia. En efecto, la Semana de Cine Fantástico, en las tres facetas en que ha sido dividida: horror-terror, ciencia-ficción y fantasía, abarca un número de films lo suficientemente amplio como para que pensemos en que los organizadores no se verán con problemas a la hora de la selección.

El apartado ciencia-ficción estuvo representado en Sitges en excelente proporción, con títulos de calidad notable que hicieron que a dicho apartado perteneciesen las mejores películas exhibidas: **Lemmy contra Alphaville**, de Jean Luc Godard, y **La noche del gran calor** y **La isla del terror**, de Terence Fisher.

La Semana Internacional de Cine Fantástico de Sitges es uno de los acontecimientos más interesantes para el aficionado al cine y a la ciencia ficción, y por ello animamos a sus organizadores para que en lo sucesivo, asegurada la continuidad, alcancen el nivel que todos deseamos para que se transforme en un

Festival de categoría internacional.

Y visto este acontecimiento de 1968 pasemos al otro, al de los films estrenados comercialmente. Éstos han llegado escasamente a la docena, siendo su nacionalidad japonesa, inglesa y norteamericana.

## JAPÓN

La participación japonesa en el cine de cf ya se sabe cuál es. Desde que en 1954 la Toho Cd. Ltd. encargó a Inoshiro Honda la realización de **Godzilla** (en España **Japón bajo el terror del monstruo**), una avalancha, una ola incontenible de monstruos, monstrositos y monstruazos ha asaltado el mundo.

Los monstruos, de repente, se han despertado todos de golpe y han invadido las pantallas de cine. Ya no es sólo Godzilla, el primero de todos: hoy son legión, y para saber de todos ellos necesitaríamos un nutrido fichero, continuamente actualizado. Los últimos de la serie son un hijo de Godzilla, al cual su padre lleva amorosamente sobre los hombros, y King-Kong, el legendario gorila, al cual los japoneses han vuelto a enamorar de una rubia.

Y con ellos nuevamente el nombre de su progenitor, Inoshiro Honda, en uno de los tres films estrenados: **Los monstruos invaden la Tierra**. Pero como hay mucho monstruo suelto, otros directores, también legión hoy en día, les dedican su atención. Y así surge otra de las películas estrenadas, **Los monstruos del fin del mundo**, de Shigeo Tanaka.

Del tercer film, **El mundo bajo el terror**, de Kenmei Yuasa, no puedo hablar pues no lo he visto: mi amor por el cine y la ciencia-ficción tienen un límite.

De los dos primeros citados, ¡qué decir! Que responden al esquema superclásico. Un monstruo surge de las profundidades de la tierra a causa de una explosión atómica, y se dedica a destrozarse alguna gran ciudad japonesa, Tokio u Osaka. Aunque superpoderoso, al final se encuentra su punto flaco y se consigue destruirlo. Modernamente se han introducido algunas variantes al esquema. Así, por ejemplo, su origen puede ser de otro planeta, o simplemente no se dice, o como pasan de un film a otro ya no mueren necesariamente. Por otro lado ya no se insiste en su origen, la explosión atómica, pues se supone que el espectador ya es especialista en el tema y sabe su nacimiento.



*La Tierra invadida por los monstruos «made in Japan»*

La última variante, muy curiosa, es sacar varios en el mismo film, con lo que la obligada apoteosis final en el centro de Tokio, destrozándolo todo en la terrible pelea, ya no es de hombre contra monstruo, sino de monstruo contra monstruo. El ganador, asumiendo un extraño papel de amigo del hombre, se irá, no se sabe adónde, y volverá la tranquilidad.

El nacimiento de este tipo de films responde a un sentimiento del pueblo japonés perfectamente comprensible: Siendo la única nación del mundo que sufrió las consecuencias de una explosión atómica, el paralelismo entre la misma y los monstruos que destruyen Japón y que han nacido por efecto de otra explosión es definitivo.

Es evidente que, realizados los primeros films sobre el género, los productores se dieron cuenta de que constituían un saneado negocio, y de ahí el gran número de los producidos en pocos años.

Sin embargo, su interés es nulo. Cinematográficamente son vulgares, con infinitos trucos nada bien realizados, sobre todo las inefables maquetas de Tokio con el monstruo pisoteando casas de cartón. Y como ciencia ficción tampoco interesan gran cosa, pues en realidad son simples películas de aventuras.

## INGLATERRA

Los films de nacionalidad inglesa estrenados son: **Chiflados del espacio**, de Don Sharp, y **¿Qué sucedió entonces?**, de Roy Baker. Y en ambos están concentradas las peores características del cine inglés: falsa intelectualización, pobreza artesanal, nulo interés, etc.

De ambos films el planteado más seriamente como obra de ciencia ficción es **¿Qué sucedió entonces?**, lo cual no quita para que su interés desaparezca a los cinco minutos de proyección. El director, Roy Baker, es uno de los más clásicos directores ingleses, lo que equivale a decir plúmbeos. Su película, que tiene un planteamiento con posibilidades, se desliza poco a poco hacia un camino anodino y cada vez más alejado de cualquier interés. Se dan al comienzo del film una serie de pistas, restos

arqueológicos, extrañas leyendas que se remontan hasta la Edad Media, huellas en las casas ruinosas, que unido a decorados y atrezzo de un mundo científico moderno dan la sensación de que vamos a asistir a una historia interesante. Pero al poco tiempo todo ello desaparece para dejar paso a unos fenómenos ridículos, con un tinte moralizante, que no nos extrañaría nada viniese nacido del puritanismo inglés. Esa liberación de las fuerzas del mal, que dan lugar a ridículos discursitos de los actores, inicia la segunda parte del film, ya completamente increíble e irritante, en la que hasta la realización da muestras de una gran torpeza.

En fin, otra muestra más del cine inglés, de ese mal cine inglés, pretencioso y pesado, que sin embargo fue durante años garantía de calidad.

## ESTADOS UNIDOS

Llegamos por fin a la aportación más numerosa, la estadounidense, que, como siempre, da el mayor tanto por ciento de participación en cualquier actividad humana.

En el número 60-61 de la revista Cinestudio, dedicado a la ciencia ficción apareció un cuadro de porcentajes de la producción de películas del género por naciones, en el cual se apreciaba cómo la norteamericana era superior al 50% del total. Es decir, que en EE.UU. se producen más películas de ciencia ficción que en todo el resto del mundo. Claro está que esto sucede igual para los demás géneros, indicándonos la potencia de la industria cinematográfica yanqui. Pero no sólo en cantidad, sino que también en calidad se llevan la palma los norteamericanos.

En el citado número de Cinestudio se hacía una encuesta entre críticos cinematográficos para elegir las mejores películas de ciencia ficción. De las diez primeras, ocho eran norteamericanas. Claro está que eso es lógico, puesto que la cantidad arrastra la calidad.

De las seis películas norteamericanas, hay dos de calidad tan superior a las demás que, éstas, en la comparación, salen totalmente perjudicadas.

No quiere esto decir que corramos el peligro de cometer una injusticia en su valoración, en absoluto. Pero al querer hablar de ellas las desechamos con dos palabras para irnos inmediatamente a tratar las otras, las importantes, por lo que en conjunto aparecerán con peor crítica. Así, por ejemplo, de las películas japonesas hemos dicho muchísimo más de lo que se merecían, y sin embargo, de estas americanas, siendo mejores que aquéllas, diremos muchísimo menos. Son **El viaje increíble**, **El poder** y **El tiempo en sus manos**, que tienen las comunes características del cine americano: director vulgar, corrección en la realización, ritmo conseguido, tema standard. Los directores de estos films son, por otra parte, especialistas del género: Fletcher Markle, Byron Haskin y Georges Pal, lo que no quita para que sus films sean un producto aceptable sólo a medias. Pero por lo menos no son las horripilantes obras inglesas o japonesas.

Además de estos tres films citados tenemos una reposición, **20.000 leguas de**



**viaje submarino**, de Richard Fleischer, un magnífico director que más tarde nos dio otro film injustamente menospreciado, **Viaje alucinante**. Y, por fin, completando la media docena de obras americanas, tenemos las dos joyas del año, y no solamente para la ciencia ficción, sino para el arte cinematográfico: **El planeta de los simios** y **2001: Una odisea del espacio**. Veamos ambas con detalle, estudiándolas con la atención que se merecen.



*Charlton Heston y sus simios*

## **LAS OBRAS MAESTRAS**

El primero de los films que vamos a tratar es **El planeta de los simios**, primera inclusión dentro de la ciencia ficción del director Franklin J. Schaffner, de quien ya conocimos en España su maravilloso film **El señor de la guerra**.

Con **El planeta de los simios** Schaffner se plantea un cometido que nos parece importantísimo resaltar, y que es donde radican muchos de los aciertos del film. Schaffner no es especialista en el género, quizá sea aficionado, o tal vez en su labor anterior para televisión haya hecho algo, pero en cine ésta ha sido su primera película de ciencia ficción. De ahí que su planteamiento esté hecho desde un poco fuera del género, **off-sf**. Por otro lado, el considerar que un tema de ciencia ficción, por las mismas características de ésta, filosofía, o praxis, del mundo y de la vida en el futuro, debe de llegar el mayor número posible de personas y no al cenáculo de iniciados de ahora, hace tomar a Schaffner una decisión drástica y afortunada. Piensa que el espectador medio de hoy rechaza la ciencia ficción, puesto que no la comprende. El único método entonces es rebajar el nivel de la obra a la altura del hombre de la calle, y a partir de ahí empezar a ascender en la exposición. Como este camino ya ha sido recorrido por otros, la mejor solución es aprovechar sus deducciones, enseñándolas al no iniciado. La obra, pues, se convierte en una enseñanza, es decir, se sigue un camino pedagógico, que conduce a una estética didáctica.

Schaffner se da cuenta de que en **El planeta de los simios** hay una idea que debe llegar al mayor número de espectadores. La única manera de lograrlo es sacrificar la

estética del film a la ética del argumento, para conseguir una obra en la que, por primera vez, esté justificado el término, hasta ahora peyorativo, de **mensaje**.

El problema era arduo: el conseguir que ese mensaje, lineal, claro, escueto, llegase al público, eliminando todas las trabas que la realización pudiera poner a la claridad de la exposición. Pero esto no basta. Hay que conseguir que lo que se dice sea entendido por todos. Hay, pues, que explicarlo y repetirlo una y otra vez. De ahí que el film resulte totalmente didáctico, y de ahí la sorpresa y decepción de muchos aficionados al cine y a la ciencia ficción ante el film. Lo consideran lento, pesado, premioso, reiterativo. Pero es que el film no está hecho para ellos. Toda su estructura está concebida desde estos supuestos.

Ya desde el principio hay una continua ruptura con los elementos y situaciones standard que condicionarían mentalmente al espectador haciéndole creer, según las regla comúnmente aceptadas del juego, que el film iba a discurrir por un camino u otro.

Así, por ejemplo, se elimina en la nave espacial, antes que ésta tome tierra, al personaje femenino. Luego, ya en tierra, los astronautas discuten entre sí y no aparecen ni la solidaridad ni la confraternidad típicas. Estos dos simples detalles nos desvían del esquema mental del film de aventuras al uso. Como a continuación viene una interminable marcha a través de ese nuevo mundo, nos predisponemos a aceptar lo nuevo, lo que venga a continuación, al habernos preparado previamente para ello. Cuando el film entra en su fase central, nuevamente la óptica didáctica es la que va rigiendo su marcha. Así, por ejemplo, Schaffner se permite el chiste del tribunal de los tres simios, en qué uno no ve, otro no escucha y otro no habla, siguiendo la tradicional imagen que del proverbio chino se hace. Esta imagen, que resultaría inaceptable en cualquier otro estilo que se hubiese dado a la película, aquí encaja, sin embargo, perfectamente, y supone una pista más para el espectador. Mas Schaffner no se contenta con todo esto. Por ello, cuando el film acaba, decide dar una sacudida al espectador, para que todo lo anterior se quede grabado de una manera indeleble en su mente. De ahí ese plano final, realmente apocalíptico, que la película tiene. Imagen-shock que cerrará incuestionablemente un film que de esta manera, y a partir de dicha imagen, cobrará una dimensión superior a la que le hayamos podido ir dando durante su proyección. Imagen que nos devuelve a toda una problemática que a Schaffner le ha interesado contarnos, y para lo cual ha recurrido a ese método.

El segundo de los films que entra en este apartado de obras maestras es **2001: Una odisea del espacio**, de Stanley Kubrick.

Quizá algún lector haya reparado en que **2001** es una película inglesa y, sin embargo, yo le he asignado nacionalidad americana. En realidad la película, aunque de nacionalidad inglesa, pertenece, como todo el cine de Kubrick, total y absolutamente al mundo norteamericano. Por ello la clasificación que he hecho, en este caso, ha sido atendiendo más que a su localización geográfica a su filiación intelectual.



«2001», la joya de la temporada

De **2001** se ha dicho que marca un hito en la historia del cine. Que se une a la lista de los **Intolerancia**, **Acorazado Potemkin**, **Ciudadano Kane**, **A bout de souffle**, etc. Pero esto quizá sea peligroso decirlo hoy, cuando el film está todavía recién estrenado. Quizá haya que esperar a que el inexorable paso del tiempo decida si, efectivamente, es la obra maestra que puede ser. Sin embargo, es indudable que **2001**, vista hoy en día, constituye uno de los espectáculos más fascinantes que es dado contemplar.

Lo primero que llama la atención, y lo primero que anonada, es la perfección técnica de lo realizado. Ya el primer plano es una indicación de que vamos a asistir a algo nuevo. Esa Luna en primer plano que, al moverse la cámara, descubre detrás la Tierra, y más allá el Sol, dándonos una visión única y cósmica de lo que es el universo, ya ese plano sobrecoge, anonada y prepara el espíritu a la gran aventura que va a venir a continuación.

Porque lo que **2001** pretende mostrarnos es nada más y nada menos que el itinerario que unos seres van a seguir en el espacio y en el tiempo. Unos seres que primero serán monos, después hombres y, por último, superhombres.

Solamente la primera parte de la película, **El despertar de la humanidad**, nos da ya la medida de la envergadura del proyecto y de la sensibilidad de su creador. Planos inmensos —nunca mejor utilizado el cinerama—, para mostrarnos ese mundo, casi mineral, en donde unos monos son los únicos moradores. La existencia, mejor dicho, la lucha por la existencia, con las sabias leyes de la naturaleza rigiendo esas vidas. Y su evolución, su transformación en seres Inteligentes. Un paso fundamental, al que asiste como espectador una misteriosa losa de piedra negra.

Un hito fundamental en la historia del cosmos, el paso a ser inteligente de un ser inferior.

De repente, la magia del momento desaparece, la acción se rompe, y un gran salto se opera en la vida de ese ser inteligente, ahora ya hombre.

Y nuevamente el asombro y la sensación de nimiedad, de átomo Infinitesimal ante la creación. Inmensas naves surcan el espacio exterior. Obsérvese la fundamentalísima importancia de la técnica cinematográfica en lo que sigue a continuación. Nada de lo que vemos sería lo que es, si la realización no nos demostrase que realmente estamos viajando por el cosmos. Si por un instante

viésemos que allí hay truco, notásemos algún mínimo fallo, la magia se rompería y el espíritu no aceptaría libremente todo lo que continúa. Pero no es así: la realización se esfuerza en demostrarnos que estamos volando por el espacio exterior. A partir de aquí el ánimo, liberado ya, se adentra en los misterios del mundo futuro.

Otro instante decisivo en el devenir de la humanidad, y otra vez un testigo mudo acompaña al hombre: la losa de piedra negra está allí.

La tercera parte de la película se abre con el viaje que unos cosmonautas inician hacia el planeta Júpiter. Es el año **2001**.

La gran, la inmensa nave espacial lleva como pasajeros a cinco hombres, tres de ellos hibernados. Digo pasajeros, porque en realidad la nave está dirigida y controlada por Hal 9000, el más perfecto cerebro electrónico que jamás se construyó. Hal no sólo se ocupa de la parte técnica del vuelo, sino que tiene a su cuidado las condiciones bioquímicas de los tres hibernados y el analizar el comportamiento psíquico de los otros dos. Su misión es llevar a la nave a Júpiter y, como cerebro electrónico que es, lo cumplirá por encima de todo.

Pero Hal descubre que los dos cosmonautas dudan de su perfección y eficiencia en la misión que tiene encomendada. Y en uno de los momentos más emocionantes y bellos del film, Hal, convertido en un ser biológico, psíquico, doloroso, tendrá que cumplir la misión que tiene encomendada. Mata a los tres hibernados y, haciendo salir a los otros dos de la nave, logra que uno de ellos «caiga» al espacio, perdiéndose en el cosmos. El comandante, único superviviente, consigue entrar a la nave y desconectar a Hal. Otro momento emocionante nos rodea: la muerte de Hal, el cerebro más perfecto que jamás se construyó... momento totalmente estropeado por el doblaje al castellano.

Ahora este cosmonauta, solo en el infinito atravesará otros mundos y otros espacios. Al llegar a su fin un testigo mudo le observará, la losa de piedra negra que ha ido jalonando los hitos fundamentales de la historia de la humanidad.

Hacer un comentario exhaustivo de **2001** nos llevaría a escribir un libro, tal es la riqueza del film, tal es el cúmulo de emociones, ideas, sugerencias, matices, que tiene. El enfrentamiento hombre-Hal, y la lógica implacable que se desprende de ambos comportamientos, nos trae a la memoria el **Yo, robot** de Isaac Asimov.

La dimensión cósmica de la epopeya del hombre, jalonado por la enigmática losa negra.

La consecución de nuevas sensaciones en otros mundos.

Y todo ello avalado por una realización técnica y una perfección artística que nos deja el ánimo suspenso.

Sin embargo, no quiero dejar pasar la ocasión de empequeñecer el film con una explicación, con una definición del mismo.

**2001** me parece una película totalmente religiosa. Aparte de la concretización de la losa negra, mudo testigo de los momentos culminantes de la marcha del hombre a través del tiempo, aparte de ello, que puede fácilmente asociarse a la existencia de un

ser superior, dios, no el Dios cristiano necesariamente, sino un ser superior que observa al hombre y lo acompaña en su quehacer.

Pero, aparte de esta concretización, creo que el sentimiento religioso es patente en toda la película, aumentando según nos vamos acercando al final de la misma.

Somos conscientes, casi físicamente, de una realidad superior al hombre, una realidad que le acompaña, le precede. Porque **2001** es una película cósmica donde, increíblemente, se plasma lo finito.

Para ello nada mejor que la realización en cinerama, sistema que le permite a Kubrick darnos la dimensión grandiosa, imprescindible a su historia.

Todo un libro de datos, anécdotas, cifras, se podría dar de lo que supuso el rodaje de **2001**. Cuatro años duró su realización, y las más prestigiosas organizaciones mundiales prestaron su colaboración encabezadas por la NASA y la IBM. Todo ello se nota en el film. La exactitud y perfección que tienen los aspectos científicos del film, valoran todavía más el resultado final obtenido.

El color, la música, los actores, los decorados, en fin, todos, todos los elementos que forman **2001** son, increíble decirlo, perfectos.

Algún amigo me decía que **2001** no sería comprendida hoy día en su totalidad, porque Kubrick se había adelantado de tal manera que era muy difícil que el hombre de hoy supiese comprender la complejidad tan absoluta que es la película.

Creo que este juicio puede servir para poder medir de alguna manera el talento derrochado por Stanley Kubrick al realizar **2001: Una odisea del espacio**.

## FINAL

Y hemos llegado al final de este repaso de lo que 1968 nos ha deparado. Creo que con lo escrito puede bastar para que admitamos que ha sido un año interesante. Si no por la cantidad de obras, al menos por la calidad e importancia de alguna de sus manifestaciones.

**José Luis MARTÍNEZ MONTALBÁN**

## comic:

### **1968: Año cuatro D. B.**

El año 1968 se encuadra dentro de lo que podríamos denominar la Edad de Transición del comic, Edad que se inició —de ahí lo de «año cuatro D.B.», o sea, Después de Barbarella— con la publicación, en volumen de Le Terrain Vague, de las aventuras de Barbarella.

La edición en forma de libro de la obra de Forest es, pues, el hito trascendental que divide el corto período de existencia del comic y, dejando atrás su Prehistoria, da paso a una nueva concepción, a un nuevo modo de hacer en la historieta, iniciando así su etapa propiamente «histórica».

Barbarella-libro no es, en sí mismo, un nuevo estilo de comic, ya que su realización se ajusta aún demasiado a los cánones del comic prehistórico: respeto a unas viñetas simétricas y tremendamente limitativas, concepción de la ilustración según unos planos pictóricos —primeros planos o planos generales, sin enfoques insólitos—, secuenciado coherente, con cada viñeta correspondiendo a un momento bien definido de la acción argumental...

Pero sí es un planteamiento distinto en lo que respecta al público del comic; el hecho de que sea precisamente un libro abre camino a una serie de publicaciones posteriores llamadas a realizar una revolución en el arte del comic.

La historieta se sale así del marco de la revista —«comic book»— más o menos infantil y pasa al libro; pero además al libro de lujo, esto es, a la élite de las publicaciones impresas. Con ello se puede hacer más audaz, más «de arte y ensayo» y, en esas ediciones de lujo, el comic halla un «hábitat» en el que le será facilitado su proceso evolutivo, ya que esas condiciones van destinadas a un público no sólo bien dispuesto hacia lo nuevo sino, más aún, ávido de innovaciones.

El público al que el comic accede por primera vez con los álbumes de lujo no es sólo más culto y exigente que el del «tebeo» antiguo, sino que se compone en buena parte de profesionales, de «cartoonists» a los que va a influir en una forma decisiva.

Es a través de esa influencia, e impulsado por una vanguardia de elementos que rompen con lo anterior para hallar sus propias soluciones a los problemas del hacer comic, que el arte de realizar historietas evoluciona. Estamos en plena Edad de Transición del comic.

Y así, en **Jodelle**, el color es usado como un elemento más de una búsqueda artística, sustituyendo al anterior coloreado de unas viñetas pensadas en blanco y negro, típico de los comics prehistóricos. Y en **Saga de Xam** se hace la crítica de la concepción tradicional de la viñeta, al tiempo que se introducen en el comic técnicas fotográficas. Y en **Neutron/Valentina** se logra la síntesis del movimiento a través del análisis del secuenciado de viñetas sucesivas. Y en **Seraphina** —la cual aún está a la espera de una «oportunidad» en la que algún editor le permita llegar al libro— la historieta, en su parte argumental, se pone al servicio de temáticas nuevas, en este caso las políticas, y se presenta como una arma más de la lucha del tercer mundo. Y en **Klinsklansklandere van de ene bil op de andere** se pinchan los «globos» para que, al desinflarse, dejen caer su contenido de letras y el texto pase a formar parte del dibujo, integrándose en la acción.

**Flash Gordon**, **Superman**, **Cuto** y aún la misma **Barbarella** son entidades integrantes de la prehistoria del comic, son los balbuceos, los primeros pasos de una forma de expresión —la historieta— que desde el momento en que nació se vio imposibilitada de tener un desarrollo normal debido a llevar puesto un corsé: el corsé del tebeo o «comic book», con todo lo que esto llevaba consigo, como elementos integrantes de su propia esencia, en cuanto a miopía de los editores, bajas remuneraciones para los «cartoonists» y, sobre todo, por la censura. Censura con la

que en todos los países se ha intentado —aún hoy en día, en pleno «boom» del comic se sigue pensando así— proteger la inocencia de los niños de los asaltos de los «perniciosos» tebeos. ¡Como si los comics no recibiesen más atención por parte de los padres de esos niños a los que se quería proteger que por la de ellos mismos!

El comic de la Edad de Transición se caracteriza pues por tres cualidades principales: 1. Ser libro, o tender a serlo. 2. Estar en una continua búsqueda investigativa. 3. Incidir sobre un público culto y exigente, adulto y, en muchos casos, profesional.

Y si designo a este comic como de la Edad de Transición —diferenciándolo por tanto no sólo del de la Prehistoria, sino del de la Edad Histórica— es por creer que sus realizadores están, según la segunda de las características reseñadas arriba, todavía experimentando, explorando aún sendas nuevas, buscando la fórmula que les permita amalgamar los descubrimientos de los Forest, Pellaert, Devil, Crepax y Jusling —entre otros— para así llegar a la forma futura, forma que hoy tan sólo podemos entrever, y que dará al comic la trascendencia que le corresponde.

Cuando el comic alcance la valoración y riqueza de medios de expresión que hoy tiene el cine —otra forma de comunicación social que ha seguido un proceso paralelo, pero más acelerado, que el que aquí nos ocupa— entonces se podrá decir que el comic habrá entrado en su Edad Histórica.

He querido iniciar este artículo sobre lo que ha sido el año 1968 para el comic con ésta a modo de disquisición filosófica e intento de fijación de etapas cronológicas, porque si por algo se ha caracterizado este año ha sido por la proliferación de los estudios sobre el comic, ya en forma de libros, fanzines o artículos. Pero todos ellos, o al menos su casi total mayoría, han versado sobre el comic prehistórico, para seguir con mi nomenclatura. Pero, señores estudiosos del comic: ¡no todo acaba en **Flash Gordon**, o en **Mis Chicos!** Después de Raymond, Foster y Blasco —para citar algunos de los muy ilustres pioneros— han surgido los Crepax, Pellaert y Sió... ¿O es que no han oído, y ya no digo visto, nada de ellos?

Me parece bien, señores estudiosos, que hablemos de Milton Caniff y Al Capp, y, si mucho me insisten, hasta admitiré que lo hagamos de **El Guerrero del Antifaz** y de **Roberto Alcázar y Pedrín**. ¿Pero no deberíamos también hacerlo de los problemas de los dibujantes y de las historietas de hoy, ya que tan sólo sobre éstas podemos influir un poco?

No creo equivocarme si les digo a todos los interesados en el comic —situados en la vertiente del estudio, crítica y comentario del mismo— que el aficionado, el sufrido **fan**, está ya bastante harto de tanta rememoración y tanto vivir en otras épocas. Las circunstancias que contribuyeron a la aparición —y desaparición— del comic prehistórico han pasado y no volverán. Miremos hacia el futuro y usemos del pasado tan sólo para lo que debe servir: para, sobre él, dar un paso hacia delante.

He dicho que este año ha sido el de los estudios y no hay nada más cierto. Ahí

están para probarlo los de Ramón-Terenci Moix —recientemente galardonado con el premio Josep Pla de novela catalana—: **Los «cómic», arte para el consumo y formas pop**, y el de Antonio Lara **El apasionante mundo del tebeo**. De los dos, me parece que el más prometedor es el de Lara. Considero que tan sólo él, con una documentación de la que, desgraciadamente, no creo que disponga, podría darnos un estudio adecuado sobre la transformación ocurrida en los últimos cuatro años de la vida del comic.



*El comic, la sociedad de consumo y las formas POP*

Este fenómeno de los ensayos sobre el comic no es sólo español, como lo prueba el recién aparecido libro francés de Jacques Marny **Le monde étonnant des bandes dessinées** (El asombroso mundo de las historietas) en el que, novedad inédita, se dan ya hasta reglas (16 en total) con las que estudiar a un héroe de historieta.



*El comic es ya un tema digno de estudio*

Otro hecho importante de este año del comic ha sido la aparición de **Bang**, el fanzine de los tebeos españoles. Llevado con un arrollador fervor por Antonio Lara y



Antonio Martín, este fanzine peca, como su colega **Cuto** de nuestro colaborador Luis Gasca, de lo mismo que estoy advirtiendo a lo largo de la segunda parte de este breve ensayo: de excesivo decantamiento hacia lo pasado.

Y ya, dentro de la edición propiamente dicha de comics, tenemos que señalar importantes acontecimientos durante el año. Veán ustedes mismos: Aparición en Italia de dos libros de Guido Crepax, **L'astronave pirata** y **Valentina**, libro, esta último, mucho más importante que el anterior, ya que se nos presenta en él a un Crepax más auténtico, el del Neutron original aparecido en **Linus**, si bien con alteraciones y adiciones especiales para el libro.

Francia también nos da sus primicias a lo largo del año, con su **Epoxy**, de Paul Cuvelier y Jean Van Hamme primero, y con el **Pravda** de Guy Pellaert después. Este libro de Pellaert es menos importante que su anterior obra: **Jodelle**, por lo que, para que este creador aporte un nuevo avance al comic, tendremos que esperar a la aparición en forma de libro de su historieta/ fumetto **She and the green hairs** (Ella y los cabellos verdes), actualmente serializada por la revista satírica francesa **Hara Kiri**. También se registra durante este año la reaparición de nuestra vieja amiga **Barbarella** en las páginas de la revista **V Magazine**, revista de la que ya salieron, rumbo al libro-comic, la primitiva serie de Forest y **Scarlett Dream** de Robert Gigi y Claude Moliterni. Digamos de paso que dicha revista está derivando hacia el comic, que ocupa una buena parte de sus páginas, pues éstas albergan actualmente, además de la heroína **Barbarella**, a la inocente **Blanche Epiphanie**, deliciosa hija de Lob y G. Pichard, a la que esperamos siga el camino hacia el álbum de sus hermanas mayores, y a nuevos episodios de la interminable serie de aventuras de **Scarlett Dream**.

Estados Unidos presenta un panorama un tanto desolador: los cimientos de los más importantes editores del comic yanqui se tambalean roídos por agudas crisis, y los fans del comic norteamericanos —cosa inaudita hasta hace bien poco— solicitan de sus corresponsales en este lado del Atlántico el envío de comics europeos, convertidos en punta de lanza del avance del comic mundial.

Por otra parte, casi todo el resto del mundo registra la oleada de repercusiones del «descubrimiento» del comic por los medios Intelectuales como consecuencia de su difusión en forma de libro. Así, por citar tan sólo algunos ejemplos, tenemos el caso de Argentina, en donde se ha creado, bajo el título de **Literatura Dibujada**, una revista dedicada al comic «a lo **Linus**». O el de los Países Bajos, de los que han salido dos libros-comic que me maravillan: **Iris** de L. Hartog van Banda, una heroína de una futura Holanda en cuya realización artística se han introducido nuevos hallazgos pictográficos, pero sobre todo la obra de Fred A. Julsing **Klinsklansklandere van de ene bil op de andere**, historieta con abundantes matices pornográficos que da una nueva significación a las letras de los textos, al librarlas de los balcones y diseminarlas por la ilustración, a la que se integran completándola.



«Klinsklansklandere van de ene bil op de andere»...

Pasemos, por fin, a dar una rápida ojeada a la producción española de este año que nos ocupa. Tal vez el hecho más Importante sea la aparición, bajo unas mismas cubiertas, de los comics **Delta 99** de Carlos Giménez y el **5×Infinito** de Esteban Maroto. El primero, Iniciado bajo los auspicios de una época en la que el agente secreto era «best seller», ha pasado luego a la temática de ciencia ficción, por ser esto lo que ahora «priva». Carlos es, lo ha dicho ya **Nueva Dimensión** otras veces, uno de los primeros «cartoonists» hispanos, y es una lástima que en esta serle, una de las mejores de su producción, se haya visto tremendamente condicionado por factores externos a la creación artística. No ha ocurrido lo mismo con la serle de Maroto, y ello se ha visto reflejado en la posibilidad de una búsqueda constante de nuevos horizontes, tanto en la realización gráfica como en la argumental; también se ha hecho notar el que, siendo cinco los realizadores de los primeros episodios, hayan quedado al fin en uno solo, con ja consiguiente mejora de la cohesión estilística.

Otro hecho importante en este año ha sido la publicación, por ediciones 62, de dos de los volúmenes de las maravillosas tiras cómicas de Charles M. Schulz **Peanuts**, en lengua catalana. Sin extenderme más sobre esto, quiero repetir aquí una afirmación de Joaquín Molas —dicha en nombre de ediciones 62— en el sentido de que, más o menos, tales libros eran a modo de experimento y que, de tener éxito, cabía la posibilidad de que continuase la serie y se proyectasen otras ediciones. ¿Llegará por fin el libro-comic a nuestras latitudes?

El animador de la edición de la obra de Schulz ha sido Enric Sió, joven valor que ha alcanzado la popularidad durante el presente año, pues en el anterior aún era un desconocido dibujando Spitfires y Messerschmitts en historietas de guerra destinadas al mercado británico. Esta popularidad la ha alcanzado, casi exclusivamente, con la publicación de **Lavinia** en las páginas de la catalana revista **Oriflama** (revista que alcanzó una cierta popularidad gracias también a esa historieta), pues no es sino hasta muy poco que en los fascículos **Vector** han venido apareciendo sus primeros experimentos en color. Esperamos que sea mucho más valorado cuando su actual producción llegue a los lectores.

Queda bastante más, malo y bueno. Malo como ese autor anónimo —más vale así

— del comic **Ayax 76**, que calca dibujos de otros ilustradores para obtener sus viñetas, o que nos pretende hacer pasar un planetario como un «fabuloso transmisor de materia» (sic). Malo como esa pobre **Tartarela** en la que un voluntarioso, pero falto del medios, Juan Carlos Eguillor, da un mal paso al salirse del marco en que se hallaba perfectamente encuadrado: la **Mari-Aguirre** de la **Gaceta del Norte** y pasar a la distinta audiencia de **Fotogramas**. Y es bueno ese repentino interés que parece haber surgido entre los mejores de nuestros «cartoonists» por hacer **su** libro-comic.

No podía acabar esta exposición de —aclarémoslo de una vez por todas— **mis** ideas sin señalar que si bien el objetivo de este artículo era informar sobre lo ocurrido en el pasado año en el campo de los comics, he decidido adoptar esta línea bastante dogmática y —me doy perfecta cuenta— muy invitadora de la polémica, por un motivo principal: estoy convencido de que, en España, los escasos informadores y estudiosos del comic están tomando el camino equivocado al mirar al pasado en lugar de hacia el futuro.

Si me equivoco, y alguien quiere corregirme, o si alguien quiere ahondar aún más en las líneas que he sugerido, aquí están estas páginas de **Nueva Dimensión**, abiertas a todos y esperando opiniones más calificadas que la mía.

**Luis VIGIL**

#### ÚLTIMA HORA

**Bajo el patrocinio del Ministerio de Educación**, se celebrará en Río de Janeiro (Brasil), en los días comprendidos entre el 17 y 30 de marzo, y dentro de los actos del II Festival de Cine de esa ciudad, un simposium mundial cuya temática será **La literatura de ciencia ficción en el cine**. A los actos, que incluirán numerosas proyecciones de films ilustrativos, han sido invitados por el alto organismo patrocinador algunos de los más destacados personajes de la ciencia ficción actual, con un especial interés en el cine.

Así, entre una primera lista de partícipes, nos han llegado los nombres de Fritz Lang, A. E. Van Vogt, Philip Jose Farmer, Theodore Sturgeon, Damon Knigth, Sam Moskowitz, Forrest J Ackerman, Frederick Pohl, Robert Sheckley, Kate Wilhelm... y Luis Gasca.

Así que dos de los colaboradores de Nueva Dimensión, Ackerman y Gasca, se hallarán presentes en tan magno acontecimiento, por lo que esperamos poder facilitar a nuestros lectores una información más que completa.

se dice

## LIBROS

**Aunque con una distribución muy desigual** y una notoria aperiodicidad, siguen llegando al mercado español los libros de ciencia ficción publicados por la Organización Editorial Novaro, dentro de su colección «Joyas de Bolsillo».

El último de ellos, anunciado como «extraordinario volumen doble de ciencia ficción», agrupa dos obras: **Gigantes en la Tierra**, de James Blish, y **Nosotros, los merodeadores**, de Robert Silverberg.

Esta presentación de dos cuentos largos en un mismo volumen, aunque muy usual en los Estados Unidos, no lo es demasiado en los países de habla hispana, aunque creemos que debería ser usada más a menudo, ya que permite el publicar relatos largos que no llegan sin embargo a la extensión de una novela, y entre los cuales hay un buen número de obras de calidad.



*c. f.: dos en uno*

**Editado por el Conselho Estadual de Cultura de São Paulo**, ha aparecido el libro de André Carneiro (autor aparecido en nuestro número 5 con «La escopeta») **Introdução ao Estudo da Science-Fiction**, libro en el que se recoge Información y crítica sobre la ciencia ficción, tanto en su temática como en lo referente a autores, formación y público.

**La novela de ciencia ficción soviética** es el título que ha recibido la monografía de

Anatoli Britikow publicada por el editor moscovita Nauka Press.

Britikow, un erudito de Leningrado, traza la historia completa de la ciencia ficción en la Unión Soviética. La obra viene completada por una excelente bibliografía de Boris Lyapunow.

**Publicaciones Diana**, la editorial mejicana que publica numerosas obras de ciencia ficción yanquis en castellano, ha abierto una oficina en España, exactamente en Barcelona, en la Gran Vía Carlos III, 65, distrito postal 14. Esperamos que, a partir de ahora, se hallarán mejor distribuidas en nuestro país sus ediciones, entre cuyas últimamente aparecidas se encuentran dos libros, escritos por Keith Laumer y basados en la serie de TV, ya finalizada en la Televisión Española, **Los Invasores**.

En el primero de dichos volúmenes, titulado **Los Invasores**, se encuentran los relatos «El descubrimiento», «El maniático» y «El contraataque». En el segundo, **Enemigos del más allá**, aparecen «El sobreviviente», «Los aliados», «El clarividente» y «El telescopio».

Bien escritos, con agilidad, constituyen un buen recuerdo para aquellos a quienes les agradó la serle televisiva.

**El renacimiento cultural** que está teniendo lugar en la moderna Cuba no podía dejarse de notar en las literaturas que nos ocupan, aunque por desgracia, salvo algunas limitadas ediciones de la Serie del Dragón, de Editorial Revolución, poco salía fuera de la isla del Caribe. Por ello nos alegra la aparición de la obra **Cuentos cubanos de lo fantástico y lo extraordinario**, que da cabida a una interesante colección de relatos cortos.

Agrupados por secciones, cuyos títulos dan ya reflejo fiel de lo que se ha pretendido con la selección: Realismo mágico, De lo lucrídico y lo onírico. De lo macabro, Ciencia Ficción, etc., se hallan representados los talentos más prometedores de las letras cubanas de hoy, entre los que queremos destacar a Ángel Arango, Miguel Collazo, Arnaldo Correa, Manuel Herrera, Juan Luis Herrero, José Martínez Matos y Germán Piniella como los más afines a la literatura que nos ocupa.

Una interesante obra de Equipo Editorial, de San Sebastián (España), en su colección Escuela Social. Tan sólo una cosa nos desconcierta en este volumen: en la portadilla y bajo las iniciales J.L.P. es mencionado ¡un traductor!... ¿Tan ininteligible se ha hecho el español de Cuba para los editores españoles?



*Cuba y su fantasía*

**La Editorial Azur**, de Madrid (España), ha publicado como número dos de su colección «Mester de Fantasía» la obra de Juan José Plans, «Premio Nacional de Ciencia Ficción 1967», **Crónicas Fantásticas**, colección de relatos cortos.

Anteriormente, dicha editorial había publicado ya otra obra de Plans, **Las langostas**, también de relatos fantásticos, y una de relatos de ciencia ficción de Raúl Torres, «Premio Nacional de Ciencia Ficción 1968», titulada **El retroceso**, estas dos últimas dentro de la colección «El surco derecho».



*«Premio Nacional de Ciencia Ficción 1967»*

**Editorial Bruguera**, que ya en otras ocasiones había publicado antologías de cuentos de ciencia ficción, ha presentado recientemente **Lo mejor de la Ciencia Ficción Rusa**, en una recopilación de Jacques Bergier.

Lástima que nuestros editores empleen el ya tradicional sistema de comprar los derechos de un lote de material, antes que dedicarse a efectuar labores originales. En este caso, y debido a este detalle, ocurre que tres de las historias: **El despertar del profesor Bern** de Vladimir Savchenko, **Las seis cerillas** (con el título de «Seis

fósforos») de Arkadi y Boris Strugatski, e **Infra el Dragón** de Gueorgui Gurevich, ya habían sido publicadas anteriormente en castellano, respectivamente en los números 5 y 6 de **Nueva Dimensión** y en el 4 de **Anticipación**.

También hay que lamentar que en la traducción española, efectuada evidentemente del original italiano de Feltrinelli, se haya dejado intacta la grafía italiana de los nombres de los autores, completamente distinta de la española, en lugar de adaptarla a ésta, lo que sirve para crear aún un mayor confusionismo, agravado por el hecho de la poca bibliografía que existe sobre la obra de estos autores soviéticos.

De todos modos, hay que agradecer en el fondo la aparición de un libro que nos permita saber algo más, aunque sea poco, de esta tan poco conocida literatura rusa de ciencia ficción.



*Rusia con su ciencia y su ficción*

**Por fin** Barcelona cuenta ya con una librería especializada en ciencia ficción y literaturas afines. La librería OVNI, situada en el número 330 de la Avenida del Generalísimo Franco (Barcelona-13) abrió sus puertas al público el pasado mes de noviembre. Dedicada preferentemente a todo lo que podríamos llamar **literaturas paralelas** —OVNIS, ciencia ficción, fantasía, magia, astrología, grafología, etc.—, aunque sin olvidar la literatura general, su aparición ha sido muy bien acogida por toda la prensa barcelonesa, que le ha dedicado cálidos elogios. Recién salida aún del cascarón, OVNI quiere, sin embargo, convertirse en el nexo de unión de todos los aficionados a este tipo de literaturas, para lo cual cuenta ya entre sus futuros proyectos con la publicación de boletines periódicos para sus clientes insertando las últimas novedades aparecidas, búsqueda de libros raros, envíos a domicilio fuera de la capital, libros extranjeros, etc.

Entre sus actos ya celebrados, hubo recientemente una firma de autógrafos por parte de los autores de libros sobre OVNIS: Antonio Ribera, Mario Lleget y Eugenio Danyans, acto al cual asistió también Nueva Dimensión.

Recomendamos pues a nuestros lectores la visita a dicha librería, única existente en su género, según nuestras noticias, hasta ahora en España.

## REVISTAS

**Tal como anunciábamos** hace algunos números, apareció al fin la revista **Horizonte**, edición en español y para España de la famosa congénere francesa **Planète**.

Editada por Plaza y Janés y dirigida por Antonio Ribera, la revista viene a tratar de llenar el vacío que dejó la **Planeta** argentina tras la prohibición de importación de que fue objeto.

Buen intento realizado con abundancia de medios, pero que, sin embargo, nos deja una cierta impresión de desorientación: tratándose de una revista que intenta — tal como nos dice su director en el editorial— «ir un poco más allá, trasponer los horizontes del mundo que nos rodea», ¿qué hacen entonces en el primer número esas crónicas sobre el Vietnam, y esos extensos artículos sobre Giap y Westmoreland?

Esperemos a los próximos números.



*¿Horizonte limitado?*

**La Editorial Ferma**, a través de Ediciones Petronio, ha puesto a la venta una nueva publicación dedicada a los relatos de terror y que ha recibido el nombre de **Relatos de Angustia y Terror**.

No es mucho lo que se puede decir en pro de esta publicación, puesto que poco es lo que aporta al cada vez más nutrido campo de revistas de este género; repasando el sumario del primer número, vemos que recoge a los autores más habituales del género: Washington Irving, H. H. Munro, Edgar Allan Poe, etc., y que tres de los relatos, el de Irving y los de Kan Pao y P'ou Song-Ling, ya habían sido publicados anteriormente en dos números de la revista **Colección Terrorific**.

Ni siquiera la portada redime a la publicación, ya que, aunque firmada por R.



Cortiella, no es sino un montaje de la ilustración de nuestro colaborador Enrich que decoraba la portada de la obra **La barrera**, de Milton Starr, perteneciente a la desaparecida colección «Puerta a lo desconocido», de la misma editorial Ferma.

Es una lástima que, aprovechándose de que la fuerte demanda del género terrorífico está absorbiendo todo lo que sale al mercado, algunos editores descuiden sus publicaciones. Esto es lo que, en Estados Unidos, llevó al hundimiento del mercado de la ciencia ficción tras el «boom» de los años cincuenta...



*La angustia y el terror saben a viejo*

## CINE

**Tras el éxito** fílmico de la obra de Arthur C. Clarke **2001**, otra gran productora yanqui, la Universal, se ha interesado por las obras de este autor, y ha seleccionado para su rodaje el libro **Childhood's End** (El fin de la infancia).

Nos alegramos y esperamos su proyección en nuestras pantallas con ansia para ver a qué obra (ver carta del Sr. Pedro García Cortés en nuestro número seis) se atribuye en este caso la paternidad del argumento.

## RADIO

**El programa de Radio Nacional de España** «Escalofrío», que se transmite todos los miércoles a las 22'30 horas, ha iniciado, tras una etapa dedicada a difundir relatos de terror, un nuevo ciclo, dedicado esta vez a la ciencia ficción. Entre los autores que colaboran en los guiones se hallan grandes amigos y colaboradores de Nueva Dimensión, como son Juan Tébar, Luis Vigil y Domingo Santos.

## TV

**Por fin ha llegado a TVE** la conocida serie **Star Trek**, titulada aquí, por eso de cambiar inmotivadamente los nombres de las series, **La conquista del espacio**. Aunque los programas vistos hasta el presente han sido poquísimos como para juzgar

la fama que desde los mismos Estados Unidos ha precedido a su llegada nos hace suponer que al fin podremos gozar de una verdadera serie televisiva de ciencia ficción de calidad.

La serie se transmite (salvo eventuales cambios, a los que TVE ya nos tiene muy acostumbrados) todos los martes a las veintidós treinta por la segunda cadena.

## COMIC

**Uno de los mejores comics** españoles de la actualidad, **Delta 99**, está siendo objeto de importantes cambios. Por una parte, se hace cargo de la realización de sus guiones Víctor Mora, bien conocido por su labor en los popularísimos cuadernos del **Capitán Trueno**.

Por otra parte, nuestro colaborador Carlos Giménez deja lugar, en la realización gráfica, a otro de nuestros colaboradores, Adolfo Usero Abellán. No creemos que sea demasiado notable el paso de uno a otro, pues además de ser ambos un par de excelentes profesionales, han cooperado íntimamente en diversos trabajos (entre ellos ilustraciones para nuestra publicación), por lo que su estilo y técnica se compenetran en gran manera.

Superadas ya algunas dificultades con el Ministerio, esperamos que **Delta 99** prosiga su brillante trayectoria que, brillantemente respaldada por los episodios de **5 por infinito**, otra magistral serie, creación ésta de nuestro también colaborador Esteban Maroto, han convertido a este «comic book» en el más notable de los actualmente editados en España.



«Delta 99» cambia de manos

**Tras abandonar** la realización de la serie Delta 99 (ver noticia en esta misma sección), el ilustrador y colaborador de Nueva Dimensión, Carlos Giménez, se dispone a dirigir su producción hacia el mercado alemán, tras un acuerdo con uno de los más prestigiosos editores de la República Federal Alemana: Pabel Verlag.

Las realizaciones de Carlos para esta firma comprenderán la creación y tipificación de nuevos personajes, la realización de algunas de las historietas y la realización de las cubiertas de las mismas.

Dentro ya de esta línea de actividades, ha procedido recientemente a la creación de unos personajes para una tira cómica de ciencia ficción, denominados **Copo Loco** y **Computo**.

Estos personajes serán utilizados por la Pabel para efectuar la concurrencia en el mercado del comic alemán a la también historieta cómica **Kiko 2000** de su competidora Bastei.



*Copo loco y Computo en busca de aventuras*

## DISCOS

**El disco con temática de ciencia ficción** no es habitual ni aún en estos momentos en que diversos medios de expresión —cine, comic, tv— han descubierto este género literario; pero, de vez en cuando, una melodía con acentos siderales sorprende nuestra descuidada escucha de una radio usada como productora de música de fondo.

Éste es el caso de **Los platillos volantes**, disco del conjunto español **Los Salvajes** y aparecido en la colección EMI-La Voz de su Amo. La composición es de «Luarca» y Delfín Fernández.



*Los salvajes y sus Platillos*

## FANDOM

**El fandom español** no está tan bien dotado de fanzines como para que la aparición de uno nuevo no constituya todo un acontecimiento. Por eso nos alegramos al poder anunciar la aparición no de una sino de dos nuevas publicaciones amateurs.

El primero, en orden de aparición, fue **Sol 3**, editado en septiembre por nuestro colaborador y decano de los faneditores hispanos, Luis Vigil. Creado para tratar de paliar en algo la falta de fanzines de ciencia ficción provocada por la marcha al servicio militar de Carlos Buiza, este fanzine contiene en su primer número, diverso material tomado de fanzines en otros idiomas, así como algunos textos originales. Posteriormente a este primer ejemplar y al encontrarse sin medios de multicopiado, Luis ha editado un fanzine de tiraje limitadísimo, dado que se realizó por mecanografiado con copias, titulado **La yema del huevo** (o Sol 3 uno bis) en razón a haber sido hecho con papel de copia amarillo.

El otro de los fanzines que comentamos es obra de Jaime Rosal del Castillo, promotor del C.L.A. (ver información en estas mismas páginas), aunque esta publicación no tenga más que ver con el círculo que el ser obra de la misma persona. Su título es **Primera Fundación**, aunque con la sucesión de los números haya pasado a ser **Segunda Fundación**, etc. Aparecidos ya cuatro ejemplares —con la intención de superar a Asimov en número ya que no en calidad, según confiesa el propio Jaime, se ve ahora truncada la serie por tener su fan-editor que partir, también, a cumplir con sus obligaciones militares.

Deseamos que tanto Carlos como Jaime conserven intactos al regresar sus ánimos para proseguir con la ingrata tarea y, también, que Luis encuentre una multicopista con la que poder seguir emborronando páginas. ¡Todo a la mayor gloria del fandom español!



*La segunda de las Fundaciones de Jaime Rosal*

**A consecuencia de la carta**, publicada en nuestro número 5, de Jaime Rosal, se ha creado en Barcelona el **Círculo de Lectores de Anticipación (C.L.A.)** que el pasado día ocho de enero celebró, en un bar, la primera reunión del hasta ahora exiguo grupo de miembros.

En este primer contacto se trató, entre otros temas, del establecimiento «oficial» de su existencia, de las bases de admisión, y de la fijación de las fechas de las futuras reuniones. En principio se determinó que éstas serían los primeros lunes de cada mes, o el martes de ser aquél festivo. Debido a que Jaime Rosal, el actual coordinador del C.L.A. marchará el día veinte del mismo mes de enero a cumplir con su servicio militar, se hará cargo de sus funciones Ángel Rodríguez, domiciliado en Navas de Tolosa, 238, 3.º 3.ª, Barcelona-13.

Confiamos que esta noticia sirva para animar a los interesados en pertenecer a este círculo para que se pongan en contacto con el señor Ángel Rodríguez, mientras que, por nuestra parte, reiteramos nuestro apoyo a toda tentativa que, como ésta, tienda a difundir nuestra afición.

Las noticias y comentarios en esta sección proceden de las siguientes fuentes:

**Crónicas Fantásticas** (Libro) Madrid, España. **O Cruzeiro** (Revista) Río de Janeiro, Brasil. **Cuentos Cubanos de lo Fantástico y lo Extraordinario** (Libro) San Sebastián, España. **Extraordinario volumen doble de Ciencia Ficción** (Libro) México, México. **Fatos e Fotos** (Revista) Brasilia, Brasil. **London Newsletter** (Fanzine) Londres, Gran Bretaña. **Lo Mejor de la Ciencia Ficción Rusa** (Libro) Barcelona, España. **Primera Fundación** (Fanzine) Barcelona, España. **Relatos de Angustia y Terror** (Revista) Barcelona, España. **Los Salvajes: Platillos Volantes** (Disco) Barcelona, España. **Science Fiction Times** (Fanzine) Bremerhaven, R. F. de Alemania. **Sol 3** (Fanzine) Barcelona, España. Y la colaboración de **Ramón Cordón**, Bellvitge, España. **Elena García**, Barcelona, España. **Carlos Giménez**, Premiá de Mar, España. **Luis Vázquez**, México, México.

## se escribe

Nos quejamos de que los lectores españoles escriben pocas cartas. Afortunadamente, en USA sucede todo lo contrario. Nuestro corresponsal en Uruguay, Marcial Souto, estuvo recientemente en los Estados Unidos, y cómo no, contactó con gran parte de los autores importantes de ciencia ficción residentes allí, a los que les habló, entre muchas otras cosas, de nuestra revista. El resultado fue el siguiente: un aluvión de cartas de firmas conocidas, felicitándonos, criticándonos, animándonos a proseguir con nuestra labor. He aquí algunas de ellas:

Sé lo que es una revista financiada por aficionados. Sé que pierden dinero, y que lo hacen sólo porque les gusta. Yo también soy así, y también lo he hecho.

Espero que su bella revista prospere, y les tengo afecto por lo que están intentando.

**Roger ZELAZNY**  
**Baltimore, ESTADOS UNIDOS**

Gracias por su carta del 14 de octubre y por la buena noticia de que usarán **Ozymandias** en su revista. Es una publicación tan elegante (y tan inteligente) que me complace sobremanera el estar representado en ella.

Encuentro que su revista no es tan sólo extraordinariamente bella... quizás la revista de ciencia ficción más atractiva jamás publicada, sino también excitante y estimulante, particularmente en lo que se refiere a su ámbito, que cubre todo el mundo de la ciencia ficción. Me gustaría estar asociado a ella en alguna forma, para suministrar cualquier consejo o ayuda, referente a la ciencia ficción norteamericana, que les sea necesaria. Por mi antiguo cargo de Presidente del SFWA (Sindicato de Escritores de Ciencia Ficción Norteamericanos), puedo proporcionarles información acerca de cualquier autor norteamericano, y tal vez ayudarles a obtener los derechos de reimpresión de cualquier historia que deseen publicar.

Posiblemente algún día les escribiré un ensayo para sus páginas verdes, pero creo que por el momento seguiré dedicado a escribir relatos. A propósito, creo que el artículo de Marcial sobre la ciencia ficción en los Estados Unidos, aparecido en el número tres, era excelente: verídico, bien informado y perceptivo (**Puedo** leer español... lentamente, y con esfuerzos. Tiempo atrás, hace años, era más fluente... ¡pero me falta práctica! Tal vez **Nueva Dimensión** refresque mi memoria).

**Robert SILVERBERG**

**New York, ESTADOS UNIDOS**

Recibí su muy halagadora carta del 14 de octubre, y deseo darles las gracias por ella. Me impresionó profundamente su señor Marcial Souto Tizón, quien obviamente respeta y ama la ciencia ficción tanto como cualquiera de nosotros en los Estados Unidos. Sería un gran placer para mí el contribuir con historias a su hermosa y excelente revista.

Ésta, por otra parte, me ha causado una gran sensación. Sería una bendición divina si hubiera muchas otras personas, dedicadas y con talento, tales como ustedes, por todo el mundo, para darle a la moderna ficción especulativa la ostentación que se merece.

**Harlan ELLISON**  
**Sherman Oaks, ESTADOS UNIDOS**

Gracias por su carta del 14 de octubre. Fue un placer para mí el entrevistarme con el Sr. Souto en la Convención Mundial de la ciencia ficción celebrada el mes pasado en Berkeley, y el ejemplar que vi de su revista era realmente precioso.

**Alan E. NOURSE**  
**Washington, ESTADOS UNIDOS**

Me agradaría mucho el autorizarles la publicación en su revista de cualquiera de mis historias, seleccionada por ustedes, y que me pagasen por ella lo que ustedes mismos decidan.

Me alegrará el poderles ayudar en cualquier forma en que me sea posible.

**Norman SPINRAD**  
**Los Ángeles, ESTADOS UNIDOS**

Todas las negociaciones con respecto a mis obras deben ser conducidas a través de mi agente: escríbanle inmediatamente, y les cederá los derechos. Gracias por el ejemplar de su excelente revista. ¡Buena suerte!...

**Ray BRADBURY**  
**Los Ángeles, ESTADOS UNIDOS**

Pero también nuestros lectores han reaccionado, tras nuestro editorial del número 5. Y ahí está un nutrido plantel de correspondencia, que deseáramos no se detuviera en los próximos números. Esta vez hay cartas interesantes, jugosas, con polémica. Esto es lo que necesita una revista como Nueva Dimensión para mantenerse viva. ¿Le entran deseos de coger usted también la pluma y escribirnos? No vacile. Estamos

esperando precisamente su carta.

Dos cosas me han alegrado del número cinco de **Nueva Dimensión**: en primer lugar la inundación masiva de cartas de aficionados al comic, en segundo lugar ese valeroso y loable deseo de poner la revista en manos de los lectores (lectores y editores, un equipo).

Como ya les dije en mi carta anterior, mi llegada a **Nueva Dimensión** ha sido «vía comic» (Pedro Tabernero, de **Bang**, me enseñó la revista en una visita que le hice). Como es lógico pues, mi primer ruego es un aumento en la sección del comic: artículos especializados, noticias (complementándolas con la dirección de la casa editorial que realiza la publicación), etc.

Me ha interesado la obra de Guido Crepax y desearía me enviasen la dirección de Rizzoli, y de la casa editorial que ha publicado Neutrón/Valentina, y si puede ser algo sobre Crepax: obra realizada, tendencias, etc. Cada número que sale al mercado de **Delta 99** me entusiasma. Junto a Blasco, Bielsa y Ambrós, Carlos Giménez ha llegado de la nada a la cumbre del comic español. No estaría de más que hicieran un reportaje sobre este ilustrador que acapara actualmente el desesperado interés del aficionado hispano. A Blasco y Bielsa todavía ninguna editorial les ha reeditado sus obras con el respeto que merecen, y Ambrós se retiró lamentablemente cuando había llegado a la madurez y más se esperaba de él (nadie sabe su paradero, ni siquiera Bruguera).

Yo, por mi parte, hace años que compro grandes cantidades del excelente y bien tratado material francés, que atraviesa un «boom» extraordinario.

En estos momentos, las revistas **Cuto** y **Bang**, el espacio de Perich en el **DDT**, el de **Nueva Dimensión** y el trabajo independiente de algunos pioneros han hecho que la gente se Interese por la historieta.

Aunque actualmente en Canarias, y concretamente en Tenerife, no conozco a nadie con quien compartir mi afición e intercambiar opiniones.

**Manuel E. DARIAS DARIAS**  
**Aparejador**  
**Santa Cruz de Tenerife**

**N. D.** — Ante todo, y esto es algo que ya se ha dicho más de una vez en estas páginas, queremos recordar que **Nueva Dimensión** es una revista dedicada a la ciencia ficción y géneros afines, bajo todos sus aspectos. Dentro de este contexto hemos procurado dar al comic el relieve que creemos merece, dentro de las formas de expresión. Más ya no podemos ni debemos hacer, puesto que eso quedaría dentro del campo de acción de una revista dedicada al comic (del tipo de **Linus** o **Phenix**), que por desgracia no existe hoy en día en España. Pero, dentro de estas limitaciones que nos impone el mismo carácter de nuestra publicación, estamos dispuestos a hacer



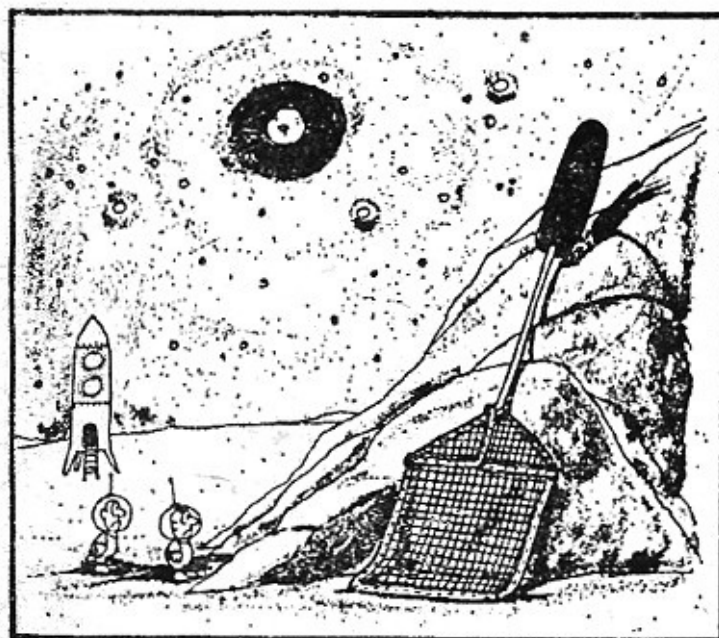
todo lo que podamos por la difusión del comic, ya que personalmente somos unos grandes aficionados a él, por esto ya están en estudio sus otras sugerencias, y es posible que algunas de ellas —como la publicación de un quién-es-quién de editoriales importantes del comic mundial— tengan pronto cabida en estas páginas.

En lo que se refiere a su favorito Delta 99, podrá leer una noticia en este mismo ejemplar, pero también le aconsejamos que se fije en la segunda parte de dichos cuadernos, en **5×Infinito**, pues su creador, Esteban Maroto, viene pisando muy fuerte en el campo del comic español.

Más que simples reportajes sobre ilustradores, lo que hace tiempo que deseamos realizar son portafolios de lo mejor de ellos, pero hay tantas cosas por hacer que algunas, necesariamente, han de esperar...

En cuanto al «boom» del comic francés, lamentamos no estar de acuerdo con usted, ya que si bien es cierto que existió este «boom», nuestros últimos viajes al país galo no nos han dado más que desilusiones. El comic francés está en baja, y los aficionados de este país tan sólo disponen de una serie de publicaciones, de ínfima categoría en su mayor parte, realizadas en Italia o en España. Tan sólo los libros de gran lujo, al estilo de las ediciones de Eric Losfeld, siguen manteniendo un interés entre los círculos intelectualizantes.

En cuanto a su interés en conocer a otros aficionados de su vecindad, tendremos mucho gusto en ponerle en contacto con algún otro lector de Santa Cruz o de las Canarias, si alguien así lo desea y nos comunica su decisión.



\* \* \*

Después de leer el editorial «¿Qué pasa con los lectores...?», me pongo a escribirles a todo correr con el fin de tranquilizarles. No deben desanimarse aunque

no reciban mucha correspondencia, pues la revista ha causado impacto en mucha gente, incluso entre los no partidarios de la ciencia ficción, puedo asegurárselo.

En cuanto a la idea de crear un premio literario, parece buena en principio, pero...

Las dudas empiezan a surgir en cuanto se piensa en las condiciones que hay que fijar para la convocatoria. Ustedes hablaban de dos premisas: en castellano y sobre obras ya publicadas. La segunda ya no está tan clara.

¿Por qué un premio para las obras que ya están publicadas? Si la novela es buena, el autor ha sido ya recompensado con el éxito obtenido y con sus repercusiones económicas. Por otra parte, de esta manera no es posible que ningún nuevo valor tenga oportunidad de dar a conocer sus obras.

Los premios podrían dividirse en dos grupos:

Uno para obras ya publicadas. La manera de otorgarlo podría ser por un sistema mixto, en el que influyera la opinión de los lectores por una parte, y el veredicto de un jurado por otra. Este último podría constituirse con escritores que no pertenecieran al mundillo de la ciencia ficción, con lo que se conseguiría compulsar la opinión del mundo literario que se mueve en ámbitos literarios distintos de la ciencia ficción. Probablemente sirviera también para que alguno se animara a incorporarse a él.

Otro premio para obras inéditas. La forma de otorgarlo me parece más difícil. Casi nadie cree en la sinceridad de las decisiones de los jurados, sobre todo si el valor del premio es de alguna consideración. Ahora bien, si los que concurren a él son auténticos fans, creo que estimarán en menos la recompensa económica que la oportunidad de ver sus obras publicadas. Si son varios los premios, se podría formar con todos ellos un volumen y editarlo, repartiendo el beneficio que se obtuviera con su venta entre sus autores. Para contribuir al buen éxito económico, Nueva Dimensión podría realizar entre sus páginas una campaña de propaganda.

El premio o los premios para obras ya publicadas podría consistir en un trofeo, una especie de Oscar del futuro. ¿Qué tal también un concurso entre escultores de anticipación para este trofeo?

Tampoco sería mala idea establecer un premio para guiones de ciencia ficción, en interesar en ello a alguna productora cinematográfica. La cosa no es fácil, pero merece la pena intentarlo.

En cualquier caso se podrían establecer varias clases de recompensas. Una para el argumento más original; otra para el relato de mayor calidad literaria. Quizá sería interesante galardonar con el premio de la Esperanza a aquellas narraciones que presentan un mañana mejor, sin finales apocalípticos ni cataclismos atómicos.

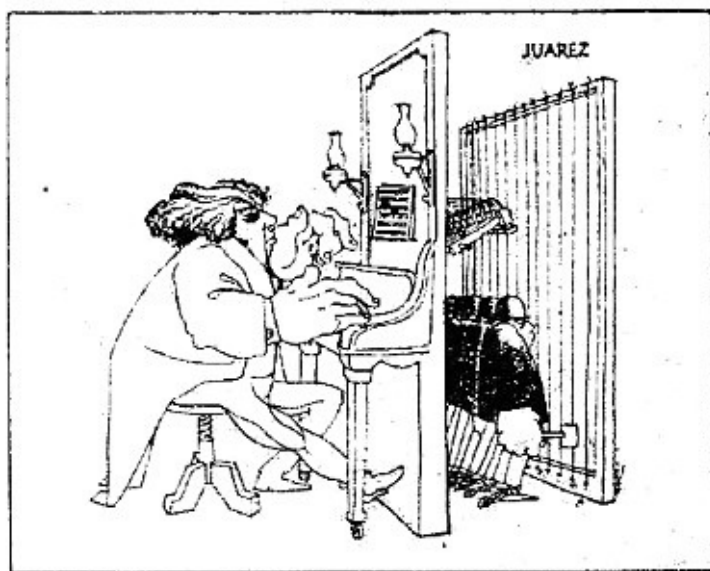
**Julio GARCÍA DURANGO IGLESIAS**  
**Ingeniero**  
**MADRID**

**N. D.** — Las premisas no son exactamente como usted las plantea, y le

recomendamos consulte tanto el número tres de nuestra revista como este mismo, en los que se habla de los premios. Este año, y en lo que podríamos llamar la edición experimental del premio Nueva Dimensión, hemos querido premiar lo que más estaba a nuestro alcance, esto es, lo que nosotros mismos hemos editado. Los motivos de esta decisión eran múltiples, y algunos ya han sido expuestos —dificultad de consulta directa, de conocimiento de todo lo editado, etc.—, pero esencialmente se busca también la reacción del público, de ustedes, **nuestro** público, ante lo publicado, para futura orientación de **su** revista.

El resto de sus ideas, en algunas de las cuales coincide con planteamientos ya desechados en nuestra búsqueda de posibilidades realizables, pueden tener concreción en futuras ediciones del premio. El que esto sea así depende no tanto de la redacción de esta revista, sino más bien de ustedes, los lectores, ya que tales supuestos —interés de los literatos no especializados, de productoras cinematográficas, de artistas...— tan sólo pueden surgir de un clima de valoración de la ciencia ficción, al que se debe llegar por el proselitismo, la difusión y propaganda, la formación de clubs y grupos, etc.

Ya ve pues la gran tarea que nos depara el año que se inicia, tarea que según sea o no llevada a cabo dará la pauta de lo que serán los premios Nueva Dimensión —y cualesquiera otros que pudiesen ser creados en el campo de la ciencia ficción— en 1969.



\* \* \*

En el número 5 de **Nueva Dimensión** he leído la carta de Ion Hobana a propósito de la colaboración de mister Milch, y la respuesta de ustedes. Estoy de acuerdo con el señor Hobana en que el artículo de mister Milch está mal informado y es tendencioso.

No se trata, como ustedes dicen en su respuesta, de que un juicio sobre la ciencia

ficción soviética hecho desde un punto de vista occidental haya de ser siempre parcial y condicionado. Personalmente, me aterroriza —y me ofende— que identifiquen ustedes el punto de vista de mister Milch con el «punto occidental». Créanme, señores: no todos en Occidente estamos enamorados de la Bomba, no a todos nos «terroriza», como a mister Milch, la «deformada visión» de una «futura sociedad perfecta en la que la pobreza, la desigualdad y la guerra han desaparecido y en la que todos viven conjuntamente en armonía y amor». Es cierto que Goldwater, por ejemplo, mantiene un «punto de vista occidental» sobre la solución de los problemas mundiales. Pero no creo que sea menos occidental, ni menos punto de vista, el de un Bertrand Russell, para seguir con los ejemplos.

Quedamos pues en que el artículo de mister Milch es tendencioso. Y en que no es inevitable publicar artículos tendenciosos, aunque los autores de los artículos mantengan puntos de vista occidentales (aunque, dicho sea entre paréntesis, yo no tengo ni remota idea de lo que pueda significar eso de «punto de vista occidental»).

Pero es que lo más grave en el artículo de mister Milch no es eso. Lo más grave es la ignorancia que revela sobre el tema que trata. En este sentido, es indigno de una revista de la calidad de **Nueva Dimensión**. El señor Hobana subraya en su carta este aspecto de la cuestión. Yo sólo querría añadir, como complemento a esa carta y para información de los lectores de la revista, algunas palabras. Me quiero referir simplemente, y en concreto, a los títulos de las publicaciones soviéticas reproducidas fotográficamente en el artículo de mister Milch, títulos que no se corresponden, ni por casualidad, con las traducciones que se dan en los respectivos pies.

La traducción del título del primer libro es particularmente graciosa: **Los grandes axiomas de Palovski**. Seríamos injustos si le negáramos al señor Milch —pues supongo que es él quien les ha facilitado estas deliciosas versiones— la potencia creadora de su imaginación. En efecto, la traducción correcta de este primer título sería **Los axiomas de la varita mágica**, lo cual, por supuesto, nada tiene que ver con lo otro.

En cuanto al equivalente castellano del título del libro de Savchenko, sería algo así como **El descubrimiento de sí mismo** o Autodescubrimiento o, incluso —y ya en plan cultorro— Autognosis.

Por último, un mediano conocedor del idioma ruso diría que el título de la revista es **El buscador** y no La búsqueda.

En el editorial del número 5 de la revista hablan ustedes, por cierto, de obras de ciencia ficción cuyas traducciones «atentan contra la reputación del autor». Tienen ustedes razón: me conozco yo a un tal Sesén que... ¿para qué les voy a contar? Afortunadamente, **Nueva Dimensión** nos tiene acostumbrados ya desde su primer número, y salvo rarísimas excepciones, a traducciones correctas, legibles, independientemente de que sean directas o no. Es, pues, doblemente lamentable que mister Robert P. Milch, tan desaprensivo traductor como hemos visto, se les haya colado de rondón en el número 3 de la revista. Revista que, por lo demás, merece

todas mis simpatías. Y a la que pienso suscribirme... cuando mis menguadas economías me lo permitan, claro está.

**José FERNANDEZ POVES**  
**MADRID**

**N. D.** — Revisando el «affaire Milch» nos damos ahora cuenta de que en cierta manera el insistir sobre la posición de este autor en la respuesta al señor Hobana fue bastante contraproducente. No tratábamos con ello de identificarnos con ella sino de dar a entender lo difícil que es juzgar otra postura dados los tremendos condicionantes que la sociedad actual —cualquier sociedad— nos impone. Un occidental tenderá siempre a pensar «en occidental», a menos de que se esfuerce en no hacerlo, y lo mismo le pasará a un oriental. Por otra parte, en el caso que nos ocupa viene agravado el problema por la falta de traducciones, que llevan a un desconocimiento casi total de la obra ajena. Nuestro colaborador Luis Vigil se quejaba recientemente, en carta abierta al NFFF, el más importante club de ciencia ficción de los Estados Unidos, de la incongruencia de dar el título de mundial a un premio que, como es el Hugo, sólo se viene concediendo a anglosajones. Pero, ¿qué es lo que hay traducido en los mismos Estados Unidos, prodigiosos consumidores de libros, de las literaturas anticipativas de otros países?: prácticamente nada.

El tema, en su más profundo análisis, se reduce a una sola pregunta: ¿debemos esperar a tener la información perfecta sobre un tema o, mientras la hallamos, publicar ensayos que nos vayan dando aproximaciones al mismo?

Sí, ahora vemos que al trabajo de Robert P. Milch se le puede llamar tendencioso y mal informado, pero ¿no ha tenido un efecto saludable al poner en marcha una secuencia de eventos —la carta del señor Hobana y la suya propia, y hasta el futuro artículo hecho por un verdadero especialista que algún día esperamos obtener— que no se habrían producido sin aquel artículo?

En cuanto a las traducciones de las ilustraciones, no podemos dejar que se cuelgue el cartel de culpable en un cuello equivocado. El artículo de nuestras desdichas venía sin ilustrar, por lo que lo ilustramos con algunos de los libros rusos de nuestra biblioteca. Por desgracia no conocemos personalmente ese idioma, por lo que nos tuvimos que poner en manos de un «sedicente» traductor, que nos jugó la mala pasada que usted comenta. Otro de nuestros amigos, catedrático por muchos años de español en la Universidad de Moscú, ya nos avisó de ello, ofreciéndonos sus inestimables servicios para tareas similares. Por ello, esperamos que esto no vuelva a suceder. Tenga en cuenta de que, antes que profesionales, fuimos aficionados, y que vemos los problemas aún desde aquel ángulo, por lo que las traducciones han sido siempre una de nuestras preocupaciones fundamentales. Gracias por la crítica. Más dosis de lo mismo es lo que necesitamos.

\* \* \*

En la mayor parte de los escritos de los lectores que publicaron en el último número se abogaba por el comic, e incluso en un comentario de la redacción se mostraban de acuerdo en dedicar la revista a esto. Pues bien, yo no puedo estar de acuerdo con ello.

Me considero —creo que como muchos amantes de este género— una persona muy imaginativa; concretamente, prefiero ver en mi mente un ser extragaláctico, una nave espacial, una determinada especie vegetal de la flora de Venus, a verla dibujada, por muy bueno que sea el ilustrador. Comprendo perfectamente que dediquen parte de la revista a ello, pero no toda. Déjenla como está: con sus páginas verdes, con sus comentarios, con sus ilustraciones, pero no la conviertan en un tebeo, aunque se diga que esto es la literatura del futuro.

Ahora voy a formularles varias preguntas, que tal vez me puedan contestar pues la mayor parte de las editoriales dedicadas a este género radican en Barcelona:

1. ¿Saben ustedes qué fue de la colección **Marte XXI**?

2. Igualmente, ¿qué fue de la colección **Infinitum** de Ferma, en la cual se habían publicado, al menos que yo tenga, dos obras de Domingo Santos: **Mundo de Automatas** y **Los dioses de la pistola prehistórica**?

3. ¿Saben algo de la colección Galaxia, de Vértice?

4. Ediciones Acervo ha publicado antologías de ciencia ficción y de narraciones terroríficas, y que yo sepa no se han hecho eco de ellas en **Nueva Dimensión**. Me enteré de casualidad porque encontré el número VIII en una librería —siempre hay que andar husmeando— y me encontré con narraciones de Lezcano, Álvarez Villar y Domingo Santos. Lo cual me hace desear comprar los números anteriores.

5. En la propaganda que me enviaron de **Nueva Dimensión**, creo recordar que mencionaban también el tema de las narraciones de terror, y como algunos de los autores de ciencia ficción: Ray Bradbury, Robert Bloch, Álvarez Villar, H. P. Lovecraft, también cultivan este género, creo que podrían publicar algo de ellos.

6. Otra pregunta: Ediciones Géminis ha publicado **El Túnel del Tiempo**, **Forastero en Tierra Extraña**, **Al otro lado de la Galaxia**, **Aster** y después no supe más de ellos y en los anuncios que publicaron en **Nueva Dimensión** encuentro títulos que no se corresponden con los anunciados en las solapas de las obras que yo adquirí. Me gustaría saber a qué fue debido esto. Menos mal que, por lo menos, han seguido con lo que llaman Selección de pequeñas obras maestras.

7. Las colecciones de EDHASA: **Nebulae**, **Selecciones de Nebulae**, **Anticipación**, no se encuentran ni por casualidad por aquí por Oviedo. Supongo que no tendrán por qué estar enterados de estas cosas, pero como lector apasionado por estos temas de ciencia ficción me irrita el que, cuando encuentro algo bueno, tras unos ejemplares no vuelvo a saber más de ello.

Todas estas preguntas tienen por objeto hacerles una sugerencia: ¿no podrían facilitar en la revista una información sobre los títulos que se van editando, precios y

un juicio crítico sobre ellos? Aunque coincido con las reservas del Sr. Meana de Madrid, sería algo que nos serviría para que no andásemos desorientados sobre lo que hay en el mercado, y para que cuando llega a nuestras manos un volumen no nos encontrásemos con que anteriormente ya había publicados otros veinte.

Por último quiero decirles que los volúmenes editados por Aguilar son magníficos, los dos aparecidos hasta ahora. Lo malo es que no se cuándo volverán a aparecer más.

Todavía hay más: ¿Por qué no editan? ¿De qué nos sirve enterarnos de las obras que ganan los premios Hugo, o simplemente de qué nos sirven las noticias sobre ediciones en otros países, si lo más probable es que jamás veamos esas obras en España? Casi estábamos mejor, mis amigos y yo mismo, cuando hace años, al no conocer más que **Luchadores del Espacio, Espacio**, etc., no podríamos desear — aunque intuíamos que tenía que haberlo— nada mejor.

**Gerardo GONZALEZ ECHEVARRIA  
OVIEDO**

**N. D.** — Comencemos por aclarar conceptos: nunca ha dicho esta redacción —ni siquiera lo ha pensado— que fuera a transformar la revista en un comic, ni en una revista dedicada a los mismos (vea nuestra respuesta, en este mismo número, al Sr. Darías Darías).

Pasando a sus preguntas, y conservando su misma numeración —debemos ante todo hacer constar que las informaciones que tenemos no son, digamos, «oficiales», sino muchas veces comentarios o rumores que corren por el mundillo de la edición— le diremos que: 1. No tenemos mucha idea de lo que pasa con esta colección, es una de tantas ediciones algo «fantasmas» sin fecha periódica de aparición y que a veces se dan por desaparecidas, pero que vuelven a resucitar. 2. Parece ser que esta colección sucumbió con el colapso económico de Editorial Ferma, aunque es posible que su propietario, de nuevo en el campo de la edición, vuelva a hacerla aparecer. Por otra parte le diremos que nuestro amigo Domingo Santos había publicado en la misma, además de los títulos que usted cita, **Burbuja, Extraño** y **El visitante**. 3. Al parecer, Vértice opina que son mucho más productivas las ediciones de comics que las de libros, por lo que ha suspendido estas últimas para dedicarse tan sólo a sus **Spiderman, Zarpa de Acero**, etcétera. 4. Las antologías de Acervo tienen una gestación un tanto larga, ya que la próxima de ciencia ficción, la IX, se está preparando desde principios del 1968. Nuestra política de noticias es sólo hablar de acontecimientos actuales, por lo que estábamos esperando la aparición de este IX volumen para hablar de la colección, pues se lo merece. Agradecemos por tanto esta oportunidad. 5. El terror es algo que va inherente, creemos, a algunos de los relatos que ya hemos publicado (¿qué opina del relato **No tengo boca y debo de gritar** que publicamos en este número 6?). Los títulos que aparecen en los anuncios de Géminis

son, precisamente, de su «revista», o sea de «Selección de...». Siguen, por otra parte, publicando libros de ciencia ficción, ahora encuadernados en tela, siendo el último de sus títulos **Tropas del Espacio** (Starship Troopers) de Heinlein. 7. Los problemas de distribución es algo que nos afecta a todos los editores. No tiene ni idea del daño que la mala distribución causa a un libro, aunque suponemos que el joven equipo que recientemente se hizo cargo de la dirección de EDHASA busque remedio a estas deficiencias. De todas maneras, en estos casos siempre es eficaz escribir al editor, para que tome conciencia del problema y le busque solución.

Su pregunta sobre la posibilidad de publicar listas de publicaciones ya ha sido contestada para la carta del Sr. Villanueva, en este mismo espacio. Nosotros somos los primeros afectados por una falta de información, por ello sentimos no poder complacerle.

Las antologías de Aguilar, que usted, al contrario de otros lectores, alaba, estuvieron en proyecto —y anunciada su «inminente» aparición— durante unos cuatro años, o sea que tal vez tarden otro tanto en reemplazar la colección. Por lo que sabemos, Aguilar está un tanto a la expectativa de los resultados de venta de los dos volúmenes para decidirse por su continuación.

En cuanto a lo de dedicarnos a la edición de libros, es algo totalmente fuera de lo posible, al menos por el momento. Primero tenemos que consolidar la posición de esta revista; sólo entonces podremos pensar en nuevas aventuras.

\* \* \*

Tras leer su editorial del número 5, y en medio de un creciente complejo de culpabilidad, les envió unas breves sugerencias. Referente a la selección de los relatos: aunque ciertamente la ciencia ficción no es propiedad exclusiva de los anglosajones, ellos han recorrido ya un largo camino, y quizás fuese por ello interesante que se dedicase una especial atención a los lectores de habla inglesa, sin descuidar por ello a los demás. Me parece un grave error su decisión de no publicar crítica especializada; la sección «Books» de la revista **Fantasy and Science Fiction** es una buena muestra de algo que **Nueva Dimensión** podría hacer perfectamente sin temor a acusaciones de parcialidad. En el mismo sentido, creo que la sección «Se Piensa» debería ocuparse más de la actual literatura de ciencia ficción y menos del cine, del comic o de la prehistoria del género.

**Ludolfo PARAMIO**  
**MADRID**

**N. D.** — No creemos que nunca hayamos dejado de prestar atención a los escritores anglosajones, sino que precisamente si hemos pecado ha sido por prestarles demasiada. Vaya como muestra este número-aniversario en el que todos los relatos menos uno son de autores de habla inglesa. La sección «Books» del **F&SF** es algo



muy particular a esa revista, y tal vez lo que menos sea es informativa, y sí una buena tribuna para que el encargado de turno —llámese Miss Judith Merrill o Miss Joanna Russ— se luzcan hablando de múltiples temas, muy pocas veces relacionados con la ciencia ficción. No obstante, este problema es algo que nos preocupa, y esperamos hallarle solución.

\* \* \*

Hemos recibido recientemente un par de ejemplares de su publicación **Nueva Dimensión**. La selección de las historias refleja un gusto discriminativo, el arte interior es bueno y la cubierta excelente.

Es una publicación muy elegante y les deseamos la mejor suerte con ella.

**Joseph W. FERMAN**

Publisher, The Magazine of Fantasy and Science Fiction  
**Nueva York, ESTADOS UNIDOS**

**N. D.** — Esta es la última carta que hemos recibido antes de cerrar este número. Cuando un congénere tan brillante como es **Fantasy and Science Fiction**, galardonado con varios Hugos y tal vez la revista más intelectual de todas las dedicadas a la ciencia ficción, se molesta en dirigir unos elogios a otra publicación, ésta no puede sino sentirse halagada.

Nos sentimos halagados. Gracias, mister Ferman.

